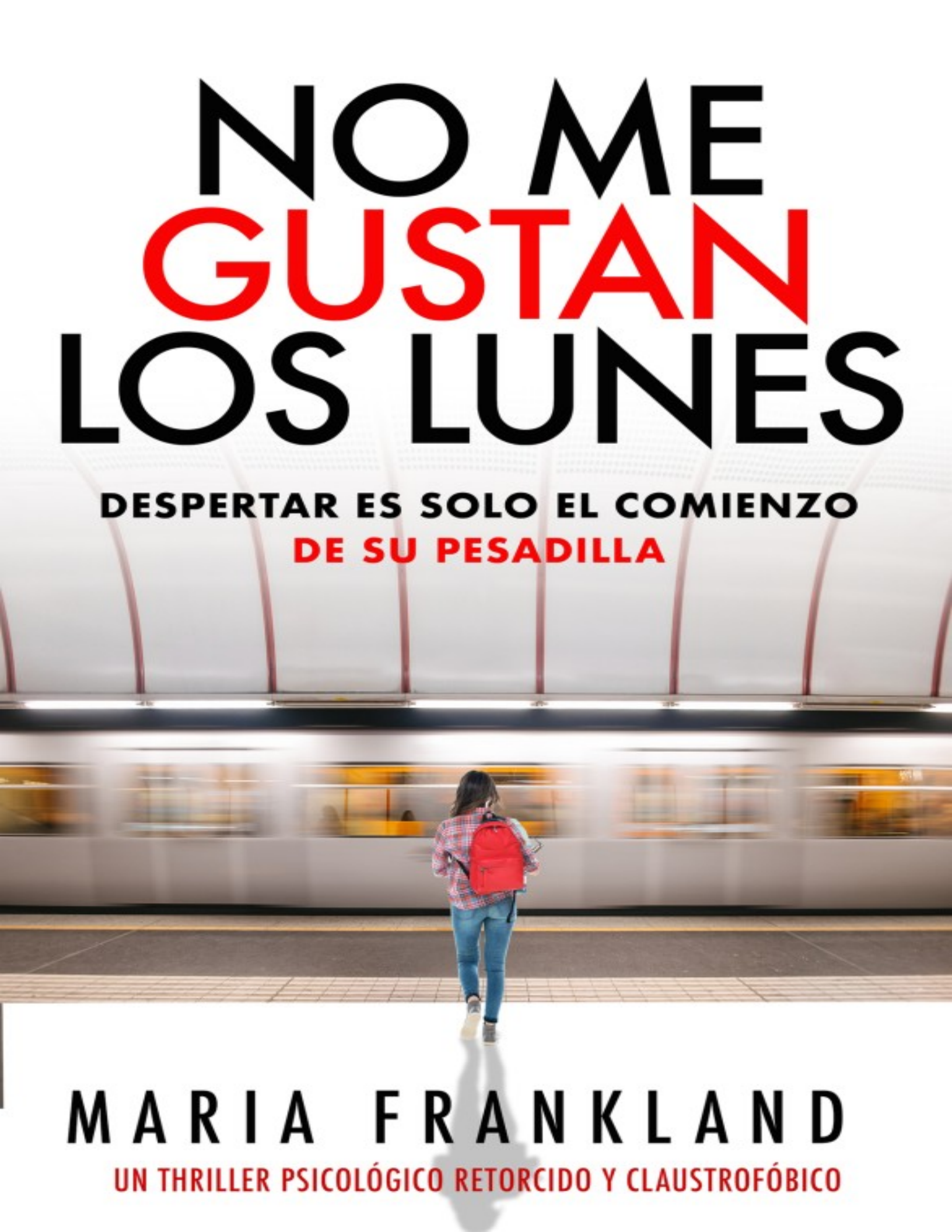
NO ME GUSTAN LOS LUNES

DESPERTAR ES SOLO EL COMIENZO
DE SU PESADILLA



MARIA FRANKLAND

UN THRILLER PSICOLÓGICO RETORCIDO Y CLAUSTROFÓBICO

NO ME GUSTAN LOS LUNES

DESPERTAR ES SOLO EL COMIENZO DE SU PESADILLA

MARIA FRANKLAND

AUTONOMY
PRESS

Publicado por primera vez por Autonomy Press 2025

Copyright © 2025 por Maria Frankland

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o de otro modo sin el permiso escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin permiso.

Esta novela es enteramente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes representados en ella son obra de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es totalmente coincidencial.

Maria Frankland afirma el derecho moral de ser identificada como la autora de esta obra.

Primera edición

Diseño de portada por David Grogan www.headdesign.co.uk

La versión inglesa es propiedad intelectual de Maria Frankland. Solo la traducción se realizó con la ayuda de inteligencia artificial.

‘La mente reproduce lo que el corazón no puede borrar.’

Anónimo

PRÓLOGO

ENTRO en el aparcamiento de la estación, incapaz de recordar el trayecto. Con las manos temblorosas sobre el volante, echo un vistazo al retrovisor. Tengo el pelo hecho un desastre y las sombras bajo mis ojos se oscurecen día a día mientras el insomnio deja cada vez más huella en mí. Rebusco en mi bolso, buscando mi cepillo y mi polvera. Algunos arreglos rápidos son esenciales; no puedo presentarme así a mi presentación previa a la entrevista.

Saco mi maleta con ruedas del maletero y suspiro, exhalando nubes de vapor en el aire gélido del amanecer. *Es como si no pudieras esperar a alejarte de nosotros.* No es la discusión que acabo de tener lo que más me está molestando, sino lo que mi marido dijo mientras yo buscaba las llaves en el recibidor. Sus palabras se repiten en bucle en mi mente, tan incesantes como el estruendo de los trenes al pasar.

Me duelen los ojos por la luz fluorescente del interior de la estación, y mi estómago gruñe cuando me llega el aroma del café y los cruasanes calientes. Miro mi reloj: me sobran diez minutos, así que hay tiempo suficiente para coger algo de comer. La comida podría calmar la creciente inquietud de mi estómago.

Mientras espero mi pedido en el mostrador, mi teléfono vibra en el bolsillo de mi abrigo con un mensaje. Por un momento, apenas me atrevo a mirar. ¿Será un amigo o un enemigo?

Aléjate de él, ¿me oyes? Simplemente aléjate de una puñetera vez. Te estoy vigilando.

Rápidamente le sigue otro. Al principio pienso que es *ella* otra vez, pero no, es de un remitente diferente. Parece que todos van a por mí esta mañana.

Que gane la mejor. Y para que conste, no serás tú. Buena suerte, Cathy, la vas a necesitar.

Las palabras escuecen, tan afiladas y mordaces como la helada de fuera. Las lágrimas se acumulan, nublándome la visión. Este lunes apenas ha comenzado y ya se hace insoportable.

Es como si no pudieras esperar a alejarte de nosotros.

Su voz de nuevo. No me deja en paz. Ni siquiera doscientos kilómetros lejos de casa serán suficientes hoy. La culpa ante este pensamiento me retuerce el estómago.

—¿Puede darme algo de cambio, por favor?

La voz dirige mi mirada hacia un hombre envuelto en un edredón sucio, acurrucado contra la pared. Sus facciones demacradas y ojos hundidos me recuerdan a mi hermano. Sin pensarlo, le entrego mi café y mi cruasán. Su sonrisa es sorprendente, rebosante de una gratitud que parece fuera de lugar en este vestíbulo frío e indiferente. Despego la funda de mi teléfono y saco el billete de veinte libras de emergencia que guardo detrás.

—Toma —se lo entrego.

—¿Está segura? —su voz se eleva como si le hubiera dado un salvavidas, en lugar de lo que para mí es calderilla. Por un fugaz momento, me siento más ligera. Pero entonces los susurros vuelven.

Es como si no pudieras esperar a alejarte de nosotros.

Aléjate de él. Simplemente aléjate de una puñetera vez.

Buena suerte, la vas a necesitar.

Aprieto los ojos, desesperada por bloquear todo esto. Quizás *soy* tan mala como todos dicen. Me da vueltas la cabeza, así que rápidamente vuelvo a abrir los ojos. Estoy mareada por no haber comido desde ayer por la mañana, pero no hay tiempo para solucionarlo ahora.

—El próximo tren que llegará a la vía seis será el servicio de las 7:02 con destino a Londres King's Cross.

El anuncio me devuelve al momento presente. Me uno a la marea de pasajeros que se dirigen hacia el andén mientras busco torpemente mi billete electrónico en el móvil. Hoy la multitud parece más densa y me presiona por todos lados. ¿Cómo puede haber tanta gente tan temprano por la mañana? La emoción que solía sentir al embarcarme en mi trayecto semanal ha desaparecido y ha sido reemplazada por una soledad asfixiante. Siento como si la gente me estuviera mirando, como si de alguna manera pudieran percibir lo horrible que soy por dentro.

La puerta del torniquete no cede cuando intento escanear mi código de barras. Un cansado empleado sonríe amablemente, acerca su tarjeta a la máquina y me deja pasar la barrera. Su pequeño acto de generosidad me resulta extrañamente significativo, un leve calor frente al frío de la mañana. Tengo que aferrarme a cualquier atisbo de positividad que pueda encontrar.

Me fijo en una cara familiar entre la multitud e intento acercarme. Entonces veo a alguien a quien *no* quiero ver, así que retrocedo, manteniendo la cabeza agachada mientras finjo revisar mi teléfono. Con un poco de suerte, me fundiré entre la gente y pasaré desapercibida. Puedo subir al tren y simplemente fingir que estoy absorta en mi lectura. Realmente no puedo soportar nada más esta mañana.

—¿De vuelta a la rutina?

Levanto la mirada, sobresaltada. Una mujer que conozco vagamente me sonríe. Trabaja más abajo en South Bank.

—Em, sí. Supongo que sí —murmuro.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Sus dedos rozan mi mejilla y me estremezco. Están húmedos por las lágrimas que no me había dado cuenta de que había derramado. La vergüenza me invade, pero la multitud avanza bruscamente, separándonos.

—El tren que llegará en breve a la vía seis será el servicio de las 7:02 con destino a Londres King's Cross. Por favor, manténganse alejados del borde del andén.

Las palabras robóticas suenan distantes, amortiguadas por el zumbido de las voces y el caos del movimiento. Debería haber comido algo; realmente no me encuentro bien. Un grito resuena, agudo y autoritario:

—¡Quédense detrás de la línea!

Pero la multitud avanza. Mis pies pierden contacto con el suelo y me veo arrastrada por la oleada, ingrávida e impotente.

Y entonces, de repente, estoy sola.

Cayendo.

Y lo último que veo son los faros del tren que se aproxima.

1

—Abre los ojos, mamá —la voz pertenece a un niño, un chico, creo.

—Por favor, mamá —esta vez es un niño diferente, un chico aún más pequeño—. Es hora de despertar.

Las voces, suaves y urgentes, despiertan algo. *¿Mamá*? ¿Con quién están hablando? No puede ser conmigo.

Una mano cálida se posa sobre la piel helada de la mía. —Apartaos, chicos —es una voz más profunda y autoritaria, adulta y firme, pero sigue siendo alguien a quien no reconozco. Los pitidos agudos de los monitores puntúan sus palabras. Hospital. Estoy en un hospital. *¿Pero por qué*?

El arrastre de sillas a mi lado raspa contra el palpitante dolor de mi cabeza. Intento levantarla, solo un poco, pero el dolor me mantiene inmóvil. Con esfuerzo, fuerzo mis párpados a abrirse, y fragmentos de luz se clavan en mi oscuridad.

Lo primero que veo es mi brazo, envuelto en vendajes. Lo siguiente son tres rostros, flotando expectantes sobre mi cama.

Desconocidos.

Abro la boca, desesperada por explicarles su error. Se han equivocado de persona. Pero el sonido que escapa es un raspado, seco y áspero, como algo arañando su camino por mi garganta.

—No intentes hablar, Cathy —el hombre se inclina más cerca, su voz tranquila pero firme mientras su mano permanece sobre la mía.

¿Qué demonios está haciendo? ¿Qué derecho tiene a tocarme?—. Has estado intubada durante la última semana. Los médicos dijeron que podrían pasar uno o dos días antes de que recuperes la voz.

Retiro mi mano de debajo de la suya, sintiendo alivio al liberarme del contacto físico con él. Pero espera, ¿qué ha dicho? *¿Una semana*? No, eso no puede ser correcto. Yo sabría si hubiera estado inconsciente tanto tiempo. ¿No?

—¿Está intentando hablar? —otra figura entra en mi campo de visión: Emma. El alivio inunda mi cuerpo. El rostro de mi hermanastra es familiar y seguro. Toma mi mano, su agarre firme mientras se dirige al hombre. Ella sí puede sostener mi mano; él, desde luego, no—. Esto podría significar que no habrá daños permanentes.

¿Daños permanentes de *qué*?

Intento hablar de nuevo, pero mi garganta parece estar hecha jirones. En su lugar, estiro los dedos hacia ella, suplicándole silenciosamente que comprenda. Tiene que decirles a estos desconocidos que han cometido un error y que deben estar buscando a otra mujer.

Emma se gira hacia el hombre. —Deberíamos avisar al personal que está despertando; querrán examinarla.

—¿Mamá?

Mientras el hombre sale de la habitación, mi atención se dirige hacia uno de los niños. Es pequeño, quizás seis años, con pelo castaño claro, un rociado de pecas y dientes demasiado grandes para su boca. Mono, sin duda. Pero no es mío, no puede serlo. Brad y yo acordamos que esperaríamos, viajaríamos y viviríamos un poco antes de siquiera *pensar* en tener hijos.

Brad.

Mi pecho se oprime mientras giro la cabeza de un lado a otro, buscando en las sombras de los bordes de la habitación a mi marido. Las máquinas zumban y brillan en la luz tenue, pero no hay señal de *él*. En su lugar, el hombre reaparece, su presencia llenando el umbral. Me mira con una intensidad que no comprendo, como si me conociera mejor de lo que yo me conozco a mí misma.

—El médico vendrá en un minuto —el hombre regresa a la habitación, y Emma se aparta a un lado cuando él se acerca a mi cama. Ya está agarrando mi mano otra vez antes de que haya tenido la oportunidad de esconderla bajo la manta, fuera de su alcance—. Está terminando con otro paciente —quiero decirle que me suelte. *Necesito* que me suelte.

—Ha despertado antes de lo que dijeron —Emma se mueve hacia el pie de mi cama, su rostro marcado por la preocupación.

—Todo va a estar bien, Cathy —el hombre entrelaza sus dedos con los míos y miro hacia Emma, esperando que lea el pánico en mi cara. No puedo mover mi mano. No puedo liberarme de él. Quiero que me suelte de una maldita vez. Ni siquiera debería estar aquí—. Sentaos otra vez, chicos. Tenemos que dejar que el médico la examine cuando venga. Necesitará espacio para ver lo que hace.

—¿Pero cuándo querrá hablar con nosotros? —pregunta el niño pecoso, su voz temblorosa—. ¿Cuándo volverá a casa?

—Yo también quiero que vuelva a casa —dice el otro niño.

—No es que no quiera hablar —responde el hombre—. Es que *no puede* ahora mismo después de ese horrible tubo. Pero quizás en uno o dos días —el alivio me invade cuando suelta mi mano y se dirige hacia los niños. Se agacha y pasa una mano por el pelo de cada uno—. Propongo que vayamos a por una bebida y un trozo de tarta a la cafetería para celebrar que vuestra madre se va a poner mejor. No pasará mucho tiempo antes de que esté en casa y todo pueda volver a la normalidad.

Eso es. Idos, idos, *idos.*

—Tía Emma, ¿*puedes* venir con nosotros?

—Claro que puede —responde el hombre, su mirada pasando de ellos a Emma y luego de vuelta a mí—. Vamos, dejemos que los médicos hagan su trabajo. No tardaremos mucho, cariño.

Me siento enferma por la forma en que me sonríe, mientras todos salen. Nada de esto tiene sentido, y ni siquiera puedo pedir una explicación.

¿Quiénes son estos niños y por qué llaman a Emma su tía?

¿Quién es este hombre espeluznante?

¿Y por qué demonios todos actúan como si me conocieran cuando nunca los he visto antes?

2

—¿Cathy? —Un hombre de mediana edad vestido con un uniforme azul se acerca a mi cama, sus zapatos resonando contra el suelo. Una mujer vestida idénticamente le sigue, con su cabello grisáceo recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Ajusta las persianas de mis ventanas antes de colocarse a su lado—. Soy el doctor Mike Glover, y esta es la supervisora Carrie Layton —señala la placa identificativa de su colega—. Hemos estado cuidando de usted desde que los paramédicos la trajeron.

Quiero responder, pero evidentemente, no puedo.

—No intente hablar —la supervisora Layton apoya su mano sobre mi brazo bueno. Bueno, por decir algo; está salpicado de cortes y magulladuras, pero al menos no parece estar roto, a diferencia del otro—. Puede llevar un tiempo que la voz vuelva por completo después de retirar el tubo, así que tómeselo con calma.

La miro con unos ojos que espero transmitan mis preguntas imposibles de pronunciar: *¿qué me ha pasado?* Y *¿cómo diablos he acabado en esta cama?*

—Está usted en la unidad de cuidados intensivos del Hospital General de Leeds —dice ella—. Lleva aquí los últimos siete días.

¿Cuidados intensivos? *¿Siete días*? Un ejército de preguntas marcha por mi mente. Preguntas que no puedo formular.

—Quizás no se sienta afortunada ahora mismo, pero realmente lo *ha sido* en muchos sentidos —continúa el doctor Glover—. La mayoría de sus lesiones son cortes y contusiones superficiales que ya han comenzado a curarse. Sin embargo —reduce la distancia entre nosotros—, según el TAC que le realizamos cuando llegó, había sufrido una grave inflamación cerebral —señala su propia cabeza—. Esto requirió una craneotomía inmediata para aliviar la presión. —El modo en que su voz decae al describir mi lesión craneal sugiere que no he tenido tanta suerte como había dado a entender al principio—. Sin la cirugía, existía la posibilidad de que no hubiera sobrevivido.

Por instinto, levanto la mano hacia el punto doloroso de mi cabeza. La piel se siente suave donde mis rebeldes rizos oscuros han sido afeitados, y todo lo que puedo sentir es el tosco zigzag de los puntos quirúrgicos. Probablemente parezco algo salido de una película de terror. No es de extrañar que Brad no esté sentado junto a mi cama.

—También ha sufrido algunas costillas rotas y tres fracturas en su brazo debido a la caída sobre las vías —añade la enfermera, con simpatía nadando en sus ojos.

¡Las vías! ¿De qué demonios está hablando? ¿Qué vías?

—Adicionalmente, es posible que haya sufrido daño nervioso en la espalda —el doctor mira una máquina a mi izquierda—. ¿Cómo va el dolor ahora, Cathy? Levante la mano si necesita más analgésicos.

Mantengo la mano quieta sobre la cama. Me siento lo bastante mareada sin que me den algo que pueda hacer que vuelva a flotar lejos de la consciencia. No tengo ninguna posibilidad de averiguar qué está pasando si estoy aturdida.

—Necesitamos determinar lo antes posible qué posibilidades tiene de volver a ponerse en pie y caminar —su voz adopta un tono más compasivo—. Así que intentaremos que camine tan pronto como sea posible.

Dios mío, ¿está intentando decirme que existe la posibilidad de que nunca pueda volver a caminar? ¿Es eso lo que quiere decir? Parpadeo para contener las lágrimas. No puedo asimilar lo que está ocurriendo aquí: todavía tengo toda una vida por delante. Si me van

a decir que no podré caminar, lo mismo podría estar dos metros bajo tierra en una caja.

—Sabremos si el accidente ha provocado algún problema en su capacidad para caminar en cuanto intentemos ponerla en pie, y actuaremos en consecuencia.

—Solo asienta o niegue con la cabeza, Cathy: ¿recuerda *algo* de aquella mañana? —la mano de la supervisora Layton permanece en mi brazo—. ¿Del lunes pasado?

Cierro los ojos, pero todo lo que veo es el resplandor rojizo de la lámpara sobre mi cama y algunas formas oscuras nadando detrás de mis párpados.

—¿Puede recordar cómo acabó en la trayectoria de ese tren mientras reducía la velocidad para entrar en la estación? —sus palabras se vuelven aún más suaves de lo que eran hace un momento.

Abro los ojos mientras intento negar con la cabeza. La verdad es que no puedo recordar nada. No sé qué es peor, la niebla que está nublando mi capacidad de pensar con claridad o el dolor que está martilleando en lo alto de mi cráneo.

—No intente moverse, Cathy —el doctor Glover frunce el ceño a su colega, probablemente por no haber esperado para plantear estas preguntas—. Habrá tiempo de sobra para hablar de lo sucedido muy pronto. La policía querrá hablar con usted cuando les demos luz verde.

La policía. Trago saliva, haciendo una mueca por el dolor. Tal vez estoy metida en algún tipo de problema. Pero si hubiera hecho algo malo, seguramente ya estarían aquí, vigilándome, o estaría esposada a la cama. Aunque no es probable que vaya a ir a ninguna parte. Ni siquiera sé todavía si aún puedo caminar.

—Esperemos que para cuando lleguen —la enfermera retoma donde el doctor lo dejó—, ya haya recordado cómo acabó en esas vías del tren y tenga algo que contarles.

3

—¿Puedes recordar *algo*? —La voz de Emma suena más urgente de lo que jamás la he escuchado. La miro fijamente. Parece haber envejecido considerablemente en la semana que he estado en coma. ¿Seguro que mi accidente no puede haberla estresado *tanto*? O quizá sea solo la iluminación de esta habitación. Pero al menos el hombre y los niños no han vuelto con ella, así que debe haberlos puesto en su sitio.

—Quiero decir, ¿te sentías especialmente deprimida esa mañana?

La miro con el ceño fruncido. *¿He estado deprimida?* Simplemente no lo recuerdo.

—Para ser sincera, hace tiempo que no eres tú misma, cariño.

Señalo mi garganta para recordarle que no puedo hablar. Ella rebusca en su bolso y saca un bloc de notas y un bolígrafo. Me reiría de ella en otras circunstancias. Su bolso siempre está lleno de cosas necesarias. Siempre era la chica a quien recurríamos para tiritas cuando los zapatos nuevos rozaban durante una salida de compras, o para analgésicos cuando nos habíamos pasado la noche anterior con los chupitos de la hora feliz. Solíamos decir a todo el mundo que éramos hermanas, en lugar de hermanastras. Yo estudiaba periodismo y Emma estudiaba arte en la misma universidad, y como pasábamos tanto tiempo juntas, adoptamos los gestos y formas de pensar y hablar de la otra. Y nos gustaban los mismos tipos de ropa

y peinados. Mi hermano se sintió desplazado, por supuesto, pero Emma era como la hermana que siempre había deseado.

Intento sonreírle, pero el movimiento tira de mis puntos con tanta fuerza que mi sonrisa probablemente parece más una mueca. ¿Por qué puedo recordar todas esas cosas pasadas con gran detalle, pero no tengo ni idea de cómo he acabado en esta cama de hospital rodeada por el hedor de muerte y desinfectante?

Emma apoya el bloc en mi mesa auxiliar, que acerca hacia mí. Con mi mano buena, señalo la rota, esperando que capte el mensaje de que no puedo escribir más de lo que puedo hablar.

—Solo inténtalo. —Acerca más el bloc.

Giro la cabeza de un lado a otro, esperando que entienda el mensaje.

—Vas a tener que encontrar *alguna* forma de comunicarte hasta que te vuelva la voz.

¿Y si nunca vuelve? Quiero preguntarle. *¿Y si mi capacidad para hablar está tan en el aire como mi capacidad para caminar? ¿O para pensar con claridad?*

—Dime qué puedes recordar de aquel lunes por la mañana. —Su barbilla sobresale con una determinación que dice: *No voy a rendirme hasta que al menos lo intentes.*

Alcanzo el bolígrafo con mi mano izquierda, sintiéndome como una niña otra vez mientras garabateo penosamente una palabra en el bloc. Ciertamente parece la letra de una niña de cinco años.

Nada.

Mi pulso se acelera cuando el hombre de antes llena la puerta, flanqueado por los dos niños. Oh no, ha vuelto otra vez. —Aparentemente, te van a llevar a hacerte un escáner en breve, Cathy. Para evaluar si hay algún daño ahora que has despertado.

Ojalá pudiera decirle que cualquier *daño* que yo tenga no tiene absolutamente nada que ver con él. *¿Qué hace incluso aquí*? Seguramente, Emma le habrá dicho que Brad podría llegar en cualquier momento ahora que estoy despierta. No estará contento si hay algún tipo raro que piensa que me conoce por aquí.

—¿Quién dice que hay *daño*? Cathy me entiende *perfectamente*. —Emma suena casi presumida mientras se señala a sí misma.

—Ni siquiera parece *reconocernos*.

—Sabe exactamente quién soy *yo*.

—Pero yo soy su maldito marido. —La voz del hombre está llena de angustia mientras vuelve pesadamente a la habitación—. Vamos, Cathy. Estás actuando como si nunca me hubieras visto antes.

¡Marido! No. Qué absoluta sarta de tonterías. ¿Por qué está mintiendo? Ya estoy casada, por el amor de Dios. Lo estudio mientras se queda de pie al pie de mi cama. No me sentiría atraída por alguien como este hombre ni en un millón de años. Es el polo opuesto de Brad. Es mucho más bajo y corpulento, con pelo rojizo que se está quedando calvo y gafas.

—Sentaos allí, chicos —Su tono cambia mientras señala unas sillas apiladas en la esquina. Luego vuelve su atención a Emma—. Ella debería poder recordar*me* más a mí que a ti —El dolor en su tono mientras habla con Emma le hace sonar como uno de sus hijos —. Hemos vivido en la misma casa durante los últimos diez años.

Ahora *sí que* está diciendo tonterías. ¿Por qué Emma no le corrige? Mi memoria no puede estar tan afectada por lo que sea que me haya pasado, ¿verdad? ¡Sabría si *viviera* con él!

—Pero quiero sentarme con mamá —Hay lágrimas en la voz del niño mayor, y por un momento, me siento culpable. Si *fuera* su madre, daría unas palmaditas en la cama para hacerle sitio. Pero como no tengo ni idea de lo que está pasando, lo único que puedo hacer es quedarme tumbada, con la mirada saltando de uno a otro mientras hablan.

—Yo también quiero sentarme con mamá —Giro la cabeza hacia el niño más regordete y pequeño de los dos. Ninguno de ellos se parece *en nada* a mí; ni siquiera parecen estar emparentados entre sí. Odio ver las expresiones de disgusto en sus caras, pero no puedo hacer nada al respecto.

—¿Qué demonios te pasa, Cathy? Soy yo, Daniel. Mira, esta es mi alianza de boda —Señala su nudillo, pero al menos no intenta tocarme otra vez. Sea quien sea, me pone la piel de gallina—. Y estos son Austyn y Matthew, tus hijos. Vamos, cariño. ¿De verdad no sabes quiénes somos?

—Deberíamos sacar a los niños de aquí, en realidad —Emma mira hacia ellos antes de bajar la voz—. Esto debe de ser muy duro para ellos. ¿Quieres que los lleve a la sala familiar?

Miro mi propio dedo anular, esperando ver el anillo que me dio Brad para poder demostrar que soy *su* esposa, no la de este hombre, pero mi dedo está desnudo salvo por algo de esmalte rosa descascarillado. Ni siquiera hay una marca de donde lo llevaba. ¿Perdí mis anillos en el accidente que haya sufrido? ¿Ese en el que supuestamente acabé en unas vías? ¿O el personal del quirófano me quitó las joyas cuando me hicieron la craneotomía? No poder recordar nada de esto es una auténtica pesadilla.

El hombre ignora la pregunta de Emma. —¿Cathy? —Su tono se vuelve aún más suplicante. Sea quien sea y lo que quiera, no puedo soportar esto. Solo necesito que se vaya.

Lo miro con expresión vacía, sin saber qué quiere que haga. No es como si pudiera explicarle amablemente que nunca le he visto en mi vida. Mientras tanto, los pobres niños observan, ambos con los ojos llorosos. Emma tiene razón, no deberían estar aquí, no es justo para ellos. Quiero ayudarles a sentirse mejor, pero no puedo.

—¿Por qué es que puedes recordar a *Emma* pero no a *mí*? De verdad que no lo entiendo. Mira —se pasa la mano por su línea de pelo en retroceso—, la última vez que hablamos tuvimos una pelea... ¿es eso? ¿Este "fingimiento" es algún tipo de *castigo*?

—El médico mencionó antes que podría tener amnesia postraumática o retrógrada —le explica Emma—. Dijo que sabrá más después de la exploración y podrá explicar las cosas con más detalle.

—Ella *se pondrá* bien, ¿verdad?

No es asunto suyo, aunque lo que ha dicho el hombre suena casi como una pregunta retórica, una a la que yo misma quisiera poder responder. Pero no hay respuestas, al menos no todavía. Sea lo que sea lo que ocurra a partir de ahora, tengo la desagradable sensación de que podría ser un largo camino hacia la recuperación.

Quizás esto es algún tipo de estafa elaborada que el hombre ha tramado y está obligando a los niños, y tal vez incluso a Emma, a participar. Lo que cree que puede obtener de mí, no tengo ni idea. Soy periodista freelance, así que difícilmente estoy nadando en

dinero. Quizás su propia esposa ha muerto o algo así, y está teniendo pensamientos delirantes. O podría ser incluso más calculador y estar buscando a una mujer crédula para que se haga cargo de él y sus hijos para compartir la carga.

Cuando ese médico o enfermera regrese, escribiré algo en el bloc para que tomen medidas y lo saquen de aquí. Después de todo, Emma parece simplemente seguirle la corriente. Quizás la está coaccionando de alguna manera.

Sea quien sea y cualesquiera que sean sus motivos, necesitan ponerse a buscar dónde está mi *verdadero* marido. Un sollozo se me atraganta en la garganta ante esta realización. Si Brad me quisiera, seguramente ya habría estado junto a mi cama, cogiendo mi mano y deseando que despertara después del trauma que he sufrido. Arrastro el bloc hacia mí y garabateo la palabra,

Brad.

4

—¿Qué ha escrito? ¿Qué dice? —El hombre estira el cuello por encima del hombro de Emma.

—¿Puedo ver yo también? —El chico mayor se deja caer de su silla y se abalanza a través de la habitación. Al menos va mejor vestido que su padre, con vaqueros, zapatillas Nike y una sudadera con capucha.

—Cuidado, Austyn, no tropieces cerca de las máquinas —dice Emma.

Austyn —siempre me ha gustado ese nombre para un chico. Intenta ocultar la página antes de que el hombre pueda verla, pero antes de que consiga tapar mi palabra con la mano, él ya ha leído lo que he escrito.

—Esperad en el pasillo, los dos. —No aparta los ojos de mí mientras les ladra la orden a sus hijos—. Necesito hablar con vuestra madre. ¿Te importa esperar ahí fuera con ellos? —Sus ojos pasan rápidamente a Emma y luego vuelven a mí. ¿Qué demonios está pasando? ¿Qué piensa hacerme?

Por favor, no me dejes sola con él. De verdad que no sé quién es. Tengo un nudo en la garganta del tamaño de una pelota de golf mientras busco la mano de Emma e intento transmitirle mi miedo apretándola con todas mis fuerzas. Hemos cuidado la una de la otra

desde que entramos en la vida de la otra en nuestra adolescencia y, ahora mismo, necesito que ella cuide de mí más que nunca.

—Chicos, *ahora*. —Con lo que suena como un sollozo, el niño más pequeño sigue a Austyn hasta la puerta. Pobres chicos. Ojalá estuviera en condiciones de tranquilizarlos de alguna manera. El hombre va tras ellos—. Siento haber levantado la voz, es solo que... —Sus palabras se desvanecen—. Prometo que solo serán unos minutos —dice con un tono más suave—. Id a la sala familiar y no os mováis.

Si *fueran* mis hijos, yo *no* los traería a una unidad de cuidados intensivos. Pero no son mis hijos, así que, probablemente, debería ocuparme de mis asuntos. El hombre se dirige al otro lado de mi cama y se sienta en la silla, de modo que ahora está frente a Emma. Ojalá pudiera decirle que no se ponga cómodo ahí, que solo quiero que se vaya. Está demasiado cerca de mí. Aprieto el puño debajo de la sábana y rezo para que no intente agarrarme la mano otra vez. Con suerte, el hecho de que sus hijos le estén esperando hará que se dé prisa y salga de aquí.

—¿Puedes ir con los chicos? —Está dirigiendo su pregunta a Emma.

—Están bien. Puedo ver la puerta de la sala familiar desde donde estoy sentada. No es que puedan hacer mucho daño ahí dentro. Literalmente solo hay dos sofás y una mesa de centro.

Gracias a Dios que no me deja sola con él.

—Mira, cariño. —El hombre junta las manos al lado de mi pierna. Al menos no está intentando cogerme la mano otra vez—. No puedo decirte lo mucho que lamento mi parte en lo que pasó el lunes pasado. Le he dado vueltas una y otra vez, y si contribuí de alguna manera a lo que ocurrió esa mañana, yo... —Su voz se apaga, y me mira como si esperara que le respondiera. Luego, cuando no lo hago, continúa con este discurso que probablemente ha ensayado diez veces. Después de todo, ha tenido tiempo suficiente para preparar su versión mientras yo he estado tumbada en esta cama. Mientras espero a ver qué va a hacer o decir a continuación, su rostro se ensombrece y, de repente, parece más enfadado que dolido. Seguramente no me hará daño.

—Pero ya me has castigado suficiente, Cathy, y este *fingimiento* — escupe la palabra como si fuera algo desagradable—, este *fingimiento* de no conocernos ya ha durado bastante. Estás siendo despiadada y cruel, y esos chicos que están ahí fuera no merecen este tipo de trato por tu parte. Ya han tenido que sufrir suficiente con tu indiferencia.

¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Por qué dice estas cosas?

—¿No has oído lo que te dije antes? —El hombre no responde, así que Emma continúa hablando—. Puede que tenga algún tipo de amnesia. —Su voz es suave—. Al menos espera hasta que le hagan otra tomografía y veamos los resultados antes de presionarla de esta manera.

—El problema que tengo, Cathy, es que *nunca* has estado satisfecha. —El rostro del hombre se endurece aún más mientras ignora a Emma. No aparta los ojos de mí mientras su voz se eleva—. Yo y esos chicos nuestros. —Señala desde sí mismo hacia la puerta y luego hacia mí—. *Nunca* has sido capaz de valorar lo que tienes, Cathy. Nunca hemos sido suficientes para ti, ¿verdad?

Vuelvo la cabeza hacia Emma como suplicándole que *haga algo, que lo saque de aquí.* Pero ella parece estar clavada en el sitio. Puede que sea algo extraño de notar en estas circunstancias, pero parece que se ha puesto extensiones en su pelo rubio rojizo. Normalmente lo lleva recogido, pero estoy segura de que no era *tan* largo la última vez que la vi. Parece algo extraño de hacer: arreglarse el pelo mientras un familiar está en coma.

—Siempre quieres más —continúa el hombre—, como *él*, por ejemplo.

Emma parece tan confundida como yo por un momento. —¿Oh, te refieres a *Brad*? —Levanta el bloc donde he garabateado el nombre de mi marido.

—No puedo soportar más esto hoy. —La voz del hombre está tan elevada que me sorprende que nadie haya entrado aún a investigar. Después de todo, estamos en una unidad de cuidados intensivos. Pero en algún lugar del pasillo, una alarma está sonando, así que el personal probablemente está ocupado con una emergencia—. Voy a llevar a Austyn y a Matthew a casa. Necesitan algo de normalidad

después de cómo los has tratado hoy. Pero recuerda mis palabras, volveré mañana y *más te vale* tener algunas respuestas para mí entonces.

Con eso, gira sobre sus talones y sale a grandes zancadas de la habitación. Señalo el bloc donde he escrito el nombre de Brad y espero a que Emma me mire. A través del dolor, logro decir con dificultad: —¿Dónde está?

5

—Solo soy yo —Emma reaparece junto a mi cama—. Buenos días.

Giro la cabeza hacia ella. *¿Lo son?*

—¿Aún no te ha vuelto la voz? —Me ofrece una sonrisa comprensiva.

Muevo la cabeza de lado a lado contra la almohada.

—¿Y tu memoria?

Esto es lo más difícil: sé que algo va mal con mi memoria, no hay otra explicación. Y es horrible, casi como si hubiera despertado en el cuerpo de otra persona.

—¿De verdad no recuerdas *nada*, cielo? —Sus ojos están llenos de preocupación.

Niego con la cabeza. Entonces, justo cuando está a punto de decir algo más, un chico joven entra en la habitación.

—Soy Tom, uno de los camilleros. Vengo a llevarla abajo para su exploración.

—¿Puedo ir con ella? —pregunta Emma, y le lanzo una mirada que espero interprete como gratitud. Probablemente le prometió a Brad que no se apartaría de mi lado hasta que él regresara. Debe de estar en casa comiendo algo, duchándose y durmiendo un poco. Quizás se había marchado justo antes de que despertara del coma ayer. Deben de ser días muy largos cuando estás sentado junto a la

cama de alguien en cuidados intensivos. Emma le habrá dicho que se tome su tiempo y descanse bien.

—Puede venir, pero no se le permitirá entrar en la sala.

Entorno los ojos cuando la luz tenue a la que me he acostumbrado se cambia por la fluorescencia del pasillo.

—Tu padre vendrá pronto —Emma camina junto a mi cama mientras me desplazan por el suelo liso.

—¿Mamá? ¿Harry? —Aunque es una agonía, consigo decir las palabras. No puedo entender por qué toda mi familia no estaba junto a mi cama ayer. En su lugar, me han dejado despertar rodeada de extraños. Gracias a Dios que Emma se quedó.

—No estoy segura —Se concentra en el ascensor que acaba de llegar—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —Le pregunta al camillero mientras el ascensor desciende, dejando mi estómago en la tercera planta. Por sus tácticas evasivas, parece que podría haber algo que Emma no quiere que sepa. Algo sobre mi madre o mi hermano. O incluso sobre Brad; tampoco me está contando mucho sobre él.



—Me llamo Elaine. Soy la radióloga que realizará su resonancia magnética hoy. Antes de entrar, ¿puedo confirmar algunos datos?

—Cathy no puede hablar muy bien en este momento —explica Emma—. Ha tenido el tubo puesto durante la última semana —señala su propia garganta.

—¿Puede asentir y negar con la cabeza? —La amabilidad en el rostro de la mujer me hace llorar. Me siento muy confundida y realmente no puedo ordenar mis pensamientos—. ¿Solo suavemente?

Asiento.

—¿Su nombre completo es Catherine Elizabeth Mason? —Luego recita mi fecha de nacimiento—. Lo que significa que tiene cuarenta años, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—¿Qué parte es incorrecta? —Echa un vistazo al expediente que sostiene—. ¿Su nombre o su edad...?

—Todo es *correcto* —dice Emma—. Cathy está un poco confundida desde que despertó ayer. El médico dijo que podría haber un problema de amnesia.

Mason, ¿desde cuándo me llamo *Mason*? ¿Y por qué alguien diría que tengo cuarenta años en lugar de treinta? Emma sabe qué edad tengo, después de todo, ella tiene la misma. Seguramente no parezco *tan* demacrada después de mi accidente, ¿no? ¿O es esto parte del problema con mi maldita memoria? No puedo entender ni pies ni cabeza de todo esto, como diría mi madre.

Escucho impotente mientras Emma confirma una dirección y un pariente cercano que nunca he oído nombrar. *Daniel Mason.* Después, confirma mi ocupación como editora asociada para Bookish en Londres. No sé de dónde ha sacado esa idea. Apenas he leído libros, y ni siquiera me *gusta* Londres realmente. Me emociono cuando visito la ciudad, pero siempre me alegra más volver al ritmo más tranquilo y al aire fresco de Yorkshire. Emma *sabe* esto, y también sabe que soy periodista, no una *editora asociada*.

—¿No hay ninguna posibilidad de que estés embarazada, verdad, Cathy?

Niego con la cabeza, aunque ¿quién sabe? *Cualquier cosa* podría haber pasado en los diez años que podrían haberse borrado de mi mente.

Emma se ríe ante la pregunta del radiólogo. —Como siempre dice Cathy, ella ya ha cumplido con su parte para la población.

No tengo ni idea de qué está hablando. No puede referirse a los dos chicos que estuvieron aquí ayer... sabría si los hubiera dado a luz, ¿verdad? Lo habría sabido en cuanto vi sus caras.

—Tendrás que esperar fuera en el pasillo —le dice el radiólogo a Emma. Quiero suplicarle que no me deje sola. Ya fue bastante duro cuando se fue a casa anoche, dejándome con la agonía de no poder juntar las piezas. Ella se siente como lo único estable a lo que puedo aferrarme ahora mismo, mientras todo lo demás en mí se está

desvaneciendo. O ya se ha ido. No tengo ni idea de quién se supone que soy, solo de quién era cuando tenía treinta años.

Solo quiero a mi marido, la persona con quien terminan mis recuerdos.

Me siento extrañamente envuelta en el escáner con forma de rosquilla mientras las luces y la maquinaria destellan y zumban a mi alrededor. Como si nada ni nadie pudiera hacerme daño. Pero cuando salga de aquí, mi nueva realidad seguirá esperándome. La incapacidad de levantarme de la cama, de pensar con claridad o incluso de comunicar lo que pienso o cómo me siento. Pero me aferro a cómo la enfermera Layton dijo que mi voz debería volver por completo en uno o dos días. Con suerte, para entonces, todo estará más claro, y al menos podré empezar a hacer preguntas. Y quizás, cuando me lleven de vuelta a la planta de UCI, Brad estará esperándome, ya que no vino ayer. Seguro que hoy viene a visitarme.

En lugar de ser Brad quien me espere cuando me devuelven a mi habitación, están papá y Teresa, mi madrastra, la madre de Emma. Al igual que Emma, Teresa y papá también parecen haber envejecido. El pelo de él se ha vuelto más fino y casi gris, y su cara está un poco más arrugada e hinchada de lo que recuerdo. Aunque al principio no quería creerlo, *debo* ser mayor de lo que recuerdo. Pero ¿*cuarenta*? No puedo haber *perdido* simplemente diez años de mi vida.

Ambos se ponen de pie de un salto cuando me traen de vuelta. —Hemos estado muy preocupados, ¿verdad, Bob? —Hay algo vagamente reconfortante en tener a Teresa aquí, ya que lleva un conjunto similar al que llevaba la primera vez que nos conocimos: una falda corta, leotardos de lana, un jersey grande que parece que podría pertenecer a papá y su cabello todavía oscuro recogido con una goma. No podría parecer, actuar o ser más diferente a mi madre, lo cual es, sin duda, el atractivo para papá.

—Tener el tubo en la garganta puede haberla dejado sin voz —explica Emma de nuevo—. Pero puede entenderos perfectamente.

—Gracias a Dios que estás despierta. —Papá se sienta en la silla junto a mí y me agarra la mano—. Teníamos terror de que fueras a morir.

Ahora que papá está aquí, solo quiero estar a solas con él, pero él y Teresa son claramente un dúo inseparable. Ella está involucrada en las cosas más que mi propia madre, como en los preparativos de mi boda con Brad, mi graduación y el vigésimo primer cumpleaños de Harry. Papá siempre dice: *ella es mi mujer ahora, no puedo venir sin ella*. Las visitas al hospital son claramente lo mismo.

—¿Por qué no vamos las dos a tomar un café, mamá? —Sonrío a mi hermanastra. Es como si Emma pudiera leerme la mente—. Cathy está mejorando, así que vamos tú y yo a ponernos al día.

Teresa se remueve en su asiento, y percibo su reticencia. Le gusta formar parte de las cosas, lo entiendo. Pero las únicas personas que quiero aquí mientras estoy en mi peor momento son las personas de mi familia más cercana.

Lo que incluye a Brad, dondequiera que esté.

6

—Te diré qué, cariño —Teresa saca su monedero del bolso y se levanta de su asiento—. ¿Por qué no vas *tú* a buscarnos un café para *todos*? Yo necesito quedarme aquí para apoyar a Bob.

Emma hace una mueca y agarra su bolso de donde lo había colgado en una de las sillas. —Vale, vale, sé cuándo sobro.

—No es eso —responde papá con su habitual tono conciliador—. Pero se supone que solo pueden estar dos personas por cama mientras Cathy siga en la UCI. ¿Cuánto tiempo *llevas* aquí hoy? Imagino que te vendrá bien un descanso.

—Desde primera hora —Emma toma el dinero que Teresa le da —. Pero Daniel y los chicos estuvieron aquí al mismo tiempo que yo *ayer*. Así que éramos *cuatro* a la vez entonces.

—Puede que sea diferente cuando los visitantes son familia cercana —Teresa vuelve a guardar el monedero en el bolso y se acerca más a mi cama—. Como nosotros. —Sonríe—. Bueno, dime, ¿qué recuerdas sobre lo que pasó el lunes pasado, cariño?

—No creo que pueda recordar nada —Emma se gira desde la puerta—. Como dije por teléfono, sigue preguntando por Brad, y parece creer que todavía tiene treinta años.

—Ya quisiera —Teresa se ríe mientras los pasos de Emma se alejan de mi puerta—. Aunque a mí tampoco me importaría que me quitaran diez años de encima.

—Me temo que Brad no vendrá a verte —papá aprieta mi mano entre las suyas y, por un momento, vuelvo a ser pequeña, con él cuidándome cuando estoy enferma—. Rompisteis hace años.

Niego con la cabeza con tanta fuerza que me duele. *No, no, no. Papá se equivoca. Brad dice que estaremos juntos para siempre. Hemos planeado todas nuestras aventuras, dónde viviremos, qué haremos y los lugares que visitaremos.*

—Ahora está comprometido con otra persona. Y tú estás casada con Daniel —continúa—. Vives en una casa fantástica en Otley con tus dos encantadores hijos, y has trabajado duro para llegar donde estás. —En ninguna parte de esa frase ha mencionado papá la felicidad o la satisfacción.

Vuelvo a negar con la cabeza. Supongo que se refiere a los chicos que estuvieron aquí ayer. *Son* niños encantadores, de verdad que lo son, pero nunca los he visto en mi vida. ¿Por qué nadie me cree?

—¿*De verdad* no puede recordar los últimos diez años? —Teresa le habla a papá como si yo ni siquiera estuviera presente mientras camina de un lado a otro a los pies de mi cama—. ¿O podría estar...?

—Teresa, en realidad, no estás siendo de mucha ayuda —papá frunce el ceño—. Quizás deberías ir tras Emma.

Asiento con la cabeza en señal de acuerdo, y ella me mira con enfado. —Me quedo aquí mismo. Yo también soy parte de esta familia. —Por fin, deja de dar vueltas y se sienta pesadamente en la silla al otro lado de mi cama.

Señalo la libreta que todavía descansa sobre la mesa, que la enfermera ha colocado en la esquina de la habitación. Papá sigue mi gesto y se pone de pie.

—¿Esto? —Apoya la mano en una jarra de agua.

Niego con la cabeza.

—¿Esto? —Señala la palangana. Me sentía mareada después de que me movieran para lavarme y cambiarme antes, pero por suerte, eso ha disminuido. La hermana Layton dijo que las náuseas son bastante normales con la cantidad de analgésicos que están introduciéndose en mi sistema, así que debo intentar, lo antes posible, dejar esta medicación a base de opiáceos.

De nuevo, niego con la cabeza.

—¿Esto? —Señala la libreta.

Asiento.

—Pero no puedes escribir —dice—. Tienes el brazo de escribir roto.

Levanto mi brazo izquierdo y luego señalo la mesa. Él la vuelve a colocar donde estaba antes —sobre mi cama para que pueda apoyarme en ella mientras formo lentamente las palabras,

¿Qué me pasó?

Él y mi madrastra intercambian miradas. Es una comunicación reveladora, como si no estuvieran seguros de qué decir. Mientras giro la cabeza de papá hacia Teresa, ella le está susurrando a papá lo que sea que no quiere que yo oiga.

—Solo tenemos que ser honestos —responde él.

—De acuerdo —parece sacar pecho—. Fue el lunes pasado por la mañana cuando estabas esperando tu tren a Londres —empieza. Señalo a papá, quiero que *él* me lo cuente, no ella. Si esto parece cruel, no pretendo que lo sea. Pero él está mirando a Teresa, quien continúa, o bien sin entender o simplemente sin importarle a quién quiero que me cuente la historia—. Ibas de regreso al trabajo para la semana.

Recuerdo que mi trabajo estaba *aquí* en Yorkshire como periodista freelance, así que no tengo ni idea de lo que está hablando. Por ahora, sin embargo, no tengo más opción que aceptar lo que todos me dicen. Tanto si puedo recordar mi vida como era o no, parece que ahora soy otra persona. La madre de alguien y la esposa de otro.

—Estabas en el andén un minuto, esperando a que llegara tu tren, y entonces... —su voz vacila.

Cierro los ojos, oigo el rugido de un tren, su bocina, algunos gritos, el olor a aceite de motor. Veo faros, luego oscuridad completa.

¿Acabo de tener un recuerdo? ¿O mi imaginación simplemente está procesando lo que mi madrastra me está contando? Fue

bastante vívido, pero no puedo estar segura.

—Luego al minuto siguiente, estabas tirada delante del tren —papá completa su frase—. No sabes la suerte que tienes de seguir aquí —se frota los ojos con el dorso de la mano—. La suerte que tenemos de seguir teniéndote.

—Pero no tienes ni idea de lo que nos has hecho pasar —Teresa saca un pañuelo del bolso que tiene en su regazo y se lo pasa a papá mientras suspira—. No puedo entender por qué no pudiste hablar con nosotros, con alguna de esas líneas de ayuda...

¿Qué quiere decir? Lo que pasó fue un accidente, ¿verdad?

—Una mujer se presentó ante la policía y dijo que habías estado llorando mientras esperabas en el andén. También dijo que no parecías muy *centrada* —Teresa dibuja comillas en el aire con sus dedos alrededor de su última palabra—. ¿Puedes recordar?

Niego con la cabeza.

—¿*Saltaste* delante del tren? —la voz de Teresa es demasiado agradable para haber formulado la pregunta que acaba de hacer.

—Se cayó —papá se inclina hacia delante en su silla.

—¿*Querías* hacerte daño, cariño?

—Ella *se cayó* —la voz de papá se endurece mientras mira fijamente a su esposa—. Por favor, Teresa, déjame hablar a mí, ¿eh? —le lanza una mirada significativa antes de volver a mirarme—. Daniel nos dijo que has estado teniendo algunos mareos.

Lo miro fijamente. ¿Cómo se supone que voy a tener una respuesta para eso cuando ni siquiera conozco a Daniel? Incluso si pudiera hablar, claro.

—Y no quiero ser gracioso, cariño, pero he visto más grasa en una patata frita... No puedo creer cuánto peso más has perdido durante el último año.

Típico de papá, siempre llama al pan, pan y al vino, vino. *He visto más grasa en una patata frita.* Lo que no necesita decir es cómo soy el polo opuesto a mi madre, que tiene una obesidad tan clínica que ni siquiera puede salir de casa. A menos que haya logrado perder algo durante este tiempo que se ha convertido en un vacío. He luchado toda mi vida con ser del otro extremo: incapaz de ganar peso. Cuando usaba pantalones cortos de adolescente, el

comentario favorito de papá era: *He visto mejores piernas colgando de un nido de pájaros*. Y mientras aún estaba en el colegio, se me conocía como el *esqueleto*. Era horrible. La gente no se da cuenta de que es tan ofensivo burlarse de alguien por estar delgado como lo es por tener sobrepeso.

No tengo problemas para recordar todo eso —mi infancia, mi adolescencia y mis veinte—, pero mis treinta parecen haber sido completamente borrados. Sin embargo, si ya no estoy casada con Brad, quizás no sea tan malo que no pueda recordar nuestra separación. Pero no sé cómo seguiré adelante, ya que realmente no puedo imaginar una vida de la que él no forme parte.

—Tu padre tenía razón: has tenido suerte —dice Teresa. Si supiera cuánto dolor siento y lo confundida e impotente que me siento, sabría que soy cualquier cosa *menos* afortunada—. Si ese tren no hubiera estado frenando... si...

—Teresa, por el amor de Dios.

Ella hace una mueca y se cruza de brazos.

—Lo siento, cariño —dice papá—. Es que estoy un poco estresado con todo esto. —Me mira fijamente con sus serios ojos marrones y se sube las mangas de la camisa por los brazos.

Señalo la libreta otra vez, y él la acerca más. Me lleva uno o dos minutos, pero consigo escribir las palabras:

Cuéntame.

—Vale, aunque sinceramente no sabemos mucho. —Él y Teresa vuelven a intercambiar miradas—. Como el tren estaba frenando hasta detenerse, solo te *rozó* antes de que lograra parar completamente. Además, caíste hacia adelante en su trayectoria en lugar de debajo del tren. Nos han dicho que si hubieras estado más abajo en el andén cuando entraba, cuando iba a mayor velocidad, podría haber sido una historia muy diferente.

Vuelvo a coger el bolígrafo y escribo:

¿Mamá?

Él coge la libreta de la mesa y la sostiene en el aire hacia Teresa. De repente, ella parece tan angustiada como papá. —Vas a tener que contarle la verdad.

¿Contarme *qué* verdad?

Ambos parecen estar congelados en el sitio.

—Contadme. —Fuerzo las palabras para que salgan, sintiendo la garganta como si me la estuvieran frotando por dentro con papel de lija.

—No puedo creer que tenga que darte esta noticia, especialmente cuando han pasado dos años desde que ocurrió, cariño.

Cierro los ojos otra vez, y ahí está ella, un bulto en el suelo de la cocina: mi madre. Me lanzo hacia ella, sentándome a horcajadas mientras el pánico me invade, golpeando su pecho en un vano intento de reiniciar su corazón. Mi voz resuena en mis oídos. «¡Mamá, mamá!» Harry también está ahí, paralizado por el shock mientras observa.

—Tu madre sufrió un infarto. Me temo que falleció.

Las lágrimas brotan de mis ojos y resbalan por los lados de mi cara, taponándome los oídos.

Teresa me pasa un pañuelo.

—Lo siento mucho, Cathy. —Papá está mirando al suelo—. Lo terrible de esta amnesia es que te hace sufrir las malas noticias dos veces.

Pasan unos momentos más de silencio. Ninguno de ellos parece saber qué decir después de semejante bomba, ni siquiera Teresa, y por lo que recuerdo de ella, *nunca* se queda sin palabras.

—¿Han venido ya la policía a hablar contigo? —pregunta finalmente.

Niego con la cabeza y señalo otra vez mi garganta. Es lo único que parece que he hecho desde que salí del coma: señalar mi garganta. Pero la gente sigue lanzándome preguntas, olvidando que todavía no puedo hablar.

—La policía ha estado revisando las cámaras de seguridad de la estación —continúa papá—. Todavía no nos han comunicado nada concreto, pero al menos están investigando a fondo lo que pudo haberte ocurrido ese día.

Saca su teléfono al mencionar a la policía. Probablemente está comprobando si se han puesto en contacto.

—No te preocupes, conseguiremos ayuda para ti. —Mientras papá mira su teléfono, Teresa toca mi mano donde termina la escayola, enviando una punzada de dolor por mi brazo—. Sea lo que sea lo que estaba pasando que te hizo pensar...

—Basta —espeta papá—. Hasta que Cathy pueda hablar por sí misma... —Se detiene cuando Teresa señala hacia la puerta, y dos policías se asoman a la habitación.

7

—¿Se puede? —pregunta una voz femenina desde la puerta.

Papá me mira y luego se levanta de su asiento. —Vuelvo en un segundo, cariño —Se apresura hacia la puerta, cerrándola tras de sí mientras conduce a los agentes de vuelta al pasillo.

Señalo hacia él y miro fijamente a Teresa con una expresión que espero transmita la pregunta que no puedo formular: *¿qué está haciendo*?

La expresión de Teresa es una mezcla entre preocupada y desconcertada. —Eh... probablemente se esté asegurando de que, sea lo que sea para lo que han venido, sean comprensivos contigo en el estado en que te encuentras.

Con la puerta cerrada, no puedo distinguir lo que se dice ahí fuera, pero estoy segura de que Teresa tiene razón.

—Adelante —les dice papá a los agentes mientras reabre la puerta y los hace pasar.

—No nos conocemos, pero soy la inspectora Ruth Turner —Una mujer delgada con raíces canosas se acerca a mi cama—. Y este es mi colega, el sargento Ben Richards —Señala a un hombre atractivo que parece tener la mitad de su edad. Me hace ser muy consciente del estado en el que me encuentro, con la cabeza medio rapada y los moratones multicolores, por no mencionar el camisón del NHS que llevo puesto. Al menos ahora que estoy despierta y papá está

aquí, puedo pedirle que me traiga algo decente para el tiempo que tenga que quedarme en el hospital.

—Es un placer poder hablar con usted al fin —El sargento sonríe en mi dirección. Tiene un aire a Brad, y apuesto a que cuando no está de servicio lleva su pelo oscuro de punta. Un torrente de lágrimas se acumula dentro de mí. Papá dijo que ya no estamos juntos. Brad está comprometido con otra persona.

—Ustedes deben ser...

—Los señores Wheeler —Teresa se levanta para estrechar la mano de la inspectora Turner—. Bob y Teresa.

La inspectora le devuelve el gesto, obviamente sorprendida. La mayoría de la gente no ofrece un apretón de manos a los agentes de policía. En cambio, ven lo que yo veo: que la mera presencia de un detective normalmente significa que ha ocurrido algo malo o que alguien está en problemas. —¿Son los padres de Cathy?

—Bueno, yo soy su padre, pero Teresa —papá hace un gesto hacia ella al otro lado de mi cama mientras vuelve a ocupar su asiento junto a mí—, Teresa es mi segunda esposa, la madrastra de Cathy.

Miro a Teresa y noto cómo su rostro decae ante esta presentación, como si ser mi *madrastra* la hiciera menos importante.

—De acuerdo, bueno, nos hemos hecho cargo del caso relevando a los agentes de menor rango que estaban investigando inicialmente —comienza la inspectora—, y llegaremos al *porqué* en un momento.

—¿Les importa si nos sentamos? —El sargento señala con la cabeza al otro lado de la habitación hacia las sillas donde se sentaron los chicos ayer.

—Adelante —dice papá sin levantarse. Me sorprende su actitud. Normalmente, se levantaría de un salto y les acercaría las sillas, pero se queda en su asiento, tomando mi mano buena como antes de levantarse para hablar con los agentes. Es como si no quisiera soltarme. Yo tampoco quiero soltarlo, especialmente ahora que ha llegado la policía.

Arrastran las sillas alrededor del espacio que ocupan las máquinas y se colocan a los pies de mi cama. Me han dicho que los monitores deben permanecer como están durante otro día o dos, al

menos hasta después de los resultados de mi resonancia magnética. Después hablan de trasladarme a la unidad de cuidados intermedios.

—Bueno, en primer lugar, permítame repetir lo que acaba de decir el sargento Richards: estoy muy contenta de verla despierta —A pesar de su voz autoritaria y su apariencia severa, la boca de la inspectora Turner forma una media sonrisa mientras me mira—. Ciertamente parece estar en mejor estado de lo que mencionaron nuestros colegas.

—Si fuera un gato —se ríe Teresa—, diría que prácticamente ha agotado sus siete vidas después de lo que pasó el lunes pasado.

Es típico de mi madrastra quitarle importancia a mi situación. Estoy a favor de ser positiva, pero no puedo pensar en *nada* que sea realmente positivo en mi vida. Estoy viva, sí, pero mi calidad de vida difícilmente parece prometedora: todavía no puedo hablar, no estoy segura de quién soy y ni siquiera sé si puedo caminar. Miro fijamente a la agente mientras espero a que continúe.

—¿Te encuentras en condiciones de responder a unas preguntas, Cathy?

—Ha tenido un tubo metido por la garganta durante la última semana —dice Teresa—. Así que no, no está en condiciones de hablar.

—¿Cuándo lo estará?

—Pasará al menos otro día o dos —responde papá.

—Bien, tan pronto como lo estés, necesitaremos hacerte algunas preguntas —dice la inspectora Turner—. Pero mientras tanto, ¿podemos contaros en qué punto se encuentra nuestra investigación?

—Por favor, hacedlo. —Papá arrastra su silla lo más cerca que puede de mi lado, como si se asegurara de estar listo para apoyarme.

La hermana Layton asoma la cabeza en la habitación con una expresión lo bastante severa como para igualar a la de *cualquier* agente de policía. —Cuando informamos a vuestro departamento de que Cathy estaba despierta —mira directamente a la inspectora Turner con ojos penetrantes—, no pretendíamos que pudierais venir

directamente a su cabecera. Estamos en medio de la evaluación de sus lesiones.

—Lo siento —responde la inspectora Turner—. No es lo que se nos dio a entender.

—Todavía no puede responder a ninguna pregunta, tal como le dije a vuestro departamento ayer por teléfono. —Su voz transmite autoridad, pero ninguno de los agentes hace ademán de levantarse de sus asientos. Tampoco quiero que lo hagan.

—Podría haber habido un malentendido con nuestro personal administrativo.

—Cathy no ha recuperado la memoria *ni* siquiera la capacidad de hablar.

Aquí vamos otra vez. La gente está hablando de mí como si ni siquiera estuviera presente.

—Nuestra investigación ha revelado algo que la *familia* necesita saber —dice la inspectora Turner.

—¿Podemos simplemente decirles lo que vinimos a comunicar —pregunta el sargento Richards—, y luego volveremos cuando Cathy esté más capacitada para hablar? —La sonrisa que le dirige a la hermana Layton probablemente sea difícil de rechazar.

—De acuerdo. Cinco minutos, no más.

—Gracias.

—Y solo como referencia para el futuro... —Las cabezas de los agentes se vuelven hacia la puerta mientras la hermana Layton continúa—: Cuando Cathy sea trasladada a la unidad de cuidados intermedios —su voz es cortante—, *solo* se permiten dos visitas por cama a la vez.

Papá, normalmente una persona de temperamento ecuánime y complaciente, hace una mueca cuando la jefa de enfermeras se aleja por el pasillo. —Estoy seguro de que normalmente harían excepciones con la regla de las visitas cuando se trata de la *policía* —dice—. Probablemente solo esté teniendo un día difícil.

—Entonces, ¿qué es lo que tenéis que decirnos? —Teresa mira de un agente al otro.

—Bueno, como ya sabéis... —La inspectora Turner parece estar hablándoles a ellos, en lugar de a mí. Solo Emma me ha tratado

como si no fuera una medio tonta desde que desperté—. Nuestros compañeros ya han hablado con muchos de los conocidos, amigos y familiares de Cathy, incluidos vosotros, tengo entendido.

—Así es —confirma Teresa. ¿Por qué tiene que ser *ella* quien hable todo el tiempo? Debería dejárselo a papá.

—Y se tomaron declaraciones de tantos testigos oculares como fue posible después del incidente del tres de marzo —continúa.

Así que lo están llamando *incidente* en lugar de *accidente*. ¿Qué significa eso? Ojalá pudiera recordar lo que pasó. O quizás todo es tan horrible que mi mente está tratando de protegerme de la realidad. Cuanto más intento recordar, más me duele la cabeza.

—Con todo eso, hemos podido construir una imagen general de la vida de Cathy, pero hasta *hoy*, no había nada específico sobre los momentos previos a que fuera arrollada por el tren de Londres. Afortunadamente para nosotros, eso ha cambiado.

Papá se sienta más erguido en su asiento. Probablemente yo haría lo mismo si pudiera. Antes me sentía mareada y somnolienta, pero lo que se está discutiendo aquí definitivamente me ha puesto más alerta.

—Como sin duda ya les habrán informado —continúa el sargento Richards—. Nuestros colegas de la Policía de Transporte Británica han estado estudiando las grabaciones de las cámaras de seguridad del andén y de todos los puntos de entrada a la estación.

—¿Y? —Emma está de pie detrás de los agentes con una bandeja de tazas. No me di cuenta de cuándo volvió a entrar en la habitación. Esa supervisora de planta va a pasárselo en grande ahora con cinco visitantes alrededor de mi cama en lugar de dos.

—¿Puedo preguntar quién es *usted*? —pregunta la inspectora Turner, girándose en su asiento—. ¿Es usted familiar?

—Es mi hija —responde Teresa—. Emma.

—¿Así que es la hermanastra de Cathy?

—También soy su amiga —responde Emma, e intento sonreírle, pero me duelen los puntos. Supongo que es inusual que las hermanastras se lleven tan bien como nosotras. Deja las tazas sobre la mesa auxiliar de mi cama.

—No voy a negar que hemos tenido dificultades —continúa la inspectora Turner—. No solo la estación de Leeds estaba extremadamente concurrida esa mañana, tanto que es casi imposible distinguir lo que sucede entre tal multitud, sino que además hacía muchísimo frío.

—¿Qué diferencia supone eso?

—Significa que muchas personas que entraban en la estación y esperaban en el andén tenían sus rostros parcialmente cubiertos con gorros y bufandas. Sin embargo —su voz adquiere un tono más severo—, por la velocidad con la que Cathy emergió de entre la multitud hacia la vía del tren, junto con la posición en la que cayó delante del tren, hemos determinado información crucial.

—¿Cuál es? —Emma se sienta al lado mío en la cama. La hermana Layton la regañó por hacer esto ayer. Al parecer, es "extremadamente antihigiénico en una unidad de cuidados intensivos", además del riesgo que supone para mí. Aunque con los varios huesos rotos que ya tengo, no creo que Emma pueda causarme mucho más daño.

Contengo la respiración mientras espero esta supuesta información crucial. Mi memoria puede haber desaparecido, pero de alguna manera, desde el momento en que desperté de mi coma ayer y me informaron que había sido herida en las vías del tren, he tenido una sensación en los huesos sobre lo que esta agente posiblemente va a comunicar. También he tenido la sensación de que las cosas estaban lejos de ir bien en mi vida cuando llegué a la estación de tren el lunes pasado. Si mis temores se confirman, puede que haya poco sentido en intentar recuperarme y volver a ponerme en pie. Tal vez debería rendirme ahora mismo.

—Su hija... —Se dirige ahora a papá, pero no a mí. Ninguno de los dos agentes me está mirando ya. La única persona que me mira es Emma, y siento la fuerza de su apoyo.

—Díganlo ya. —Teresa se remueve en su asiento.

La expresión de la inspectora Turner se vuelve más seria. —Señor Wheeler, su hija no saltó desde ese andén.

—¿Ves? Te lo dije. —Papá sisea desde el otro lado de la cama hacia Teresa, cuya boca forma un mohín ante sus palabras.

—Tampoco se cayó.

—Entonces, ¿qué *sucedió*? —La voz de Emma suena lejana mientras hace la pregunta a la que creo que no quiero oír la respuesta.

Si no salté y no me caí, solo puede haber una explicación.

—Cuando el tren con destino a Londres estaba entrando en la estación de Leeds, lamento informarles que Cathy —mira alrededor de nuestro grupo, pero su mirada final se posa en mí—. Cathy fue *empujada* delante de él.

—No. —Teresa deja escapar un jadeo de conmoción—. Seguro que no.

—Quien fuera responsable —insiste la inspectora Turner—, quería causarle un daño grave. Quien fuera responsable quería *matarla*.

8

AL MENOS CADA MEDIA HORA, he tenido enfermeras pinchándome y palpándome, revisando mis monitores y alumbrándome los ojos con linternas. Como si eso no fuera suficiente para mantenerme despierta, está el dolor que siento, un dolor incesante. Aunque me han dicho que también tengo varias costillas rotas y una clavícula fracturada, el dolor se concentra principalmente en mi brazo roto y mi cabeza. Pero mucho peor que eso es la interminable tortura mental.

Alguien quiere que esté muerta.

Ni siquiera estoy segura de que *quiera* recuperar la memoria —¿y si eso me pone en mayor peligro? Una vez que quien fuera descubra que he recordado lo que pasó aquel lunes por la mañana, podría intentar llegar hasta mí de nuevo —para terminar lo que empezó. Pero ¿por qué? No puedo haber sido una persona tan horrible como para que alguien quisiera que muriera.

Como ha sugerido la policía, podría haber sido atacada aleatoriamente por algún psicópata. La otra posibilidad es que me empujara alguien que conoce mi rutina semanal a Londres, y es *este* pensamiento el que se asienta en mi pecho como un peso muerto. Podrían llegar a este hospital en cualquier momento, y no estoy precisamente en condiciones de presentar batalla. Todo podría acabar para mí en cuestión de minutos —o incluso segundos.

Estoy agotada por el esfuerzo de intentar desentrañar mi memoria. Al menos cuando estaba en coma inducido, podía descansar un poco. Mi mente no ha dejado de dar vueltas desde que me trasladaron a esta sala de tres camas en la unidad de alta dependencia, pero al menos el silencio no ha sido tan mortecino como en la unidad de cuidados intensivos. Supongo que una vez que te han trasladado a esta planta, la perspectiva no es tan sombría. Estoy en la cama del extremo, no hay nadie en la del medio, y la mujer de la cama del otro extremo parece estar durmiendo la mayor parte del tiempo.

Pero estoy harta de los incesantes timbres y alarmas, de las voces susurrantes que no son realmente susurros y de los pasos que chirrían por el pasillo. ¿No se supone que el personal del hospital debe llevar zapatos *silenciosos* por la noche? Solo quiero dormir —escapar del desconocimiento y huir del miedo interminable.



—Hola —una cabeza pelirroja se asoma por mi cortina. Es el hombre que ahora sé que se llama Daniel. Mi supuesto marido. Con su camisa a cuadros y sus vaqueros sin forma, incluso viste como un viejo. Su atuendo no es muy distinto a algo que podría llevar papá.

Todavía no sé qué pasó entre Brad y yo, pero supongo que podré reconstruirlo todo en las próximas horas y días. Desde luego tengo mucho tiempo para pensar mientras estoy atrapada en esta maldita cama. No puedo creer que Brad y yo ya no estemos juntos, y el dolor de haberme roto *las cuatro* extremidades habría sido preferible al dolor de echarlo de menos.

—¿Cómo te encuentras? —Daniel avanza con cautela, con los hombros tensos, con un par de álbumes de fotos bajo un brazo y una pequeña bolsa de viaje colgando del otro. Si ha traído algunas de mis cosas, realmente no ha traído mucho.

—He estado mejor. —Mi voz ha vuelto parcialmente, y me han dicho que no hay motivo por el que no vuelva por completo. Solo he estado intubada poco más de una semana, lo que no es mucho en el

esquema de las cosas, según me han dicho. Sigo deseando estar todavía inconsciente —parece preferible a todo lo que estoy teniendo que afrontar.

—La policía vino a verme anoche. —Toma asiento junto a mi cama y deja caer la bolsa a su lado. Es la primera vez que estoy a solas con él desde que desperté, y decir que es incómodo es quedarse corta. Habla en voz baja, sin duda consciente de la presencia de la otra mujer y sin querer molestarla.

—¿Te contaron lo que *realmente* me pasó la semana pasada? —La comprensión de que alguien intentó matarme regresa como un relámpago.

—¿Que te empujaron? Sí, me lo han dicho.

Es imposible saber lo que está pensando. Tal vez esté en estado de shock. O quizás habría sido más fácil para él que quien me empujó hubiera tenido éxito —podría ser menos doloroso que tener una esposa que ni siquiera le recuerda.

—¿Puedo traerte algo, Cathy? —Evidentemente, no quiere hablar de lo que le han contado. Realmente, no le culpo. ¿Qué puede decir? ¿Qué puede decir *cualquiera*?

—¿Como qué?

—¿Una bebida, una revista, algo de comer? Te he traído algunas cosas de casa. —Señala la bolsa—. Unos pijamas y un cambio de ropa.

—Eso está bien. Al menos no tendré que seguir enseñando el culo cada vez que el personal necesite moverme. —Me tiro del cuello del camisón.

—Me alegro de que hayas recuperado la voz.

—No del todo. —Me llevo la mano a la garganta—. Todavía me duele.

Hay una palpable expresión de alivio en el rostro de Daniel mientras se levanta de la silla y coloca los álbumes de fotos sobre la mesa. —Entonces, ¿ahora me recuerdas? ¿Significa eso que recuerdas a los niños?

Niego con la cabeza y le dirijo lo que espero sea una mirada de disculpa. —Realmente estoy teniendo muchas dificultades, para ser sincera. —Parpadeo rápidamente, tratando de contener las lágrimas

—. Siento como si ni siquiera supiera quién soy —me señalo a mí misma—, y por ahora, voy a tener que confiar en lo que tú y los demás me contéis sobre los últimos años.

—Los niños estaban muy disgustados el otro día. —Daniel evidentemente no puede mantener mi mirada—. Ha sido muy duro para ellos... lo que te ha pasado, tus problemas de memoria...

—Lo siento —digo con voz ronca—. Sinceramente pensé que os habíais equivocado de habitación cuando desperté. Son todos estos medicamentos. —Inclino la cabeza hacia las máquinas. Son muchas menos que las que había cuando estaba en la unidad de cuidados intensivos, pero me han mantenido con el mismo nivel de analgésicos porque no me siento preparada para reducir la dosis. Luego están el gotero y el catéter, de los que espero que puedan deshacerse pronto.

—No pasa nada. —Pero puedo ver por su cara que sí pasa.

—¿Los niños están en el colegio?

—¿Austyn y Matthew? —Su rostro se relaja—. Sí, querían volver ayer para ver si estabas mejor, pero parece que entienden que es mejor darte unos días más para recuperarte.

—Parecen chicos inteligentes. —*Debería* saber esto ya. Es horrible tener dos hijos de los que ni siquiera recuerdo haber dado a luz. Me alegro de que haya traído estos álbumes; con suerte, contienen fotos que despertarán algo en mí.

Él sonríe. Puede que no recuerde a Daniel, pero parece un hombre bastante agradable, aunque un poco mayor. —Sí, han salido a mí —sonríe—, es broma.

—Bueno, no habrían salido a mí. Mi cerebro parece papilla.

—El doctor Glover me aconsejó que trajera algunas fotos cuando habló conmigo el otro día. —Daniel abre uno de los álbumes y acerca la mesa—. Mira, este es nuestro álbum de bodas. —El fino papel que separa la portada de la primera página cruje mientras lo levanta entre sus dedos.

—¿Cuándo nos casamos? —Apenas me atrevo a mirar la página. Si *soy* yo en las fotos, todos mis temores se confirman. Definitivamente estoy casada con alguien que *no* es mi querido Brad.

—Hace ocho años —responde—. Bueno, serán ocho años el diecinueve de agosto.

Es claramente diferente a Brad, que nunca recordaba mi cumpleaños, y mucho menos nuestro aniversario de bodas. Ni siquiera recordaba su propio cumpleaños la mayoría de las veces y siempre me dejaba a mí la organización. *Si tú no puedes celebrar el día en que naciste*, solía decirle, *¿entonces quién lo hará? Tengo* que dejar de pensar en Brad. Obviamente es parte de mi pasado, pero no puedo evitarlo. Necesito llegar al fondo de lo que pasó para romper nuestro matrimonio, pero Daniel probablemente no sea la mejor persona a quien preguntar. Hablaré con Emma cuando venga a visitarme. Ahora que puedo hablar.

—Éramos muy felices. —Pasa la mano suavemente por la página, y yo entorno los ojos en la luz tenue para ver lo que quiere mostrarme. Efectivamente, ahí estoy yo, con un modelo ceñido de encaje mientras ambos sonreímos a la cámara. Daniel parece notablemente más joven ahí que hoy, teniendo en cuenta que solo han pasado ocho años. Es más delgado, no lleva gafas y tiene mucho más pelo. Pero incluso entonces, sigue sin parecer mi tipo —no como Brad, el absoluto cliché de alto, moreno y guapo.

—¿Cómo nos conocimos? —No puedo imaginar cómo pude sentirme atraída por este hombre.

—En el Festival de Literatura de Ilkley.

—¿En serio? —Ese es el último tipo de evento al que podría imaginarme asistiendo. Como periodista, cubría noticias y no tenía nada que ver con el mundo literario. Ni siquiera he leído desde que era niña, antes de estar demasiado ocupada cuidando de mi hermano pequeño cuando mamá estaba demasiado borracha. *Mamá.* El recuerdo de ella me envuelve como un sudario. Puede que fuera difícil, pero seguía siendo mi madre. Y ya no está.

—¿Estás bien? —Daniel me devuelve al momento presente.

—No había recordado que mi madre había muerto. Me lo dijo papá.

—¿De verdad? —Sus ojos se ensanchan—. Eso fue hace dos años.

Estudio el estampado de mi cortina. —Así que, como puedes imaginar, ha sido un shock. *Todo* está siendo un shock. Incluso mi trabajo. —Será mejor que no mencione nada sobre Brad.

—Eres editora. Yo soy escritor. —Daniel señala de mí a él mismo.

Todavía no puedo hacerme a la idea de ser editora. Espero que la experiencia que debo haber adquirido regrese, de lo contrario, podría quedarme sin trabajo. ¿Quién sabe si tengo algún tipo de futuro? Quien me empujó a esa vía de tren podría venir por mí de nuevo, y la próxima vez, sin duda se asegurará doblemente de terminar el trabajo. ¿Y si la policía no consigue atraparle? Por lo que nos han dicho hasta ahora, no tienen mucho con lo que trabajar, así que encontrar a quien me hizo esto no parece prometedor. Tampoco tener ningún tipo de vida normal con mi potencial asesino aún capaz de atacar en cualquier momento.

—Tú ganas el dinero gordo —continúa Daniel—. Mientras yo me quedo con los niños.

—Así que trabajas desde casa, ¿escribiendo? —*Casa*. Me pregunto cómo será mi casa. No puedo imaginar que sea algo parecido a la que compartía con Brad, nuestra caja de zapatos recién construida que, aunque diminuta, era todo lo que necesitábamos. Gasté cada céntimo disponible en esa casa, haciéndola perfecta.

—Sí, casi he terminado de escribir mi primer thriller psicológico.

Lo que ahora es la historia de mi vida. Un thriller psicológico que raya en el horror desde que descubrí que alguien me quiere muerta.

—Samantha está interesada en ofrecerme un contrato editorial.

—¿Samantha?

—Trabajáis juntas. Ibais a por el mismo puesto.

El rostro de una mujer destella en mi mente. Pelo largo, oscuro y ondulado. Tacones de infarto, vestido rojo. "Rojo de directora". Su voz resuena en mi mente. "Sé que aún no tengo el puesto, pero es importante aparentar".

—Al parecer —continúa Daniel—, sería un conflicto de intereses que *tú* me tuvieras en *tu* catálogo. Por estar casados.

—Menos mal, porque no recuerdo ni lo más mínimo sobre la edición. *Ni* sobre thrillers psicológicos.

Cierro los ojos. ¿Qué demonios haré si mi memoria no regresa? Tendré que empezar de cero. ¿Quién seré? ¿Qué haré?

La mujer de la cama del fondo comienza a lamentarse. Y yo también siento ganas de hacerlo.

9

DANIEL MIRA FIJAMENTE la máquina que monitoriza mi ritmo cardíaco y la presión arterial. —¿Estás segura de que no puedo traerte algo de comer o beber?

Señalo los goteros conectados a mi brazo. —Me están alimentando e hidratando, no hay necesidad de preocuparse.

—Mira, aunque no recuerdes quién soy, sigo siendo tu marido. —Hace un gesto hacia el álbum de boda—. En la salud y en la enfermedad, supuestamente... ¿recuerdas?

Qué tontería acaba de decir. Evidentemente, *no* recuerdo. —¿Entonces dónde están mis anillos? —Levanto la mano de la cama. No me he acostumbrado a no llevar los anillos de Brad desde que desperté. No teníamos mucho dinero cuando nos comprometimos, así que el anillo, que siempre fue demasiado grande para mi delgado dedo anular, era un pequeño topacio azul con unos diminutos diamantes a su alrededor. Estaba rebajado, pero lo adoraba. Luego, mi alianza, que ajustaba mejor, lo mantenía en su sitio después de casarnos.

—Sigues perdiendo peso. —Daniel toca mi dedo donde debería llevar los anillos—. Están en tu joyero en el alféizar de la ventana de nuestro dormitorio, para que no los pierdas.

Cierro los ojos*. Una caja de madera —un pequeño armario en miniatura llena mi mente. La ventana orientada al sur da a un*

campo soleado donde se reúnen varios dueños de perros. No soy una de esas personas —no me hablan si alguna vez camino entre ellos.

—Ah, vale. —No puedo imaginarme compartiendo dormitorio con este hombre, pero evidentemente lo hago.

—Realmente, deberías haber ajustado tus anillos, lo que fue otro motivo de discordia. —Suspira.

—¿Así que hubo varios? Motivos de discordia, quiero decir.

—¿De verdad necesitas que te lo recuerde? —Su ceja arqueada por encima del marco de sus gafas sugiere que se pregunta si mi amnesia es todo un acto elaborado.

—De vez en cuando tengo pequeños destellos de memoria, pero eso es todo. He tenido una visión del tren y, justo ahora, creo que pude ver mi joyero. ¿Nuestra casa da a un campo?

—Así es, en la parte trasera de la casa. —Por un momento, parece pensativo—. Bueno, los *destellos* de memoria son una señal *positiva*, ¿no?

—Después de lo que he descubierto sobre que me empujaron, tengo mucho miedo de lo que voy a recordar. —Puede que esté confiando en Daniel, pero eso no significa que me sienta cómoda en su compañía.

—¿Has tenido noticias sobre los resultados de tu escáner? —Cierra el álbum de boda y lo desliza dentro de su funda.

—Llegaron ayer. —Ajusto mi brazo enyesado con el brazo bueno, haciendo un gesto de dolor ante la punzada.

—¿Y? —Se inclina hacia adelante en su silla.

—Es una de las cosas que el médico sospechó al principio: *amnesia postraumática*. Me explicó algunas cosas sobre ello, pero me costaba asimilar lo que decía.

—Está bien, puedo investigar sobre eso.

—Una cosa que *sí* recuerdo que dijo es que mi memoria podría estar afectada durante días, semanas, meses o incluso años. A veces dura para siempre.

*Como Brad y yo deberíamos haber durad*o, pienso con una punzada de tristeza. Pero nada es para siempre, como solía decir mamá, especialmente después de que ella y papá se divorciaran.

Ojalá estuviera todavía aquí —bueno, la versión de ella antes de que la botella y una dieta poco saludable la hicieran prisionera.

—¿Recuerdas que discutimos la mañana antes de que te fueras?

Niego con la cabeza y luego me recuesto en la almohada suave. —¿No delante de Austyn y Matthew, espero? —Los nombres de mis hijos suenan extraños en mi boca, casi como un idioma extranjero.

—No, seguían dormidos, lo cual supongo que es normal a las seis y cuarto de la mañana.

—Lo siento, pero realmente no puedo recordar. ¿Por qué estábamos discutiendo? Genial, así que no solo estoy casada con un hombre que no es Brad, sino que ni siquiera es un matrimonio feliz. Si mi memoria no regresa, no puedo imaginarme poder quedarme. ¿Cómo puedo compartir una casa y una cama con un hombre hacia el que no siento absolutamente nada, excepto repulsión?

—Fue más de lo habitual, lamento decirlo —agacha la cabeza.

—¿Que es?

—Vale, voy a ser sincero —toma aire profundamente—. Era el saber que preferirías estar en tu elegante trabajo en Londres con tu ex trabajando en su lujoso empleo al otro lado de la calle, en lugar de estar en lo que tú llamaste, y cito, *una monotonía alucinante*. —Dibuja comillas en el aire—. En casa conmigo y los niños.

—¿Eso es lo que dije? Lo siento. Pero cuando dices *ex*, supongo que te refieres a Brad, ¿verdad?

El rostro de Daniel se ensombrece. —Sinceramente, no puedo creer que seas capaz de recordarle a *él* pero no a tus dos malditos hijos. —Coge el otro álbum de fotos y lo deja caer encima del álbum de la boda—. Mira, son *nuestros* hijos, *tus* hijos.

Miro la primera fotografía. Soy yo, sin duda, sonrosada y feliz, acunando a un bebé recién nacido en una sala de partos. Es más cómo esperaría verme a mí misma. Más yo que la horrible visión que vi cuando persuadí a la Hermana Layton para que trajera un espejo a mi habitación ayer. Me veo *terrible.*

—Sigue mirando.

Paso la página y una imagen más profesional llena mi visión. Me han alisado mis rebeldes rizos oscuros y llevo maquillaje intenso. Reconozco el vestido. Es uno que le cogí prestado a Emma para una

salida nocturna cuando era más joven; ella debió de dejarme quedármelo. En la foto, estoy flanqueada por versiones más jóvenes de Austyn y Matthew, cada niño aferrado a uno de mis brazos como si tuvieran miedo de que me fuera. Un velo de lágrimas nubla mis ojos. Deberían haber sido mucho más importantes para mí que mi trabajo.

—¿Soy una buena madre?

Daniel aparta la mirada, respondiendo a mi pregunta sin decir una palabra.

—Dime la verdad.

—Como te he dicho, hasta quedarme sin aliento, te necesitan más que *cualquier* otra persona en tu vida, incluido *él*.

—¿Te refieres a Brad?

—¿A quién si no?

—Entonces Brad sigue en mi vida, ¿es eso lo que estás diciendo?

—No entremos en eso. —Sus ojos se fijan en el brillante suelo blanco—. Si no puedes recordar lo que estaba pasando, entonces no nos causemos el disgusto de volver a sacarlo todo a la luz, ¿eh? Ahora no.

—Pero necesito aclarar las cosas. —El pánico aumenta ante la reticencia de Daniel a ser sincero conmigo. Evidentemente sabe mucho pero parece estar dispuesto a contarme muy poco—. ¿Cómo puedo seguir con mi vida si ni siquiera sé quién se supone que soy... —Mi voz se apaga—. *Fuera lo que fuera* que eso significara.

—Has vuelto con nosotros *ahora*, ¿no? —Su tono se suaviza—. Mira, quizás algo bueno *pueda* salir de todo esto.

—¿Cómo demonios llegas a esa conclusión?

10

—Pasa, tío —la voz de Daniel suena fuerte en el silencio de la media tarde. He estado entrando y saliendo del sueño, lo que resulta menos tedioso que fingir ser la esposa de Daniel, especialmente cuando él no puede, o no quiere, ayudarme a descubrir quién era yo antes de que me empujaran. Debe conocer a gente en mi vida que podría haberme querido quitar de en medio, lo suficiente como para arriesgar su conciencia e incluso su libertad.

—Mi padre llamó para decir que está despierta —es la voz de mi hermano.

Harry y yo estamos uno frente al otro en lo que podría ser su pasillo, y él me está gritando a la cara. Gritando de verdad. Veneno, saliva, todo. Pero me cuesta distinguir sus palabras.

Entonces, tan repentinamente como el rugido de su voz ha llenado mis oídos, todo vuelve a estar en silencio, excepto por los suaves ronquidos de la mujer al otro lado de la habitación.

Mantengo los ojos firmemente cerrados. Si finjo estar dormida, quizás pueda escuchar algo de uno o ambos que pueda ser útil, algo que realmente me ayude, en lugar de las respuestas diluidas a las preguntas que he hecho hasta ahora.

—Sí, el lunes. Pensé que habrías venido antes.

—¿Estás seguro? —su voz se acerca, y la fragancia de aftershave que capto evoca algo en mí. Estoy segura de que es el mismo que

solía usar Brad—. Parece igual que cuando la visité el fin de semana.

Al menos Harry ya me ha visitado. Sé cuánto odia los hospitales por las veces que tuvimos que visitar a mamá a lo largo de los años. Mi hermano *suena* exactamente igual a como lo recuerdo, pero probablemente no se ve igual. Nadie lo hace después de diez años. Me muero por abrir los ojos para averiguar si ha cambiado mucho, pero es mejor quedarme aquí tumbada y escuchar.

—Todavía está muy cansada —responde Daniel—. El cóctel de analgésicos que le están dando no ayuda.

Tampoco el calor, diría yo, si no estuviera fingiendo estar dormida. Parece que hace unos grados más de calor aquí que en la unidad de cuidados intensivos.

—¿Es cierto que ha perdido la memoria? —Se oye el crujido de una silla cuando Harry se sienta.

—En su mayor parte. Años enteros. Cree que todavía tiene treinta.

—Ya le gustaría —Harry se ríe—. En fin, probablemente sea lo mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Solo que últimamente no ha sido precisamente la persona más alegre para estar cerca, ¿verdad? Antes de todo esto, quiero decir.

Ahora estamos hablando. Aquí es donde podría hacer algunos descubrimientos.

—Para ser justos —la voz de Daniel es vacilante—, la versión de Cathy que ha despertado es mucho más agradable que la que acabó delante de ese tren.

—Bueno, eso es bueno entonces, ¿no? —La voz de Harry es ligera y despreocupada, como si estuvieran discutiendo un resultado de fútbol en lugar del roce demasiado cercano con la muerte de su hermana.

—Parece querer tenerme más cerca hoy.

—Eso suena como un gran paso adelante.

Vaya, si Daniel me prefiere cuando ni siquiera puedo recordar quién es él, entonces nuestro matrimonio debe haber sido bastante terrible.

—Estoy tratando de verlo todo positivamente —continúa—. Podría ser como una especie de reinicio.

—Si tú lo dices —la voz de Harry está llena de escepticismo—. Si puedes superar lo que siente por *Brad*.

—Al menos no tendré que preocuparme por *eso* nunca más —dice Daniel—. Ni tampoco me la imagino volviendo a su trabajo.

—¿Y eso?

—Cree que todavía es periodista freelance. ¿Tu padre no ha mencionado nada?

—Adiós a su flamante puesto de directora —dice Harry con un rastro de diversión—.

Me cuesta mantener los ojos cerrados cuando en realidad me gustaría abrirlos y decirle lo que pienso. Hablar de patear a un perro cuando está caído. Sin embargo, voy a seguir escuchando para ver qué más podrían decir mientras creen que estoy dormida. He cuidado de Harry toda su vida, y si no hubiera estado ahí para él durante las épocas en que mamá no podía, probablemente habría acabado en un hogar de acogida.

—Su éxito en el trabajo ha sido lo único de lo que papá no ha dejado de hablar —continúa Harry—. Constantemente la está alabando, es la historia de mi vida. Con suerte, le darán el ascenso a esa Samantha y se acabó.

—Has oído hablar de ella, ¿verdad? —me imagino a Daniel arqueando una ceja al decir esto.

—Solo unas cuantas veces —Harry se ríe—. ¿Ha venido a visitar a Cathy? Está buenísima, esa tía.

—Brevemente —Daniel sorbe su bebida, y de repente me encuentro deseando una taza de té. Desde que desperté, me han alimentado e hidratado a través del gotero y con algún que otro sorbo de agua. A veces, me pregunto por qué se molestan, y tengo que luchar contra la sensación de que estaría mejor muerta. Quizá sería preferible a esperar a que mi aspirante a asesino vuelva para terminar el trabajo—. Fue durante los primeros días de Cathy aquí.

—Una pena que no fuera cuando yo estaba. ¿Se quedó mucho tiempo?

—No, solo unos minutos. Venía a dejar una tarjeta de recuperación de parte de los editores.

—Como si eso le fuera a hacer algún bien a Cathy —mi hermano vuelve a reírse—. Algo *tuvo* que decir.

—Lo de siempre.

—Quizá *ella* acabe cargando con la culpa de haberla empujado delante del tren, ya que competían por el mismo puesto —dice Harry —. Sin duda es una forma de quitar a tu oponente de en medio.

—Samantha está muy lejos de ser alguien que haría algo así —la voz de Daniel adquiere un tono defensivo—. Además, si vamos a jugar al juego de la culpa, *tú* serías un candidato más probable.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Tengo entendido que vosotros *dos* estabais discutiendo la noche antes de que esto ocurriera —las palabras de Daniel flotan por la habitación como si estuviera paseando por ella—. Y es curioso cómo esta es solo la segunda vez que das la cara desde que la ingresaron.

—No parecía tener mucho sentido estar aquí constantemente mientras estaba en coma —responde Harry—. Ni siquiera lo habría sabido.

—Sigue siendo tu hermana.

—No es como si hubiera habido mucho cariño entre nosotros en los últimos años. Sin importar lo que haya pasado, no puedo olvidar algunas de las cosas que ha dicho.

No puedo seguir aquí tumbada escuchándoles hablar de mí como si no estuviera presente. Necesito respuestas, respuestas directas. —¿Por ejemplo? —abro los ojos, evidentemente sobresaltándolos a ambos con mi voz—. Ya no estoy en coma, puedo oíros ahora. Cada maldita palabra.

Harry, ocho años menor que yo, parece completamente diferente al muchacho desgarbado de mis recuerdos. Su pelo ya no es tan rubio, y aunque lleva una sudadera con capucha y vaqueros, es obvio que debajo del bolsillo canguro ha desarrollado una considerable barriga. No tengo ni idea en quién se ha convertido el chico al que solía conocer por dentro y por fuera. Por lo que parece, quizá Harry ni siquiera quiera que lo sepa. Parece que no le caigo

muy bien, y no tengo idea de cómo se supone que debo sentirme respecto a él. ¿Por qué nos habríamos peleado para que se mostrara tan hostil?

La mujer de la otra cama parece alterada.

—Pobre mujer —digo.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé, pero está inconsciente la mayor parte del tiempo y luego muy confundida cuando no lo está. Incluso más confundida que yo —fuerzo una sonrisa.

—¿Me estás diciendo en serio que no recuerdas nuestra última conversación? —Harry sacude la cabeza—. ¿O es este un juego retorcido? Tratar a todos en tu vida como una mierda y luego fingir que no recuerdas lo mal que les has afectado. Tienes suerte de que esté aquí siquiera.

Miro hacia Daniel, que ha corrido la cortina y está mirando por la ventana como si no quisiera participar en nuestra conversación. Desde donde estoy tumbada, no parece haber mucho que contemplar ahí fuera. Solo paredes de ladrillo y tejados.

—Tú quédate ahí en tu bendita ignorancia —la irritación en la voz de Harry se agudiza—. No importa lo que hayas dicho o hecho, todos estamos aquí para consentirte.

—Emma ha sido completamente amable —respondo—. Al menos ella no tiene una agenda. Solo quiere que me recupere.

—Santa Emma —replica Harry—. Se supone que yo soy tu propia sangre, y siempre has pensado diez veces mejor de ella. A *ella* no le habrías dado ni una fracción de la mierda que me diste la última vez que hablamos.

—¿De qué estás hablando? —mi pecho se oprime mientras las lágrimas se acumulan en mis ojos. No puedo soportar esto. Me duele la cabeza, me duele cada centímetro del cuerpo y el vacío dentro de mí parece que nunca se va a llenar.

Y hay alguien merodeando en la puerta.

11

—Espero que no estés alterando a mi paciente —Una joven de pelo rubio con trenzas francesas muy apretadas entra en la habitación a paso ligero. Lleva una túnica oscura y unas mallas, así que debe trabajar aquí. Sin embargo, viste diferente al personal de enfermería —. Soy Zoe. Voy a ayudarte a ponerte en pie de nuevo —explica—. Soy tu fisio. —Dirige su atención a Harry y luego a Daniel—. Quizás ustedes, caballeros, quieran ir a tomar un café mientras Cathy y yo nos conocemos.

—Gracias —digo mientras salen obedientemente de la habitación. Ya me cae bien—. Ojalá tuviera tanto control sobre quién me visita.

—Lo tienes, y no tienes por qué ver a nadie que no quieras. —Inclina las persianas de mis ventanas—. Estás aquí para recuperarte, no para escuchar lo que alcancé a oír cuando venía entrando.

—Para ser sincera, solo hay dos de mis visitantes a quienes realmente *quiero* ver. —La sonrisa que intento esbozar me duele en la cabeza cuando la piel se tensa sobre mis puntos.

—Sin duda podemos hablar más sobre eso —se ríe—. Aunque no voy a trabajar contigo en el ámbito psicológico como tal, todo está interconectado con tus mejoras físicas. Es importante que solo tengas a tu alrededor personas que aceleren tu recuperación en lugar de alterarte.

—¿Cómo dice el refrán? —respondo—. Dios nos da la familia...

—Gracias a Dios podemos elegir a nuestros amigos. —Se sienta en el borde de mi cama—. En fin, en una nota más positiva, después de leer tu historial, parece que lo estás haciendo increíblemente bien.

—¿Cómo llegas a esa conclusión? —Miro hacia abajo a mi cuerpo roto, este yo que ni siquiera ha intentado ponerse de pie o caminar todavía. ¿Cómo puede alguien decir que *lo estoy haciendo increíblemente bien*?

—Para empezar, has salido de la UCI —comienza—. Vas a salir de la unidad de cuidados intermedios en los próximos días, *y* estás *hablando*. —Sonríe—. Para ser completamente sincera, Cathy, lo que has soportado podría haber resultado en daño cerebral *grave*. —Su voz vacila—. O algo mucho peor. Pero no hace falta que te lo diga. —Su tono se eleva de nuevo—. En cualquier caso, estoy aquí para ayudarte a centrarte en el lado positivo.

—Pero ni siquiera puedo recordar nada de los últimos diez años. Todo es completamente borroso. Ni siquiera sé quién soy. —Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente brotan de mis ojos —. Es como si estuviera atrapada en el pasado, pero, por supuesto, todo ha cambiado.

Quiero hablar de Brad, pero me derrumbaré si empiezo. No sé cuánto habré llorado ya por nuestro matrimonio cuando nos separamos, pero lo que siento ahora es como si solo hubiera ocurrido ayer. Es lo mismo con mi madre, pero de alguna manera, el dolor de ya no estar con Brad es más agudo que la pérdida de mamá. Brad me *quería*; mamá solo me necesitaba.

—Tenemos esperanzas de que todo vuelva. —Zoe me aprieta el brazo bueno—. Lo veo continuamente. Solo ten paciencia y no intentes forzar las cosas.

—¿Sabes si mi memoria volverá de repente toda a la vez, o si continuará como hasta ahora? —Me froto la garganta. Me han aconsejado hablar lo mínimo posible y probablemente hoy he hablado mucho más de lo que debería—. He estado teniendo retazos y fragmentos de recuerdos, pero nada que pueda unir con certeza.

—No es mi área de especialización —responde—, pero imagino que podría ser cualquiera de las dos opciones. Pero para lo que *sí* estoy aquí —su voz se vuelve más autoritaria—, es para ponerte en movimiento.

—Solo quiero quitarme esa cosa. —Señalo mi bolsa de catéter.

—La positividad es lo que te llevará ahí más rápido. Y mucha determinación, así que hoy vamos a hacer que te sientes al borde de la cama con los pies en el suelo, y vamos a intentar algunos ejercicios para conseguir algo de movimiento en esas piernas. —Abre mi cortina.

La sonrisa que le devuelvo es tan débil como me siento. Ahora mismo, no tengo ninguna positividad ni determinación. Solo quiero quedarme aquí tumbada y revolcarme en el estado en el que me encuentro. ¿Hay siquiera algún sentido en luchar por volver a estar en forma? No puedo quitarme la sensación de que quien me empujó delante de ese tren volverá para terminar el trabajo.

Pero al menos estoy aquí, segura en el hospital. Me han dicho que las puertas de todas las plantas están cerradas. Quien quiera hacerme daño no puede acercarse.

Al menos, eso espero.

12

—¿Y qué importa que la casa esté a tu nombre? —Daniel cierra de golpe la puerta del lavavajillas—. Es el hogar de los niños.

—¿Qué quieres decir? —atravieso la cocina a zancadas.

Se mueve antes de que llegue hasta él y se dirige hacia la nevera. —No hay un tribunal en todo el país que me obligara a abandonar esta casa. No cuando soy su cuidador principal.

—Eso ya lo veremos. La pagué yo, ¿recuerdas?

—Haz lo que quieras, Cathy. Ya no puedes echarme esto en cara. —Saca una cerveza de la nevera de un tirón—. Además, sin mí, ni siquiera tendrías una carrera. ¿Quién cuidaría de nuestros hijos las veinticuatro horas del día?

—Ya me las arreglaría. De todos modos, yo he apoyado tu carrera. —Le señalo con el dedo—. No tendrías la libertad de escribir tu libro si mi dinero no lo permitiera. —Me dejo caer en una silla de la mesa.

—Tu dinero. Se supone que estamos casados, ¿no? —Se lleva la botella a los labios—. Se supone que debemos compartir.

—Los dos sabemos que solo estás conmigo por la casa y el dinero. —Mi voz retumba por toda la cocina. No puedo creer que estemos discutiendo. Ni siquiera he comprobado si los niños se han dormido.

—Bueno, no es por el cariño ni el sexo. —Ruge con una falsa carcajada que me pone aún más los pelos de punta.

—No deberías haber arruinado tanto tu crédito, ¿verdad? Nunca he conocido a un hombre adulto tan inepto para gestionar el dinero.

Golpea la botella contra la encimera. —Tu hermano no es mejor, así que no me vengas con esas tonterías.

—Solo te estoy avisando de lo que viene, eso es todo: una carta de mi abogado. No podrás decir que no se te ha advertido.

—¿Cómo está la paciente hoy? —Me sobresalto y despierto en la nueva habitación a la que me han trasladado.

Entrecierro los ojos bajo la luz del sol de primera hora de la tarde hacia donde mi hermanastra está asomándose por la puerta.

—Oh, menos mal, solo eres tú. —Mi voz está tan temblorosa como mi cuerpo.

—Bueno, tomaré eso como una bienvenida. —Emma se ríe—. ¿Estás bien?

—Estaba teniendo un sueño extraño —respondo—. Discutía con Daniel.

—Ninguna novedad entonces. —Se acerca a la silla que hay a mi lado—. Todos hemos notado que no os estabais llevando muy bien. —Me mira con más curiosidad—. ¿Era solo un sueño, o crees que podrían estar volviendo los recuerdos?

Al menos con Emma puedo ser yo misma, sea quien sea *yo misma* desde que desperté.

—No estoy segura, pero era muy vívido.

—¿Qué pasaba?

Tomo aire antes de responder, mientras las voces de las enfermeras en su puesto llenan el silencio. Entonces, cuando estoy a punto de describir mi sueño, no encuentro las palabras. Aprieto los ojos, pero todo lo que veo son luces de colores parpadeantes y formas. —¿Sabes qué? Creo que no puedo recordarlo.

—Bueno, quizás no merecía la pena recordarlo. Tal vez te vuelva a la memoria más tarde. —Me coge la mano—. De todos modos, nunca respondiste a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Te pregunté cómo estás. Espero que tu memoria no sea tan mala que no puedas recordar lo que dije hace menos de un minuto. —Vuelve a reírse. Ojalá pudiera reírme con ella, pero encontrar la alegría en *cualquier cosa* me parece algo inalcanzable. Cada vez que he visto a alguien sonreír desde que desperté —un visitante o alguien del personal médico—, pienso: *¿qué podría haber para sonreír?* Es como si estuviera en un profundo agujero negro, y es un lugar muy solitario.

Emma parece tan "entera" consigo misma. Mientras yo estoy aquí tumbada, todavía conectada a esta maldita sonda y aún sin poder levantarme de la cama, ella tiene un aspecto acogedor con su jersey grueso, falda vaquera, medias de lana y botas. Miro mis pijamas de forro polar. Al menos he salido de esa bata de hospital.

—Me han dicho que estoy progresando bien —respondo—, pero no me siento así. Todo parece bastante desesperanzador, para ser sincera.

—No puedo imaginar por lo que estarás pasando.

—No sé qué hacer. —Cierro los ojos, sin querer ver la compasión dibujada en su rostro—. Para ser sincera, estoy *aterrorizada* de que mi memoria regrese de golpe y me golpee la verdad sobre lo que pasó.

—¿Qué quieres decir?

—Me asusta *saber* con certeza quién me empujó delante de ese tren y descubrir *por qué*. Cuando lo recuerde, quizás eso les dará una razón suficiente para terminar lo que empezaron. Querrán impedir que pueda tomar medidas.

—Quizás sea mejor que no lo recuerdes. Lo que te ha pasado es material de pesadillas, y probablemente estés mejor sin saberlo —Emma señala mi caja de uvas—. ¿Puedo?

—No tienes que preguntar.

Coge una de la caja y se la mete en la boca—. ¿Qué pasa con las uvas y los hospitales?

—Daniel dijo que los niños querían comprarme flores, pero ya no se permiten flores, es algo relacionado con las alergias. Así que recibí uvas en su lugar.

—¿Daniel ha vuelto a venir?

—Un par de veces —suspiro mientras una imagen de Brad con sus amables ojos y su sonrisa ladeada llena mi mente. Daría cualquier cosa para que hubiera sido *él* quien *hubiera visitado un par de veces*—. Cada vez que llega, solo deseo que fuera Brad. No siento absolutamente nada por Daniel.

—Vaya —responde—. Debe ser duro. ¿Y qué hay de Austyn y Matthew? ¿Han vuelto?

—Los traerá más tarde. Puedo *actuar* como si fuera su madre, pero he tenido tan poco que ver con *cualquier* niño que estar cerca de ellos no me resultará natural, especialmente en un entorno como *este*.

—Entonces, ¿cómo vas a manejar las cosas? —Juguetea con el borde de su coleta y parece distraída, como si estuviera esperando para cambiar de tema.

—Zoe dijo que existe la posibilidad de que mi instinto maternal simplemente surja de forma natural cuando esté con ellos.

—¿Quién es Zoe?

—Es mi fisio. Ha sido estupenda. Si no fuera por ella, por ti y por papá, ya habría tirado la toalla por completo.

—Hablando de instinto maternal... ¿quieres oír una buena noticia? —Inclina la cabeza hacia un lado mientras espera mi respuesta.

—Desde luego que me vendría bien una.

Su rostro adquiere una expresión tímida mientras mete la mano en su bolso—. Aquí tienes, tía Cathy.

Me lleva un momento asimilarlo mientras miro fijamente las manchas blancas y las líneas en la imagen que me ha entregado—. Dios mío, ¿es lo que creo que es? —Levanto los ojos de la imagen a su cara, que se ilumina con una sonrisa—. Vaya, son noticias maravillosas, enhorabuena —Pero incluso ahora, todavía tengo que forzar el entusiasmo en mis palabras. Así de bajo he caído.

—Gracias.

—Te abrazaría si pudiera, por supuesto que lo haría, pero solo tengo un brazo. ¿De cuánto estás?

—Solo de doce semanas, pero lo suficiente para empezar a contárselo a la gente.

—Yo no soy solo *gente*.

La sonrisa desaparece de su rostro—. Si soy sincera, Cathy, pareces un poco indiferente. Pensaba que estarías más emocionada.

—Lo estoy, claro que lo estoy. Es solo que... mira, ignórame, estoy un poco deprimida últimamente. De verdad que intentaré salir de esto.

¿Lo haré, o solo son palabras?

—Lo celebraremos como es debido cuando vuelva a casa —Fuerzo la sonrisa más alegre que puedo—. Con suerte, estaré en condiciones de organizar un baby shower.

Esta miserable caída, bueno, empujón, incluso me ha arrebatado *este* momento. Debería estar saltando de alegría por Emma, pero me resulta tan difícil celebrarlo sinceramente.

—¿Puedes recordar tus dos baby showers?

Niego con la cabeza—. Solo estoy rezando para que los sentimientos de *ser* la madre de Austyn y Matthew vuelvan de golpe.

—¿Sabes *realmente* que eres su madre?

—Claro que lo sé. Daniel trajo algunos álbumes de fotos, así que he visto fotos en la sala de partos. No podrían haber sido falsificadas —Fuerzo una risa.

—Debe ser muy duro para ti ahora mismo —Mira alrededor de la habitación individual—. Pero al menos te han trasladado a una planta adecuada. Estás mucho mejor *aquí* que en las otras dos plantas, y eso debe significar que estás mejorando.

—Solo espero conservar esta habitación hasta que me den el alta. Al menos estoy durmiendo un poco más.

—¿Te ha dicho algo el médico o el fisio sobre el alta?

—Necesito poder manejarme mejor —contesto—. Zoe vuelve mañana y dice que me hará caminar. Una vez que demuestre que puedo moverme por mi cuenta y cuidar de mí misma, probablemente me dejarán irme a casa. Al parecer, tengo que ser capaz de subir y bajar un tramo de escaleras.

—¿Aunque no hayas recuperado la memoria?

—Eso parece. Sinceramente, Emma, todo se detiene cuando tengo unos treinta años.

—¿Así que todavía recuerdas todo lo de antes, pero *nada* del presente? —Se coloca un mechón de pelo rubio rojizo detrás de la oreja. Instintivamente, intento hacer lo mismo, pero mis dedos se detienen en los puntos de sutura. No puedo creer que me hayan afeitado la mitad del pelo. Algunos dirían que me ha salvado la vida y debería estar agradecida, pero simplemente no puedo sentirme así.

—Ni una cosa. Y para ser sincera, me da mucho miedo recuperarlo todo. No me va a gustar lo que descubra, ¿verdad?

Emma hace una pausa. —¿Quieres que sea sincera, solo para reducir la angustia si recuperas la memoria?

—Ya es hora de que *alguien* lo sea. He entendido que no todo era color de rosa con Daniel, y claramente había problemas entre mi hermano y yo.

—Bueno, me conoces, y sabes que hablo desde el cariño.

—Suéltalo ya. —Suspiro.

—Mira, Cathy, no hay forma de endulzarlo, pero estabas enfrentada con casi *todo el mundo* antes de tu accidente.

—No fue un accidente.

Las lágrimas me pican en los ojos. No quiero estar enfrentada con *nadie.* Solo Dios sabe en quién me convertí en la treintena, pero no parece que me fuera a gustar a mí misma.

—¿Entonces qué hice para merecerlo? Si es que alguien merece que le empujen delante de un tren.

—Solo sé que te habías centrado mucho en el trabajo; parecía ser lo único que importaba. Bueno, no solo el trabajo, también...

—¿Brad?

Asiente con la cabeza.

—¿Es por eso que no ha venido a verme?

Me dirige una mirada extraña. —Os separasteis hace unos nueve años.

—¿Sabe siquiera lo de mi accidente? ¿Alguien se lo ha contado? ¿Tu Joel sigue siendo su jefe? —Disparo las preguntas más rápido de lo que ella puede responderlas.

—Bueno, eh, sí. Ha trabajado en la empresa desde que tengo memoria.

—Entonces seguro que ya se ha enterado de que estoy en este estado. No entiendo por qué no ha venido a verme.

—No lo sé. No puedo decir...

—Mira, ¿puedes pedirle que venga a verme?

Frunce el ceño.

—Por favor, Emma. Verle podría refrescarme la memoria. El médico me ha dicho que siga hablando con *todo el mundo.* Esa es la mejor oportunidad que tengo para recuperar completamente los últimos diez años.

—¿Cómo reaccionaría Daniel si Brad apareciera de repente? ¿Has pensado en eso?

—No tiene por qué enterarse, especialmente si Brad viene durante el horario escolar, cuando Daniel esté recogiendo a los niños. Mira, Emma —intento incorporarme un poco más—, no hay nadie más a quien pueda pedirle que se ponga en contacto con Brad. Se lo pediría a mi padre, pero no creo que quisiera involucrarse *hasta ese punto*. En cualquier caso, probablemente diría lo mismo que tú: *¿qué pasa con Daniel?*

—Vale, vale, puedo preguntarle, pero claro, no hay garantía de que quiera venir, así que no te hagas ilusiones.

Relajo la cabeza contra la almohada. Aunque estoy desesperada por ver a Brad, una parte de mí está muerta de miedo. Para ser sincera, no sé qué camino debería tomar. Tal vez debería simplemente huir a las montañas y vivir el resto de mis días como una ermitaña.

Estaría más segura así de quien quiera que me quiera muerta, y al menos no tendría que fingir ser madre y esposa de unos niños y un hombre que ni siquiera recuerdo.

13

ESTOY PERDIENDO la cuenta de los días que llevo despierta. Con solo las comidas para marcar el tiempo, ni siquiera sé qué día es. Aunque tampoco es que esté comiendo realmente. Solo lo suficiente para que empiecen a reducirme el gotero. No tengo apetito, y no es como si estuviera gastando energía.

La noche una vez más se ha convertido en día. Parpadeo en el amanecer emergente antes de cerrar los ojos. No quiero estar despierta, no quiero enfrentarme a otro día sin saber quién soy. Pero el sueño no viene a rescatarme. En cambio, como siempre, todo lo que veo es la cara de Brad.

—Has vuelto un día antes —cierro la puerta del salón tras de mí y me dirijo hacia él mientras entra por la puerta al pasillo. Pero en lugar de la sonrisa que nunca ha fallado en derretirme, su rostro está endurecido por la ira.

Quizás he malinterpretado su estado de ánimo, o tal vez está enfadado por culpa de otra persona. Pero no, permanece inmóvil como una estatua mientras continúa fulminándome con la mirada. —Vaya, esto sí que es una sorpresa —digo.

—¿Más bien un shock, quieres decir? —Mira más allá de mí hacia la puerta cerrada de nuestro salón—. ¿A quién tienes ahí dentro?

—No es nadie. Solo un amigo —recorro la distancia que nos separa.

—Eso no es nadie, ¿verdad? ¿Qué amigo? —Se desplaza hacia un lado.

—Es algo relacionado con el trabajo, estamos trabajando juntos en un proyecto —Me giro e intento abrazarle, pero él esquiva mi alcance.

—Sé que estás tramando algo —espeta—. Por eso he vuelto — Nunca suele levantar la voz normalmente.

—No estoy tramando nada, de verdad.

—¿Cómo se supone que voy a construir mi carrera para darnos la vida que nos hemos prometido cuando ni siquiera puedo confiar en ti mientras trabajo fuera? —Señala repetidamente con el dedo en dirección a la puerta del salón mientras habla.

—Puedes confiar en mí. Te quiero —protesto.

—Entonces, ¿por qué he oído lo mismo de tres personas diferentes, Cathy?

—¿Qué personas? ¿Qué están diciendo?

—Sobre lo que andas haciendo cuando no estoy —Su voz se eleva aún más.

—No ando haciendo nada, te lo juro.

—Estoy esperando una presentación —Se dirige hacia el salón—. Entonces, ¿vamos a llamar a tu amigo para que salga o qué?

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra hoy? —La cara sonriente de Zoe aparece en la puerta. Mi respiración se vuelve densa y rápida después de mi imaginario encuentro con Brad. ¿He recordado algo? ¿O solo estaba soñando? Nuestra discusión se sintió tan real como la nariz de mi cara, y ahora que he despertado, me invade una sensación de arrepentimiento. Es como si hubiera hecho algo malo, algo de lo que ni siquiera soy consciente.

—¿Cathy? —Zoe se dirige hacia mí.

—Perdone —Fuerzo una sonrisa—. Solo he tenido un sueño extraño, eso es todo —Todavía estoy desconcertada por ello. ¿Qué he hecho?

—De acuerdo. Bueno, si quiere un minuto antes de que empecemos —agita en el aire un bastón de aspecto extraño—, está perfectamente bien. ¿O prefiere hablar sobre ello?

—¿Sobre qué?

—Su sueño —Apoya el bastón en el suelo—. Su cerebro estará procesando todo tipo de cosas ahora mismo, tratando de darle sentido, intentando recuperarse del trauma.

—Sí, fue extraño, era como...

—¿Qué? —Se sienta en la silla junto a mi cama.

Una sensación nebulosa similar a la que tuve ayer me envuelve. —¿Sabe? —cierro los ojos—, creo que ni siquiera puedo recordarlo.

—¿El doctor le mencionó hablar con un terapeuta?

—Sí, ha hecho una derivación a algún sitio, pero me advirtió que tendría que esperar un tiempo —No añado que puede que no tenga "un tiempo" disponible. No cuando alguien me quiere muerta.

—Eso suena bastante acertado. ¿Podría acudir a uno privado?

—Parece que podría hacerlo. Por lo que puedo deducir, tengo un buen trabajo y suficiente dinero. Le pediré a mi padre que lo investigue.

Parece confundida. —¿No vas a preguntarle a tu marido?

Niego con la cabeza. —Para ser sincera, no creo que las cosas fueran muy bien entre nosotros antes de todo esto. Parece que estábamos pendiendo de un hilo. Probablemente solo viene aquí porque siente que debe hacerlo.

—¿Te ha dicho eso él?

Asiento. —Y realmente no puedo imaginar cómo voy a desarrollar sentimientos por él de repente, tanto si recupero la memoria como si no.

—Es una situación realmente difícil —Su rostro está marcado por la compasión.

—Para ser sincera —señalo el bastón a su lado—. No parece que tenga sentido hacer *nada* de esto. Probablemente pronto estaré muerta.

—Podrías ver las cosas de otra manera, Cathy —Se inclina hacia adelante en su asiento.

—¿Qué quieres decir?

—Obviamente, va a ser duro *si y cuando* el momento real en que te empujaron vuelva a tu memoria. Pero si llegaras a recordarlo, hay muchas posibilidades de que el maníaco que te hizo esto pueda ser encerrado durante muchos años.

—El médico dijo que *quizás nunca* lo recuerde. No puedo recordar cómo lo expresó, pero fue algo sobre cómo mi cerebro puede no haber almacenado el suceso como un recuerdo.

—Sí, he oído hablar de eso. La mente puede hacer cosas extrañas para proteger a una persona.

—Lo siento. Sé que soy difícil de tratar ahora mismo. Quizás deberías pasar a tu siguiente paciente.

—Tonterías —Se pone de pie—. No voy a aceptar un no por respuesta. Voy a levantarte y hacerte caminar hoy, aunque sea lo último que haga.

—Realmente *podría* ser lo último que haga.

Ella sigue sonriendo mientras coge el bastón. Por mucho que me caiga bien mi fisio, es tan guapa que me hace sentir como Quasimodo. No me he mirado en un espejo desde aquel día en la UCI, pero mi cara magullada y mi cabeza rapada están más que grabadas en mi ojo mental.

—No me siento con ánimos hoy.

—Estás teniendo un día bastante negativo, ¿verdad? —Se sienta en el borde de mi cama junto a mi pierna, aún agarrando su bastón.

—Todos los días son así.

Me limpio una lágrima. No soporto sentirme así, y ni siquiera puedo decir que quiero recuperar mi vida, o sí puedo, pero no es la vida que supuestamente llevaba con Daniel. Es aquella en la que estaba felizmente casada con Brad y tenía todo un futuro por delante.

—Mira, Cathy, todavía eres joven, no tienes problemas de salud subyacentes, así que no hay razón por la que no podamos luchar juntas y conseguir que vuelvas a ponerte en pie correctamente.

—Pero no es *tu* lucha, ¿verdad? —Las lágrimas vienen más rápido ahora.

—No, pero es mi trabajo —Su voz es suave mientras saca un pañuelo de la caja de mi mesa y me lo pasa—. Y estoy aquí para

ayudarte y apoyarte.

—Lo siento, no quiero echarte todo esto encima. No *quiero* sentirme así.

—Bueno, entonces vamos —Se levanta de mi cama—. Tienes una familia encantadora y un trabajo importante esperándote cuando salgas de este hospital. Así que pongámonos en marcha.

—Pero es una vida que ni siquiera *deseo* —Giro la cabeza. El nudo en mi garganta es tan enorme que apenas puedo hablar—. Si la policía no atrapa a quien me hizo esto, voy a...

—¿Recuerdas lo que te dije el otro día sobre mantenerse positiva? —Zoe me mira fijamente—. ¿Cómo eso determinará lo que ocurra a partir de ahora?

—Eso es fácil para ti decirlo. No eres tú quien está aquí tumbada con la cabeza rapada, un montón de huesos rotos y sin tener ni idea de quién se supone que eres.

—Es cierto —Zoe parece estar eligiendo sus palabras con cuidado —. Pero ya que lo mencionas, ¿sabes qué haría yo si estuviera en tu lugar? ¿Quieres que te lo diga?

Permanezco callada porque tengo la sensación de que me lo va a decir tanto si quiero escucharlo como si no.

14

—Yo estaría *LUCHANDO* por recuperar mi memoria y mi salud física —dice Zoe—. No me *detendría* ante nada para mejorar, que es exactamente lo que *tú* deberías estar haciendo.

—Pero mírame. ¿Cómo demonios se supone que voy a hacer eso?

Ella respira hondo. —Bueno, para empezar me tienes a mí. Pero *tú* tienes que poner de tu parte.

—¿Pero cómo?

—Pues, en primer lugar, necesitas seguir practicando *todo* lo que te pido, lo cual repasaremos en unos momentos. Todos los movimientos y ejercicios.

—Pero eso no ayudará a atrapar a quien me puso aquí, ¿verdad? —Me recuesto en las almohadas y fijo la mirada en las baldosas del techo.

—Además —insiste ella—, necesitas exprimir el cerebro de *todas* las personas de tu vida para llenar los huecos en tu memoria. Averigua sobre vuestras relaciones y vuestros sentimientos mutuos. Graba las conversaciones para no perderte nada, lleva un diario —señala el bloc de notas donde estaba escribiendo palabras sueltas antes de que recuperara la voz—. También deberías empezar a anotar cualquier sueño que tengas justo en el *momento* en que te despiertes, o incluso podrías probar la hipnoterapia si conseguimos

el visto bueno para que vayas por ese camino —Zoe va marcando los puntos con los dedos como si estuviera repasando una lista de la compra—. Y tan importante como todo lo que ya he mencionado, debes examinar tu actividad en línea, que debería ser *muy* reveladora.

—¿Pero cómo puedo llevar un diario cuando ni siquiera puedo escribir? —señalo mi bloc de notas—. Y tampoco puedo acceder a mi teléfono; la policía lo tiene. Siguen revisando mis mensajes y llamadas.

—Eso debería ayudarte cuando la policía te lo devuelva. Con suerte tendrán copias impresas de tus mensajes y registros de llamadas.

—Me asusta lo que pueda descubrir sobre mí misma. Y algunas de las discusiones que tenía con la gente. Voy oyendo cosas sueltas, pero es como si todos tuvieran miedo de decirme la verdad.

—¿Cuánto dijeron que tardaría la policía? —A pesar de que pongo un obstáculo delante de cada una de sus sugerencias, el tono de Zoe sigue siendo ligero y optimista.

—Al menos un par de semanas. Pero también dijeron que mi teléfono está bastante dañado después de mi caída, bueno, mi... eh... verás, ni siquiera sé cómo llamar a lo que pasó, mi *accidente*, mi *intento de asesinato*, mi...

—Llámalo como sea que te motive lo suficiente para actuar. —Zoe se ajusta la coleta—. De todos modos, volviendo al tema de la tecnología, debes conseguir acceso a tus correos electrónicos, tus redes sociales, cualquier archivo en el que hayas estado trabajando, todo lo que puedas, lo antes posible. Implica a tus empleadores. Debes haber estado usando un portátil. O una tableta.

—Es un buen consejo, lo sé.

—Entonces *actúa* en consecuencia. —Zoe suena como Emma, tal como la recuerdo de cuando éramos más jóvenes. Probablemente por eso me siento tan cómoda trabajando con ella. Seríamos amigas en otras circunstancias.

—Vale, le pediré a Daniel que me traiga lo que pueda encontrar en casa. —Interiormente, me molesta la perspectiva de tener que pedirle ayuda, pero no es como si tuviera muchas opciones—. Luego

tendré que averiguar qué estoy haciendo. Imagino que habrán cambiado algunas cosas en los teléfonos y portátiles en los últimos diez años.

Ella se ríe. —Probablemente no conocerás TikTok, o una o dos plataformas más, pero Facebook e Instagram son más o menos como eran. Y los correos electrónicos no han cambiado.

—¿Así que realmente crees que debería estar luchando con más fuerza? —Me incorporo tanto como me permiten las costillas.

—Realmente *lo creo*. Si tú no luchas más por ti misma, ¿quién lo hará? —Se encoge de hombros.

No puedo negar que me siento más animada desde que Zoe llegó esta mañana. Mi pensamiento ha estado tan nebuloso que ni siquiera se me había ocurrido que mi actividad en línea podría proporcionar algunas pistas. No solo las imágenes que podría haber publicado, sino también las respuestas de otras personas. Será un progreso lento hacerlo todo con solo mi mano izquierda, la menos dominante, pero no es como si tuviera algo mejor que hacer mientras estoy postrada en esta maldita cama.

—Te ayudaría a revisar todo, Cathy, pero tengo una carga de trabajo enorme. —Extiende un brazo lechoso y delgado como para demostrar su punto—. ¿Pero seguro que tienes a otras personas a las que puedes recurrir? ¿Gente que quizás pueda tomar notas mientras revisas todo?

—Está mi padre, pero normalmente está con su *mujer*. —Mi voz baja al decir esa palabra. Siempre he entendido por qué papá prefería a Teresa antes que a mamá, especialmente en el estado obeso y confinado en casa en que acabó mamá, pero eso no significa que quiera estar cerca de ella cada vez que estoy con papá.

—Deduzco que no te cae muy bien.

—En apariencia, nos llevamos bien, pero *sé* que me ve como una rival por la atención de mi padre, especialmente en lo que respecta a mi hermanastra.

—¿Qué quieres decir? —Zoe inclina la cabeza hacia un lado mientras escucha.

—Siempre he tenido la sensación de que a Teresa le gustaría que me esfumara, así papá podría fingir que Emma, mi hermanastra, es

su hija en lugar de mí.

Una versión más joven de Teresa aparece en mi mente. Aquella que siempre era super amable en mi presencia pero nunca me miraba a los ojos cuando me hablaba.

—¿Cómo te llevas con tu hermanastra?

—Curiosamente, como uña y carne. Siempre ha sido así.

—También tienes un hermano, ¿verdad?

—Sí. —Cierro los ojos. Me duele pensar en Harry después de lo que dijo—. Solíamos estar muy unidos, pero ahora, ya no estoy tan segura.

—Familias, ¿eh?

—Bueno, en realidad no considero a mi madrastra como familia. Quizás debería... tal vez yo soy quien ha estado causando los problemas. —Me señalo a mí misma.

—¿Te cuento un secreto? —Zoe se acerca más—. A mí tampoco me cae muy bien mi madrastra. Hay una razón por la que las convierten en villanas en los cuentos de hadas.

No puedo evitar reírme. Creo que es la primera vez que me río desde que desperté.

—Ese es un sonido maravilloso. —Zoe me da un pequeño golpecito en el brazo bueno—. Bueno, será mejor que me ponga a hacer lo que se supone que debo hacer contigo antes de que entre la supervisora y me regañe. —Vuelve a reír—. Vamos a ver esas piernas. Sinceramente, con lo que pasó, es un milagro que no tengas ningún hueso roto en ellas.

Sus palabras me devuelven a mi realidad. Quien me empujó quería mucho más que unos miembros rotos.

Después de algunos movimientos, flexiones y estiramientos de todo lo que aún funciona en mi cuerpo, dice:

—Bien, vamos a llevarte al borde de la cama. Inclínate hacia delante y te ayudaré a llegar.

Mientras sigo sus instrucciones, coge una almohada de detrás de mí.

—Sostendré esto contra tus costillas mientras te desplazas, para mantenerlas inmóviles. Eso es. Despacio, con suavidad.

—¿No crees que esto es demasiado, demasiado pronto?

Ambas nos giramos hacia la voz que viene de la puerta. Es Daniel, con Austyn y Matthew. Les sonrío.

—Hola, chicos, no tardaré mucho.

—Ahora nos recuerda. —Oigo que uno le dice al otro con voz emocionada.

—Si no os importa esperar ahí unos minutos más, todavía nos queda un poco por hacer. —Zoe ignora la negatividad de Daniel mientras me siento al borde de la cama.

—Duele. —Estoy casi sin aliento por el dolor en las costillas. Las señalo.

—¿Ves? Te dije que sería demasiado.

—Me han dicho que las costillas rotas pueden doler tanto como un parto. —De nuevo, Zoe no reconoce el comentario de Daniel—. No es que lo sepa por experiencia.

Yo tampoco lo sé, pero no puedo decirlo con los tres de pie en la puerta. Habría sido mejor que Zoe los hubiera enviado completamente fuera mientras ella está aquí.

—¿Cuánto tardarán mis costillas en curarse?

—De nuevo, has tenido bastante suerte —responde—. Solo te has fracturado tres de ellas. Suelen tardar unas seis semanas en mejorar. ¿Quieres que aumente tus analgésicos?

Niego con la cabeza.

—Ya estoy tomando suficiente de esa cosa. Necesito aclarar mi pensamiento, ¿no? No seguir nublándolo.

—Esa es mi chica. Cuando terminemos aquí, traeré algunas bolsas de hielo. Lo estás haciendo genial, Cathy. Bien, agárrate a este bastón de cuatro patas, y yo te sujetaré el brazo mientras te levantas.

—Ahora esto es *definitivamente* demasiado pronto.

Mientras seguimos ignorando la negatividad que emana de la puerta, una repentina ola de determinación me invade. Quiero que mis chicos me vean intentando mejorar. Quiero que sepan que estoy trabajando tan duro como puedo para volver a casa.

Estoy temblando de dentro hacia fuera mientras me apoyo en el andador. Pero es maravilloso sentir el frío del suelo bajo mis pies descalzos.

—¿Cómo te sientes?

—Es un alivio estar fuera de esa cama. —Mi voz también tiembla, pero lo he conseguido—. Y ahora que he llegado hasta aquí, voy a caminar sí o sí.

—Déjame mover un par de estos monitores y goteros para poder llevarlos conmigo. —Zoe comienza a recoger cables y tubos.

Continúo de pie, sintiendo mis piernas más fuertes con cada respiración. Son solo mis costillas y el mareo los que están causando problemas.

—Vamos, mamá. —Uno de los niños está aplaudiendo.

—Sí, vamos.

Daniel permanece en silencio.

—Vas a mover el bastón hacia delante, y luego dar un paso hacia él.

Hago lo que Zoe me dice.

—Ahora otra vez. Y otra vez. —Es su turno de aplaudir—. Excelente, te hemos puesto a caminar. —Empuja todo una vez más —. Eso debería disipar cualquier temor de daño nervioso. Disculpad. —Los chicos y Daniel se apartan mientras Zoe pasa a mi lado y asoma la cabeza por la puerta—. Supervisora, tiene que ver esto.

Para cuando la supervisora de planta se ha movido desde detrás del mostrador de enfermería, ya estoy en la puerta.

—Bien hecho. —Parece feliz de mirarme a los ojos en lugar de hacia abajo en mi cama como de costumbre—. No hay nada malo en esas piernas. El médico estará encantado cuando se lo comunique.

—Vale, suficiente por ahora —dice Zoe—. Pero volveré, puedes contar con ello.

—Hoy no, seguramente —dice Daniel—. Creo que es suficiente hasta mañana.

Empiezo a creer que no quiere que vuelva a casa, pero no digo nada delante de los niños. Ya habrá tiempo.

—Recuerda, *positividad*, Cathy. Hoy es solo el comienzo. Y estoy segura de que tu marido también será igual de positivo. —Lanza una mirada en dirección a Daniel como si lo desafiara silenciosamente a ser otra cosa.

15

—Era un poco dominante —Daniel deja dos sobres sobre mi mesa, probablemente tarjetas de recuperación. Estoy sentada en un sillón cómodo. Zoe dijo que sería bueno para mí pasar un rato fuera de la cama.

—En realidad, ha sido increíble. De verdad me ha sacado de la melancolía.

—Ciertamente pareces más feliz de lo que has estado estos últimos días —me lanza una mirada extraña—. ¿Pero deberías estar sentada en ese sillón *ya*?

—Querrán que me vaya a casa —señalo hacia la puerta—, en lugar de acaparar una cama que alguien podría necesitar más.

—¿Puedes venir a casa *hoy*, mamá? —pregunta uno de los niños. No estoy segura si es Austyn o Matthew. Si he de ser completamente sincera, me gusta bastante cómo suena la palabra *mamá*.

Es como si algo hubiera cambiado en mí con la presencia de Zoe. Su consejo fue acertado. Voy a hacer todo lo que esté en mi poder, no solo para "volver a ser yo misma", sino para ser la madre que estos niños merecen. Depende de *mí* asegurarme de que quien intentó alejarme de mis hijos para siempre sea capturado y encerrado.

—Puede que pase un tiempo hasta que vuelva a casa —responde Daniel. La cara del niño se entristece.

—¡Positividad! —La voz aguda de Zoe resuena mientras vuelve a entrar en la habitación, agitando una bolsa de hielo en cada mano—. Está un poco sombrío aquí, y no me refiero solo a lo que se está diciendo. —Enciende la luz del techo—. Así está mejor. —Me pasa las bolsas de hielo por mi lado bueno, una a una—. En realidad, si Cathy sigue así, estará lista para marcharse en dos o tres días.

—¿Pero qué hay de su pérdida de memoria?

—Eso no significa que no pueda estar en casa, recuperándose. Es un hecho científico que los pacientes se recuperan mucho más rápido en casa que en una cama de hospital. O un sillón. —Sonríe.

—Gracias —presiono una de las bolsas de hielo contra mis costillas a través del pijama, estremeciéndome no solo por el dolor, sino también por el repentino frío contra mi cuerpo—. Y gracias por todo lo que me has dicho. No tienes idea de cuánto me has ayudado.

—Es parte del servicio. De todos modos —señala hacia el hielo—, mantén eso contra tus costillas durante unos cinco minutos, y deberían empezar a doler menos. —Se gira hacia Daniel—. Y en serio, señor Mason, no puedo enfatizar la importancia de mantener el ánimo positivo alrededor de Cathy. Ha pasado por una terrible experiencia, que va a necesitar una seria superación. Si la quieres en casa lo antes posible, necesita todo vuestro apoyo.

—La queremos en casa ahora mismo, ¿verdad, Matthew? —El mayor de los niños se sienta en el borde de mi cama. Al menos, ahora se ha confirmado quién es quién.

Le sonrío. —Yo también estoy deseando volver a casa. —No tengo ni idea de cómo es "casa", ni siquiera dónde está, pero desde que he pasado tiempo con Zoe, de repente estoy deseando descubrirlo. El único punto negro es Daniel. Cómo será vivir con *él*, está por verse.

—Te daremos otros diez minutos en el sillón, Cathy, luego uno de nosotros vendrá para ayudarte a volver a la cama. ¿Sigues cómoda?

Me recuesto en el cojín de la parte baja de mi espalda. —Sí, estoy bien.

—Fabuloso. Bueno, tengo que ir con mi siguiente paciente.

—¿Ya nos recuerdas, mamá? —El rostro de Matthew está lleno de esperanza. Son niños encantadores, y sin importar lo que haya pasado, me necesitan presente y atenta. Además, por las vibraciones y comentarios ocasionales que estoy captando, es muy probable que haya hecho pasar a Austyn y Matthew por más que suficiente a lo largo de los años. Probablemente tenga mucho que compensar con ellos—. ¿Y te va a crecer el pelo? —señala mi cabeza.

—Eso espero —fuerzo una risa. No puedo imaginar que ninguno de los dos me quiera en la puerta de su colegio todavía, no con el aspecto que tengo.

—Te he traído chocolate —Austyn mete la mano en una bolsa a los pies de Daniel y coloca una caja de Maltesers sobre la mesa.

—Y yo te he hecho un dibujo —Matthew también hurga en la bolsa y deja una pintura encima de los Maltesers—. Somos yo, tú, Austyn y papá delante de nuestra casa. Lo dibujé en el colegio.

—¿Qué es eso que tengo en la mano? —Es interesante cómo hay una separación entre donde me ha colocado en relación con los tres *ellos*. Para entender eso no hace falta ser psicólogo.

—Es tu maleta —arruga su nariz pecosa, y su voz se apaga—. Para cuando te vayas a Londres.

Mi pecho se oprime mientras las lágrimas se acumulan en mis ojos. *¿Es así realmente como me ve?*

—¿Tendrás que irte a Londres *ahora*? —El rostro de Austyn muestra una expresión de esperanza similar a la que Matthew tenía cuando llegaron. Ahora que les estoy prestando toda mi atención, puedo ver que *sí* se parecen; de hecho, ambos me recuerdan a Harry cuando era niño. Ojalá mi hermano volviera a entrar para verme. Si pudiéramos quedarnos a solas para hablar, estoy segura de que podríamos resolver lo que sea que he hecho para molestarlo. La gente siempre dice que Harry y yo nos parecemos, así que supongo que los niños *también* deben parecerse a mí. Espero poder verlo pronto.

—Todavía no sabemos nada de eso —Daniel se sube los pantalones y se sienta en la silla al otro lado de mi cama—. Tu

madre tiene mucho que mejorar aún.

—Habría pensado que querrías que volviera a mi trabajo lo antes posible —me río por segunda vez hoy, y se siente bien. Estoy contraatacando. He pasado de la desesperación a la determinación —. Para ayudar a que tu libro se publique más rápido, quiero decir.

—Como ya mencioné, una de tus compañeras se está encargando de todo; no hay nada que puedas hacer —su mirada está fija en el suelo mientras responde—. Probablemente no recuerdes cuando llamó aquí, estabas inconsciente.

—*Samantha,* ¿te refieres a ella? Te oí a ti y a Harry hablar sobre ella.

Daniel parece sentirse aún más incómodo mientras se revuelve en su asiento.

—Así que le pregunté a Emma si alguna vez la había mencionado.

—¿Y? —Me lanza esa mirada suya con las cejas levantadas, esa que he aprendido que significa que está realmente interesado en lo que está a punto de ser dicho.

—Todo lo que pudo decirme es que Samantha está a mi mismo nivel como asociada editorial, y es un par de años más joven. Hemos estado compitiendo por el mismo ascenso. No entendía a qué se refería cuando mencionó cierta rivalidad. ¿Alguna vez te he hablado de *eso*?

—Algunas cosas —un rubor cruza la cara de Daniel, así que sigo observándole. ¿Podría ser que Samantha y yo seamos rivales por *algo más* que por querer el mismo ascenso? No es que me importe. Puede llevarse a *Daniel* si lo quiere, pero *no* a los niños. Afortunadamente, algo se ha despertado en mí hacia ellos, probablemente porque *sé*, desde que vi esos álbumes de fotos, que Austyn y Matthew *son* mis hijos. Los llevé dentro, los cuidé y son parte de mí. Pero en cuanto a Daniel, no siento nada hacia él y no puedo imaginar que alguna vez lo haga. Parece haberse cerrado sobre el tema de Samantha. Pero yo no. Sin embargo, eso puede esperar.

—Necesito que me hagas un favor —le digo a Daniel mientras los niños devoran los Maltesers.

—¿Qué?

—¿Puedes traerme las tabletas y portátiles que tenga en casa, junto con las contraseñas? Usaría mi móvil, pero obviamente está con la policía.

—No tengo acceso a tus contraseñas —su rostro se ensombrece —. Siempre las has mantenido para ti misma. ¿Por qué? ¿De qué va todo esto?

—Zoe cree que mirar mis mensajes y redes sociales ayudará a mi memoria.

—Debería haberme imaginado que *Zoe* estaría detrás de esto.

—Como dije antes, ella realmente me ha ayudado.

—Habrías tenido tu portátil contigo esa mañana; estabas tan quirúrgicamente pegada a él como a tu teléfono —un destello de algo que no logro identificar cruza su rostro.

—Así que tendré que preguntarle a la policía sobre eso, ¿es lo que estás diciendo?

—Eso creo —Daniel mira al suelo como si estuviera considerando qué decir a continuación. Luego levanta la mirada para encontrarse con la mía—. Seguramente al entrar en las redes sociales, todo lo que encontrarás será una ristra de palabras sin sentido, publicadas por personas que ni siquiera recuerdas.

—No puede hacer daño intentarlo —no puedo creer que esté siendo tan negativo—. Seguro que sigo siendo amiga de personas con las que era amiga hace diez años, gente que *sí* recordaré.

—Yo no contaría con ello —murmura.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada, cariño. Lo siento —Pone una cara de disculpa.

—¿Quieres uno, mamá? —Austyn me pone la caja de Maltesers delante, así que cojo uno.

—Sinceramente, creo que estás intentando precipitar las cosas, Cathy —dice Daniel—. Se supone que debes descansar.

—¿Según quién? Acabas de ver cómo Zoe me ha hecho caminar de nuevo, y *ella* es la profesional médica. Créeme, en los próximos días, estaré lista para que me den el alta —Me meto el Malteser en la boca.

Mientras el maravilloso sabor del chocolate se disuelve en mi lengua, Daniel me mira como si no pudiera entender el cambio que he experimentado. Yo misma apenas puedo creerlo. Hasta hace media hora, era un desastre lloriqueante y autocompasivo, pero ahora no voy a parar hasta ayudar a pillar al cabrón que me hizo esto. Y si muero intentándolo, pues que así sea.

—¿Cómo se llama la empresa para la que trabajo?

Me mira de forma extraña. —Bookish en Londres. ¿Por qué lo preguntas?

—Voy a ponerme en contacto con ellos. Pueden decirme en qué he estado trabajando, qué contactos tengo y, con suerte, otras cosas sobre mí que no puedo recordar.

Frunce el ceño. —Creo que vas demasiado deprisa.

—No me importa lo que pienses. ¿Tienes tu móvil?

Daniel se toca el bolsillo. —No, debo haberlo dejado en el coche.

A juzgar por la expresión de su cara, probablemente esté mintiendo, y de alguna manera, llegaré al fondo de por qué. Se ha vuelto muy reservado de repente, parece que desde que he empezado a mejorar en mi recuperación. Quizás prefiere verme indefensa y fuera de combate en una cama de hospital. Sea lo que sea, me cuesta identificarlo con exactitud.

—¿Nos llevarás al colegio cuando vuelvas a casa, mamá?

—Sí, nunca nos llevas —añade Matthew con la boca llena de Maltesers.

—No hables con la boca llena —le digo, dándome cuenta, con una punzada de tristeza, de lo mucho que me parezco a mi propia madre.

¿He estado tan centrada en mi carrera que me he perdido por completo cómo mis hijos han crecido de bebés a los encantadores niños en que se han convertido? El hecho de que no hubiera tenido hijos con Brad nunca significó que no los quisiera. Pero siempre me había imaginado como una madre muy implicada, una que se divertiría con mis hijos. Haría todo lo que mi madre no pudo hacer conmigo.

—Trabajas fuera durante la semana —el tono de Daniel es cortante, posiblemente en respuesta a lo que debe ser una

expresión abatida en mi cara mientras considero lo que acaban de decir los niños—. ¿Qué esperas que digan? —No sé qué le ha pasado hoy. Está mucho más áspero de lo que ha sido hasta ahora. No soy la única persona que ha experimentado un cambio.

—No importa lo que pase, las cosas van a cambiar —Miro de Austyn a Matthew, mis nuevas y más importantes razones para llegar a la verdad. En vez de marcharme a Londres y dejarlos con su padre todo el tiempo, voy a estar presente. Si mi trabajo es tan exigente como parece que podría ser, apuesto a que tampoco he tenido energía para ellos los fines de semana. Pobres niños, tendré que arreglar algo.

—Te arriesgas a sufrir un retroceso si no tienes cuidado.

—¿Qué quieres decir con *si no tengo cuidado*? —Miro fijamente al extraño que todavía no puedo conciliar como mi marido.

—Quiero decir que si te lanzas de cabeza a las redes sociales, llamando a tu trabajo y todo eso. Has sufrido un traumatismo craneal grave, y todavía no sabemos si has borrado tu memoria por completo. Sinceramente, Cathy, necesitas darte tiempo para recuperarte. En el mejor de los casos, solo podrás descifrar lo que encuentres en pequeños fragmentos. Y en el peor...

—¿Así que ahora eres mi psicólogo? —No pretendo contestar bruscamente a Daniel, especialmente delante de los niños, pero no puedo evitarlo. Probablemente él posea las piezas más importantes del rompecabezas para ayudarme a reconstruir la persona que era, y lo que me llevó a estar en esa vía del tren, y necesito su ayuda, no *esto*.

Yo *realmente* necesito su ayuda.

16

—Sí, no me sorprendió cuando me enteré de que había perdido el tren esta mañana —la voz resuena desde la cocina, estridente por encima del silbido del hervidor. —Me la encontré el sábado por la noche cuando volvía del teatro —su voz es ligera y despreocupada, casi sugiriendo que podríamos ser amigas—. Probablemente no debería contarte esto, pero tienes derecho a saber lo borracha que estaba.

—¿Qué tiene eso que ver con que coja un tren esta mañana? —La otra voz suena desconcertada.

—Bueno, siempre bromea diciendo que tarda varios días en recuperarse de una borrachera... en fin, solo espero que no esté demasiado mal. —Las tazas hacen ruido mientras hablan. —Parece que está ocurriendo con frecuencia por lo que tengo entendido. Me preocupé cuando no la vi en la estación esta mañana.

—Seguro que estará bien.

—Creo que la presión por conseguir este ascenso podría estar afectándole. —No cede—. Su matrimonio aparentemente está en problemas, así que podría enfrentarse a la crianza en solitario en un futuro próximo.

—¿En serio? No había oído nada. —La puerta del frigorífico se cierra de golpe—. ¿Deberíamos siquiera considerar contratarlo en

nuestra empresa si van a separarse? Todo podría volverse muy incómodo.

—Me aseguraré de que no sea así. No te preocupes.

—Vaya, pobre Cathy, no tenía ni idea.

—Supongo que pedirá un horario flexible. Tendrá que estar más en casa con sus hijos.

—¿Sabes todo esto con certeza? —Hay un sonido de algo removiéndose, pero no tanto como mi compañera parece estar removiendo las cosas a mis espaldas. Debería entrar allí, pero necesito escuchar qué más tiene que decir.

—No sé si debería comentar nada sobre lo otro... no quiero meter a Cathy en problemas.

—Bueno, esto es confidencial, estrictamente entre tú y yo. Si podemos hacer algo para ayudarla, deberíamos hacerlo.

—Hora del desayuno —la voz de una mujer me despierta de golpe. Va vestida con un uniforme a rayas y un delantal mientras empuja su carrito tintineante dentro de mi habitación.

Estoy a punto de pedir solo una rebanada de tostada, pero de repente recuerdo la promesa que me hice a mí misma. Voy a luchar y voy a mejorar. Y fuera lo que fuese *aquello*, lo que fuera que estaba soñando, obviamente es mi cerebro intentando darle algún sentido. Ni siquiera estoy segura de quiénes eran las personas sobre las que soñaba. Zoe tenía razón. Necesito empezar a escribir las cosas en el momento en que me despierto, pero es difícil con solo mi mano izquierda.

—¿Y bien? —La mujer tiene un aire impaciente.

—Tomaré dos rebanadas de tostada, por favor —señalo la rejilla —. Y una naranja, y también un poco de ese muesli, por favor.

—¿Mermelada? ¿Mermelada de naranja? ¿Mantequilla? ¿Té? ¿Café? —Está claramente aburrida de repetir el mismo discurso a un paciente tras otro. Siento lástima por ella. Creo que no podría hacer su trabajo. Ni mi trabajo. Ni ningún trabajo, en realidad. El sueño que acabo de tener ocurría en el lugar de trabajo. Por alguien que quería perjudicarme, pero eso es todo lo que puedo recordar.

Mientras la mujer prepara mi desayuno, cierro los ojos con fuerza, tratando de recordar el sueño. No, es inútil; se ha ido. Busco con la mirada el bloc de notas. Me aseguraré de que esté justo a mi lado la próxima vez que me quede dormida.

Cojo un paquete de mantequilla del cuenco que me ofrece y señalo la tetera. —Té, por favor, sin azúcar. Además, ¿puede decirme qué día es hoy? ¿Y la fecha? —No es que vaya a suponer mucha diferencia. No es como si estos sueños que sigo teniendo tuvieran marca de tiempo.

—Es lunes 17 de marzo, son las nueve y cinco y estás en el Hospital General de Leeds, Planta Veintiuno.

Así que eso es más de lo que pedí, pero sonrío dulcemente mientras vierte el té recocido en mi taza. Solo el color ya es suficiente para que me ponga las pilas lo antes posible y vuelva a casa. Si tuviera un teléfono, le pediría a Emma que me trajera una infusión decente cuando llegara a la hora de visitas.



—Buenos días, Cathy —Zoe aparece en mi puerta con el bastón de cuatro patas—. Ciertamente te ves mucho más animada esta mañana, lo cual es maravilloso.

—Todo es gracias a *ti* —sonrío—. Aunque anoche no dormí mucho por darle vueltas a todo.

—El sueño es importante para tu recuperación —acerca el bastón —. Así que intenta limitar tus pensamientos a las horas del día. Además, como te dije, necesitas seguir hablando con tus visitantes. Eso es probablemente mejor que darle vueltas a todo en tu mente. Estarás menos confundida si simplemente lo exteriorizas; hablar te ayudará a procesarlo.

—Espero que mi padre venga hoy para que podamos empezar con la cita con el psicólogo.

—Mientras sigas aquí —Zoe hace un gesto con el brazo señalando la habitación que se ha convertido en mi lugar de confinamiento—, siempre puedes utilizarme a mí mientras hacemos

tu fisioterapia. Puede que no tenga todas las respuestas, pero tengo un oído comprensivo —se sienta a mi lado, con la mano aún apoyada en el bastón—. Madre mía, ¿qué demonios es eso? —mira fijamente mi taza.

—Té, supuestamente —me río—. Por eso la taza sigue llena.

—Veré si puedo encontrarte una taza decente después de que te hayamos sacado de la cama —hace una mueca.

—Eso sería estupendo.

—Oh, veo que ya te han quitado la sonda.

—Sí, me han estado llevando al baño en silla de ruedas.

—Bueno, después de hoy te tendremos caminando hasta allí, así que te dejo esto. —Levanta el bastón y lo vuelve a apoyar en el suelo.

—Estoy decidida a hacerlo.

—Ese es el espíritu.

—Además, no sé si he estado soñando o si las cosas están empezando a volver a mi memoria.

—¿En serio? —Presiona la almohada contra mis costillas de la misma forma que hizo ayer.

—Y también me han contado algunas cosas, pero no son muy buenas.

—¿Como cuáles?

—Emma me ha dicho que estaba enfrentada con gente, Daniel me ha dicho que *no debería contar* con seguir teniendo amigos de hace diez años, sea lo que sea que *eso* signifique, e incluso mi hermano parece estar muy molesto conmigo por alguna razón. Solo me ha visitado *una vez* desde que desperté.

—¿Y qué hay de los sueños? Inclínate hacia delante, como hiciste ayer.

—No recuerdo mucho sobre ellos, pero sé que no han sido agradables. Me despierto agitada y deprimida. —Hago una mueca cuando el dolor en mis costillas vuelve a aparecer.

—¿Ha vuelto la policía? —Mueve el bastón para que esté a mi alcance.

—Se supone que vienen hoy —respondo—. Querían venir el viernes, pero la Hermana Layton les pidió que me dieran el fin de

semana para recuperarme un poco más.

—Ciertamente has progresado muchísimo. —Me da una palmadita en el dorso de la mano—. Y con suerte, habrán estado trabajando duro para atrapar a quien te hizo esto.

—Se supone que están revisando las cámaras de seguridad y hablando con más testigos. —Alcanzo el mango del bastón—. Pero solo soy una más en una larga lista de casos.

—Eso es, levántate. —Extiende sus brazos como lo haría una madre con un niño pequeño que está aprendiendo a caminar—. ¿A qué te refieres?

—No van a estar trabajando día y noche solo en lo que me pasó a *mí*. —Muevo el bastón hacia delante y doy un paso—. Tienen otros crímenes que resolver.

—Vaya, muy bien. Lo estás haciendo de maravilla. —Zoe aplaude mientras sigo avanzando—. Parece que necesitas que Emma te explique exactamente a *quién* podrías haber ofendido, de qué manera y cómo tomaron represalias. Obviamente te conoce lo suficientemente bien como para arrojar algo de luz sobre el asunto.

—También está Samantha, la rival que tengo en el trabajo por el mismo ascenso. —Hago una pausa y me apoyo en el bastón—. No la recuerdo, pero claramente hay problemas. Luego está la prometida de mi ex marido, que podría tener algo contra mí.

—Debe ser difícil, Cathy —dice Zoe—. Pero lo estás haciendo— Se detiene, y nos miramos la una a la otra cuando el sonido de un repentino alboroto resuena desde el pasillo.

—Lo digo en serio. Déjenme entrar ahí. —La voz aguda de una mujer reverbera por toda la planta.

Zoe agarra una de las sillas de plástico ligero y la coloca detrás de mí. —Siéntate un momento, Cathy. No estoy segura de lo que está pasando.

—No puede entrar ahí. —Se oye un forcejeo, que suena como si estuvieran impidiendo que alguien avanzara—. En serio, tiene que marcharse.

Otra voz habla por radio, pidiendo que seguridad acuda a la Planta Veintiuno con urgencia.

—Todo es culpa *suya*, y va a pagar por ello. —La mujer grita como una loca.

—Volveré en un minuto. —Zoe corre hacia la puerta—. Déjame ver qué está pasando.

—Me ha quitado todo. *Todo.* —¿Se refiere la mujer a *mí*? No puede ser. Yo no le he *quitado* nada a nadie, que yo sepa. ¿O sí?

—Si pudiera volver al pasillo principal, conseguiré que alguien hable con usted.

—Solo quiero hablar con *ella*.

De repente, Zoe aparece de nuevo en mi puerta y la cierra tras ella.

—¿Qué demonios está pasando ahí fuera?

Parece alterada. —Es un familiar con una queja, eso es todo. No es nada de lo que debas preocuparte.

—Bueno, *ella* sí tiene mucho de lo que preocuparse por lo que parece. ¿Esto no tiene nada que ver *conmigo*, verdad?

—No, por supuesto que no, ¿por qué lo tendría? —Zoe niega con la cabeza, pero por primera vez desde que ha empezado a trabajar conmigo, parece insincera.

—¿Por qué has cerrado la puerta? —Me muevo incómodamente en la dura silla de plástico—. ¿Es para que no oiga más de lo que está diciendo?

—Todas las puertas de los pacientes están siendo cerradas. —Permanece con la espalda apoyada en ella—. Solo hasta que llegue seguridad. Estarán aquí en cualquier momento.

—Tú *debes* saber qué ocurre.

—Lo siento, de verdad que no lo sé. —Se separa de la puerta y se adentra más en la habitación—. Pero uno de mis compañeros la ayudará. Alguien la sacará de la planta y la calmará.

17

Las visitas son de una a ocho, así que me alegro cuando, a la una en punto, Emma irrumpe en mi habitación.

—Vaya, estás comiendo —señala mi plato.

—El único problema es que masticar me duele en los puntos —devuelvo al plato el gajo de naranja que estaba a punto de comerme y señalo mi cabeza.

—Siempre podrías tomar sopa.

—No me apetecería tener que usar una cuchara solo con la mano izquierda. La tendría por todas partes. En fin, ¿cómo estás *tú*? —doy un golpecito a su barriga—. Una cosa que no he olvidado es mi futuro trabajo como tía.

—Me alegra oír eso.

—Ven, siéntate —señalo el sillón en el que me siento de vez en cuando. Es más cómodo que esas cosas de plástico destinadas a las visitas—. ¿Vas a averiguar si es niño o niña?

—Eso no ocurre hasta la ecografía de las veinte semanas. Además, Joel no quiere saberlo. Punto —algo en su voz sugiere que el marido de Emma *realmente* no quiere saberlo.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, nada —suspira.

—Vamos, suéltalo ya.

—Es solo que nunca está en casa —un destello de dolor cruza su mirada—. No dejo de preocuparme pensando que acabaré siendo madre soltera. Si te soy sincera, me está quitando el sueño.

—Siempre me tendrás a mí para ayudarte.

—Te he traído algunas revistas —las deja sobre la mesa, evidentemente sin querer hablar de sus problemas matrimoniales—. No sé si ya estás en condiciones de leer, pero te ayudarán a pasar el tiempo —se quita el abrigo y lo cuelga en el respaldo de la silla—. Imagino que los días se hacen bastante largos aquí ahora que te estás recuperando.

—Les daré una oportunidad más tarde, gracias.

Me mira con curiosidad. —Pareces mucho más animada hoy.

—Estoy trabajando en ello.

—He estado preocupada por ti, si te soy sincera —dice.

—Ha sido mucho para procesar. No poder recordar cosas me ha estado hundiendo seriamente. En fin, basta de eso... gracias por venir. Me habría vuelto loca de estar sola toda la tarde.

—No tienes que darme las gracias.

—Supongo que tendrás cosas mejores que hacer un lunes por la tarde —señalo el día soleado al otro lado de la ventana.

—Aún hace un frío que pela ahí fuera... aquí dentro se está mucho más calentita. Y vaya, otra vez... hasta sabes qué día es hoy.

—Se lo pregunté a alguien.

—Bueno, eso es hacer trampa —sonríe.

—Lo decía en serio antes... *estoy* agradecida. Has sido mi visitante más constante.

—Tu padre vendrá más tarde esta tarde —dice—. Cuando terminen en el colegio.

—¿Así que vendrá con tu madre? —me esfuerzo por mantener un tono ligero. No estoy segura de cómo era antes de que ocurriera todo esto, pero intento no decir nada contra mi madrastra delante de Emma. Al fin y al cabo, Teresa es su madre.

—No estoy segura. Quizás.

Es una pregunta estúpida, ya que Teresa raramente deja a mi padre fuera de su vista. Al menos cuando vuelva a casa, tendré más control sobre quién me visita. —¿Tienes tu móvil?

—Por supuesto. Nunca estoy lejos de mi móvil —da una palmadita a su bolso—. ¿Por qué?

—Es solo que Daniel cree que *tanto* mi móvil como mi ordenador estaban conmigo, ya sabes, el día que yo... —mi voz se apaga—. También dice que no conoce ninguna de mis contraseñas para entrar en nada.

—¿Y quieres probar con mi móvil? —Emma parece desconcertada —. ¿Es eso lo que quieres decir? Seguramente solo funcionará si no has configurado la autenticación de dos factores para acceder a tus cuentas.

—El otro problema es que no tengo ni idea de cuáles podrían ser las contraseñas.

—Podríamos probar diferentes combinaciones de cosas como tu cumpleaños o los cumpleaños de los niños.

—Ni siquiera los sé —miro el dibujo que Matthew me dejó ayer. No saber ni siquiera las fechas de nacimiento de mis propios hijos es vergonzoso.

—Yo sí.

—Sigo olvidando que eres su tía —sonrío—. Bueno, tía política.

—Déjame consultar todo esto con tu médico primero —señala hacia la puerta con un movimiento de cabeza—. Puede que aún no estés preparada para todas esas cosas de redes sociales.

—No empieces tú también, Emma —pongo los ojos en blanco—. Ya he tenido suficiente con Daniel intentando frenarme.

—Estoy segura de que solo intenta protegerte.

—No *necesito* que me protejan. Además, mirar los mensajes fue sugerencia de mi fisio, así que estoy segura de que no pasará nada.

—Si tú lo dices. Aun así, me gustaría asegurarme. Lo estás haciendo tan bien que no quiero que tengas una recaída.

—¿Cómo podría? Además, les he prometido a los chicos que me voy a recuperar. Y no solo eso, también me he prometido a mí misma que voy a ser la madre que parece que nunca han conocido.

—Vaya, esto sí que es un giro inesperado. Hace unos días me pedías que les dijera que se habían equivocado de habitación — aunque sonríe, sigue pareciendo preocupada.

—Era Daniel a quien no quería cerca —observo su reacción y percibo que está intentando controlar sus pensamientos. Sobre qué, no estoy segura—. Mira, puede que no recuerde a los chicos ni me acuerde de ser su madre, pero *sé* que los quiero —sonrío—. Son míos, puedo sentirlo.

—Bueno, todo eso está muy bien, pero...

—¿Y sabes qué? Zoe me ha hecho caminar —no voy a permitir que Emma, Daniel ni nadie apague el poco optimismo que tengo—. Por fin puedo ir al baño y volver por mí misma. Y me sientan en la silla varias veces al día.

—Qué rápido. Pensé que pasaría más tiempo antes de que te sacaran de la cama.

—¿Pero por qué? No es como si me hubiera roto las piernas. El único efecto adverso de caminar es que me crucifica las costillas. Ah, y también me marea —la cabeza me da vueltas al recordarlo.

—¿Entonces no hay daño nervioso en tu columna?

—No —sonrío—. Sé lo afortunada que he sido. Quiero decir, ¿cuáles son las probabilidades de que te atropelle un tren, por muy despacio que vaya, y vivir para contarlo?

—Supongo que tienes razón.

—Aparte de los efectos de los analgésicos, me siento mucho mejor. Voy a pedir que me reduzcan la dosis.

—¿Es eso sensato?

—Absolutamente.

—Quizás deberías estar comiendo comidas adecuadas en lugar de solo una naranja. Necesitas recuperarte, ese ha sido tu problema durante mucho tiempo.

Señalo el gotero a mi izquierda. —Han estado disminuyéndolo y me han dicho que coma todo lo que pueda siempre que venga el carrito de la comida. En serio, Emma, estoy luchando. Y de alguna manera, voy a ganar.

—Bueno, ciertamente suenas muchísimo mejor que la última vez que hablé contigo. Decir que estabas deprimida se queda corto.

—Lo siento. Debí de ser difícil de tratar. ¿Cómo me llamó Zoe, mi fisio? —hago una pausa por un momento—. Ah sí, una Debbie Aguafiestas. No es así como quiero que me conozcan.

—¿Cuándo volverá la policía?

—Hoy, supuestamente —miro el reloj. Estoy harta de ver cómo sus manecillas se arrastran una y otra vez, y no puedo esperar hasta no tener que mirarlo o escucharlo marcando mórbidamente cada minuto y hora de la noche—. Al menos, eso es lo que le dijeron al personal de la planta.

—Daniel comentó algo sobre que esperarían hasta que estuvieras más fuerte antes de hablar contigo de nuevo. Pero me pareces más fuerte, así que podrías quitártelo de encima.

—No hay nada más que pueda decirle a la policía, pero con suerte ellos tendrán más cosas que quieran contarme.

Emma permanece ominosamente callada.

—Si sabes algo, necesitas decírmelo, por favor, Emma.

Ella niega con la cabeza. —No sé nada, lo siento.

—Solo espero que hayan revisado esas cámaras de seguridad con lupa.

—Lo habrán hecho —deshace su trenza, dejando que su pelo caiga sobre sus hombros.

—La idea de que la persona que me hizo esto siga ahí fuera es horrorosa. Estoy esforzándome al máximo para mantenerme animada, pero el hecho de que no hayan atrapado a nadie es como una enorme nube negra.

—Me lo imagino —se acerca y me frota el dorso de la mano.

—Y no es lo único que es una nube negra. ¿Hablaste con Brad como prometiste?

Estoy desesperada por ver a mi ex marido. Quiero observar su reacción al verme. Si no hay nada por su parte, al menos podré aceptar que hicimos bien en separarnos y que todo ha terminado de verdad.

Emma parece incómoda.

—¿Siquiera le *preguntaste* sobre visitarme?

—Mira, lo siento mucho, Cathy, pero...—

—¿Dijiste que todavía trabaja para la empresa de Joel?—

—Bueno, sí, pero la cuestión es que...—

—¿Así que deberías haber podido contactar con él?—

He visto esa expresión en la cara de Emma antes. Estaba ahí cuando teníamos veintitantos años, y uno de mis ex intentó ligar con ella. Estaba mortificada, aunque no fuera *su* culpa. —Lo siento, pero no, no le he visto.

—¿Has *intentado* siquiera?—

Debo parecer destrozada porque su tono cambia. —Mira, Cathy, creo que por ahora deberías centrarte solo en ti misma.

—Si Brad supiera que podría haber muerto ese día, y si supiera que *alguien* me lo hizo a propósito, vendría *directo* aquí a verme. Me quiso una vez. Seguramente...—

—Sé que es difícil, pero han pasado nueve años desde que os separasteis, Cathy.— Su frente se arruga en un gesto de preocupación.

—Dime por qué nos separamos, es la única manera de que crea que lo hicimos.— Las caras de mis hijos aparecen en mi mente. Ojalá los hubiera tenido con Brad en vez de con Daniel.

—Tú y yo perdimos el contacto durante unos meses por aquella época.— Hace un gesto señalándose a sí misma y luego a mí. —Así que no sé qué pasó; nunca me confiaste lo que estaba ocurriendo contigo.—

A juzgar por la expresión de su cara, estoy segura de que sabe más de lo que dice, pero entiendo que probablemente está intentando protegerme hasta que mejore más.

—*Por favor*, ponte en contacto con él por mí, Emma—. Mi mirada no abandona su rostro. —Dile que solo quiero diez minutos. Fui su esposa una vez, seguro que puede dedicarme diez minutos.—

—No entiendo por qué necesitas hablar con él tan desesperadamente— responde. —¿O hay algo que no me estás contando?—

—¿Como *qué*? Apenas recuerdo quién soy, así que ¿qué demonios tendría que contarte?—

—Mira.— Emma toma aire profundamente y se inclina hacia mí. —Voy a ser sincera sobre cómo eras con Brad, antes, ya sabes...— Parece aún más incómoda.

—Antes de que alguien intentara asesinarme— termino su frase. —Bien, te lo agradezco, es todo lo que necesito, solo que seas

sincera.—

—Tú estabas casi, a falta de una palabra mejor... mira, simplemente voy a decirlo.— Se está sonrojando. —Casi estabas *acosando* a Brad, Cathy.—

—¿A Brad?— La forma en que chillo su nombre me duele en la cabeza. —¿*Acosándolo*? Venga ya.—

—Fue después de que te enteraras de que se había comprometido; estabas completamente psicótica. Al final, no le habías querido para ti, pero tampoco querías que nadie más lo tuviera. Sinceramente, fue como algo sacado de Oprah Winfrey.—

—Eso no es verdad. Yo *sí* le quería, y *jamás* le habría *acosado*.— Me llevo la mano a la cabeza rapada. —No a Brad, ni a *nadie*, en realidad. No soy así.—

—Desgraciadamente, no puedes afirmar cómo eras.— La voz de Emma ha bajado y es más suave de nuevo. —Mira, estoy intentando ser sincera. Necesitas centrarte en tu marido actual, no en tu ex; se ha ido.— Su cara está tan abatida como su voz. —Ya no es tuyo.—

Me recuesto contra las almohadas. Papá sabrá qué pasó para romper mi primer matrimonio. Y qué, si es que ocurrió algo, podría haber sucedido desde entonces. Él me dirá la verdad.

O Harry, quizás. Él y Brad siempre se llevaron muy bien. Demasiado bien a veces cuando empezaban a beber. Seguramente me dirá si sabe algo. Le haré llegar un mensaje a través de papá. También podemos aclarar cualquier problema que tuviéramos antes de que todo esto ocurriera.

—¿Quieres saber lo que pienso?—

Probablemente no, pero espero a oír lo que mi hermanastra tiene que decir a continuación.

—Creo que hasta que estés completamente recuperada, deberías mantenerte alejada de cosas como los mensajes de texto y las redes sociales.— Su voz es más dura que su rostro que, afortunadamente, está marcado por la compasión.

No voy a conseguir nada más con Emma. Así que conseguir un teléfono y más respuestas ahora depende de papá y Harry.

Una cosa que sí sé es que *de ninguna manera* voy a dejar las cosas así.

18

—Yuhu —Teresa asoma la cabeza en mi habitación. Por un momento, parece estar sola, así que me siento aliviada cuando papá aparece detrás de ella. No puedo imaginar que Teresa y yo pudiéramos mantener mucha conversación—. ¿Hay espacio para dos?

Si no fuera por el colegio católico donde papá es director y Teresa la secretaria, quizás nunca se habrían conocido. Pero si no hubiera sido ella, habría sido otra mujer. Mamá dijo una vez que papá solo se quedó con nosotros tanto tiempo porque lo habrían puesto a disposición del consejo escolar y de la diócesis por sus «indiscreciones». Habría arruinado su reputación, y por tanto su carrera, si se hubiera sabido de su aventura. Particularmente porque el estado en que estaba mamá era de conocimiento común.

—Pasad —les digo. No es que ella normalmente esperara una invitación.

—Emma nos ha estado contando cómo te va. Bastante bien, ¿eh?

—Solo estoy aburriéndome.

—Siento que no hayamos venido en un día o dos, cariño —la cara de papá se tuerce en una disculpa—. Teresa ha estado acatarrada.

—Por eso no me acerco demasiado —arrastra una silla hacia la pared—. Mantendré mis gérmenes en este lado de la habitación.

—¿No podrías haber venido tú solo, papá?

¿Cuál es el problema de papá? ¿Está Teresa controlándolo, o simplemente está tan absorto con ella que no puede hacer nada ni ir a ninguna parte por sí mismo? Seguramente ambos saben que el último lugar donde Teresa debería llevar sus gérmenes es a un hospital.

—Estamos aquí ahora, ¿no? —me lanza una mirada que parece decir: *Cállate*.

—Tuvimos que esperar a que tu padre terminara en el colegio —continúa Teresa—. Hoy he faltado al trabajo.

—Pero te sientes mejor ahora, ¿verdad? —Espero que sí, maldita sea. Lo último que quiero es un resfriado asqueroso. No encima de todo lo demás.

—Mucho mejor, gracias por preguntar —sonríe desde el otro lado de la habitación.

—¿Tienes el móvil contigo, papá?

Él se da un toquecito en el bolsillo de la camisa. —Sí, ¿por qué?

—Quiero llamar a la editorial. Ver si pueden arrojar algo de luz sobre las cosas.

—¿V-a-l-e? —suena vacilante—. ¿Qué tipo de luz?

—Bueno, estaba en Londres de lunes a viernes —respondo—. Probablemente me conocen mejor que mi propia familia.

—Eso lo dudo muchísimo —sonríe.

—Bueno, quiero intentarlo. ¿Puedes buscar su número?

Teresa ya tiene su teléfono fuera del bolso. —¿Cómo se llama la empresa?

—Bookish en Londres —responde papá.

Ella lo teclea en su móvil. —¿Lo quieres ahora?

—Sí, por favor —me giro hacia papá—. ¿Puedo usar tu móvil?

—Por supuesto que puedes. Léemelo, Tee.

Odio cuando la llama Tee, su apodo cariñoso para ella. De alguna manera, siempre me ha hecho sentir sola y excluida. Esto probablemente sea ridículo cuando supuestamente tengo cuarenta años y soy madre de dos hijos.

Él teclea el número y me pasa su teléfono. —Supongo que quieres llamarles ahora mismo, ¿no?

—Tanto da. Pero habla tú primero con ellos, papá —de repente, siento que me envuelve una crisis de confianza—. ¿Te importaría conseguir que quien sea mi jefe se ponga al teléfono? Ni siquiera sé su nombre —estoy segura de que es una mujer, pero cuanto más intento recordar, más se me escapa.

—Lo haré —recupera el teléfono y se lo lleva a la oreja—. Ah, sí, hola. Me llamo Bob Wheeler, soy el padre de Cathy Mason... ella trabaja para vuestra empresa.

Puedo oír la voz de una mujer al otro lado, pero no puedo distinguir lo que está diciendo.

—Sí, actualmente está de baja tras un accidente, y me preguntaba si podríamos hablar con el superior directo de Cathy. Tengo a Cathy aquí conmigo ahora.

Ella dice algo más.

—Eso es, Cathy Mason. Es Editora Asociada —aleja el teléfono de su oreja—. ¿Es correcto? —articula las palabras sin voz.

Me encojo de hombros. —Aparentemente.

—Vale, gracias por tu ayuda —me tiende el teléfono—. Nos está pasando la llamada. Tu jefa se llama Bonnie.

—Bien, gracias —tomo el teléfono de su mano.

Me lo acerco a la oreja, tratando de recuperar el aliento mientras suena una música ambiental irritante. Si todavía estuviera conectada a mi monitor cardíaco, estoy segura de que estaría disparándose hasta su lectura máxima. —¿Hola?

—Bonnie al habla. Cathy, qué bueno escuchar tu voz. ¡Todos hemos estado muy preocupados!

—Eh, gracias —no le diré que en realidad no tengo ni idea de quién es—. Lo agradezco.

—¿Cómo te encuentras?

—Bueno, sigo en el hospital, pero estoy mejorando más rápido de lo que pensaban. Físicamente, al menos.

—Desde luego no esperábamos tener noticias tuyas tan pronto. Cuando Samantha se pasó por aquí, dijo... Bueno, no importa, ¿cómo puedo ayudarte?

—Llamo para pedirte un favor.

—Por supuesto, lo que podamos hacer.

—Habrás oído que he estado luchando con amnesia después de mi, eh, caída.

—Sí, y todos hemos estado pensando en ti.

—Me preguntaba si podría tener acceso a alguno de mis dispositivos electrónicos del trabajo.

—¿Dispositivos? ¿A qué te refieres?

—Un portátil del trabajo, por ejemplo. ¿O mi teléfono? Cualquier cosa que pueda ayudarme a recordar. Si pudiera ver mis correos electrónicos y ese tipo de cosas, podría ayudarme a recordar quién era y qué estaba haciendo antes de lo que pasó.

Se queda tan callada por un momento que me pregunto si sigue en línea.

—¿Hola?

—¿No te mencionó tu marido la conversación que ha tenido sobre ti?

—¿Daniel? No. ¿Sobre qué?

—Bueno, habló sobre el alcance de tus lesiones y el impacto que han tenido.

—Es principalmente mi memoria, por eso te pido ayuda. Espera, ¿qué más dijo?

—Le dijo, bueno, le dijo a Samantha, que es poco probable que vuelvas al trabajo. Le dijo que incluso si lo haces, podría pasar un tiempo. Ella dijo que tendría que informarme, como tu jefa directa. Somos una empresa al fin y al cabo, y necesitamos que todo funcione sin problemas.

—Espera, ¿qué estás intentando decirme? —Mi voz suena cortante, pero no me importa. Parece que me están despidiendo. Estoy de acuerdo en que es poco probable que vuelva, pero se supone que esa es *mi* elección, no *suya*. Y desde luego no es de *Daniel*.

¿Cómo *se atreve* a hablar con mis compañeros sin consultarme? Papá y Teresa fruncen el ceño, claramente ansiosos por saber lo que acaba de decir Bonnie.

—Obviamente, lamentamos perderte, Cathy, pero entendemos que tu salud y tu familia deben ser prioritarias.

Sus palabras me golpean como un rayo. —Espera, ¿es eso? ¿Es eso lo que me estás diciendo? Así que supongo que le habéis dado el puesto al que yo aspiraba a Samantha.

—Hicimos las entrevistas para el puesto a finales de la semana pasada —su voz es vacilante—, tal como teníamos planeado. Samantha fue la mejor candidata ese día.

—¿Mejor que yo?

—Sinceramente, Cathy, eras una seria candidata para el puesto. Si lo que te pasó *no* hubiera ocurrido, habríamos tenido una elección muy difícil entre vosotras dos.

—¿Habéis cubierto también *mi* puesto? —He intentado ser positiva estos últimos días, pero todo se ha venido abajo. El vacío profundo y oscuro en mi interior se está ensanchando. No volver al trabajo es una decisión que debería haber sido mía y solo mía. Espera a que vea a Daniel.

—Todavía no, pero, Cathy, no parece que pudieras desempeñar tu trabajo con toda tu capacidad de todos modos.

—¿Quién lo dice? ¿Quién lo sabe? Mi memoria podría volver completamente en cualquier momento.

—¿Por qué no te centras en recuperarte? Te pagaremos durante los próximos tres meses, y también has acumulado una cantidad decente de días de vacaciones.

—No es el dinero lo que me preocupa, es...

—Todo lo que puedo decir es que si alguna vez estás lista, si te interesa volver a trabajar para Bookish, podríamos considerar crear un puesto donde pudieras hacer algo de edición, quizás trabajando desde casa en un principio.

Un poco de edición desde casa. Probablemente por una fracción de lo que ganaba antes. —¿Era edición lo que he estado haciendo?

—Entre otras cosas, sí. Mira, habríamos mantenido tu puesto abierto un poco más, pero sin un plazo definido, simplemente no podemos.

Me seco una lágrima que se ha deslizado por mi mejilla. Papá y Teresa intercambian miradas. «¿Estás bien?», articula papá sin voz.

—Lo siento, Cathy, de verdad, pero en nombre de Bookish, me gustaría agradecerte todo lo que has hecho y decirte...

—Espera. Antes de que te vayas, ¿qué puedes decirme sobre quién era yo antes de todo esto?

—¿Te refieres a antes de tu accidente? —Suena desconcertada—. ¿En qué sentido?

—En todos los sentidos.

—No entiendo. No estoy segura de qué quieres saber.

—¿Era buena en mi trabajo, por ejemplo? ¿Tenía muchos amigos en el trabajo? ¿Qué hacía durante las horas de comida, con mis tardes cuando estaba en Londres? *¿Qué sabes de mí*?

19

—Eras excelente en tu trabajo —la voz de mi ahora ex jefa se relaja como si estuviera aliviada por haber llegado a terreno seguro—. Y sí, tenías amigos.

—¿Pero no Samantha?

No responde. Muy revelador.

—Quiero saber sobre Samantha. Su nombre aparece con demasiada frecuencia como para no preguntar.

—¿En qué sentido?

—Quiero saber sobre estas *diferencias*.

Duda. —Claramente, debo adherirme a los límites de la confidencialidad, pero sí, tuvisteis algunas diferencias. Sin embargo, ambas mantuvisteis profesionalidad en vuestras interacciones en el trabajo.

—¿Qué tipo de interacciones?

—Obviamente, ambas aspirabais al mismo ascenso, pero hubo una o dos rivalidades más en las que nunca pude profundizar. Sin embargo, en general, las dos mantuvisteis las cosas amigables. De hecho, Samantha a veces se mostraba preocupada por ti.

—¿Qué quieres decir con *preocupada*?

—No hay nada registrado oficialmente, solo un par de cosas que mencionó en alguna conversación.

—Si alguien ha estado diciendo cosas sobre mí en mi lugar de trabajo, seguramente tengo derecho a saberlo.

—Vale, de acuerdo, pero solo voy a contarte esto por si pudiera ayudarte.

—Continúa.

Papá y Teresa esperan conteniendo la respiración. Debería haber puesto esta llamada en altavoz para no tener que repetirlo todo.

—Samantha mencionó tu consumo de alcohol un par de veces... me dijo que había alcanzado niveles problemáticos. Además de los problemas matrimoniales que según ella estabas teniendo.

—Tiene razón sobre el matrimonio, pero *no* sobre la bebida, de ninguna manera. Sin embargo, si ni siquiera éramos amigas, ¿cómo habría sabido Samantha algo de esto? Parece la última persona en quien yo confiaría.

—Realmente no puedo profundizar más en esto, Cathy, lo siento. Pero como te mencioné, nuestra puerta siempre está abierta, y espero que te recuperes muy pronto —habla rápido como si no pudiera esperar a terminar la llamada—. Tengo que dejarte, me está entrando otra llamada, pero cuídate. Me aseguraré de que tu dinero se ingrese en tu cuenta en los próximos días.

—Vale, pero solo... —bajo el teléfono. Ya ha colgado.

—Bueno, eso ha sido revelador —niego con la cabeza mientras le devuelvo el teléfono a papá—. Parece que por culpa de Daniel, que cree que está a cargo de mí, ahora me he quedado sin trabajo.

—Son una empresa, Cathy —dice papá—. Ninguna empresa mantendría tu puesto indefinidamente.

—Esa maldita compañera de trabajo mía también tiene mucho que explicar.

—Daniel probablemente solo les ha explicado cómo están las cosas —interviene Teresa desde el otro lado de la habitación.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que no hay garantía de que tu memoria vuelva, o de cuándo lo hará, si es que lo hace.

—Sí, soy muy consciente de eso, Teresa. Gracias por tu optimismo.

—Sé que debe ser duro —dice papá—, pero ese trabajo absorbía toda tu vida. Al menos podrás pasar mucho tiempo con los niños cuando te den el alta.

—¿Y qué hay de ese problema con la bebida que mencionó? Desde que estoy aquí, ni siquiera he pensado en tomar una copa.

—Si tuvieras un problema —papá parece confundido—, lo has ocultado muy bien.

—Sinceramente, no sé qué pensar. Ni siquiera sé quién me está diciendo la verdad.

Quizás, como sugirió Zoe, las redes sociales deberían ser mi siguiente paso. Si *tengo* un problema con la bebida, podría ser más evidente allí.

—¿Seguimos siendo amigos en Facebook, papá?

—A menos que te hayas enfadado conmigo —sonríe.

—¿Te importaría que echara un vistazo a mi página a través de tu cuenta? —señalo con la cabeza el teléfono que tiene en la mano.

—¿Tu teléfono sigue en manos de la policía, supongo?

—Sí, pero incluso cuando terminen con él, tendré que conseguir uno nuevo. Me han dicho que está completamente destrozado.

—Podemos arreglártelo, ¿verdad, Tee?

Ella asiente desde el rincón.

—¿O Daniel ya se está ocupando de eso?

—Qué más quisiera —resoplo—. Cuando mencioné que necesitaba uno, su respuesta fue que *debería estar descansando*. Como si estuviera hecha de cristal.

—Tiene razón, Cathy. —Los tranquilos ojos marrones de papá, que mi hermano y yo heredamos, están llenos de preocupación—. Realmente *deberías* estar descansando. Ya estás haciendo bastante con la fisio, según nos ha contado Daniel.

—Por favor, papá, soy muy consciente de lo que puedo y no puedo soportar.

—Vale, vale. —Levanta las palmas de las manos hacia mí en señal de falsa rendición.

—Entonces, *¿puedo* echar un vistazo a tu página de Facebook, papá? ¿Por favor?

—¿Podrás ver mucho?

—Si puedo acceder a *tu* perfil, al menos podré ver mis fotos y publicaciones. Ah, ¿y tienes algún mensaje mío?

Pulsa en la pantalla. —Suelo borrarlos cada mes más o menos, pero toma, puedes ver todo lo que hay. —Me pasa su teléfono—. Te he dejado abierta la pantalla de mensajes.

Miro de papá a Teresa. —Si me disculpáis un momento. —No dicen ni una palabra en respuesta, sólo permanecen sentados, observando. Casi puedo leer lo que debe estar pasando por sus cabezas. *¿Qué cree que va a conseguir con esto?*

—Podría ayudarme a reconstruir las cosas —explico—. De verdad, sé lo que estoy haciendo.

Bajo hasta una conversación reciente entre papá y yo. —¿Qué día fue mi accidente?

—El tres de marzo, fue un lunes por la mañana.

Eso suena correcto. El último grupo de mensajes entre nosotros tiene la marca de tiempo de la noche del dos de marzo.

Buena suerte para mañana, cariño. Déjalos boquiabiertos. 🔥

Solo es una presentación previa a la entrevista. Pero es importante, y todo forma parte del proceso de selección. xx

Tenemos el proceso previo a la entrevista para nuestros candidatos a profesores, y definitivamente tienen peso. ¿Cuántos vais a por el ascenso? xx

Estoy yo, esa Samantha, ya sabes, la que no para de chivarse de mí, y otros dos. ¡Aunque tengo buena información de que yo soy la favorita! xx

¡Por supuesto que lo eres! Esa es mi niña. E ignora a esa Samantha. Solo está celosa. 👍

Ahí está su nombre otra vez: la maldita Samantha. Así que sabía lo de sus *chivatazes*. Debió ser un flashback de memoria en lugar de un sueño el que tuve. Por lo que parece, tuvo la cara dura de venir al hospital cuando estaba en coma. No me imagino que vuelva ahora que estoy despierta, pero espero que lo haga. Me encantaría aclararlo todo con ella.

Al menos papá ha estado involucrado en los detalles de mi vida. Mensajearme con él probablemente sea el único momento en que tengo toda su atención, eso si su mujer no le controla los mensajes.

Sigo bajando. Nuestro siguiente grupo de mensajes es de dos días antes, el veintiocho de febrero. Y ahora veo en el primer mensaje por qué mi hermano me ha estado evitando tanto.

20

Solo para avisarte de que Harry anda buscando un préstamo, papá, y uno grande. Se puso bastante desagradable cuando me negué en rotundo, y tengo la sensación de que no lo va a dejar ahí. xx

Ya se ha puesto en contacto conmigo, cariño. Tuve que decirle que no. Simplemente no estamos en condiciones de ayudarle ahora mismo, no con todas las reformas que estamos haciendo en casa. ¿Quién tiene cien mil libras de sobra? 🙄

Dice que es un problema de liquidez hasta que venda su casa, pero no me creo ni una palabra. Creo que está metido en algún tipo de lío. Solo te aviso de que podría acercarse a Teresa. Dijo algo sobre que debería haber ido directamente a ella en lugar de a ti. Eso fue cuando todavía estaba relativamente hablador, ¡antes de perder los nervios! 😬

¿Estás bien? No deberías tener que aguantar que tu hermano se ponga desagradable. xx

Es lo único que he conocido últimamente. De todos modos, le devolví lo mismo que me dio. Además, se llevó unas cuantas verdades a la cara. xx

Menudo circo, ¿eh? No te preocupes, todo pasará bastante pronto. xx

—No entiendo por qué Harry se molestó en visitarnos el otro día —levanto la mirada del teléfono.

—¿Eso es una opinión o una pregunta, cariño? —la voz de papá es baja y serena.

—Bueno, está claro que le he molestado —me subo más la manta mientras un escalofrío me recorre el cuerpo y tiemblo.

—Todos le hemos molestado, cariño, no has sido solo tú.

—¿Su comportamiento es solo porque me he negado a prestarle dinero?

—Para ser sincera, parece que hay algo más —responde Teresa —. Daniel os escuchó discutir aquel fin de semana, pero no estaba seguro de qué iba todo aquello.

—Harry simplemente no puede lidiar con la palabra *no* —dice papá, dándome palmaditas en la mano—. Tampoco puede aceptar críticas, de *nadie*. Era así de niño y parece que nada ha cambiado.

—Apenas podía mirarme —su rostro amargo inunda mi mente. No quiero verlo, preferiría recordar la cara del hermano que *solía* conocer. Aquel en quien podía confiar y cuya compañía disfrutaba.

—Déjalo pasar, cariño. Ya tienes suficiente con lo tuyo.

—¿Tomamos un café, Bob? —Teresa parece aburrida. Reprimo el impulso de decirle que debería haberse quedado en casa; papá no estaría contento.

—Si tú invitas —papá sonríe.

—¿Podéis traerme un té, por favor? ¿Y algo de chocolate?

—Esa es mi chica —dice papá, y sus palabras me reconfortan—. Me alegra mucho que estés mejorando. Ciertamente no podíamos prever esto hace dos semanas. El chocolate es una muy buena señal.

Señalo la caja vacía de Maltesers en la papelera. —Los chicos me los trajeron y luego procedieron a comérselos ellos mismos.

—Ese es el tipo de cosas que *tú* habrías hecho de pequeña —se pone de pie, aún sonriendo.

—Es estupendo oír a Cathy hablar de los niños como si volviera a conocerlos, ¿verdad, Bob?

Odio cuando la gente habla de mí en tercera persona, especialmente cuando están en la misma habitación. Ha sido una historia similar varias veces cuando creen que estoy durmiendo, y se

han quedado murmurando entre ellos, ya sea justo fuera del alcance de mi oído en la esquina o justo fuera de mi puerta.

—Te dejo mi teléfono —dice papá—. No tardaremos mucho.

—¿Es buena idea dejarle tu teléfono? —la voz de Teresa resuena en la habitación mientras avanzan por el pasillo—. ¿Y si...? —Sin embargo, no logro captar más de lo que está diciendo mientras el sonido de sus tacones se desvanece lejos de la puerta.

Miro algunos de los otros mensajes de papá. Hay una conversación reciente entre él y Daniel, comunicando cosas como los horarios de visita para no tener a todo el mundo aquí a la vez. Retrocediendo a través de sus intercambios, ambos estaban bastante angustiados hace un par de semanas. Papá me quiere, eso es seguro. Incluso Daniel actúa como si me quisiera por el tono de sus mensajes. Pero cuando estuvo aquí ayer, era *muy* diferente. Le preguntaré a papá cuando regrese. Obviamente están en contacto, así que quizás *él* sabe por qué Daniel estaba tan distante cuando vino con los niños.

Hay un montón de veneno de Harry hacia papá. Miro rápidamente la pantalla. Gran parte de la conversación es unilateral, y papá ni siquiera ha respondido a la mayoría de los mensajes. Siempre ha sido así y preferiría dejar que la otra persona se reconcomiera antes que involucrarse en cualquier discusión. *Deja que el otro se quede con el regalo* es uno de sus mantras.

Siempre he sido una decepción para ti.

No podías esperar a abandonar a nuestra familia.

Apuesto a que si fuera Cathy quien te pidiera ayuda, no dudarías, ¿verdad, Bob?

Esta es otra de las tácticas de Harry, pensar que llamarle *Bob* en vez de *Papá* le molestará.

Nunca has hecho nada por mí, y todo esto es prueba de que probablemente nunca lo harás.

Si Harry solo hubiera estado pidiendo un préstamo de unos pocos miles, estoy segura de que papá le habría ayudado, pero cien mil es demasiado —ya sea familiar o no.

El iPhone de papá es más delgado pero con una pantalla mucho más grande y mejor que el último iPhone que recuerdo haber

tenido; sin embargo, la funcionalidad es prácticamente como la recuerdo. Salgo de la aplicación de mensajes y pulso en la aplicación de Facebook, buscando a Cathy Stratford antes de recordar con pesar que ahora soy Cathy Mason. Lo que daría por seguir siendo Cathy Stratford. Seguro que Brad habría estado aquí, a mi lado, casi las veinticuatro horas.

Miro fijamente mi foto de perfil. Me parezco a mamá antes de que su salud empeorara. Siempre odié mis rebeldes rizos oscuros cuando era joven, pero ahora que me han afeitado la mitad, daría cualquier cosa por recuperarlos.

Recorro la sección *sobre mí*. *Casada, Editora, Madre, de Yorkshire* —nada fascinante ahí. Hay algunos grupos a los que pertenezco, principalmente relacionados con libros, y varios autores que sigo, quizás personas a las que representé antes de que Bookish me despidiera, pero eso es todo. No puedo creer que esté sin trabajo. Seguramente no pueden hacer lo que han hecho solo por lo que digan Daniel y Samantha. Podría valer la pena tomar algunas medidas.

O quizás no tengo la energía ni las ganas.

Lo último que publiqué fue una foto mía en el tren, el viernes antes del accidente. Estoy toda arreglada, incluso glamurosa, lo cual no es como me recuerdo a mí misma. Especialmente no cuando solo estoy en el trabajo. Para una noche fuera quizás, pero no para el trabajo.

La anterior fue publicada el día antes. Estoy en un bar elegante, vestida de punta en blanco, y el pie de foto dice: *Al borde de muchas cosas buenas. Es hora de hacer que todo suceda.* Recorro los comentarios.

Daniel Mason Pareces olvidar las dos cosas buenas que tienes en casa.

Bob Wheeler Siempre estaré orgulloso de ti.

Samantha Corben No cuentes tus pollos antes de que nazcan.

Sue Mansford Así se hace, chica.

Mel Connors Cuida tus espaldas.

¿Cuida tus espaldas? ¿Qué? Hago clic en el nombre de Mel Connors, pero papá no es amigo suyo, así que no puedo enviarle un mensaje directamente. Su perfil parece estar completamente bloqueado, ni siquiera puedo ver su foto de cabecera. Necesito averiguar quién es y qué sabe de mí para publicar un comentario así —tan pronto como pueda volver a mi propio perfil. Tendré que aceptar la oferta de papá de conseguirme un teléfono. Pero volver a estar en línea sin contraseñas va a ser un desafío, como ya ha señalado Emma.

Fue un par de semanas antes cuando publiqué anteriormente —una foto mía en mi escritorio con el pie de foto: *Tengo el mejor trabajo del mundo, y Londres es mi lugar feliz.*

Hay un montón de hurras y de acuerdos de mujeres que deben ser mis compañeras, y luego Mel Connors ha comentado de nuevo con: *Necesitas vigilarte. Debe* tener algo que ver con mi trabajo, ya que sus comentarios no están en ninguna de las fotos que he publicado de los niños ni en ninguna de nuestras raras salidas familiares. Todos parecen centrarse en las fotos publicadas desde Londres.

Sus comentarios son pocos y distantes entre sí, pero hay otro en una foto mía en el tren con una copa de algo en la mano. Ha escrito *mucho que celebrar, pero no para ti.* Menudo cripticismo. Y luego, otra vez, en una foto en una azotea que publiqué en octubre. Sus palabras, *No pierdas el equilibrio*, me producen un escalofrío en la espalda.

¿Quién demonios es, y qué he hecho para molestarla? Tal vez sea una de las candidatas para el puesto que yo estaba buscando? Pero si ese fuera el caso, seguramente Bonnie la habría mencionado durante esa llamada telefónica?

Me pregunto si papá sigue siendo amigo de Brad en Facebook. A menos que hubiera una separación tremendamente conflictiva hace nueve años, no debería haber razón para que no lo sean. Mientras escribo *Brad Stratford* en la barra de búsqueda de la lista de amigos de papá, soy muy consciente de cómo la curiosidad mató al gato.

Y cuando leo la primera publicación en la página de perfil de Brad, me doy cuenta de que nunca debería haber mirado.

21

La publicación tiene la fecha de hoy. Lunes 17 de marzo. Ahí está, mi guapísimo Brad, su pelo oscuro ahora salpicado de gris pero todavía con esos mechones rebeldes y su sonrisa torcida. Debajo de esta foto ya hay casi ochenta comentarios, los primeros ofreciendo un sentimiento similar.

Lo siento por tu pérdida. Brad será recordado.

¡Dios mío! No me lo puedo creer. Estoy completamente destrozada. DEP Brad.

Mis pensamientos están con toda la familia de Brad. Qué pérdida de vida tan absurda.

Y así sucesivamente. Pero no puedo leer más. Dios. Mío. Así que por esto Brad no me ha visitado. Y por esto todos han estado tan evasivos cada vez que he mencionado su nombre. Está muerto. El amor de mi vida está jodidamente muerto.

¿Cómo murió? ¿Cómo demonios murió? Me desplazo por los comentarios, pero las lágrimas nublan mi visión. No puede haberse ido para siempre, tiene que haber algún error. Me recuesto contra mis almohadas, ahogándome en la ferocidad de mis sollozos. Ya fue bastante malo cuando supe que lo había perdido por el divorcio, pero *esto* es más de lo que puedo soportar. Acerco el teléfono a mi cara, intentando leer a través de mis lágrimas. *Tengo* que saber qué pasó.

—Eh, ¿qué está pasando? —papá vuelve a entrar volando en la habitación con Teresa pisándole los talones. Colocan sus tazas y dejan caer varias barras de chocolate sobre mi mesa antes de situarse a ambos lados de mi cama.

—Es Brad —dejo caer el teléfono sobre mi cama—. Está muerto, joder.

Ninguno de los dos dice nada, pero sus caras lo dicen todo. Papá coge el teléfono y se lo vuelve a meter en el bolsillo. —Dijiste que estabas mirando *nuestros* mensajes. Y tu *propia* página de Facebook, no la de Brad.

—Para ser sincera, me sorprende que lo hayan anunciado tan pronto —dice Teresa—. No cuando...

—Los dos lo *sabíais*. ¿Por qué demonios no me lo dijisteis? He estado hablando de él a cualquiera que me escuchara desde que desperté y todo este tiempo... —mi voz se apaga.

Papá se hunde en la silla a mi lado. —Nosotros mismos acabamos de enterarnos de que ha muerto. Hoy, hace un rato. Estábamos esperando el visto bueno de tu médico para asegurarnos de que estabas lo suficientemente fuerte para afrontar la noticia.

En el pasillo, todo sigue con normalidad. El incesante timbre de la puerta, las voces, el traqueteo de los carritos. No entiendo cómo la vida *puede* continuar. Mi Brad está muerto, y ni siquiera estuve a su lado, cogiendo su mano.

—Y teníamos que consultarlo con la policía —añade Teresa—. Para usar sus palabras, es una investigación en curso.

—¿Qué tiene que ver la policía con Brad? —saco un pañuelo de la caja para secarme la cara, pero las lágrimas no paran. Es como si nunca fueran a parar. Descubrir que perdí a mi marido por un divorcio hace nueve años ha sido terrible. Desde que desperté del coma, ha sido como perderlo otra vez. Y ahora, es definitivo: no hay manera de recuperarlo como yo deseaba. Lo he perdido para siempre.

De alguna manera, *esperaba* la noticia de la muerte de mi madre. Después de todo, no tenía calidad de vida. La quería, por supuesto que sí, pero dependía tanto de mí que su muerte, en muchos aspectos, habría sido un alivio.

—Como tú, Brad ha estado en coma —las palabras de papá interrumpen mis pensamientos, sus ojos llenos de dolor.

—Pero *a diferencia* de ti —continúa Teresa—, Brad nunca recuperó la consciencia.

—Espera, ¿ha estado *aquí*? —clavo mi dedo en la sábana—. ¿En este mismo hospital?

—Él *también* estaba en Cuidados Intensivos —responde ella—. Sí.

—¿En la misma planta? —pensar que mi querido marido, bueno, el hombre que creía que era mi marido, ha estado solo a *metros* de mí, y ni siquiera lo sabía. Si hubiera podido estar junto a su cama, tal vez podría haber cambiado las cosas. Quizás podría haberse recuperado si yo hubiera estado apoyándole. Me sueno la nariz e intento calmar mi respiración, pero las lágrimas siguen cayendo.

—Hay tres unidades de UCI —explica papá—. Brad estaba en otra de ellas.

—Nunca os iban a poner en la misma planta —no me gusta el tono de Teresa. Quiero saber a qué se refiere.

—¿Por qué? ¿Y qué quieres decir con que nunca recuperó la consciencia? ¿De qué, exactamente? ¿Qué demonios le pasó?

Se miran otra vez, como si tuvieran algún código secreto que nunca podré descifrar. —Tenemos que esperar a la policía antes de contarle nada más a Cathy, Bob —dice Teresa—. Van a venir hoy, ¿verdad? Deberíamos dejar esto para ellos.

—¿Cuándo murió Brad? *¿Cómo* murió? Por favor, decidme... vamos, papá, tengo derecho a saberlo. No quiero esperar a la policía. Quiero escucharlo de *ti*.

—Lo sabrás *todo* muy pronto —responde—. Pero Teresa tiene razón: todo esto tiene que tratarse adecuadamente. Estaríamos completamente fuera de nuestro ámbito intentando explicártelo todo.

—No soy una flor delicada.

—Y *no* tienes derecho a saberlo —la voz de Teresa puede ser suave, pero lleva un tono de dureza—. Después de todo, ya no eres la mujer de Brad.

—¿Qué demonios está pasando?

Todos nos giramos hacia la voz en la puerta. Oh no, esta es la última persona que quiero ver.

22

No quiero que Daniel esté aquí, especialmente si tiene la misma actitud que la última vez. Papá me pasa un pañuelo y me seco las lágrimas.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras? —la voz de Daniel está cargada de acusación.

—Cathy acaba de enterarse de lo de Brad —explica Teresa—. Evidentemente, con su memoria como está, le está afectando mucho.

—¿Os importaría dejarnos a solas unos minutos? —Daniel mira de ella a papá mientras se adentra más en la habitación. Su expresión es difícil de interpretar.

—Quizás deberíamos quedarnos —empieza papá—. Está muy alterada, y no creo que...

—No, tiene razón, Bob —Teresa agarra su brazo cuando se levanta de donde ha estado sentado en mi cama—. Deberíamos dejarlos solos y volver más tarde. Le conseguiremos un teléfono, como prometimos.

Papá hace un gesto a Daniel para que regrese a la puerta. —Ve con calma —apenas alcanzo a oírle decir—. No te tomes personalmente que esté disgustada por Brad; recuerda que ha sufrido una terrible lesión en la cabeza.

Daniel no responde; en su lugar, gira sobre sus talones y marcha de vuelta hacia mi cama mientras los pasos de papá y Teresa se alejan por el pasillo. Me han dejado aquí con Daniel demasiado fácilmente. No quería que se fueran, pero no me dieron oportunidad de protestar.

—¿Cómo te enteraste de lo de Stratford? —Su mandíbula está tensa formando una línea dura y firme mientras se inclina sobre mí.

—¿Por qué estás *así*? —me encojo—. El hombre está *muerto*, por el amor de Dios —Nuevas lágrimas brotan con lo que estoy diciendo. Siento como si nunca fuera a dejar de llorar.

—Quiero saber cómo te enteraste —Arrastra una silla hacia sí con un chirrido y se deja caer pesadamente en ella.

—Por Facebook... Papá me dejó su teléfono. Se suponía que iba a mirar otra cosa.

—¿Por qué demonios... —la voz de Daniel se eleva— crees que he estado intentando mantenerte alejada de internet?

—Tenía derecho a saberlo.

—Se supone que ahora somos los chicos y yo quienes te importamos, no *él*.

—Mi cabeza es un completo lío, eso es todo. Sigo soñando con cosas. Sigo recordando todo tipo de cosas, pero no puedo distinguir qué es real y qué podría estar imaginando. No te gustaría estar en mi cabeza ahora mismo.

Me limpio las mejillas con el pañuelo, que está completamente empapado. No puedo alcanzar la caja, pero no voy a pedírselo a Daniel.

Intento ralentizar mi respiración. Si voy a descubrir algo, necesito recomponerme. —Dime qué le pasó a Brad, Daniel. Por favor. Quiero escucharlo de *ti*, no de la policía. Papá y Teresa no me quisieron contar nada.

—Estoy harto de oír hablar de ese hombre —Daniel niega con la cabeza—. Ha sido una espina en mi costado durante años. Nunca he podido estar a su altura, ¿verdad?

—No lo recuerdo.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo sobre tu pérdida de memoria? —Se recuesta en su asiento—. Ambos sabemos lo buena

que eres mintiendo.

—Lo que le ha pasado a mi ex marido me ha dejado en shock, eso es todo.

—No puedo seguir con esto. —Su labio se curva con lo que podría ser desprecio. Por sí mismo, por mí, por nuestra situación, ¿quién sabe?

—¿Qué quieres decir?

—Estoy harto del drama interminable, la soledad constante, el verme obligado a vivir como un padre soltero. —Clava el dedo en el borde de mi colchón mientras enumera cada punto.

Podría defenderme. Podría enfrentarme a él por haber renunciado a mi trabajo en mi nombre sin siquiera consultarme. Pero todo eso ha perdido importancia tras la muerte de Brad.

—Todo el mundo me dice que debería cortar por lo sano, tomar lo que me corresponde y largarme de este supuesto matrimonio —continúa.

—¿Lo que te *corresponde*? ¿Por qué, qué es lo que te *corresponde*? —Ojalá pudiera recordar más. ¿Está hablando de dinero, de nuestra casa, de los niños... de qué?

—Ya lo descubrirás muy pronto. Y si intentas enfrentarte a mí, desearás no haberlo hecho.

—¿Por qué te vuelves contra mí así, Daniel? —Estudio su rostro —. Creía que querías que me recuperase. Los niños...

—Pensaba que podría hacer esto, pero no hay manera. Los niños están mejor sin ti. Y yo *definitivamente* también. Ya he concertado una cita con un abogado.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Lo único que te importa es *él.* —Daniel se da una palmada en la frente—. Él, él, él.

—Para ya, ¿quieres?

Acerca su silla todo lo que puede e inclina la cabeza justo delante de mi cara. Está tan cerca que puedo oler la acidez de su aliento. —Estoy harto de todo esto y no voy a acabar igual que *él*.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. —Me desplazo al otro lado de la cama. ¿Cuántas veces nos habremos siseado así el uno al otro cara a cara, gruñendo insultos e intercambiando

ofensas? Me pregunto si alguna vez lo hicimos delante de Austyn y Matthew. Espero que no, joder.

—Tu precioso *ex*marido. —Sisea mientras aparta la silla con un chirrido y se levanta—. ¿Te cuento lo que pasó?

—Ojalá *alguien* lo hiciera. —Las lágrimas corren por mi cara más rápido de lo que puedo limpiarlas.

—¿Quieres que te diga exactamente *por qué* está muerto?

—Solo dímelo.

—Porque... —Clava su dedo en mi almohada—. ¿En serio sigues manteniendo esta farsa de que no puedes recordar?

—No – es – una – farsa. —Sollozo entre cada palabra.

—¿Te digo por qué está tumbado en una nevera en ese depósito de cadáveres?

Mis ojos no abandonan su cara. Es como si estuviera disfrutando de este momento de poder. Él sabiendo algo que yo no sé.

—Está donde está porque *tú* lo pusiste ahí.

23

Por un momento, nos limitamos a mirarnos a la cara.

—Estás mintiendo —susurro—. Su muerte no tiene *nada* que ver conmigo. Yo le quería.

—Tú le *mataste*.

Por un momento, me pregunto si Daniel va a abofetearme.

—No puedo estar cerca de ti ni un momento más —se dirige furioso hacia la puerta—. Voy a recoger a mis hijos de casa de mi madre.

—Por favor, no puedes dejarme así. Necesito saber qué pasó, qué se supone que he hecho.

Se vuelve, pero puedo ver en su cara que hoy no obtendré nada más de él. —Puedes pudrirte después de cómo nos has tratado. Te quería, Cathy. Habría dado lo que fuera para que tú me quisieras también. Pero ya no me importa.

Le observo mientras sale a grandes zancadas de la habitación, demasiado entumecida para seguir llorando. ¿Cómo puede decir que yo maté a Brad? No habría hecho eso, ni en un millón de años. Y si lo hubiera hecho, ¿por qué no estoy bajo vigilancia policial o esposada, en lugar de ser una paciente normal en una planta normal de hospital con personal que se porta bien conmigo y con visitas permitidas?

Cierro los ojos. Desearía que Zoe volviera hoy, pero ya hemos tenido nuestra sesión de fisioterapia. O Emma. Necesito hablar con alguien.

Busco con la mirada mi timbre de llamada, pero está fuera de mi alcance en lo alto del armario. Y el bastón cuádruple está justo al otro lado de la habitación. En cuanto algún miembro del personal entre con mis medicamentos o para hacer las observaciones, les pediré que contacten con la policía. Se suponía que vendrían hoy, pero ya son más de las cinco. Necesito saber qué está pasando, y necesito saberlo *esta noche*.

Cierro los ojos, obligándome a escapar al sueño hasta que venga alguien, pero al mismo tiempo, tengo miedo de adónde podría llevarme el sueño. La última vez que soñé con Brad, estábamos teniendo una discusión horrorosa. Quiero revivir un recuerdo *feliz* con él. Éramos *felices*. No hay manera en este mundo de que yo pudiera ser responsable de su muerte.

~

Mi puerta se cierra suavemente, y abro los ojos. —¿Quién es usted?

Una mujer con coleta se dirige rápidamente a la persiana a la izquierda de la puerta, luego se desliza hacia la derecha, girando silenciosamente las varillas hasta que todas están cerradas. No va vestida con bata ni ningún tipo de uniforme hospitalario. Lleva mallas, jersey y zapatillas deportivas, así que tampoco puede tener nada que ver con la policía. Quizás sea algún tipo de visitante voluntaria. Si ese es el caso, la enviaré a paseo.

—No queremos que nadie nos moleste, ¿verdad? —Por fin, habla.

—Dígame quién es usted —me encojo contra las almohadas—. Esto no es una visita social. Puedo ver por la expresión de su cara y el tono de su voz que *no es* una visitante voluntaria tampoco. Ni es simplemente una amiga que no reconozco. Dios mío, se parece a la mujer que publicó esos comentarios aleatorios en Facebook: Mel Connors—. Quédese ahí —le señalo—. No se acerque más.

—Tú no me dices lo que tengo que hacer.

—No tengo ni idea de quién es usted —mi corazón late con fuerza—. Aquí estoy, tumbada impotente en esta cama con una mujer que claramente tiene una vendetta. Podría estar en peligro.

—No me vengas con esas tonterías, sabes *exactamente* quién soy.

No puedo soportar más hoy. Primero, la noticia sobre Brad, luego Daniel siendo horrible conmigo, y ahora *esto*. Voy a seguir el consejo de Zoe y pagar por terapia. Tengo que recordarlo todo, *necesito* recordar.

Echo un vistazo a la mano de la mujer, de la que brilla un solitario, e instintivamente voy a girar mi propio anillo, encontrando solo un dedo desnudo. El suyo está muy lejos del anillo de compromiso que una vez conocí. El anillo que Brad me dio. Ella nota que estoy mirando, y su rostro se endurece aún más. *¡No!* ¿Podría ser...? ¿Es...?

—No podías dejarle en paz, ¿verdad? ¿No estabas contenta hasta que le acosaste hasta la muerte?

—¿*Brad*?

—Ni siquiera pronuncies su nombre.

—Pero no sé nada. Ni siquiera estaba allí cuando murió. ¿Por qué dice la gente que fue *mi* culpa?

—Porque *fue* culpa tuya —Un destello plateado en su otra mano refleja la luz de mi lámpara del techo. Pero esta vez, no es un anillo lo que veo. Es la punta de una jeringuilla—. Y ahora voy a hacer que pagues por lo que me has quitado.

Me muevo hacia el lado derecho de la cama, mirando hacia el timbre de llamada. Tengo que alcanzarlo, tengo que sacarla de aquí.

—No vendrá nadie —Se acerca más—. Por tu culpa, mi prometido está en la morgue. *Tú* acabaste con su vida.

—Por favor, no recuerdo nada. Solo dime qué se supone que he hecho.

—Tú *sabes* lo que has hecho —Su voz es un gruñido mientras enfatiza la palabra «sabes»—. Si no fuera por *ti*, él nunca habría sido arrollado por ese tren.

—No sé de qué estás hablando. Era *yo* la que estaba en la vía del tren, no Brad.

—Deberías haber sido *tú* quien muriera —solloza—, no él —Coloca la jeringuilla frente a su pecho y entrecierra los ojos. A menos que alguien venga a ayudarme en el próximo minuto, la suya podría ser la última cara que vea, dependiendo de lo que tenga en esa cosa.

—Por favor, hablemos de esto —Me incorporo y giro las piernas hacia un lado—. Ni siquiera sé lo que pasó. No pretendía que nadie muriera. Seguramente no merezco que cometas un asesinato por el que irás a la cárcel.

Levanta la jeringuilla a la altura de su cabeza y aprieta los dientes. Si no hago algo rápido, parece que va a apuntar a mis ojos.

Desde que desperté del coma, a menudo he pensado que quería morir. Pero una fuerza que no sabía que tenía está surgiendo dentro de mí y, de repente, quiero vivir. Quiero ser yo, y quien quiera que *yo* fuera, voy a ser mejor. Mucho, mucho mejor. Con un padre como Daniel, esos niños necesitan que viva. Necesitan que me convierta en la madre que siempre debí ser. Me inclino hacia atrás, lista para ponerme de pie. Voy a llegar a ese timbre sin mi bastón.

Pero ella me tira hacia atrás agarrándome del hombro.

—¡Socorro! —grito, que es lo que debería haber hecho desde el principio—. ¡Que alguien me ayude! —Contengo la respiración y me preparo para la punzada de la aguja. Lo que sea que haya dentro, está mezclado con odio puro. Nunca tendré la oportunidad de descubrir la verdad, si *estaba* «acosando» a Brad y si *era* responsable de su muerte. Mel Connors va a acabar con todo aquí y ahora, y no puedo hacer nada para detenerla.

Con un chillido, hunde la aguja hacia abajo, pero yo me lanzo hacia adelante, arrojándome al suelo junto a la cama, paralizada por la agonía al caer sobre mi brazo roto.

—¡Ayudadme, por favor! —grito mientras intento levantarme del suelo. Mi cabeza se marea con el esfuerzo.

Ella ya está rodeando mi cama. Estoy en el suelo, ella está de pie, y aunque no consiga clavarme esa aguja, una patada en algún lugar ya fracturado puede causarme tanto daño como aquella. —¡Ayudadme, alguien! —grito de nuevo, pero el dolor ha debilitado mi voz. Intento arrastrarme hacia atrás, alejándome de ella, pero solo

hay una pared detrás de mí. Me tiene acorralada, y solo podré resistir dando patadas durante un tiempo antes de que consiga apuñalarme.

La puerta se abre de golpe. —¿Qué está pasando? —Una voz masculina retumba desde la entrada. Me quedo paralizada cuando nuestras miradas se cruzan, y luego él mira a la mujer—. Contra esa pared, ahora —La señala, endureciendo su mirada junto con su voz.

Estoy paralizada por el dolor cuando su pie golpea mi cabeza. No puedo respirar; no puedo moverme. Solo me desplomo contra la pared.

—Ayudadme —Mientras fuerzo mis ojos a abrirse una rendija, veo las siluetas de varias personas agrupadas a su alrededor. Está siendo inmovilizada contra la pared por tres personas vestidas con uniformes sanitarios. Pero el dolor es demasiado intenso y no puedo mantener los ojos abiertos para mirar.

—¡Llamad a seguridad! —grita una voz.

—Acabo de llamar al 112 —Esta vez, la voz suena más distante.

Mientras tanto, alguien está gritando.

—Estás a salvo. Tranquila. Estás a salvo —Alguien se agacha sobre mí—. Vamos a subirte a la cama y revisarte.

No puedo mantener los ojos abiertos. Mi cabeza va a estallar. Los gritos son aún más fuertes.

—Intenta calmarte.

Los gritos, me doy cuenta entonces, vienen de mí.

24

—Esto solo te hará sentir soñolienta durante una hora más o menos —una voz amable irrumpe en mi oscuridad—. Pero te aliviará parte del dolor.

El movimiento de la enfermera alrededor de mi cama y el chasquido de lo que está insertando en mi cánula resulta reconfortante. Quiero dormir, quiero estar caliente y a oscuras. Quiero estar lo más lejos posible de mi realidad.

—Estaré ahí fuera si me necesitas —pero su voz ya suena lejana —. Justo en el puesto de enfermería. Haré que tu amiga vuelva a entrar para acompañarte mientras descansas.

No puedo hacer nada más mientras me deslizo hacia el bienvenido olvido que ella ha creado. Quizás dondequiera que me estén enviando, Brad estará allí, esperando.

—¿Has quedado con alguien?

Levanto la mirada hacia donde una mujer se cierne sobre mí. Tiene más o menos mi edad y una expresión extremadamente hostil.
—Sí, de hecho, he quedado.

—Pues no va a venir —quizás esta sea alguna forma aleatoria de conseguir que me mueva para que ella pueda ocupar esta mesa.

Rodeo mi copa de vino con los dedos. —¿De qué estás hablando?

—Me ha enviado a mí en su lugar.

Sigo mirándola fijamente, esperando una explicación.

—Soy la prometida de Brad.

—¿Eres qué?

—Me ha contado lo que está pasando.

Me siento mal. No me molesta que me esté confrontando. Lo que me molesta es que Brad la haya enviado aquí.

Se desliza en el reservado y se sienta frente a mí. —Te lo dejaré cristalino, ¿vale? —En cuanto a apariencia, no es alguien de quien deba preocuparme. Excepto que ella tiene el anillo brillante de Brad en su dedo, y yo no.

—No tengo nada que decir. Solo déjame en paz, o le diré al personal que me están acosando.

—Bueno, tú sabrás todo sobre eso, ¿no?

—No estoy acosando a nadie. Si Brad y yo nos hemos encontrado de vez en cuando, ha sido porque él ha querido.

—Ha hablado contigo en el tren, o cuando se ha "tropezado contigo" —dibuja comillas con los dedos—, porque es amable. Demasiado amable para su propio bien. Pero yo no lo soy. No cuando alguien está intentando meterse con mi prometido. Así que puedes tomar esto como una advertencia.

—¿Eso es una amenaza? —Con sus vaqueros ajustados y zapatillas, y con una coleta castaña colgando de su capucha, no parece que pudiera salir peleando ni de una bolsa de papel mojada —. No hago amenazas, hago promesas. Solo aléjate de él, ¿me oyes?

—Si Brad me lo dice, lo haré. Pero no voy a reaccionar a nada que tú digas —la miro directamente a los ojos. Incluso sus ojos son apagados. ¿Qué demonios ve en ella? ¿Por qué no lo intenta de nuevo conmigo?

—Él me ha enviado aquí, estúpida. Ya no sabe cómo manejarte. Apareces en su gimnasio, cuando está con sus compañeros de trabajo, cuando está en su alojamiento. Apuesto a que solo aceptaste el trabajo aquí para poder acosarle, ¿verdad?

—No le estoy acosando.

—¿Cómo lo llamarías entonces? Mira, cariño, tuviste tu oportunidad con él y la desperdiciaste. Ahora estás intentando

hacerle a tu marido actual lo que le hiciste a Brad —su labio se curva mientras me mira como si fuera un mal olor que ha entrado—. Bueno, él también sabe lo que estás tramando.

Mi estómago da un vuelco. —¿Qué quieres decir?

—Le he enviado un mensaje... tiene derecho a saberlo.

Quiero abofetear esa sonrisa petulante de su cara, pero no voy a descender a su nivel. —Cómo te atreves...

—Mujeres como tú dan mala fama al resto.

—Por favor, mira... de acuerdo. Solo vete, ¿quieres? Te estás pasando con todo esto.

—No, señora. Tú te has pasado —coge mi copa—. Y si hay más acoso, sabrás exactamente lo que significa pasarse —jadeo cuando me lanza mi copa casi llena de vino tinto a la cara, mientras ella se desliza fuera del reservado y se dirige hacia la salida.

—Eh, eh, eh. Está bien, Cathy. Estoy aquí, soy Emma. Todo va a estar bien... ella ya no puede hacerte daño.

—Quería matarme. Tenía una jeringuilla. Ella...

—La han detenido. ¿Era ella con quien estabas soñando ahora mismo?

Intento abrir los ojos a la fuerza, pero la luz que entra por la puerta me obliga a cerrarlos de nuevo. Mi cabeza sigue palpitando después de que me diera una patada.

—Tenías razón. Yo *estaba* persiguiendo a Brad. Y Mel Connors tenía todo el derecho a advertirme que me alejara. Pero yo no... yo no... —no puedo expresar mis palabras.

Emma no dice ni una palabra. Está mirando al suelo.

—Lo siento por querer recuperarlo con tantas ganas... por ponerme tan celosa cuando descubrí que se iba a casar. Pero ese es mi único delito.

—Daniel me contó lo que te dijo antes. Que tú mataste a Brad. Por eso me he quedado hasta que te despertaras. Necesitas escuchar la verdad sobre todo esto.

Menos mal que es *Emma* quien está a mi lado cuando me he despertado y no Daniel. Si voy a escuchar más malas noticias o

negatividad sobre mí misma, prefiero oírlo de Emma. —¿La verdad sobre *qué*?

Se levanta de su silla y camina hasta la ventana. Mira hacia la oscuridad antes de volver a mi cama. Pero no se sienta de nuevo. Permanece de pie, viéndose más nerviosa de lo que la he visto nunca.

25

—Primero hablaremos sobre lo que pasó antes con esa Mel Connors —dice Emma—. La prometida de Brad.

Esas dos palabras son como un puñal en mi corazón, *la prometida de Brad*. Esa era yo, luego fui su esposa, y siempre su alma gemela. *Nunca* debíamos separarnos.

—Y eso nos llevará a lo que Daniel te dijo hoy.

—Las visitas casi han terminado —la supervisora de planta asoma la cabeza en mi habitación.

—¿Podríamos quedarnos un poco más? —Emma se gira hacia la puerta—. Cathy acaba de despertarse.

—Realmente, necesita seguir descansando —responde la enfermera.

—Le prometo que estoy bien —le aseguro. Emma está a punto de contarme algo que parece que necesito oír, información que podría acelerar mi recuperación si consigo entenderla.

—Necesitas calma y espacio para recuperarte —insiste la enfermera—. ¿O quieres volver al punto de partida?

—Me mantendré tranquila, lo prometo. ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Solo un par de horas.

—Estoy bien, de verdad.

—La policía también quiere hablar contigo —continúa—. Pero les he pedido que vuelvan por la mañana. Así tendrás la oportunidad de recuperarte de lo ocurrido antes y prepararte para las preguntas que querrán hacerte.

—¿Podemos quedarnos hasta y media? —pregunta Emma con una expresión que recuerdo de cuando éramos adolescentes. Una mirada que podría vender hielo a los esquimales.

—Solo veinte minutos —responde ella—. Después, Cathy *realmente* debe descansar.

—Gracias —se vuelve hacia mí.

—Estaré en el puesto de enfermería si me necesitas, Cathy.

—Gracias —miro a Emma—. ¿Mi padre volvió mientras dormía?

Una nube entra en sus ojos. Siento que ella envidia la relación que tengo con mi padre, lo cual supongo que es natural dado que ella y su propio padre no tienen mucho contacto, según lo que me contó mi padre. Pero al menos ella todavía tiene a su madre. La mía puede que solo haya muerto hace poco, pero la perdí hace muchos años. "No, solo me han pedido que les mantenga informados".

—No hasta que me informes a *mí* primero —me apoyo sobre un codo—. ¿Van a acusar a esa mujer?

—Por supuesto —responde—. Te dio una patada en la cabeza.

—Si yo no me hubiera tirado de la cama al suelo... —cierro los ojos—. Si ese celador no hubiera entrado cuando lo hizo, podría haberme apuñalado con lo que fuera que hubiera en esa jeringa.

—Mamá cree que la tratarán con indulgencia —dice Emma—. Ya que está de luto.

—Si todas las mujeres de luto fueran por ahí apuñalando a alguien con una jeringa y dándole patadas... —empiezo.

—Iba a casarse con Brad dentro de ocho semanas.

La realidad de su inminente boda cae en la boca de mi estómago, tan pesada como una roca. Así que se habrían casado en mayo. Ese era *nuestro* mes. Es cuando *nosotros* nos comprometimos, *y* nos casamos. Siempre me ha encantado mayo, el mes de mi cumpleaños, un mes lleno de flores, cantos de pájaros y la promesa del verano. Pero ella incluso me ha quitado eso.

—Brad murió rescatándote *a ti* de las vías esa mañana —continúa Emma—. Le atropelló un tren que llegaba en dirección contraria. Iba más rápido que el tren que te golpeó a ti.

Se me escapa un jadeo mientras me llevo la mano a la boca. —¿Estaba intentando *salvarme*? ¿Estaba allí al mismo tiempo?

—Igual que tú, viajaba de lunes a viernes. Bueno, lo hacía.

Cierro los ojos.

La multitud de gente se apiña en el andén de la estación como un rebaño de ovejas. Un altavoz corta repetidamente su zumbido. El empalagoso aroma de perfume y aftershave se mezcla con el olor a aceite de motor. Brad se aleja, con la mano en el aire como si me estuviera despidiendo. Y alguien más está observando.

Entonces, tan rápido como esta imagen entra en mi mente, desaparece.

—Como mencioné antes, tú *realmente* le perseguías, apareciendo en su trabajo, en los lugares a los que iba después del trabajo, e incluso donde se alojaba.

—Estaba soñando con eso. Eso es lo que me despertó tan sobresaltada —miro a la ventana, a la oscuridad del exterior. La cara de Brad aparece al otro lado del cristal. Instintivamente, levanto el brazo, pero él se da la vuelta y desaparece.

Un sentimiento enfermizo de celos está arremolinándose en la boca de mi estómago. Claramente, este sentimiento es con el que he estado viviendo. —No podía aceptar que se fuera a casar otra vez, ¿verdad?

—Eso es quedarse corto. Tanto Daniel, cuando se enteró, como Mel, la prometida de Brad, estaban enloqueciendo.

—¿Pero por qué? Es decir, si yo estaba casada de nuevo con dos hijos propios, ¿por qué me comportaba así?

—Porque Brad seguía siendo muy amable contigo. Sentía un deber moral y odiaba verte disgustada. Incluso se reunió contigo un par de veces en Londres, intentando dejarte con suavidad. Pero tú seguías interpretando más cosas de las que había.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Daniel me lo contó. Está destrozado, ¿sabes? —Se aparta un mechón de pelo de la cara—. Estaba intentando superar sus propios

sentimientos cuando estabas en coma y estar aquí para ti, pero le cuesta. Especialmente después de tu reacción a la noticia de la muerte de Brad.

—Quería tanto a Brad, ¿por qué nos separamos? Es lo que no puedo entender.

Juguetea con el borde de su vaso de papel. —No estabas teniendo una aventura completa, pero las cosas estaban desarrollándose con otra persona mientras Brad estaba trabajando fuera.

—¿Por qué no me dijiste esto antes, cuando te lo pregunté?

—Me dijeron que no lo hiciera.

—¿Con quién estaba teniendo esta aventura no del todo completa?

Desvía su atención del vaso hacia mí. —Daniel.

—Imposible, yo nunca habría...

—Pero lo hiciste. Todavía trabajabas como periodista y Brad estaba en Londres ayudando a Joel a establecer la oficina de Londres.

—Debía estar completamente loca.

—Eso es lo que todos pensábamos en aquel momento, pero así fue. Estabas aburrida y sola durante la semana cuando Brad estaba fuera.

—Sigo sin poder creer que hubiera elegido a Daniel en lugar de a Brad.

—Nosotros tampoco. Aunque al final, Brad decidió por ti.

—¿Qué quieres decir?

—Ya no podía confiar en ti, así que para él se acabó. De alguna manera, te habías dejado seducir por este hombre mayor más, como él se presentaba entonces, sofisticado.

—¿Sofisticado? ¿Daniel? Tiene que ser una broma.

—Te estaba ofreciendo algo que Brad *no te daba* en ese momento. —Estruja el vaso de papel en su mano—.

—Pero él ni siquiera tiene una carrera, ¿verdad? Daniel, quiero decir. Por lo que puedo deducir, es mi salario el que mantiene a *él*.

—No siempre fue así. Su negocio quebró durante la pandemia. Fue entonces cuando comenzó a escribir.

Una imagen de Daniel en nuestra mesa de la cocina con la cabeza entre las manos aparece en mi mente. Luego desaparece de nuevo.

—Algunos fragmentos están *empezando* a volver a mí.

—¿De verdad? —La expresión de su cara sugiere que está escéptica—. ¿En qué sentido?

—A través de sueños principalmente, pero estoy teniendo algún que otro recuerdo incluso cuando estoy despierta. Justo ahora, cuando estabas hablando, por ejemplo, fragmentos de cosas siguen apareciendo en mi cabeza.

—Eso es bueno. O quizás no tanto, en tu caso. Como tú misma has dicho, a veces es mejor no recordar.

No me habría gustado mucho como era antes de mi caída: una acosadora insatisfecha, materialista y obsesionada con su carrera, según todo lo que me han contado. Mis prioridades estaban completamente equivocadas, y no hay manera de que quiera volver a ser esa persona.

—Entonces, déjame aclarar esto —presiono mis dedos contra la sábana mientras hablo—, cuando Daniel insistió en que *yo maté a Brad*, y cuando su supuesta prometida...

—Ella *es* su prometida. Bueno, lo era... —Su voz se apaga.

—Cuando me atacó antes —continúo—, ¿fue porque era *a mí* a quien intentó rescatar?

—Bueno, más o menos.

—Entonces eso no es *mi* culpa, ¿verdad?

—Eso es lo que la policía todavía está intentando averiguar —responde Emma—.

—Seguro que tendrán más respuestas cuando hablen conmigo mañana.

—¿Quieres que esté aquí? No deberías enfrentarte a ellos sola. —Se echa el pelo hacia atrás.

—Si te permiten estar, supongo que depende de si vienen durante las horas de visita.

—Ya está bien. —La supervisora de planta asoma la cabeza por la puerta—. Son casi veinte minutos después del horario de visitas. El médico me matará si os dejo más tiempo.

—Gracias por dejarme quedar. —Emma le sonríe antes de volverse hacia mí—. Intenta descansar —dice—. Te veré mañana.

26

—¡Eh, Brad! —llamo a mi exmarido, esperando que me oiga por encima del bullicio del andén. Pero él continúa mirando en la dirección opuesta.

Me abro paso entre la multitud, decidida a llegar hasta él antes de que llegue el tren.

Quiero disculparme por cualquier malestar que haya causado. Todavía no puedo creer que su prometida descubriera que nos íbamos a ver y apareciera en el pub.

Estoy a punto de tocarlo cuando un brazo se apoya en su hombro. Lleva el motivo floral de la chaqueta de su prometida, la misma que llevaba cuando me advirtió en el pub. Su cara es la última que quiero ver. Joder. Ella nunca viajaba con él, y no tengo ni idea de por qué de repente necesitaría hacerlo. Debe ser tan paranoica que ni siquiera puede dejarlo fuera de su vista.

Saco el móvil del bolsillo y bajo la mirada mientras me giro para mirar hacia el otro lado. ¿Me ha visto? Dios, espero que no. Solo quiero hablar con Brad y no quiero causar más problemas. Principalmente para mí misma.

Pero mientras me abro paso entre el enjambre de personas que esperan el tren de las 7:02 a King's Cross, siento sus ojos clavados en mí. Solo puedo esperar que no me viera acercándome a Brad y que no me oyera llamarlo por su nombre...

Sintiendo una figura que se cierne sobre mi cama, me despierto sobresaltada. Gracias a Dios. Solo es Zoe. Pero no estoy acostumbrada a verla con un aspecto tan serio.

—Hola, solo estaba comprobando cómo estás. Afortunadamente, tienes mejor aspecto del que esperaba. ¿Estás bien?

—Sí. Solo estaba teniendo otro de mis extraños sueños, eso es todo —me incorporo apoyándome en las almohadas lo mejor que puedo con mi brazo roto—. Así es como están volviendo muchos de mis recuerdos.

—Acabo de enterarme de lo de ayer —Zoe asiente hacia la puerta, quizás refiriéndose a quien le ha informado en el puesto de enfermería—. No puedo creer que esa mujer lograra entrar aquí. Aunque, después de estar aquí un par de semanas, seguramente conocía las rutinas del hospital. Probablemente entró en la planta cuando alguien salía. Hay un cartel en la puerta ahora, así que no volverá a ocurrir.

—Gracias a Dios que alguien ahí fuera se dio cuenta de lo que estaba pasando. Estuve a esto —mantengo el pulgar y el índice separados por un milímetro— de que me clavara esa jeringuilla. ¿Consiguió lo que fuera que había dentro *aquí*?

—Para ser sincera, no sé qué había dentro. Seguro que la policía podrá informarte mejor.

Miro el reloj: las 9:20 de la mañana. —¿Sigue detenida? Ya la habrán tenido unas dieciséis horas. Seguramente la habrán acusado.

—No estoy segura, pero sé que la policía viene de camino para hablar contigo. Hace un rato verificaron con la supervisora que te encuentras lo suficientemente bien.

—¿Puede...? —empiezo a decir—. Ah, no importa.

—¿Qué ibas a decir? —se acerca más a mi cama.

—Iba a preguntar si podrían contactar con mi hermanastra para que esté conmigo cuando llegue la policía, pero no importa. Soy mayorcita, puedo manejarlo.

—Podemos ponernos en contacto con ella si *quieres* —inclina la cabeza hacia la puerta.

—Creo que ya he hecho pasar bastante a mi familia —fuerzo una sonrisa—. Además, contactar con ella podría retrasar las cosas y,

para ser sincera, quiero acabar cuanto antes con esta reunión con la policía.

—Bien por ti —sonríe Zoe—. Eres más fuerte de lo que crees.

—Solo espero que tengan más respuestas sobre lo que ocurrió en la estación de tren.

—¿Has recordado algo más? —se sienta en el borde de la cama a mi lado.

—No estoy segura, para ser sincera. Me cuesta distinguir entre lo que es real y lo que está en mi imaginación. Especialmente cuando la gente me da su propia versión de las cosas. No sé qué es un recuerdo real y qué es simplemente mi mente procesando el relato de otra persona.

Zoe parece pensativa. En otras circunstancias, estoy segura de que las dos seríamos amigas. Se preocupa, parece preocuparse genuinamente por mí. Pero es su trabajo, no es como si tuviéramos una amistad de verdad. No sé nada de ella.

—¿Quieres que vuelva para hacer más ejercicios de caminar después de que hayan venido? Podríamos ir más lejos esta vez.

—Sí, estaría bien.

—¿Estás segura de que te sientes con fuerzas?

—Es como dijiste: cuanto antes pueda valerme por mí misma, antes podré estar en casa —no añado que no estoy segura de dónde podría estar mi casa. Después del arrebato de Daniel ayer, quizás sería mejor quedarme con papá si Teresa está de acuerdo. También están los niños, pero eso es otra cuestión. Todavía no estoy preparada para cuidarlos, pero espero que no falte mucho.

—Veo que ya no tienes el gotero. ¿Estás comiendo bien?

—He tomado tostadas, cereales *y* fruta esta mañana antes de volver a quedarme dormida.

—Eso es fantástico —su rostro se ilumina con una sonrisa que muestra una fila de dientes blancos perfectos—. Sigue luchando.

—Lo estoy intentando, pero es difícil después de lo que salió a la luz ayer. Mi ex muerto, luego el ataque... —mis palabras se desvanecen.

—Debe parecer un gran revés, pero lo conseguiremos. Te devolveremos con esos pequeños tuyos en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Alguien le ha contado a mi marido lo que pasó? —mis palabras tienen un tono vacilante, y no me siente bien referirme a Daniel como mi *marido. Además, ¿quiero que lo sepa?*

—No estoy segura, pero puedo consultarlo en las notas si quieres. Me imagino que se le ha informado. Al fin y al cabo, es tu familiar más cercano.

Esa idea me gusta aún menos. —Si pudieras comprobarlo, por favor. Se marchó en circunstancias bastante tensas la última vez que hablamos, y estaba hablando de consultar a un abogado —apoyo la cabeza en las almohadas.

—Vaya por Dios —junta las manos y sacude la cabeza—. Ese tipo de conversaciones no te van a ayudar a recuperarte más rápido.

—De verdad quiero salir de aquí —se me humedecen los ojos—. No me siento segura.

—Te prometo que lo estás —Zoe se pone de pie—. Mel Connors no va a acercarse a ti otra vez.



—¿Podemos pasar? —la inspectora que recuerdo de hace unos días permanece cerca de mi puerta—. Nos recuerdas, ¿verdad? Soy la inspectora Turner, y este es...

—El sargento Ben Richards —el atractivo agente, el que me recuerda a Brad, aparece a su lado. El calor de las lágrimas vuelve a punzarme en el fondo de los ojos. Ojalá nunca nos hubiéramos separado. Pero todo es culpa mía. Todavía no puedo asimilarlo, pero definitivamente es todo culpa mía.

—Sí, está bien. Pasad.

—Es bueno verte en una planta normal —señala las sillas a ambos lados de mi cama—. ¿Podemos?

—Servíos —me incorporo un poco más.

—¿Hay noticias sobre cuándo podrían darte el alta? —la inspectora Turner se sienta a mi izquierda y el sargento Richards a mi derecha. Han llegado antes de lo que pensaba.

—Con suerte en los próximos días. Quieren mantenerme en observación después de lo que ocurrió ayer.

—Sí, bueno, en primer lugar, Mel Connors fue acusada anoche y puesta en libertad bajo fianza policial —hay un atisbo de disculpa en la voz de la inspectora.

—¿En libertad? —el miedo me recorre la espalda—. ¿Así que podría volver aquí para intentarlo de nuevo? ¿Por qué nadie me informó de que la habían soltado? —Probablemente sea bueno que no lo hicieran. Si hubiera sabido esto anoche, habría dormido *aún menos*.

—Las condiciones de su fianza le prohíben acercarse a menos de cien metros de este hospital, de tu casa, o de ti, dondequiera que estés —añade el sargento Richards, con un tono monótono que sugiere que es una frase que verbaliza regularmente—. También le prohíben establecer cualquier tipo de contacto.

—¿Decís que ha sido acusada? ¿De qué?

—Lesiones graves *e intención* de causar lesiones graves; esto se refiere a la patada que recibiste en la cabeza y a la jeringa con la que te amenazó.

—Seguramente debería haber sido acusada de intento de *asesinato*.

—Entiendo lo que dices, pero es una decisión de la Fiscalía. Y ella *tiene* circunstancias atenuantes.

—¿Qué había en la jeringuilla?

—Nada. Un carrito de enfermería había quedado momentáneamente desatendido y ella simplemente lo cogió.

—¿Y qué pasa si vuelve para terminar lo que empezó? —miro de un oficial al otro.

—No se le permite acercarse a ti, como ya te he dicho. —La inspectora Turner habla lentamente, como si estuviera aclarando algo a una persona mayor confundida.

—Como si eso fuera a detenerla. —No puedo creer que la hayan puesto en libertad. A menos que pongan un guardia constante en la puerta de esta planta, ella podría ingeniárselas para volver aquí en cualquier momento.

—Te culpa por la muerte de su prometido después de que él intentara salvarte, erróneamente, pero es esta ira la que alimentó su ataque.

—¿Así que todo es cierto? —me limpio una lágrima—. Murió rescatándome *a mí*.

—Como le hemos mostrado a tu familia, tenemos imágenes de los breves momentos entre que te empujaron y luego el señor Stratford saltó para rescatarte —dice la inspectora Turner—. Pero te ahorraremos tener que verlas.

Una lágrima se escapa de mi otro ojo. Al menos no tengo que ver eso. No podría soportar ver un vídeo del momento exacto en que murió el amor de mi vida. ¿Quién podría?

—Pero lo que nos gustaría mostrarte son algunas imágenes fijas tomadas en los minutos previos a que te empujaran —continúa el sargento Richards—. Contienen a las personas que estaban más cerca de ti en el andén. Como mencionamos antes, hacía mucho frío ese lunes y muchos rostros están ocultos con gorros y bufandas, pero quizás veas algo que pueda ofrecer una pista adicional.

Miro hacia la ventana donde el sol de principios de primavera está abriéndose paso alrededor del edificio. Quiero volver a estar allí fuera. Quiero encontrarme a mí misma. Necesito vivir. Así que cuando dirijo tentativamente mis ojos hacia la primera imagen que han colocado sobre mi mesa, lo único que quiero ver es algo que inculpe al cabrón que me puso aquí.

Pero la inspectora Turner tiene razón. *Es* simplemente un mar de gorros y bufandas. Tiemblo mientras un escalofrío me recorre, sintiendo casi como si pudiera estar de nuevo entre todos ellos.

Me quedo mirándola, negando con la cabeza. —No, no reconozco a nadie.

—¿Y esta?

Bajo la mirada de nuevo, escaneando de izquierda a derecha. Entonces lo veo, un motivo distintivo en la manga de una chaqueta, justo como el que vi en mi sueño. —Es ella, es Mel. —Clavo mi dedo en la imagen—. Está ahí, solo tres personas detrás de mí.

—¿Estás segura de que es ella?

—Es ese motivo de flores en su chaqueta. —Señalo.

—Pero, ¿cómo puedes recordarlo? —Los oficiales se miran entre sí.

—Porque algunos fragmentos están empezando a volver a mí. Es ella, es Mel Connors. Y vosotros la habéis dejado en libertad bajo fianza policial.

27

—Mel Connors todavía no ha admitido haber estado en la estación esa mañana —dice el sargento Richards.

Estoy a punto de decirle que es su trabajo haber descubierto esto por sí mismos, pero ser hostil no me hará ningún favor. No cuando necesito que me mantengan a salvo.

—Antes de volver a llamar a la señorita Connors para interrogarla, nos gustaría mostrarle las otras dos imágenes fijas, para asegurarnos de que no hay nadie más a quien reconozca.

Me inclino hacia delante. —Ese es Brad —digo pasando el dedo por la imagen. Reconocería su cara en cualquier parte. Tiene la misma barbilla con barba incipiente que tenía a finales de sus veinte años. Las lágrimas llenan mis ojos. Tengo que dejar de pensar en él en presente. Ya no está aquí, y ni siquiera era mío. —Ella me resulta familiar. —Miro fijamente a una mujer con pelo oscuro que cae en cascada sobre sus hombros, con botas y un abrigo largo. Está al fondo de la multitud, girándose y mirando directamente a la cámara.

—Es Samantha Corben, trabajáis juntas.

—Eso es lo que sigo escuchando —respondo—. Supongo que han hablado con ella, si estuvo allí esa mañana, quiero decir.

—Sí, hemos tomado una declaración completa. Pero como con todos los pasajeros con los que hemos hablado, solo presenció el

momento en que la empujaron fuera de la multitud. Y todos fueron testigos de cómo su ex marido saltó tras usted.

—¿Samantha también fue testigo de eso?

El sargento Richards asiente.

—Por lo que he oído de ella —digo—, no es de fiar. Parece bastante traicionera.

—¿Qué quiere decir?

—He descubierto que me estaba apuñalando por la espalda en el trabajo, principalmente para asegurarse de conseguir el ascenso al que ambas aspirábamos. Si no fuera porque Mel Connors es sospechosa, habría dicho que Samantha era la siguiente candidata más probable para empujarme de ese andén.

—¿Qué estaba pasando entre usted y su ex marido antes del incidente? —pregunta la inspectora Turner—. Hemos oído varias versiones diferentes de los hechos, todas pareciendo apuntar a lo mismo: que usted podría haber estado *excesivamente* interesada en él.

—Lo que aparentemente ha enfurecido a Mel Connors —añade el sargento Richards.

Agacho la cabeza. —Estoy recordando fragmentos, y sí, sé que tenía celos de ellos. Parece que habría hecho cualquier cosa para recuperarlo.

—A pesar de estar usted misma casada y con hijos.

—Todo lo que puedo decir es que este nuevo yo, el que ha despertado en este hospital, no se comportaría como lo estaba haciendo antes. —La miro directamente a los ojos—. Si algo bueno ha salido de todo esto, es que me ha cambiado.

—La supervisora de planta nos contó por teléfono sobre su memoria —dice la inspectora Turner—. Cómo está regresando a trompicones. Así que si recuerda algo después de que nos vayamos, debe ponerse en contacto con nosotros de inmediato.

—Entonces, ¿esto es una investigación de asesinato ahora? Con Brad siendo... —Mis palabras se desvanecen.

—Quien le hizo esto se enfrentará a cargos por intento de asesinato —dice él.

—Y van a detener a Mel Connors *ahora*.

—Ese es nuestro siguiente destino.



—Siento llegar tan tarde. —Emma entra apresuradamente—. Quería estar contigo mientras la policía estaba aquí, pero me retrasé.

—Han venido y se han ido.

—¿Y?

—Iban de camino a volver a detener a Mel Connors. Estaba en la estación de tren esa mañana y literalmente a pocos metros de mí en los segundos antes de que me empujaran.

—Así que ya la habían dejado ir después de lo que hizo *ayer*. No me lo puedo creer. —Deja un paquete de galletas y una botella de zumo en mi mesa.

—Sí, con fianza policial. Esperemos que la encuentren antes de que pueda pensar en volver aquí para intentarlo de nuevo.

—Joder. Siento no haber estado aquí cuando te lo dijeron. —Se sienta a mi lado, luciendo pálida. No estoy segura si es por el estrés que ha estado sufriendo o si está relacionado con el embarazo.

—No pasa nada. —Tiro de la sábana hacia arriba para cubrirme más el pecho—. Has estado aquí todos los días desde que desperté. ¿Qué opina Joel de que nunca estés en casa?

—Como te mencioné el otro día, él tampoco está nunca en casa. —Se quita la chaqueta deslizándola por los brazos.

—Pareces alterada, ¿has tenido una mañana ajetreada?

—He estado corriendo de un lado a otro, sí. —Sus hombros se hunden.

—Deberías tomártelo con calma en tu estado —señalo su vientre. No quiero hablar de la caída, la policía *ni* de Mel Connors, quiero hablar de algo positivo por una vez—. ¿Cuándo es tu próxima revisión con la matrona? Si Joel no puede acompañarte, ¿quizás podría ir yo?

—Ah, claro, sí. Bueno, ya veremos cómo estás para entonces, ¿vale?

Recorro con la mirada las paredes encaladas que se ciernen sobre mí. —No veo la maldita hora de salir de aquí.

—Me lo imagino. —Parece alicaída, probablemente por Joel.

—¿Dónde has estado esta mañana?

—Ah, solo tenía una cita con la matrona.

—¿Estaba todo bien? —Espero que los recuerdos de mis embarazos vuelvan pronto. Odio no poder recordar una época tan importante.

—Sí... Descubrí en mi primera cita que tengo sangre Rh negativo. Estoy en una minoría del quince por ciento, al parecer. La mayoría de la gente es O o A positivo.

—¿Eso es un problema?

—Y luego mi madre llamó cuando venía hacia aquí —responde, evitando mi pregunta.

Quiero decirle que tiene suerte de poder hablar aún con su madre, pero me quedo callada. Yo *nunca* pude hablar con la mía; nuestra relación consistía en que ella me hacía sentir culpable para que la mantuviera. Era una calle de sentido único con poco o nada viniendo en la dirección contraria.

—Mamá y yo acordamos que era hora de contarte algo.

—¿Ah sí?

—Bob no quiere que lo sepas todavía, pero creo que tienes derecho... y mi madre también. —Un rubor está subiendo por el cuello de Emma. Parece que estoy a punto de descubrir por qué está tan alicaída.

—Continúa.

—Cuando descubrí que tenía lo que llaman *sangre de mono* hace unas cuatro semanas, se lo mencioné a mi madre.

—¿Y? —No tengo ni idea de adónde quiere llegar.

—Solo para ver si ser Rh negativo había significado algo cuando ella estaba embarazada de mí, si le había causado algún problema, ya que aparentemente tu cuerpo puede producir anticuerpos que combaten embarazos posteriores como si fueran un cuerpo extraño.

—¿Y? —Me dan ganas de decirle que si hubiera querido una lección de biología, se la habría pedido.

—Dijo que no tenía ni idea de qué tipo de sangre tenía, pero estaba actuando de forma evasiva, ¿sabes a qué me refiero? —Hay algo en el rostro de Emma que no me gusta, es casi una sensación de superioridad.

He estado sentada durante tanto tiempo que tengo el trasero entumecido, así que me muevo en la cama para ponerme más cómoda. No tengo ni idea de por qué debería interesarme el grupo sanguíneo de Emma o Teresa, pero quizás solo está desahogándose.

—Mi madre actuaba como si tuviera un secreto. Tanto que decidí ponerme en contacto con mi padre.

—¿Ah sí?

—Fue la primera vez que lo veía en mucho tiempo. No es que importe.

—¿Fuiste a verle por tu grupo sanguíneo?

—Sí, y él es A positivo. Dijo que recordaba que mi madre era del mismo tipo cuando estaba embarazada de mí: A positivo. Así que he estado buscando en Google, como se suele hacer.

—¿Y qué has descubierto? —Me pregunto si está a punto de darme malas noticias sobre el bebé. Espero que no, sería terrible.

—En primer lugar, descubrí que las pruebas de sangre a los bebés solo se suelen hacer si la *madre* es Rh negativo, lo que explicaría por qué solo me he enterado ahora de mi grupo sanguíneo y no lo sabía cuando era más joven.

—¿Y qué más?

—También he descubierto que, aunque hay *anomalías* —dibuja comillas en el aire alrededor de la palabra—, normalmente heredamos nuestros grupos sanguíneos de nuestros padres.

—¿Adónde quieres llegar?

Me dirige una mirada que parece decir: *¿eres tonta o qué? ¿Tengo que deletreártelo?* —Que uno, o incluso ambos de mis padres, no pueden ser mis padres después de todo.

—¿Estás diciendo que podrías haber sido adoptada?

—No, sé que mamá es mi madre. He visto fotos de cuando estaba en la sala de partos con ella, así que no, es quién es mi padre lo que he estado cuestionando.

—¿Estás diciendo que *mi* padre podría no haber sido la primera vez que tu madre tuvo una aventura?

Recuerdo cómo me sentí de adolescente cuando me enteré de lo de Teresa. Destrozó mi mundo. Papá dijo que había esperado hasta que fuéramos lo suficientemente mayores antes de dejar a mamá y mudarse, pero en muchos aspectos, fue más difícil, especialmente porque después de que se marchara, dependió de *mí* mantener a Harry y a mamá. No era justo cargar toda esa responsabilidad sobre una adolescente, pero él lo hizo de todos modos.

—Exacto —contesta—. Así que volví a casa de mamá para aclararlo con ella.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unas semanas.

—Bueno, tienes derecho a saber quién es tu padre.

—Solo vengo a tomarle las constantes —dice una voz alegre desde la puerta—. No le robaré más que un momento. —La enfermera que ha estado viniendo los últimos días desde que me desconectaron de todas las máquinas mete su monitor en la habitación, teclea un poco y luego se sienta en la silla al lado opuesto de la cama de Emma—. No hace falta que le pregunte qué brazo va a ofrecer para la tensión. —Sonríe mirando la escayola de mi brazo derecho.

—¿Se ve en la pantalla cuál es mi grupo sanguíneo? —pregunto mientras el brazalete se aprieta alrededor de mi brazo—. Solo por curiosidad.

Ella mira la pantalla. —Rhesus negativo —responde antes de volver al monitor de presión arterial—. Todo está bien. —Despega el velcro del brazalete de mi brazo—. Sus constantes están exactamente donde deben estar. Será candidata al alta en nada de tiempo. —Introduce mis resultados en su sistema y vuelve a llevar la pantalla hacia la puerta.

Emma y yo nos miramos fijamente.

—Ya sabes lo que te voy a decir, ¿verdad?

—Creo que sí. —Mi voz es débil.

—Bob estaba allí cuando fui a ver a mamá. Pude darme cuenta enseguida de lo que me habían estado ocultando. Resulta que se

conocían desde mucho antes de lo que afirmaban.

—Pero tú y yo tenemos casi la misma edad. Nuestras madres habrían estado embarazadas al mismo tiempo.

—Exactamente, y todo este tiempo, me han tratado como una especie de secreto vergonzoso. —Su rostro se endurece.

Dios. Mío. ¡Emma es mi maldita media hermana! —¿Sabía yo algo de esto *antes* de mi accidente?

—No. Tu padre, bueno, ahora también es *mi* padre, dijo que necesitaba tiempo para asimilarlo todo antes de contárselo a nadie más. No me hizo ningún favor que no me reconociera públicamente, te lo aseguro.

No me lo creo. De verdad que no me lo creo. —No sé qué decir.

—Luego acabaste aquí, y él dijo que esperaríamos hasta que estuvieras mejor antes de contártelo. Yo no quería esperar, pero dijo que solo podía lidiar con una cosa a la vez. —El rostro de Emma muestra una mezcla de dolor y enfado.

—Es una pena que no pudiera lidiar con una sola mujer a la vez. —Espera a que le vea. Espera a que le vea, maldita sea.

—Entiendo que debe ser un shock que esto aparezca de la nada.

—Estuvo engañando a mi madre durante al menos *dieciocho* años antes de dejarla finalmente.

—Los dos aseguran que *intentaron* mantenerse alejados el uno del otro. —Niega con la cabeza.

—Hicieron un gran trabajo con eso, ¿no? —Dejo escapar un largo suspiro.

—Acordaron que harían que sus respectivos matrimonios funcionaran. Desde mi punto de vista, parece que todo fue para proteger su preciosa reputación y su buena posición en el trabajo. Eso era más importante que reconocerme a *mí*. —Su mandíbula se tensa.

—Mi pobre madre. Todos esos años, aguantando que él viviera una doble vida. Quizás no es de extrañar que recurriera a la comida y la bebida para adormecer su dolor. A menudo solía decir que comer y beber eran sus únicos placeres en la vida, que nunca la decepcionarían como lo hacían las *personas*.

El aire está cargado con nuestros respectivos pensamientos hasta que Emma de repente se inclina hacia delante en su silla. —Puede que no lo parezca, Cathy, pero ahora que me he acostumbrado a la idea, *me alegro* de que las cosas hayan salido así.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre no podría haberme mantenido más alejada ni aunque lo hubiera intentado. Bob será mucho más un padre para mí; después de todo, tiene mucho tiempo perdido que compensar. Así que sí, *me alegro*.

La miro fijamente. Simplemente no puedo asimilarlo. Y no puedo sentirme *contenta*. Al menos, no todavía. Quizás eso podría llegar con el tiempo.

—Si tú y Daniel no conseguís arreglar las cosas, ¿por qué no te quedas conmigo? —Alcanza mi mano—. Después de todo, ya no eres solo mi amiga, eres mi hermana.

28

—¿Lista para dar un paseo? —Zoe se apoya en el bastón cuádruple frente a mí.

—Supongo que sí.

—¿Cómo va todo? —Me ayuda a moverme hasta el borde de la cama, y bajo cada una de mis piernas cubiertas por el pijama hasta el suelo, haciendo una mueca cuando mis pies descalzos tocan las frías baldosas.

—Mejor no preguntes. —Alcanzo el bastón cuádruple—. ¿Me permitirán llevármelo a casa cuando me vaya?

—Por supuesto, parece que te está ayudando.

—No creo que lo necesite por mucho tiempo, pero me mantiene más estable con los mareos.

Aunque no puede protegerme de Mel Connors a menos que lo use para darle un golpe en la cabeza.

Zoe camina ligeramente por delante de mí, con su moño rubio bamboleándose. —Si sigues así —dice—, pronto estarás en casa. —Pulsa el botón para que podamos salir de la planta—. Vamos más lejos hoy.

—El médico dijo que habría sido mañana si no fuera por el ataque de ayer.

El resplandor de las luces fluorescentes en la zona del ascensor hace que me duelan los ojos. Aquí fuera, la vida sigue su curso. Es

fácil olvidarlo mientras estoy atrapada en los confines de mi pequeña habitación individual. Una habitación que empieza a parecer una celda de detención.

—Estás muy callada hoy —observa Zoe—, pero cada vez vas más rápido con ese bastón.

—Todavía me siento inestable —respondo—. Estoy como ida, como si realmente no estuviera aquí. —Probablemente no debería contarle nada de esto. Podría significar que me mantengan ingresada más tiempo.

—Es normal. Te estás recuperando de una lesión craneal grave, y has estado tumbada de espaldas durante más de dos semanas. Por eso tienes el bastón para apoyarte.



El final de la tarde transcurre con lentitud. Cuando estaba en cuidados intensivos, apenas tenía noción del tiempo, pero ahora, con el sol moviéndose y poniéndose frente a mi ventana del hospital mientras pasan interminables horas, sé que no puedo quedarme aquí tumbada mucho más tiempo. Hay asuntos que atender: los niños, mi matrimonio y lo que va a pasar. Y necesito saber si han dado con Mel Connors y si esta vez van a acusarla y detenerla como es debido.



—Entiendo que ya te lo han dicho. —Papá parece incómodo mientras entra justo cuando estoy empezando a cenar. Probablemente es obvio por la expresión de mi cara que estoy lejos de estar feliz.

—Las cosas no paran de mejorar. —Miro fijamente mi plato, mi apetito desapareciendo de repente.

—Todo llega de golpe, ¿verdad? —Niega con la cabeza mientras se sube los pantalones para sentarse.

Trago el puré de patata. —¿A qué te refieres?

—Al drama familiar. El nuestro, especialmente.

—Es mucho, mucho más que eso, papá. —Mi tono es cortante, pero no me importa—. Tengo una media hermana de la que no tenía ni idea.

—Lo siento. ¿Qué más puedo decir, cariño?

—Debiste haber sospechado *algo* en aquel entonces. —Dejo los cubiertos en el plato—. Si te acostabas con Teresa hace cuarenta años, y de repente, aparece un bebé, *debiste* haberlo sabido.

—Sospechábamos, por supuesto que sí, pero ambos estábamos casados con otras personas. —Se frota la barba incipiente con la que solía hacerme cosquillas en la barbilla cuando era pequeña. El recuerdo me inunda con una ola de melancolía. Sea egoísta o no, he crecido creyendo que soy la única hija de papá. Compartirlo será difícil, incluso con Emma—. Teresa y yo tomamos una decisión muy difícil de dejar de vernos. No dejes que te interrumpa la cena, cariño.

—No tengo hambre. —Lo miro fijamente—. Pensaba que solo habíais empezado a estar juntos cuando yo tenía dieciocho años. Parece que no te conozco mejor de lo que me conozco a mí misma.

—Fue más fácil así. —Acerca aún más su silla a mi cama con un chirrido—. Lo siento. Puede que sea tu padre, pero no estoy por encima de cometer errores.

—Se supone que eres el director de un colegio católico. Se supone que eres católico. —Una visión del altar de nuestra iglesia local aparece en mi mente—. Nos metiste tu religión por los ojos bastante a menudo cuando éramos pequeños.

—Por eso precisamente *lo* mantuvimos todo en secreto. Las cosas eran muy diferentes cuando tú y Emma nacisteis. Nunca habría llegado al puesto que he alcanzado en mi trabajo si nuestro romance se hubiera hecho de conocimiento público. Cathy, por favor, come tu cena. Siento haber llegado cuando estás comiendo.

Lo ignoro. —Simplemente no puedo creer que tenga una media hermana, literalmente solo unos meses menor que yo. ¿Lo sabe Harry?

—Todavía no, y preferiría mantenerlo así, al menos hasta que yo mismo asimile todo esto. Le pedí a Emma que no te dijera que es mi

hija. Al menos hasta que salieras de aquí.

—Tu *hija.* —Repito sus palabras antes de señalarme a mí misma —. *Yo* se supone que soy tu hija. —Que de repente se haya convertido en mi medio hermana me está retorciendo las entrañas. No quiero sentirme así, pero no puedo evitarlo.

—Esto no cambia *nada* entre tú y yo —dice él—. Seguiré siendo el mismo padre que siempre has tenido.

—Es que no puedo lidiar con mucho más. —Me limpio las lágrimas que brotan de mis ojos—. Me empujaron de un andén, luego desperté sin memoria, con mi marido y mis hijos como perfectos desconocidos. Después me entero de lo de Brad... —Mi voz se desvanece en un silencio incómodo.

—Lo sé, cariño, y estoy muy orgulloso de cómo lo estás afrontando.

—Luego viene la novia loca de Brad e intenta acabar conmigo. ¿Te has enterado de que la han vuelto a detener? Resulta que fue *ella* quien me empujó delante del tren.

—Emma me lo contó.

—Y ahora mi hermanastra se ha convertido en mi media hermana. Mientras tanto, estoy postrada en esta cama, con la cabeza rapada y un montón de huesos rotos. —Casi me quedo sin aliento mientras lo suelto todo—. Así que si esperas que esté organizando una fiesta, papá, piénsalo otra vez. Ah, sí, y para rematarlo todo, Daniel planea hablar con un abogado.

—Sé que las cosas están bastante difíciles ahora mismo, pero habría pensado que él te apoyaría. Ahora más que nunca.

—Parece que quiere quedarse con todo lo que tengo mientras estoy así de hundida. Concretamente, la casa y los niños.

—Esa casa está a *tu* nombre. —Mi voz puede que haya subido una octava o dos, pero la de papá, como siempre, es baja y tranquila—. Y el historial crediticio de Daniel probablemente sea tan desastroso como el de Harry. No tendrá ni un argumento a su favor.

—Eso no hará ninguna diferencia en el acuerdo de divorcio al que tendrá derecho. Se le concederá automáticamente la mitad de los bienes. Estamos casados, ¿no? Al menos sobre el papel.

—Oh, cariño. —Papá me coge la mano.

—Pero no podría sentirme menos casada con él ni aunque lo intentara.

—Las cosas mejorarán cuando recuperes la memoria. —Papá me aprieta la mano—. Los dos os queríais en su momento, incluso rompisteis vuestros primeros matrimonios el uno por el otro. Siempre dije que estabas cometiendo un error, pero ¿me escuchaste?

—Me encanta cómo has conseguido desviar la atención de tus propias indiscreciones, papá. —No puedo evitar sonreírle.

Estoy destrozada por cómo han resultado las cosas, por tener que compartirlo con Emma, pero quiero a mi padre y es difícil seguir enfadada con él. Además, podría haber tenido medias hermanas peores. Al menos Emma y yo nos llevamos bien.

—Te sacaremos del hospital, nos uniremos todos y de alguna manera, saldremos adelante.

—¿Dónde voy a vivir cuando salga del hospital? No puedo exactamente ir a *casa*.

—Cuando tu memoria...

—Nada va a cambiar, papá. *Nunca* podría amar a Daniel, ni siquiera me *cae bien*. La idea de vivir en la misma casa que él y dormir en la misma cama me revuelve el estómago.

—¿Y qué pasa con Austyn y Matthew?

—Haré todo lo que sea necesario para ser una madre a tiempo completo. Pero cómo va a ser eso depende en gran medida de Daniel. También depende de que me recupere más.

Sigo la mirada de papá hacia la puerta donde está la inspectora Turner. Esta habitación se ha convertido en un circo durante los últimos días.

—Siento molestarla de nuevo. —Entra—. Pero vengo con noticias.

—¿Está bien que me quede a escuchar? —Papá se pone de pie.

—Claro que sí. —Lo miro con el ceño fruncido—. Eres mi padre, ¿no? O al menos eso espero.

La inspectora Turner parece desconcertada mientras se acerca a la cama, pero si percibe el ambiente que hay aquí, no dice nada. —Hemos tenido que liberar a Mel Connors sin cargos.

—¿Sin cargos? —repite papá.

—Obviamente, los cargos por lo que ocurrió aquí, en el hospital, siguen en pie, pero en cuanto a empujar a su hija delante del tren, no pudo ser ella.

—¿Oh?

—Nuestro departamento técnico nos ha enviado más imágenes con marca de tiempo. Imágenes que sitúan a Mel Connors a la longitud de un vagón de distancia de usted en el momento exacto en que la empujaron. Seguimos buscando a otra persona, Cathy.

29

—Soy el doctor Finch, usted pidió verme —. Intercambia lugares con la enfermera que ha dejado mis analgésicos en lo que parece un molde para magdalenas.

—Sí, me gustaría llevarme a mi hija a casa donde pueda vigilarla —dice papá. Parece cansado, realmente cansado.

—Eso me ha comentado la supervisora de planta, pero realmente creemos que al menos otras veinticuatro horas de observación son lo mejor para su hija —. Se mueve hacia el pie de mi cama—. Especialmente después del trauma de ayer.

—Algo que *nunca* debería haber ocurrido, y menos en un *hospital*.

—Tiene nuestra palabra de que estamos revisando nuestra política de seguridad para minimizar cualquier otra vulneración en *cualquiera* de nuestras plantas.

—Mire, entiendo lo que dice, pero realmente creo que Cathy estaría más segura en casa —. Papá camina hacia la ventana—. Mel Connors ha sido puesta en libertad bajo fianza, y me preocupa que vuelva.

—No podrá entrar aquí.

—No es solo eso, sino que quien puso a mi hija aquí en primer lugar sigue ahí fuera —. Hace un gesto hacia la penumbra más allá de la ventana—. Quiero tenerla donde pueda vigilarla.

—Mi padre tiene razón —le digo al doctor Finch—. Quiero que me den el alta.

Hace una pausa en lo que está rellenando en su pantalla y me mira por encima de sus gafas—. Estaría yendo en contra del consejo médico, Cathy.

—Le conseguiremos todo lo que necesite en casa: fisioterapia, terapia psicológica, *todo*—. Papá enumera los elementos con los dedos.

—Va a hacer falta más que terapia para desenredar mi cabeza.

—Muy bien, si está *realmente* segura de que puede arreglárselas en casa —. El doctor traslada su atención de mí a papá—. Y de que usted puede ocuparse de cuidarla, tramitaré el papeleo del alta.

—Me tomaré unos días libres en el trabajo —dice papá—. Todo el tiempo que sea necesario.

—¿En serio? —No sé cómo ha sido durante los últimos años, pero rara vez se tomaba tiempo libre cuando yo era más joven. Pero probablemente era para poder estar con mi madrastra. El pensamiento sobre ella de repente me golpea.

—¿No necesitas consultar con Teresa si está bien que me quede?

—Tenemos una habitación libre. Además, no necesito consultar con *nadie*; eres mi hija. Necesitas que te cuiden y necesitas un lugar donde quedarte.

Las cosas pueden ser terribles, pero sus palabras me reconfortan. Luego recuerdo que tengo que compartirlo con Emma a partir de ahora. Las dos somos muy diferentes. ¿Y si ella es la hija que él siempre quiso en secreto? Es más guapa, más inteligente y más divertida. Y no puedo ignorar el hecho de que me abandonó una vez. Sí, puede que yo fuera adolescente, pero seguía sintiéndome abandonada.

—Podría llevar un par de horas preparar la medicación de Cathy y completar la administración del alta —. El doctor Finch mira su reloj.

—No hay problema —. Papá sonríe—. Ha estado aquí el tiempo suficiente; estoy seguro de que un par de horas más no la matarán.

—Desafortunada elección de palabras, papá —. Pongo los ojos en blanco.

Cuando el médico se va, papá vuelve a su asiento—. Todo irá bien, cariño. Lo único que importa es que te recuperes, luego podrás volver con tus chicos.

—¿Estás *tú* unido a Austyn y Matthew? Es tan frustrante que no pueda recordar nada de esto.

—No tanto como me gustaría. Me encantaría ser un abuelo más implicado, es solo que mi trabajo lo dificulta.

—Vas a tener otro nieto pronto —. Pienso en la cara pálida de Emma y en el bebé, mi sobrina o sobrino, que está creciendo dentro de ella.

—Centrémonos en *ti* por ahora, ¿de acuerdo? —. Abre y cierra las puertas del armario junto a mi cama—. ¿Esto es todo lo que tienes aquí?

—Es todo lo que Daniel trajo —respondo—. Un par de pijamas y una muda. La policía todavía tiene mi maleta de ruedas y mi bolso.

—Tenemos que recuperarlos.

—Si están como mi teléfono, puede que no estén en buen estado.

—Vamos a necesitar algunas de tus cosas de la casa —responde papá—. Tan pronto como el médico prepare tus medicamentos, pasaremos por allí. Vas a tener que ir tarde o temprano, así que mejor quitárnoslo de encima.



—Es como esperar a ser ahorcado, descuartizado y destripado —. Papá juguetea con el borde de su bufanda—. ¿Cuánto tiempo pueden tardar en poner unas pastillas en un frasco?

—Están ocupados —respondo—. Soy una de *cuántos* pacientes?

—Tú estás acostumbrada a este lugar —. Papá parpadea ante el resplandor de la luz del techo—. Pero yo siempre he detestado los hospitales.

—¿Cómo estaba Teresa cuando la llamaste? ¿Está de acuerdo con que me quede?

—¿Cómo no iba a estarlo? Sí, está perfectamente bien. Te dará una cálida bienvenida y, en cualquier caso, durante el día solo seremos tú y yo.

Mi mente vuelve a una época en la que tuve una horrible gastroenteritis cuando tenía unos nueve años. Papá apenas se apartó de mi lado durante dos días. No sé dónde estaban mamá o Harry, solo recuerdo que éramos él y yo. Me limpió continuamente, y recuerdo que vimos Las Crónicas de Narnia: El León, la Bruja y el Armario. Los dos lloramos cuando Aslan murió, y nunca me he sentido tan cerca de otro ser humano como me sentí de mi padre.

Sé que cuidará de mí; no dejará que nadie me haga daño.

30

—¿Recuerdas algo de *esto*?

Me froto los ojos mientras pasamos por el centro de Otley, primero junto a la iglesia, luego por el reloj del Jubileo, después mi dentista, doblando la esquina, hacia el puente. Después de estar en el hospital lo que parece una eternidad, me siento realmente desorientada al haber escapado de mi habitación individual y estar ahora de vuelta en una normalidad comparativa. Nunca volveré a dar nada por sentado.

—Sí, creo que sí —miro por la ventanilla del otro lado del coche.

—Bueno, solo has vivido en Otley durante siete años, así que esto es positivo. Por lo que sé, no es un pueblo con el que tuvieras mucha relación antes de mudarte aquí —papá señala desde el puente mientras pasamos sobre el río—. Aquí es donde traes a los niños a jugar los fines de semana. Les encanta traer sus patinetes al parque de skate.

—¿Podemos parar unos momentos, papá? Quiero ver.

—Está completamente oscuro en el parque —se ríe—. No hay mucho *que* ver —pero aparca a un lado de la carretera, y bajo la ventanilla, aspirando la ráfaga de aire frío cuando un coche nos adelanta.

—Es bueno sentir el aire fresco en la cara —se me llenan los ojos de lágrimas—. Tengo mucha suerte de estar viva. El pobre Brad...

—Todavía no me lo puedo creer —papá se recuesta en su asiento —. Era un chico encantador, es absolutamente trágico. Pero en cuanto a su prometida...

—Me he estado diciendo a mí misma que su ataque fue un momento de locura —me giro hacia él—. Es la única forma en que puedo asimilarlo.

—Bueno, eso es bastante noble por tu parte, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Estaba completamente enloquecida por el dolor, ¿no? —miro hacia la oscuridad—. Y llena de odio por el hecho de que *yo* siga viva mientras Brad está muerto. Lo único que quería en ese momento era hacer pagar a alguien... concretamente a mí.

—Aun así necesita un castigo. Podría haberte apuñalado en el ojo o cualquier cosa.

Instintivamente, me froto el ojo, estremeciéndome ante tal posibilidad. Luego mi mano se desplaza hacia mi frente ahora con pelo pinchoso. —Al menos mi pelo está empezando a crecer de nuevo. Tengo un aspecto horrible, ¿verdad?

—Para mí tienes un aspecto *perfecto*. Venga, vamos a llegar allí y acabar con esto.

—Deberíamos haberle avisado que veníamos —pulso el botón para cerrar mi ventanilla.

—Es *tu* casa. Además, será una sorpresa estupenda para los niños. Eso si no están ya en la cama.

Me enderezo en el asiento. —Realmente sé dónde estamos, papá. Mi casa está justo después de la siguiente esquina.

—¿Puedes recordar algo más, como dónde vivo yo? —se señala a sí mismo.

—En Ilkley —sonrío. Se siente mejor de lo que pensaba recuperar el sentido de la realidad, aunque todavía me quede un largo camino por recorrer—. Tienes un camino que atraviesa el centro de tu jardín y una fuente a la derecha.

—Sí —sus manos abandonan el volante mientras aplaude.

—¿Quién es el actual primer ministro?

Se lo digo.

—¿Cuándo empezaste a trabajar en Bookish?

—Hace unos cinco años. Aunque mi cerebro estaría demasiado confuso para hacer el trabajo en este momento. Todavía no estoy segura de lo que hacía allí.

—Bueno, esto es un alivio... claramente ha sido necesario que salieras de esa cama de hospital para que las cosas empiecen a volver más rápido.

—Ya estaba volviendo poco a poco cuando estaba allí —le digo—. El doctor Finch dijo que no habría una lógica o razón para la velocidad con la que recordaría las cosas —miro al cielo nocturno mientras nos acercamos a las últimas esquinas—. Pero sea quien fuera la *antigua* yo, ahora soy una *nueva* yo.

—No había tanto malo en la antigua tú como te han hecho creer —papá me mira de reojo mientras llegamos a la última curva—. Claro, cometiste errores, pero ¿acaso no lo hemos hecho todos? En el fondo, eres una persona absolutamente decente y no dejes que nadie te diga lo contrario.

—¿Lo dices solo porque soy tu hija? —Una vez más, recuerdo que ya no soy la única. Cuando la gente le pregunte por sus hijos, en el futuro se referirá a *dos* hijas.

—Admito que soy parcial, pero no. Lo digo porque estoy orgulloso de ti y te quiero.

Miro su perfil mientras detiene el coche. El padre que recuerdo *nunca* decía cosas así. Pero a veces, hasta que casi pierdes a alguien, no te das cuenta de lo que significan para ti.

—¿Puedes recordar *este* lugar? —Pone el freno de mano.

Echo un vistazo a la casa adosada de ladrillo rojo, *mi* casa, y asiento—. Dormimos en la habitación abuhardillada, que da al campo detrás de la casa, y tenemos un baño privado allí arriba. Hay un invernadero y un jacuzzi en la parte trasera.

Saca las llaves del contacto—. ¿Y qué hay de las habitaciones de los chicos?

—Están ahí arriba —señalo las dos habitaciones del piso medio con las persianas bajadas—. Parece que están acostados.

Papá mira el reloj del salpicadero—. Son casi las nueve.

—¿Qué día es? He tenido que hacer esa pregunta tantas veces en los últimos días.

—Es martes —alcanza mi cinturón de seguridad, sujetándolo mientras se retrae sobre mi brazo vendado.

—Probablemente sea mejor que no estén por aquí —los nervios me hacen cosquillas en el estómago—. No sabemos qué tipo de recibimiento vamos a tener.

—Bueno, pobre de Daniel si empieza a meterse contigo delante de mí. Después de todo lo que has pasado.

—Es como si cambiara, papá. Estaba bien conmigo y de repente dejó de estarlo.

—Bien, voy a coger ese bastón del maletero. Estaré ahí para ayudarte a salir en un momento.

La luz se filtra por los bordes de la persiana del salón, una persiana que recuerdo haber elegido. Me sorprende la velocidad con la que me vienen los recuerdos desde que salí del hospital, pero hasta ahora son superficiales. No importa lo que recuerde, no puedo imaginarme siendo nunca la persona que me dicen que solía ser. Quiero ser mejor, voy a ser mejor.

Papá pulsa el timbre.

—Estoy nerviosa.

—No lo estés —me guiña un ojo—. Estoy aquí.

—Espero que Daniel esté dispuesto a reunir algo de ropa sin necesitar demasiada persuasión. No estoy segura de dónde está nada.

—¿Por qué no lo estaría?

—No viste el humor de perros que tenía ayer. Además, no he intentado subir ni bajar escaleras desde que pasó todo esto.

—¿No has hecho eso con tu fisioterapeuta?

—Era una de nuestras próximas tareas.

—Pero obviamente, te has dado el alta antes de tiempo.

—De alguna manera, tendré que ponerme en contacto con Zoe para agradecerle toda su ayuda —digo—. Sé su nombre completo por su placa, así que espero poder encontrarla en Facebook.

—Eso me recuerda que tenemos tu nuevo iPhone esperando cuando lleguemos a casa. Oh, mira, ya viene. Ya era hora.

Se me corta la respiración cuando la sombra se acerca a la puerta.

31

—¿Qué haces *tú* aquí? —Daniel se ajusta el cordón de su bata.

—Necesito recoger algo de mi ropa.

—No es un buen momento. —Mira de mí a papá—. No podéis presentaros así sin más, deberíais haberme avisado de que veníais.

—No tengo teléfono, ¿recuerdas? —Sospechaba que se comportaría así conmigo, pero aun así me sorprende la magnitud de su hostilidad.

—Ella *vive* aquí. —Papá da un paso adelante—. No necesita invitación. Así que, ¿nos vas a dejar entrar o qué?

—No estarás pensando en *quedarte,* ¿verdad? —Las líneas de preocupación se marcan en la frente de Daniel.

Me apoyo en mi bastón. —Me duele todo, papá. Necesito descansar un minuto.

—Apártate, Daniel. No, Cathy *no se va* a quedar, pero necesita más ropa que la miseria que le llevaste al hospital.

Finalmente, se hace a un lado. —Podéis esperar en el salón. —Señala a lo largo del pasillo.

Debería cuestionarle quién demonios se cree que es, diciéndome dónde puedo y dónde no puedo ir en mi propia casa, pero no tengo energía para una confrontación. Solo necesito sentarme. El olor a bistec flota en el aire cuando piso el felpudo. Quizás está irritado porque hemos interrumpido su cena.

Papá me guía hasta el salón iluminado por lámparas, y una ráfaga de aire cálido de la chimenea me golpea en cuanto abre la puerta. —Aquí, déjame ayudarte a sentarte —dice. El bastón, junto con mis zapatillas, se hunden en la alfombra mientras nos dirigimos hacia el sillón más cercano.

Mi mirada se posa en la gran foto de mis hijos sobre la chimenea y luego en otra en la pared del fondo, donde son bebés. No recuerdo ninguno de los momentos en que fueron tomadas. Todavía no, pero tengo más esperanzas que nunca de que todo volverá por completo. No hay fotos mías y de Daniel, pero hay un hueco en la repisa de la chimenea donde estoy segura de que estaba nuestra foto de boda. Debía hablar en serio el otro día cuando dijo que ya había tenido suficiente.

—Está acogedor aquí —comento mientras me hundo en el sillón —. Creo que no querré levantarme de nuevo.

—Nuestra casa es igual de acogedora. —Papá le lanza una mirada a Daniel mientras este se queda en el umbral—. Y al menos allí serás atendida como es debido.

—¿Están los niños en la cama?

—¿Dónde más iban a estar a estas horas de la noche?

—¿Tienes que ser tan hostil, Daniel? —Estoy tan contenta de que papá esté aquí para ayudarme a defenderme.

—¿*De verdad* has quedado con un abogado? —Intento girarme en el sillón para mirarlo, pero me duelen demasiado las costillas.

—No puedo seguir contigo, Cathy.

—Siento exactamente lo mismo. —Es un alivio decir esto. Al menos me libera de jugar a *fingir*—. Pero tenemos que hacer las cosas bien, por el bien de los niños.

—Nada va a cambiar para los niños: se quedan aquí conmigo.

La ansiedad burbujea en mi vientre. Esto es lo que me preocupaba. Parece que voy a tener que luchar por esto.

—Así que, en efecto, ¿estás intentando echar a Cathy de su propia casa y separarla de sus hijos? ¿Es eso lo que estás diciendo? —La expresión de papá se endurece mientras se sienta en el sofá—. Te darás cuenta de que no puedes hacer eso.

—Tengo la residencia de ellos.

—No oficialmente. ¿Por qué demonios te estás comportando así? Acaba de salir del hospital.

—Eso no supone ninguna diferencia.

—Podría negarme a irme, papá. Estoy aquí ahora. *Entonces* quién tendría la residencia. —Incluso mientras lo digo, sé que está fuera de toda cuestión. Necesito ayuda al menos durante unos días, y Daniel difícilmente va a ofrecerme algún apoyo. Desde luego, todavía no estoy en condiciones de cuidar a Austyn y Matthew.

—¿Qué cosas necesitas? Las recogeré y luego me gustaría que os fuerais.

Papá está negando con la cabeza y parece estar temblando. Creo que nunca lo he visto perder los estribos, así que esto podría ser una primera vez si Daniel continúa. Necesitamos recoger mis cosas y salir de aquí.

—Ropa, artículos de aseo, zapatos —señalo mis zapatillas—. Y un abrigo.

—Puedes llevarte *todas* tus cosas por lo que a mí respecta.

—Solo porque me quede en casa de mi padre, Daniel, no significa que vaya a rendirme sin más.

—Ella tiene derechos —añade papá—. No lo olvides.

Daniel cierra la puerta sin responder. Papá y yo nos miramos. Parece tan conmocionado como yo me siento.

—Bueno, no te equivocabas, ¿verdad? —Niega con la cabeza—. El engreído, egoísta, arrogante...

—Está aún más horrible esta noche que el otro día. No sé qué le pasa. —Yo también estoy temblando. No necesito esto ahora mismo.

—No te preocupes, cariño, buscaremos asesoramiento legal. Cuanto antes mejor.

Mientras el suelo cruje sobre nosotros, la tos de una mujer resuena desde la cocina. Al principio, me pregunto si es la televisión o algo así. Pero entonces tose otra vez. Alcanzo mi bastón de cuatro patas.

—Quédate donde estás, Cathy.

—Ni hablar. —Con cada pizca de fuerza que puedo reunir, me levanto del sillón. Papá ya ha salido por la puerta del salón cuando

logro ponerme en pie. Daniel tiene a una mujer aquí; con razón no quería dejarnos entrar. Y con razón está hablando de divorcio.

—¿Y tú eres? —la voz de papá llega por el pasillo mientras abre la puerta de la cocina.

—¿Daniel? —La voz femenina que llama a mi marido me suena familiar. Sin embargo, me cuesta ubicarla. También me cuesta llegar a la cocina. Odio ser tan lenta y débil.

—Te dije que esperaras en el salón. —Papá se gira para mirarme antes de volver su atención a la mujer sentada en la mesa de la cocina con las luces bajas. Está agarrando el tallo de una copa de vino como si su vida dependiera de ello. Mi cocina. Mi mesa. Mi copa de vino.

Todo me resulta dolorosamente familiar en esta casa, pero aún siento como si estuviera teniendo una experiencia extracorporal. Y sé quién es la mujer, simplemente lo sé, pero no puedo traer a mi mente el recuerdo exacto de ella. El esfuerzo de intentarlo hace que mi cabeza crepite de dolor.

—Responde a la pregunta de mi padre. Te ha preguntado quién eres.

—Oh, no me vengas con *esa* basura, Cathy. —Se ríe mientras se echa el pelo hacia atrás por encima del hombro—. Daniel me ha contado sobre esa cosa de falsa memoria que tienes. Sabes perfectamente quién soy.

Daniel baja las escaleras como un trueno, dejando caer algo al pie de ellas antes de apresurarse detrás de donde estoy de pie en la puerta.

—Ten cuidado, cariño. —Papá coloca un brazo protector alrededor de mi lado bueno mientras me maniobra fuera del camino de Daniel—. Ve con cuidado cerca de ella, ¿me oyes, muchacho?

—¿Entonces qué está pasando aquí? —Me arrastro más hacia la cocina, soltando mi bastón y agarrando la silla de la cocina frente a la mujer—. ¿O es una pregunta estúpida? —Miro de ella a Daniel, que ha cambiado su bata por un chándal y una sudadera con capucha.

—Aquí, déjame ayudarte. —Papá ofrece su brazo, que agarro mientras me bajo a la silla, tratando de recuperar el aliento mientras

me sujeto las costillas con mi mano buena. Quizás el Doctor Finch tenía razón. Tal vez debería haberme quedado en el hospital una noche o dos más. La cabeza y las costillas me están matando. Pero si me hubiera quedado allí, quizás no habría descubierto lo que Daniel ha estado haciendo en mi ausencia. Y me alegro de haberlo hecho: definitivamente es una bala en mi pistola.

—Estábamos repasando mi contrato editorial. —Daniel se queda cerca de la puerta como si estuviera listo para hacer una salida rápida, si fuera necesario.

—¿Así es como lo llamas? ¿Entonces dónde está? —Miro alrededor. No hay señal de un ordenador ni papeles. Solo platos de cualquier comida que hayan disfrutado juntos apilados en el fregadero.

—Hemos terminado de trabajar. Así que Samantha y yo solo estábamos tomando una copa para celebrarlo.

—Samantha, ¿eh? —la examino al otro lado de la mesa—. Sí, *ahora* te ubico.

Se remueve en su asiento, espero que sintiéndose incómoda bajo mi escrutinio. Menuda zorra.

—Enhorabuena por tu nuevo trabajo, por cierto. Espero que todos tus métodos sucios para conseguirlo hayan valido la pena.

—No sé de qué hablas —baja la mirada, revelando el maquillaje perfecto que sombrea sus ojos. Se ha arreglado *muchísimo* para una supuesta discusión sobre un contrato editorial. Y soy aún más consciente de mi aspecto en este momento. Pero no me veré así para siempre.

—Oh, claro que lo sabes. ¿Qué fue lo que le contaste tan ansiosamente a nuestro supervisor? Ah, sí, mis problemas matrimoniales.

—No sé de dónde has sacado esa idea.

—Problemas matrimoniales —continúo—, de los cuales *tú* puedes reclamar cierta responsabilidad —la señalo—. Luego está mi supuesto problema con la bebida —inclino la cabeza hacia un lado, observando su reacción—. El que *también* le contaste a nuestro supervisor.

—¿Con quién has estado hablando?

—Con la propia Bonnie, de hecho —Samantha no necesita saber sobre mi extraño sueño cuando no podía distinguir entre imaginación y memoria. Pero ahora que nos enfrentamos así, más recuerdos están asomando sus feas cabezas y apareciendo en mi mente tan rápido como en un videojuego.

—Luego está la vez que te atribuiste el mérito de mi adquisición del acuerdo de cuatro libros que interesaba a Netflix —me inclino hacia delante en mi silla, haciendo una mueca de nuevo por el dolor en mis costillas—. Ah, y la vez que pasaste por encima de mí cuando cometí un error en uno de los contratos para asegurarte de que me metiera en problemas por ello —Aún no responde. *Samantha la serpiente.* —Así que dime, ¿qué estás haciendo *realmente* en mi casa esta noche? Quiero la verdad por una vez.

Mira a Daniel, su expresión implorándole que intervenga mientras un rubor le sube por el cuello.

—No te debemos ninguna explicación —dice él finalmente—. Está bien que persigas a tu ex marido como lo hiciste, pero cuando yo busco en otro lado...

—Gracias —lo interrumpo mientras golpeo la mesa con la mano —. Por fin estás siendo honesto.

—¿Te parece aceptable... —papá apoya sus manos en el respaldo de mi silla—, llevar a cabo esta *relación* cuando mis nietos duermen arriba?

—Ellos creen que Samantha es solo una compañera de trabajo —Daniel se mueve inquieto de un pie a otro, su incomodidad es palpable. Pillarlo así empieza a sentirse mejor de lo que podría haber imaginado.

—Sin duda tengo más que discutir con ese abogado ahora, papá —intento girar la cabeza hacia él antes de volver mi atención a Samantha—. Quiero que salgas de mi casa ahora mismo —digo—. Podéis llevar a cabo vuestra sórdida lo-que-sea en otro sitio. No en *mi* casa donde mis hijos están durmiendo.

—¿Así que de repente te importan, eh? —Daniel se acerca más a la mesa.

—He estado sufriendo amnesia, cabe... —Alguien llama a la puerta. Daniel parece aliviado por la interrupción, su oportunidad de

escapar por unos momentos.

Mientras fulmino con la mirada a mi adversaria al otro lado de la mesa, sin saber qué más puedo decirle, la voz en la puerta me deja sin aliento.

—¿Podemos pasar?

Miro alrededor y veo nada menos que al inspector Turner y al sargento Richards.

La pregunta es, ¿qué están haciendo *aquí* a estas horas de la noche?

32

—Oh —la inspectora Turner también se detiene en seco cuando nos ve a papá y a mí—. Pensaba que seguías en el hospital.

Resultan una extraña visión aquí dentro, la inspectora Turner con su estoico traje de pantalón y el sargento Richards con su uniforme completamente negro y sus enormes botas lustradas. Se yergue por encima de Daniel.

—Me he dado de alta voluntariamente —explico—. Solo estoy aquí para recoger algo de ropa.

—Ah, vale.

El sargento Richards parece decididamente incómodo con mi presencia. ¿Qué demonios está pasando?

—No me quedaré aquí; en cualquier caso, mi marido está demasiado ocupado con su *novia*. —Ya no puedo mirar a Samantha. No es que esté liada con mi marido, es más el hecho de que está aquí, en mi hogar, donde duermen mis hijos.

También está el hecho de que esté aquí en mi casa, mientras que por lo que *ella* sabía, yo estaba atrapada en una cama de hospital. Además está su comportamiento desleal en el trabajo. Debo de haber sido una auténtica arpía antes de mi accidente para que me odie tanto. No puedo entender por qué una mujer le haría a otra lo que ella me ha hecho a mí.

—Me quedaré en casa de mi padre si necesitáis poneros en contacto conmigo —continúo—. Pero, antes de irnos, ¿puedo preguntar por qué estáis *aquí*? —Miro de la inspectora Turner al sargento Richards—. Supongo que esto tiene algo que ver *conmigo*.

—No podemos decirlo de momento. —Hay un toque de disculpa en su voz—. Lo siento.

—Pero pasaremos a verte a casa de tu padre —dice la inspectora Turner—, tenemos su dirección. Será antes de terminar nuestro turno a las diez, o cuando volvamos a las dos de la tarde de mañana. Te lo explicaremos todo entonces.

—¿A las dos de la tarde *mañana*? No puedo esperar *tanto*.

—Lo siento, Cathy. Ten por seguro que nos pondremos en contacto contigo tan pronto como nos sea posible.

—Pero estoy de acuerdo con mi hija —dice papá—. Si lo dejáis para mañana, es un estrés añadido para ella mientras espera. Se supone que está recuperándose.

—Lo sé y lo siento, pero...

—Si no tenéis tiempo para acercaros a casa esta noche, ¿podríais al menos llamarnos o enviarnos un mensaje? —dice papá—. Solo para que sepamos de qué se trata. Tenéis mi número.

—Haré lo que pueda —responde, pero hay duda en su voz que me indica que esperaremos hasta mañana a menos que insista más.

—¿No podéis decirme simplemente con cuál de ellos habéis venido a hablar? —Miro de Samantha a Daniel, escrutando sus rostros en busca de algo que pueda darme una pista—. *Tiene* que ser algo relacionado *conmigo*.

—Porque todo *siempre* gira en torno a ti, ¿verdad, Cathy? Tú, tú, tú, tú, tú.

—Señor Mason, por favor. —La inspectora Turner frunce el ceño —. Cathy, Bob, ¿podríais dejarnos solos, por favor? Sé que es frustrante tener que esperar, pero prometo que nos pondremos en contacto.

—Tu bolsa está al pie de las escaleras.

Mis ojos se encuentran con los de mi marido. Que Daniel y yo *alguna vez* nos hayamos amado parece imposible. Que alguna vez estuviéramos cara a cara, intercambiando votos de amor eterno

resulta casi risible, y si no hubiera visto pruebas fotográficas, nunca lo habría creído. Una cosa positiva que parece haberme proporcionado mi caída es una afortunada vía de escape. Pero también se perfila como una salida complicada. Si Daniel piensa que voy a marcharme cojeando y esconderme bajo una piedra sin luchar por mi hogar y por mis hijos, está muy equivocado.

—Vamos, cariño —papá me da un toque en el hombro—. Vámonos ya. Creo que has tenido suficiente por un día. —Me ayuda a ponerme en pie y siento cuatro pares de ojos taladrándome mientras me arrastro hacia la puerta. Me estoy quedando rápidamente sin energía y papá tiene razón, necesito descansar. Una parte de mí no soporta no saber qué está pasando aquí, pero la otra parte solo quiere apartarlo todo por hoy y escapar a la nada del sueño.



—Hogar, dulce hogar —papá gira las llaves en el contacto y mira hacia su casa. Las cortinas del salón siguen abiertas, bañando el rostro de Teresa con la luz del televisor, y la lámpara del porche proyecta un suave resplandor sobre el jardín delantero de papá. Todo parece mucho más acogedor que mi casa desde fuera. O desde dentro, para el caso.

—Vamos, pongamos la tetera mientras esperamos noticias de la policía. O quizás deberíamos tomar algo más fuerte.

—No puedo, por los analgésicos. Además, no me siento muy bien de la cabeza.

—Me lo imagino, no después de haberte encontrado con todo eso. Pero con suerte, Teresa ya habrá preparado tu cama y podremos acomodarte para la noche. Pareces agotada, cariño.

Sonrío. —Lo he estado, ¿verdad? Agotada, quiero decir, bueno, casi. Pero probablemente debería mantenerme despierta hasta que la policía se ponga en contacto.

—Ya oíste lo que dijo la inspectora Turner, puede que no sea hasta mañana. Creo que te vendría mejor dormir.

—¿Cómo voy a dormir? Necesito saber qué estaban haciendo allí. ¿Tú *qué* crees que estaba pasando, papá? —Apoyo mi dolorida cabeza contra el cuero del asiento.

Un gato sale corriendo del jardín de al lado y se acurruca bajo el coche unos metros por delante del nuestro. Recuerdo lo que Teresa dijo el otro día sobre que tengo siete vidas y solo espero que me queden algunas intactas.

—De verdad que prefiero no decirlo.

—¿No crees que *Daniel* podría haberme hecho esto? —Señalo mi cabeza—. Ha admitido que estuvimos discutiendo esa mañana, *y* sabía que yo estaba persiguiendo a Brad. —La cara enfadada de Daniel llena mi mente—. Podría haber dejado a los niños dormidos fácilmente y haberme seguido a la estación.

—Es más probable que haya sido esa *Samantha* —responde papá —. Daniel está por los suelos en mi consideración ahora mismo, pero no haría algo así, no a la madre de sus hijos. Tampoco me lo imagino dejándolos solos.

—No tengo ni idea de lo que es capaz —contesto—. Si te soy sincera, no puedo decir que le conozca siquiera. Lo que sí sé es que *ella* estaba definitivamente en la estación al mismo tiempo que yo esa mañana. Coge el mismo tren que yo para ir a la oficina.

—Pero, ¿puedes recordar realmente que estuviera allí? ¿La viste?

—Todavía no puedo recordar ese día, solo pequeños destellos, pero Samantha apareció en una de las capturas del CCTV que me enseñó la policía, ahora que lo pienso. —Asiento afirmativamente mientras hablo—. Sí, apuesto a que *fue* ella.

Doy un respingo al oír unos golpecitos en la ventanilla y me giro para ver la cara de Teresa al otro lado del cristal. Papá abre su puerta un poco. —Perdona, cariño, ya vamos a entrar.

—Pensaba que os ibais a quedar aquí toda la noche. —Fuerza una risa—. ¿Qué está pasando?

—Te lo contaré todo en un momento —papá sale del coche y la ráfaga de aire fresco que disipa el olor de su horrible ambientador es bienvenida—. Vamos a acomodar a Cathy con un té y un sándwich.

—No podría comer nada, papá —le llamo mientras va hacia el maletero a por mi bastón y mi bolsa—. Solo tomaré un té. Estoy

demasiado nerviosa para cualquier otra cosa.

33

Mientras miro fijamente el estampado del papel pintado de chintz, me lleva varios momentos darme cuenta de dónde estoy. Lo que sí sé es que cada parte de mi cuerpo me duele horrores. La cama de matrimonio en la habitación de invitados de papá y Teresa es bastante cómoda, pero creo que no podría sentirme cómoda en ningún sitio, no con mis lesiones.

Anoche estaba tan agotada que no creo haberme movido desde que papá me ayudó a meterme en la cama. Me impulso para sentarme y mi mirada cae sobre una taza de té frío que han dejado en la mesita de noche. Debo haber estado completamente exhausta para quedarme dormida sin beberlo. El interior de mi boca sabe como si algo hubiera muerto ahí, así que también me he dormido sin lavarme los dientes.

Deslizo una pierna en pijama desde debajo del edredón, luego la otra, y siento alivio cuando mis pies hacen contacto con la frialdad del suelo de madera. El sol se filtra por los bordes de las persianas y la calefacción está encendida. Hace calor aquí, demasiado calor, más que en mi habitación del hospital.

Me levanto lentamente de la cama. Mi bastón de cuatro puntos está abajo, pero estoy decidida a arreglármelas sin él hoy. Llegaré al baño, intentaré hacerme un té con una sola mano y luego quizás esté lista para enfrentarme al día, sea lo que sea que traiga. Cada

día parece traer algún nuevo infierno. La voz de papá se oye desde su despacho en la parte delantera de la casa mientras bajo con cuidado por las escaleras iluminadas por el sol. Parece que está hablando por teléfono.

Finalmente, llego al baño de abajo, estremeciéndome de dolor al bajarme al asiento. Necesito más analgésicos, y los necesito pronto. Ni siquiera recuerdo si tomé algunos antes de quedarme dormida.

Mientras intento recordar si lo hice o no, los recuerdos de ayer inundan mi mente. Cierro los ojos. Vaya día. Primero, descubrí que Emma es mi media hermana. Luego me dijeron que Mel Connors había sido puesta en libertad bajo fianza. Estaba la terrible hostilidad de Daniel cuando llegué a mi casa, antes de encontrar a Samantha en la cocina. No puedo creer hasta qué punto me ha traicionado. Pero sobre todo, estaba la llegada de la policía a la casa. ¿Estaban allí para hablar con Daniel o con Samantha? Y más importante aún, *¿por qué*?

Me arrastro por las baldosas hasta el lavabo para lavarme, luego forcejeo con el cerrojo para volver a salir al pasillo. Con suerte, a estas alturas, la policía se habrá puesto en contacto con papá. Tal vez por eso estaba al teléfono cuando bajé las escaleras.

—Buenos días, cariño —camina rápidamente desde su despacho hasta el pasillo, con los hombros tensos que contrastan con sus vaqueros informales, su jersey de lana y sus gruesos calcetines—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor después de haber dormido decentemente, pero necesitaría algunos analgésicos —me apoyo en el aparador.

—Te los traeré de la cocina mientras te pones cómoda —señala la puerta del salón—. Con una infusión, por supuesto. ¿Qué quieres comer?

—Solo unas tostadas, por favor. ¿Dónde está Teresa?

—Está trabajando. Como te dije, me estoy tomando unos días libres. Papá enfermero a tu servicio —hace una reverencia fingida.

Me río, lo que hace que me duelan las costillas. —¿Durante cuánto tiempo?

—Solo estoy esperando que los gobernadores autoricen una quincena por ahora. Luego veremos —se ríe de la expresión en mi

cara—. No te preocupes, no habrá ningún problema si necesito más tiempo.

—Es más que estoy en shock. Tú, sin ir a trabajar, quiero decir.

—Tú eres mucho más importante para mí que el *trabajo*.

Mi visión se nubla. Las lágrimas nunca están lejos en estos momentos. —Gracias. No sé qué haría sin ti.

—Todo forma parte de la descripción del trabajo de un padre.

—Necesitaría ducharme. Por eso preguntaba por Teresa... probablemente necesitaré ayuda para lavarme el pelo.

—Si puedes esperar hasta que ella vuelva a casa... o podríamos ponernos en contacto con Emma —papá parece incómodo al decir su nombre. Yo me siento más incómoda al escucharlo—. Ella trabaja desde casa, ¿no? Creo que ha vuelto al trabajo, a tiempo parcial, de todos modos. Se tomó un tiempo libre por las náuseas matutinas.

—No, no la molestemos —digo rápidamente—. Quizá espere a Teresa. ¿Ha vuelto a ponerse en contacto la policía?

—Sí, hablaremos de eso en un minuto. Pero primero, parece que necesitas sentarte antes de que te caigas.

Me ayuda a entrar en la sala y a sentarme en el sillón donde Teresa estuvo sentada anoche.

—Gracias, papá.

—¿Quieres que ponga otro tronco en la chimenea, o tienes suficiente calor?

—Estoy bien —miro hacia las coníferas, con sus agujas brillando en la brisa de marzo más allá del enorme ventanal. Estoy tan aliviada de haber salido de ese hospital—. Entonces, ¿cómo se siente estar en casa un miércoles en vez de trabajando?

—Raro, la verdad, pero es un tipo de rareza agradable. Ahí está tu nuevo teléfono —sus ojos se dirigen hacia una caja de iPhone sobre la mesa de centro.

—Eres un cielo. ¿Puedes pasármelo? Aunque no tengo ni idea de cómo voy a configurarlo todo sin mi teléfono antiguo.

—Ya está todo hecho —sonríe—. Por suerte, me tenías como contacto de recuperación. Solo necesitas restablecer tus contraseñas para redes sociales y correos electrónicos.

—De verdad que agradezco todo lo que estás haciendo por mí —una lágrima cae por mi cara—. Probablemente no me lo merezca.

—Claro que sí —me alcanza el hombro bueno y me da un apretón—. Ahora deja que te traiga ese té y las tostadas. Luego hablaremos.

Mientras sale de la habitación, me limpio las lágrimas con la manga del pijama y examino la sala. Es una habitación muy concurrida, llena de patrones y color. Teresa ha colocado muchas más fotos de Emma en varias etapas de su vida que las que papá tiene de mí y de Harry. Mi mirada cae sobre la última foto escolar que nos hicimos juntos. Yo tenía casi dieciséis años, a punto de empezar mis exámenes, y él once, en su primer año de instituto. Éramos cercanos entonces, unidos por la angustia que la bebida y la depresión de mamá estaban infligiendo en nuestra vida familiar. Papá todavía estaba con nosotros en ese momento, bueno, se suponía que lo estaba. Siempre andaba trabajando, o en algún curso, o, como no supimos hasta más tarde, con *Teresa*.

Hay una foto de Emma con unos dieciséis años, dos años antes de que nos conociéramos por primera vez. Miro de mí a ella. ¿Nos parecemos en algo? Si es así, realmente no puedo verlo, o tal vez simplemente no quiero. Sin duda estará por aquí en los próximos días, pero no puedo decir que tenga ganas de verla, no ahora que la base de nuestra relación ha cambiado tan drásticamente. Ver a ella y a papá juntos también será incómodo.

Me cuesta abrir la caja del iPhone con solo la mano izquierda, pero lo consigo y dejo caer el teléfono en mi regazo. Papá tenía razón, realmente lo ha dejado listo para usar. Abro la aplicación de fotos y empiezo a pasar por ellas.

Están las fotos que ya he visto cuando miré en Facebook en el hospital. Hay muchas de los niños: en el parque, en la piscina, en un área de juegos infantil, pintando en la mesa donde me enfrenté a Samantha anoche. Quizás no fui tan mala madre como Daniel me ha estado haciendo creer. Fuera lo que fuese, tengo que intentar perdonarme a mí misma. Estaba trabajando en Londres para mantener a mi familia. Quizás mi único delito fue anhelar a mi exmarido y malinterpretar su amabilidad como algo más.

—Aquí estamos —papá vuelve a entrar en la habitación equilibrando una bandeja. Arrastra la mesa de centro con el pie para acercarla, colocando una taza humeante frente a mí y un plato lleno de tostadas con mantequilla. Su aroma hace que mi estómago gruña.

—Gracias.

Lleva su té y su plato al sofá, colocándolos en una mesita auxiliar.

Me limpio la mantequilla que gotea por mi barbilla. —¿Por qué las tostadas siempre saben mejor cuando las ha hecho otra persona?

Papá termina de masticar y me mira fijamente. Ahora puedo ver a Harry en él. Me pondré en contacto con él pronto, ahora que vuelvo a tener teléfono. Sea lo que sea lo que ha pasado entre nosotros, quiero arreglar las cosas con mi hermano. La vida es demasiado corta para no hacerlo. Las últimas semanas ciertamente me lo han demostrado.

—Bien, hablemos sobre mi llamada con la policía.

34

—La inspectora Turner llamó justo cuando te estabas levantando —comienza papá—. Fue muy amable por su parte, ya que no vuelve al servicio hasta las dos de la tarde.

—¿Y?

—Anoche se llevaron a Samantha a la comisaría para hacerle algunas preguntas —sorbe de su taza.

Así que era con *Samantha* con quien querían hablar. —¿Por qué?

—Ya estaba en su punto de mira desde que la reconociste en una de las imágenes. Más aún porque mencionaste vuestra rivalidad.

—¿En su punto de mira como *sospechosa*? —dejo caer la tostada en el plato. Mi apetito ha desaparecido tan rápido como apareció—. ¿Por empujarme delante del tren?

—Tienes que seguir comiendo —papá señala mi plato—. No solo para recuperarte, sino porque no deberías tomar esas pastillas con el estómago vacío.

—La comeré —insisto—. En un minuto.

—La policía también recibió un mensaje —continúa papá—, alguien había rellenado un formulario de "denuncia online", contándoles sobre la relación entre Samantha y Daniel, y respaldaba lo que ya les habías dicho a la policía sobre su vendetta laboral.

—¿Y quién lo envió?

—Era anónimo, pero quien fuera conocía la aventura de esos dos, *y* lo que estaba pasando en Londres.

—Debe *ser* alguien más del trabajo. Quizás debería llamar otra vez a mi jefa... incluso podría ser *ella* si es anónimo.

—No creo que fuera ella. Mencioné a tu jefa a la inspectora Turner y me dio la impresión de que ya habían hablado.

—¿Así que han mantenido a Samantha en comisaría toda la noche?

Papá deja su plato sobre la mesa. —Desgraciadamente no. La soltaron justo después de medianoche, pendiente de más investigaciones, como dicen ellos, por eso han esperado hasta esta mañana para informarnos.

Estudio su rostro, esperando que diga algo más.

—Cómete la tostada, Cathy. No voy a contarte ni una palabra más si no empiezas a comer.

Pongo los ojos en blanco, pero vuelvo a coger la tostada como me indica.

—Samantha sigue siendo sospechosa, pero simplemente no tienen suficientes pruebas para presentar cargos. Admite que estuvo allí esa mañana, admite que tenía un motivo, pero ha negado categóricamente que tuviera *algo* que ver con tu caída.

—Joder. ¿Qué más necesitan?

—Pruebas forenses, grabaciones concluyentes de las cámaras de seguridad, testigos presenciales... y no tienen nada de eso —suspira —. Había alrededor de seiscientas personas en ese andén a punto de subir al tren, y la vista de lo que ocurrió está completamente obstruida desde todos los ángulos.

—¿Y ahora qué?

—Espera —da otro sorbo a su té y un bocado a su tostada. Espero a que termine de masticar. Todo parece un paso adelante y dos atrás. Pero al menos me siento más segura aquí con papá que en el hospital.

Doy un sorbo a mi té. Papá hace uno de los mejores tés, otra cosa positiva de estar fuera del hospital.

—Vale, no sé muy bien cómo decirte esto.

—¿Y ahora qué? *¿Realmente puedo soportar algo más?*

—La inspectora Turner se estaba preparando para interrogar a Daniel después de colgar el teléfono conmigo —papá se quita las migas de la barbilla.

—¿Esta mañana?

—Anoche acordaron que Daniel pasaría por la comisaría después de dejar a los niños en el colegio... para responder a más preguntas. ¡La tostada!

—Vamos, papá... ¿cómo esperas que coma? Están interrogando a mi *marido* por sospechas de haberme empujado delante de un tren. Anoche dijiste que no podía ser él.

—Lo sé. Pero escucha, en realidad no han detenido a ninguno de los dos, ambos han ido voluntariamente.

—¿Son entrevistas formales *de verdad*?

—Según la inspectora Turner, son entrevistas grabadas bajo advertencia, lo que significa que pueden usarse como prueba. Sin embargo, usando sus palabras, ambos son libres de marcharse en cualquier momento ya que no han sido detenidos. Pero al parecer, los dos han cooperado —papá pone los ojos en blanco.

—Oh, seguro que sí. *Tiene* que ser uno de ellos, ¿verdad? No se me ocurre nadie más que me odie lo suficiente como para hacer lo que han hecho.

Papá no responde.

—Daniel desde luego fingió muy bien cuando desperté en cuidados intensivos. Ahí estaba yo, sintiéndome terriblemente culpable por no poder recordarle cuando todo el tiempo...

—No saques conclusiones precipitadas, cariño. No hasta que alguien sea acusado formalmente.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer *ahora*?

—Ya que sabemos exactamente dónde está Daniel, deberíamos poner en marcha algunas cuestiones prácticas —papá se mete el último trozo de tostada en la boca y lo acompaña con más té. Mientras tanto, yo sigo mordisqueando mi primera rebanada.

—¿A qué te refieres?

—Para empezar, concertaremos una cita para asesoramiento legal —responde papá—. Me refiero a lo de los niños y la casa. También deberíamos echar un vistazo a tus cuentas bancarias. Por lo que

sabes, Daniel podría estar moviendo fondos. Probablemente necesites asegurar las cosas para mantener tu dinero a salvo.

—Pero no recuerdo ninguna de mis contraseñas.

—No te preocupes. Podemos restablecerlo todo. ¿Recuerdas con qué banco trabajas?

Lo miro fijamente, con una expresión probablemente tan vacía como me siento.

—¿Tendrás alguna documentación en tu casa? Sabemos con certeza que él no está allí en este momento, así que podríamos ir a echar un vistazo.

—Mis llaves estarán en mi bolso, que sigue en manos de la policía.

—Yo tengo una llave de tu casa.

—*Ella* podría estar allí. Samantha.

—¿No debería estar en Londres?

—Bueno, anoche no estaba en Londres, ¿verdad?

—¿Entonces qué quieres hacer?

—Para serte sincera, papá, no puedo pensar con claridad. ¿Podemos simplemente concertar una cita con un abogado? Luego pasaré el día intentando recordar lo que pueda sobre cuentas bancarias y todo eso. Una vez que acceda a mis correos electrónicos y mensajes, eso debería darme algunas pistas.

—Pareces agotada, cariño. Acabas de levantarte y parece que deberías volver a la cama.

—Me duele mucho la cabeza —me froto la mano sobre los puntos de sutura—. Ya me he tomado los analgésicos, pero tardarán un rato en hacer efecto.

Se levanta del sofá y arrastra una manta desde uno de los pufs del mirador. —Túmbate un rato —me dice—. Concertaré esa cita, luego tengo algunas otras cosas que hacer en el despacho. Descansa una hora y con suerte estarás en condiciones de empezar a afrontar las cosas.

No necesito mucha persuasión. Abandonando mi té y tostada, me levanto con esfuerzo y cruzo la alfombra mientras papá cierra las cortinas.

—Es una pena cerrar el paso a la luz del sol, pero seguro que no quieres que te dé en la cara.

—Gracias —me dejo caer en el sofá.

—¿Quieres que ponga la tele?

—No, creo que prefiero estar tranquila.

—Toma, ponte esto bajo la cabeza. Eso es, gira las piernas, vamos a taparte bien.

Me siento como una niña de cinco años mientras papá me echa la manta por encima antes de añadir otro tronco al fuego. Entonces, cuando cierra la puerta del salón tras él, una ola de tristeza me invade y las lágrimas que he estado reprimiendo desde que me desperté esta mañana finalmente se liberan. No me importa lo que diga papá: debo haber sido realmente, realmente horrible para merecer todo esto.

¿Por qué otra razón estaría mi propio marido siendo interrogado en este momento por empujarme delante de un tren?

35

—Tienes que venir a casa, Cathy —la voz de Harry suena ahogada—. No sé qué demonios hacer.

—¿Te refieres a casa de mamá? —Harry todavía puede considerarla su hogar, por ahora, mientras se queda allí, pero se marchará en unas semanas cuando finalice la compra de la casa que ha adquirido. Para mí, sin embargo, esa casa dejó de ser mi hogar hace diecisiete años cuando terminé la universidad. Odiaba volver durante las vacaciones, pero mamá me hacía sentir culpable si intentaba inventar alguna excusa.

Con el paso de los años, ha sido más fácil evitar volver a ese lugar lleno de tanta miseria, la miseria de mamá. —¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Solo ven aquí. Por favor, hermanita, literalmente no tengo a nadie más a quien recurrir... nadie más que pudiera entenderlo.

—Solo dime qué ha pasado, Harry —solo puedo suponer que mamá ha recaído después de enterarse de la fiesta de aniversario de papá y Teresa. O que ella y Harry han tenido algún tipo de pelea—. Dime a qué me enfrento para que lo sepa.

—No por teléfono —su voz está cargada de desesperación—. ¿Cuánto tardarás?

—No mucho, estoy de camino.

Durante el trayecto, una miríada de posibilidades dan vueltas en mi cabeza. Si no es la bebida, quizá mamá ha tomado pastillas, o tal vez sea algo completamente distinto. Vuelvo una y otra vez a la idea de que ella y Harry se han peleado, quizá sea tan simple como eso. Él siempre está intentando persuadirla para que rehipoteque la casa, diciendo que necesita su parte de la herencia para sus proyectos inmobiliarios, ahora en vez de cuando ella muera. Con razón, ella normalmente lo manda a paseo, lo que lleva a un resentimiento aún mayor de Harry hacia ella y a sus manipulaciones para hacerla sentir culpable.

Realmente no entiendo por qué ha vuelto a vivir con mamá. Me dice lo avergonzado que está de su cara hinchada, de su forma de caminar balanceándose cuando va del salón a la cocina, y de su voz que, según él, le taladra el cráneo. Tiene razón sobre su peso, pero no hay necesidad de hablar de ella de manera tan cruel.

Tampoco entiendo por qué mamá sigue aferrándose a él.

Aparco frente a mi casa de la infancia y, por un momento, puedo visualizar mi rostro más joven en la ventana. Una cara marcada por la expectación, esperando a que mi padre llegara a casa. Un rostro lleno de envidia al ver a niñas caminando por la calle del brazo de sus madres, mientras la mía yacía comatosa en el sofá. Tengo tantas visiones de mi vida cuando llego a esta casa y ninguna de ellas es feliz.

Avanzo por el camino, rezando para que lo que sea que Harry necesite mi ayuda valga la pena haber salido antes del trabajo. El silencio me detiene en seco cuando llego a la puerta. ¿En qué demonios me estoy metiendo? Escucho por un momento.

Nada.

Entro y encuentro a Harry apoyado en la encimera de la cocina, mirando fijamente a nuestra madre que está tirada en el suelo. Me apresuro a ayudarla.

—Mamá —le doy golpecitos en el hombro—. Mamá, por el amor de Dios, despierta... ¿cuánto has bebido? No puedo creer que haya recaído otra vez, de manera espectacular por lo que parece.

—Estás perdiendo el tiempo.

—Ayúdame, ¿quieres, Harry? Solo está borracha. Vamos a llevarla al sofá. No podemos dejarla en las baldosas frías.

Pero al mirar más de cerca, sé que no hay ninguna posibilidad de levantarla del suelo. Tendría que ser menos de la mitad de su tamaño actual para que los dos tuviéramos alguna oportunidad.

—Está muerta —la voz de mi hermano es inexpresiva.

—Una ambulancia podría ser nuestra única opción; al menos ellos tendrán el equipo para levantarla —me agacho y alcanzo su mano, que se siente como un escalofrío de gelatina fría cuando la levanto del suelo.

—¿No me has oído, Cathy? —la voz de Harry se eleva—. He dicho que está muerta. Tal vez deberíamos simplemente quemar la casa como hicieron en esa película "¿A quién ama Gilbert Grape?". Es mejor que la vergüenza de que necesiten contratar una grúa para moverla.

—Cállate, ¿quieres? —busco el pulso en la muñeca de mamá. No es fácil encontrarlo bajo todo ese peso extra—. Solo está adormilada, como suele estar por las tardes. Vamos, una vez que la llevemos al sofá, de alguna manera le haremos beber algo de agua y luego la dejaremos dormir un par de horas.

—No está borracha, joder —se desliza por el armario hasta quedar a mi altura—. Ha sufrido un ataque al corazón.

—¿Qué? —giro en el suelo para comprobar si habla en serio—. ¿Por qué demonios no lo has dicho antes? —me levanto de un salto y me siento a horcajadas sobre ella, colocando mis manos listas para realizar compresiones torácicas. Harry tiene razón, no se mueve... ni siquiera creo que esté respirando. Mierda. Mierda. Mierda.

—Vamos, mamá. Me estás asustando. Solo respira, mamá, por favor.

—Como te he dicho, estás perdiendo el tiempo.

—¿Cómo puedes decir eso? Es nuestra madre, por el amor de Dios.

—Y estás malgastando energía. Se ha ido... está muerta. Lleva muerta una hora.

—¿Cómo puedes saberlo si ni siquiera estabas aqu...? —Me lleva un momento procesar sus palabras—. Espera, ¿estabas aquí?

Su cara lo dice todo.

—¿Entonces ya has llamado pidiendo ayuda? —miro hacia la ventana.

—Te he llamado a ti, ¿no?

—Me refiero a una ambulancia. ¿Dónde diablos están? —cojo mi bolso del suelo y saco mi móvil—. ¿Los llamaste inmediatamente?

—No sirve de nada llamar a una ambulancia ahora —la voz de Harry suena mucho más firme que cuando me llamó—. Sería mejor que llamaras a una funeraria.

Me arrastro por el suelo, arrodillándome frente a él mientras agarro sus hombros huesudos con ambas manos. —¿Viste lo que pasó, Harry? ¿Mamá tuvo el ataque al corazón justo delante de ti? Dímelo.

Mira al suelo sin decir nada.

—Dímelo, he dicho —le sacudo los hombros.

—Se estaba sujetando el pecho, ¿vale? Luego dijo que no se sentía muy bien.

—¿Qué pasó después? —mi voz es un chillido.

—Simplemente se desplomó en el suelo.

—Pero llamaste a una ambulancia, ¿verdad?

—No murió al instante —cierra los ojos y luego los abre, mirándome fijamente sin pestañear—. Me estaba mirando, igual que estamos haciendo ahora, haciendo este ruido al respirar —respira entrecortadamente, inspirando y espirando. Lo miro fijamente. ¿Está intentando decirme lo que creo que está diciendo?

—¿Dejaste morir a nuestra madre? —lo sacudo de nuevo—. ¿Lo hiciste?

—Está mejor muerta.

—¿Cómo puedes decir eso? —le grito a la cara—. Dios mío, Dios mío. Has permitido conscientemente que se muera.

—Y yo estoy mejor sin ella. Nunca haría nada para ayudarme, jamás —ahora balbucea—. Además, no es más que una vergüenza. Mira en qué estado está.

Lo suelto y miro los restos de ciento cuarenta y cinco kilos de la mujer que nos dio la vida a ambos. La que intentó hacer lo mejor para cuidarnos hasta que la bebida y el dolor de que papá no la quisiera se la llevaron.

Al final, cuando ambos éramos demasiado mayores para necesitarla de la misma manera, le recetaron pastillas de Antabús para evitar que se matara. Durante los meses siguientes, cambió su adicción de la bebida a la comida, justificando su peso cada vez más desmesurado con el hecho de que los atracones de comida eran mejores que los de alcohol. Pero nunca se movía, nunca salía, nunca hacía nada. Excepto meterse con Harry y conmigo por no ser buenos hijos. Por no visitarla con suficiente frecuencia. Pero todo lo que hacía era sentarse en el sofá frente al televisor y comer. La comida era su única amiga y su completo consuelo.

—La dejaste morir —mi voz es más suave. Una parte de mí parece haberse escapado con ella. Mi madre está muerta. No fue una gran madre, pero estoy segura de que hizo lo mejor que pudo.

—No quise ayudarla —no hay ni rastro de arrepentimiento en la cara de mi hermano—. Me alegro de que se haya ido y lo volvería a hacer si tuviera la oportunidad.

—¿Entonces por qué llamarme? —mi voz se eleva—. ¿Por qué arrastrarme a todo esto?

—Porque tú lo arreglarás —responde—. Sabrás cómo manejarlo. Siempre lo sabes.

36

—¡No! ¡No!

—Eh, Cathy, despierta —una mano reconfortante descansa sobre mi hombro. Luego otra en mi brazo—. Está bien, solo estás teniendo una pesadilla.

Estoy empapada en sudor cuando abro los ojos para encontrarme con los de Emma. Me obligo a sentarme y miro alrededor de la habitación, esperando ver a papá en el sillón junto al fuego.

—¿Cómo es que *tú* estás aquí? ¿Dónde está mi padre?

—También es *mi* padre, ¿recuerdas? —su voz suena cortante mientras se coloca frente a mí en el escabel.

Cierro los ojos otra vez. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Me llamó para pedirme que te ayudara a ducharte.

—¿Está en su despacho? —A pesar de estar embarazada de tres meses, Emma se ve delgada y enérgica con su ropa de yoga. Qué no daría yo por llevar ropa normal y poder hacer ejercicio, en vez de estar postrada así.

—Le han llamado del trabajo. Ha surgido algo urgente que no pueden resolver en el colegio sin él. Pero no pasa nada. De todas formas, tenía planeado visitarte hoy —recorre con la mirada el salón —. Es extraño que *tú* te quedes aquí.

—¿Por qué?

—Este solía ser *mi* hogar.

—No será por mucho tiempo, solo hasta que me recupere.

—Hmm —no parece nada contenta.

Necesito cambiar de tema—. ¿Has oído lo de Daniel y Samantha? —Debería dolerme juntar sus nombres, después de todo, estoy casada con él. Pero no siento nada.

—Sí —desliza una goma de su muñeca.

—¿*Todo* sobre ello? —Me acomodo para sentarme lo mejor que puedo contra los cojines.

—Sí —se recoge el pelo en un moño suelto en lo alto de la cabeza, que yo miro con envidia. Mi pelo tardará meses, si no años, en crecer lo suficiente como para poder hacerme un moño.

—¿Te lo ha contado mi padre? —No me importa lo que diga Emma, no puedo evitar poner el *mi* delante de papá. Si estuviera hablando con Harry, sería diferente, pero realmente no puedo aceptar esta nueva realidad dentro de nuestra familia.

Entrecierra los ojos, lo que sugiere que ha notado mi desliz, pero no me desafía—. Sí, pero justo antes de marcharse, alguien le llamó desde la comisaría.

—¿Y?

—Al parecer, Daniel también ha sido puesto en libertad, a la espera de más investigaciones.

—No hay pruebas suficientes para acusarle, supongo... ¿igual que con Samantha?

—Eso es lo que han dicho.

—Maldita sea —cierro los ojos—. ¿Así que todavía tengo que vivir mirando por encima del hombro?

Asiente con la cabeza—. Siento ser portadora de malas noticias, pero en cualquier caso, si siguen siendo sospechosos, probablemente les habrán dicho que se mantengan alejados de ti.

—Como si eso fuera a detenerlos si quieren matarme.

—¿Qué estaba pasando cuando entré? ¿Qué demonios estabas soñando? Estabas gritando, casi chillando.

—Mi madre —intento tragar el nudo en mi garganta—. Es toda esta cosa de la memoria —hago una pausa y entonces todo me

golpea de nuevo—. Aunque no creo que fuera solo un sueño... estoy bastante segura de que estaba recordando algo real.

No dice nada. Simplemente se sienta en el escabel con las manos juntas sobre su regazo, esperando a que yo continúe.

—Estaba soñando que *él* la mató. Todo fue culpa de *él*.

—¿De qué estás hablando? ¿*Quién* mató a *quién*?

—Harry.

—¿Qué pasa con él? ¿Qué quieres decir?

—Harry mató a mi madre. Lo recuerdo todo... no fue un sueño... realmente ocurrió.

El rostro de Emma no muestra la sorpresa que yo esperaría. «¿Así que esto es una de las cosas que están volviendo a tu memoria, es eso lo que estás diciendo?». Emma acerca más el escabel al sofá y se deja caer sobre él. «¿Lo que hizo tu hermano, quiero decir?».

—Parece que me crees.

—Ya lo sabía —su voz es suave mientras se coloca un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—¿*Sabías*? Pero, ¿cómo?

—*Harry* me lo contó —su rostro no revela nada.

—No entiendo por qué se confiaría a *ti*. Apenas os lleváis bien la mayor parte del tiempo.

—No es que se estuviera *confiando* a mí —Emma exhala lentamente, como si liberara tensión—. Me estaba *amenazando*.

—Estás de broma.

—Ha estado raro conmigo durante un tiempo... incluso tú lo notaste, pero como sigues diciendo, no puedes recordar.

—Te creo.

—Todo comenzó cuando me mudé aquí por un tiempo... cuando él me veía como alguien que estaba siendo subsidiada económicamente por *su* padre. A sus ojos, Bob estaba gastando dinero en *mí* que le pertenecía legítimamente a él.

—Pero eso fue hace años. Y lo recuerdo como si fuera ayer, así que definitivamente fue hace más de diez años.

—Entonces, hace un par de semanas —continúa Emma—, justo antes de lo que te pasó, pillé a Harry hurgando en el bolso de mi

madre, ayudándose a sí mismo con una de sus tarjetas de crédito.

—Oh, no. No puedo creer que haya vuelto a ese tipo de comportamiento.

—Sí, y se puso bastante desagradable cuando se dio cuenta de que lo habían descubierto —pone los ojos en blanco.

—Esto parece ser un tema recurrente con Harry por lo que estoy entendiendo.

—Quiero decir, realmente desagradable —me lanza una mirada significativa.

—Continúa.

—Me amenazó con matarme si se lo contaba a alguien, y podías ver en sus ojos que no estaba bromeando.

—Dios mío —me tapo la boca con la mano.

—Debería haberme alejado simplemente, pero en vez de eso, me reí en su cara.

La cara enfadada de mi hermano llena mi mente. «Eso habrá sido como agitar un trapo rojo delante de un toro».

—Realmente lo fue. Me agarró por la bufanda y me gruñó en la cara que hablaba completamente en serio. Dijo que ya había matado a alguien antes y que no lo pensaría dos veces antes de hacerlo de nuevo.

Me incorporo. «¿Sabía él que estabas embarazada?».

—Lo dudo. Pero me defendí —muestra sus uñas perfectamente manicuradas de color rosa—. Le clavé estas en el brazo. Fue entonces cuando salió a la luz que había matado a tu madre... cuando dijo que me haría lo mismo a mí. Así que sí, ya lo sabía.

37

ME INVADE EL PÁNICO. Bajo ningún concepto puedo permitir que Emma, o *cualquier persona* crea que Harry es una especie de asesino a sangre fría.

—No mató realmente a nuestra madre; simplemente se quedó ahí sin ayudarla mientras sufría un ataque al corazón.

No puedo creer cómo me hace sonar esto, casi como si estuviera disculpando a mi hermano. Quizás esto me hace más cómplice de la muerte de mamá. La mirada que me lanza Emma sugiere que está pensando lo mismo.

—Y sé que después se arrepintió, pero para entonces, bueno, obviamente ya era demasiado tarde.

—Eso es lo que me contó, pero era difícil creerle mientras me tenía agarrada por el cuello —se lo frota como si estuviera reviviendo el momento—. De todos modos, conseguí zafarme de Harry y le dije que iba a denunciarlo a la policía.

—¿Entonces me crees? —Por muy despreciable que parezca haber sido mi hermano, sigue siendo mi hermano y no puedo imaginar qué podría acabar con mi instinto de hermana mayor.

—Lo crea o no, permitir que tu madre muriera así es casi tan malo como matarla directamente. Así que le dije que igualmente iba a presentar una denuncia.

—¿En serio?

—Fue entonces cuando me dijo que *tú* habías estado implicada en la muerte de vuestra madre —puede que sea mi imaginación, pero su voz suena casi presumida, como si disfrutara teniendo algo con lo que chantajearme.

—Yo no estuve *implicada*.

—Pero sabías lo que había hecho y no se lo dijiste a nadie.

Agacho la cabeza, la vergüenza corriendo por mis venas. —Los detalles de exactamente lo que pasó son confusos.

—Oh, por favor, Cathy —da una palmada contra una de sus piernas enfundadas en lycra—. Esta historia de la memoria empieza a ser tediosa.

—Digamos que *hubiera* contado a todo el mundo lo que había hecho, no es como si eso pudiera haber devuelto a nuestra madre. Es mi hermano pequeño, Emma... siempre he cuidado de él.

Una sombra cruza su rostro, y me vuelvo a dar cuenta de que ahora también es *su* hermano pequeño. Y posiblemente se esté preguntando si yo haría lo mismo por *ella*, ahora que sabemos que somos medio hermanas.

—La verdad, Cathy, es que si *tú* no hubieras participado en su encubrimiento, *nada* me habría impedido denunciarlo.

Continúo mirando al suelo, incapaz de encontrarme con su mirada.

—Tu hermano es un individuo desagradable y perturbado —cruza los brazos sobre el pecho—. El día antes de pillarlo con el bolso de mi madre, había estado acosando a *mi madre* por un préstamo. Todos los demás le habían dicho que no, así que pensó que podía intimidarla.

No puedo imaginar a *nadie* intimidando a Teresa, pero es mejor que me quede callada y deje que Emma se desahogue.

—Durante todo el tiempo que he conocido a Harry —continúa Emma—, solo ha mirado por sí mismo. Y para ser sincera, Cathy, a veces, tú no has sido mucho mejor.

—¿Qué se supone que significa eso? —Genial, ahora me toca a mí ser criticada.

—Siempre todo gira en torno a *ti* —la suavidad de la voz de Emma está completamente en desacuerdo con sus palabras—.

Incluso tu padre, *nuestro* padre, había empezado a mantenerte a distancia.

—No, eso no es verdad —los puntos tiran de mi cuero cabelludo mientras frunzo el ceño—. Solo porque resulte que tengo que compartir a mi padre contigo, no pienses que puedes crear una brecha entre nosotros.

—Si no me crees, adelante, pregúntaselo.

—Vi los mensajes que nos enviamos. Me deseó suerte con mi entrevista. Estaba involucrado en mi vida. Se preocupa por mí.

—Es ese tipo de hombre —continúa—. Se preocupa por todo el mundo y siempre quiere hacer lo correcto.

—¿Estás diciendo que conoces a mi padre mejor que yo? —Mi tono está lleno de cautela.

—Olvidas que he vivido con él siendo adulta —Inclina la cabeza hacia un lado como si intentara tener una mejor vista de mi reacción —. No solo cuando volvía a casa los fines de semana de la universidad, sino también antes de casarme con Joel.

—No es una especie de concurso —Miro el reloj—. Mira, olvida la ducha, me las arreglaré. Solo quiero estar sola, si no te importa.

—¿Así que me estás diciendo que me vaya? —Sonríe—. Las cosas no funcionan así en esta casa.

—En ese caso, me iré a mi habitación —Solo quiero alejarme de ella, ya he tenido suficiente.

—Solo recuerda que tengo tanto derecho a estar en esta casa como tú. Si no más. *Ambos* de mis padres están aquí, después de todo.

No se aparta de mi camino cuando me apoyo en el brazo del sofá para ponerme de pie. Tampoco me ayuda. Mientras parpadeo para contener las lágrimas, me doy cuenta de lo que está pasando. Me recuesto contra los cojines. —Vamos, Emma, no puedo creer que nos estemos peleando así. Arreglémoslo, se supone que somos amigas.

Cruza los brazos sobre el pecho. —Simplemente no quieres que repita tu sórdido secreto a nadie, ¿verdad? Lo que es realmente irónico, ya que tú misma has amenazado con delatar a Harry.

—¿De qué estás hablando?

—El día antes de que acabaras en el hospital. Le dijiste a Harry que contar la verdad sobre lo que le había hecho a tu madre merecería la pena con tal de sacarlo de tu vida.

—Yo no habría dicho eso —Fijo mi mirada en Emma.

—Lo dijiste cuando te estaba acosando por dinero.

Estoy frente a Harry en mi pasillo. Estamos de pie junto a la puerta principal, pero no lo invito a entrar más en la casa. Mi lenguaje corporal es defensivo y siento un hormigueo en la nuca. Quiero estar bien lejos de él. Tiene las manos cerradas en puños, pero nunca me golpearía. Nunca lo ha hecho. Nunca lo haría.

—También repetiste lo que nuestro padre había dicho sobre él, ¿no? Un *inútil*, ¿verdad?

—No lo recuerdo. Necesito pensar.

—Mira, siento si he sonado dura, pero todo esto necesita salir a la luz —Cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Harry me lo contó, así es. Mientras estabas inconsciente.

Empiezo a desear seguir estándolo. —Como dije antes, Emma, necesito algo de tranquilidad. Me está matando la cabeza. Me voy arriba —Me inclino hacia delante en el sofá.

Emma se remueve en el reposapiés, claramente indecisa sobre su próximo movimiento. —Será mejor que me vaya —Lentamente, se pone de pie, pero la expresión de su cara sugiere que todavía tiene algo más que decir.

—Siento que hayamos llegado a esto hoy —Agarro el brazo del sofá. No puedo recordar ningún momento en que Emma y yo nos hayamos peleado.

Mete los brazos en su abrigo. —Antes de irme, ¿te digo lo que pienso?

—Si debes hacerlo —Tengo la sensación de que lo va a hacer tanto si me gusta como si no.

Se envuelve una bufanda alrededor del cuello. —¿*Realmente* quieres saberlo?

—Probablemente no, pero ¿me lo vas a decir de todos modos?

Se cierra la cremallera del abrigo. —Vale —Permite que transcurra una pausa exasperante—. Si quieres saber quién podría

haber tenido el mayor motivo para empujarte delante de un tren esa mañana —Se inclina tan cerca que puedo sentir su aliento en mi cara.

—¿Quién?

—No busques más allá de tu hermano.

38

—¿Sabes cuál es tu problema? —Mi hermano se encara conmigo, con las venas palpitándole en la sien; si perdiera los estribos, hoy en día yo no sería rival para él.

—No, pero estoy segura de que vas a decírmelo. —Siento como si mi cabeza estuviera siendo aplastada contra la pared detrás de mí mientras Harry acorta la distancia entre nosotros. No puedo alejarme de él.

—Te crees mejor que todos los demás, ¿verdad, Cathy?

—No sé de qué estás hablando. —Intento empujarlo hacia atrás, pero se mantiene firme. Me sigue cuando doy un paso hacia un lado.

—Puede que quieras parecer una persona respetable con su vida en orden, pero crecí contigo, ¿recuerdas? Estás tan jodida como yo, si no más.

—Las personas mejoran, Harry. Deberías intentarlo alguna vez, en lugar de ser el gran "voy a..."

—¿Qué se supone que significa eso?

—Voy a comprar este piso, voy a renovar esa casa, voy a hacer esto, voy a hacer aquello. ¿Y qué has hecho? Aparte de venir a papá y a mí a pedirnos dinero. Ni siquiera me has devuelto lo de la última vez.

—Estoy harto de que me mires por encima del hombro. —Su saliva cae sobre mi cara.

Levanto la mano para limpiarme y él se encoge como si fuera a golpearlo. —Y yo estoy harta de que me culpes de todo lo que va mal en tu vida —respondo—. Tuve el mismo comienzo que tú, la madre que no podía poner su vida en orden... —El rostro miserable de mamá invade mis pensamientos y lo aparto parpadeando—, el padre que siguió adelante sin nosotros, la culpa después de lo que hiciste. —Le señalo.

—Si solo haces esto por mí, eso será todo, hermanita. Nunca te pediré nada más.

Siempre me llama hermanita cuando intenta manipularme. O eso, o se refiere a mí como su segunda madre. Sabe que me llega al corazón. Ese es el problema con mi hermano, conoce demasiado bien mis puntos débiles.

—¿Qué parte de la palabra "no" te resulta difícil? —Me pongo derecha—. No hay manera de que consigas ni un céntimo más. Así que déjanos en paz a papá y a mí.

—Te aconsejaría encarecidamente que lo reconsideres. —Su mandíbula vibra con la tensión que parece recorrer su cuerpo—. Porque, si no lo haces...

—Cathy, cariño, el inspector Turner y el sargento Richards están abajo.

Me obligo a abrir los ojos. Si los dos han vuelto al servicio, debe ser después de las dos. Estoy harta de pasar tanto tiempo durmiendo, qué desperdicio de vida. Daría cualquier cosa por vivir una vida normal en lugar de *esto.* Sea lo que sea mi "normalidad".

Me incorporo hasta quedar sentada.

—¿Emma sigue abajo? —Me agarro a la barandilla con mi mano buena.

—No —responde—. ¿Te ayudó a ducharte?

—Tenía prisa. —Llego al final de la escalera, aliviada de que no se haya quedado.

—Sentimos molestarte, Cathy. —El inspector Turner está de pie junto a la ventana cuando entro en el salón—. Pero solo queríamos hablar sobre en qué punto estamos con el caso.

—¿Cómo estás? —El sargento Richards está a su lado, con las manos metidas en los bolsillos.

Me dirijo de nuevo hacia el sofá. —He estado mejor, sinceramente.

—¿Te importa si nos sentamos?

—No, por supuesto, tomad asiento. —Papá señala los dos sillones mientras me ayuda a sentarme y luego se sienta a mi lado.

La expresión del inspector Turner parece estar cargada de incluso más compasión de lo normal. Supongo que lo estaría después de lo que salió a la luz anoche. Mi marido y mi antigua compañera de trabajo. Y aquí estoy, reducida a dormir en casa de mi padre. También debo tener un aspecto horrible. Llevo el pijama puesto, todavía no me he duchado, y la cicatriz en mi cabeza me hace parecer algo salido de Los Muertos Vivientes. Ojalá pudiera recuperar la actitud positiva que tenía cuando trabajaba con Zoe. Pero todo eso se ha evaporado.

—Antes de continuar, ¿puedo hacer una pregunta? —Todas las miradas se dirigen hacia mí.

—Claro. Pregunta lo que quieras.

—¿Tomasteis declaración a mi hermano, Harry?

Miro a papá, cuyo rostro se arruga en una expresión de perplejidad. —¿Qué tiene eso que ver con algo?

Voy a tener que contarle a él y a *ellos* lo que he recordado, por muy terrible que sea enfrentarme a los hechos y ser sincera sobre mi parte en la muerte de mamá. Si las corazonadas de Emma son correctas, si *fue* Harry quien me empujó ese día, hay que detenerlo, encerrarlo o lo que sea, antes de que pueda causarme más daño. Tengo que recuperarme por esos hijos míos. *Luchar* por ellos.

—Hemos hablado con su hermano, por supuesto que sí; le hicimos las mismas preguntas que al resto de su familia.

—¿Por qué? —La expresión en la cara del sargento Richards sugiere que ha captado que estoy llegando a algo importante—. ¿Qué ocurre?

—Bueno, mirad... voy a contaros *todo*. —Inhalo lentamente intentando calmar mi respiración.

~

—Vale, gracias. Mantenednos informados. —Las palabras de papá reverberan a través de las paredes del pasillo mientras contemplo la foto de la cara angelical de mi hermano, tomada en el breve tiempo que estuvimos juntos en la escuela primaria. Su pelo rubio y ojos azules no muestran nada de la ira y el resentimiento que ha llegado a albergar en su vida posterior. Tendría unos cinco años en la foto, yo diez, y recuerdo lo mucho que disfrutaba siendo una de las pocas de mi clase que se hacía una foto con un hermano cuando el fotógrafo de la escuela visitaba el centro.

Harry y yo solíamos buscarnos en los recreos cuando él empezó el colegio. Se suponía que debíamos permanecer en nuestros patios separados según el ciclo, pero yo adoraba a mi hermano pequeño y, siendo uno de los más pequeños y jóvenes de su clase, quería asegurarme de que estuviera bien.

Cuando papá regresa al salón, es imposible saber qué está pensando. Suelta un largo suspiro, sus ojos cerrándose por un momento mientras se sienta en la silla que acaba de dejar el sargento Richards.

—Háblame, papá.

—Solo estoy intentando asimilarlo todo. —Mira su reloj—. Teresa estará en casa en media hora.

—Razón de más para que hablemos antes de que regrese. —No aparto mis ojos de su cara mientras busco un indicio de que no me esté culpando por todo—. Mira, lo siento mucho.

—¿Por qué? —Se recuesta en la silla y entrelaza las manos detrás de la cabeza.

—Por todo... por proteger a Har...

—No te culpo en absoluto, cariño. Siempre has cubierto las espaldas a tu hermano. Pero no puedo negar que ha sido un shock.

—Mamá ya estaba muerta cuando llegué a casa. —Un recuerdo de su enorme cuerpo extendido sobre las baldosas de la cocina invade mi mente—. Nada de lo que hubiera podido hacer habría marcado la diferencia.

—Está bien, cariño. Sé que no fuiste tú.

—¿Vas a decirle a Harry que te has enterado?

Baja los ojos para encontrarse con los míos. —Para ser sincero, todavía necesito aclarar cómo me siento. Ni siquiera puedo pensar con claridad.

—Lo siento mucho, papá.

—¿Quieres dejar de pedir perdón?

—Perdón.

Sonríe, a pesar de lo horrible que se está volviendo todo esto. Mamá, en sus momentos más lúcidos, solía decirme que debería haberme puesto *perdón* como segundo nombre. *Deja de intentar agradar tanto a todo el mundo*, solía decir. *La gente no te va a querer más por ello; solo tendrán una mejor excusa para pisotearte.*

—Después de lo que le contaste a la policía sobre tu discusión con Harry. —Papá deja escapar un gran suspiro—. Y lo enfadado que ha estado por nuestra negativa a prestarle el dinero... —Sus palabras quedan suspendidas en el aire—. Lo que quiero decir es que, si fue capaz de hacerle eso a su propia madre, entonces... —Se detiene, pero sé lo que iba a decir.

—Está bien. Solo estás expresando en voz alta lo que ambos estamos pensando.

—No pinta bien desde mi punto de vista.

Aun así, ninguno de los dos puede decir las palabras. Que mi propio hermano podría haberme empujado delante de un tren.

Que por alguna razón, Harry me odia lo suficiente como para quererme muerta.

39

Teresa vuelve a colocar el cabezal de la ducha antes de pasarme una esponjosa toalla blanca del toallero. —Aquí tienes —. Apenas me ha dirigido la palabra mientras me duchaba y su expresión indica que preferiría no haberse visto obligada a ayudarme. Sujeta el borde de la toalla mientras consigo envolverla alrededor de mi espalda.

—Gracias por echarme una mano. Sé que debes de estar cansada después del trabajo —. Ahí voy otra vez, intentando agradar a todo el mundo.

—Bueno, alguien tenía que ayudarte. Ya eres mayorcita para que tu padre te bañe —. Hay más dureza en su voz ahora que estamos a solas y nadie puede oírnos.

—¿Te molesta que me quede aquí, Teresa? —Miro alrededor de sus inmaculados azulejos blancos. Estoy segura de que tengo azulejos similares en mi baño, pero me cuesta recordarlo.

—Bueno, obviamente no es lo ideal. Me refiero a que Bob tiene que pedir tiempo libre en el trabajo, especialmente cuando tú tienes tu propia casa a la que ir —. Sostiene el cabezal de la ducha sobre la bañera para enjuagarlo.

—Papá me dijo que estabas encantada de tenerme aquí —. Genial, *no* lo está. En realidad, debería haberlo imaginado.

—¿Cuándo vas a ver al abogado? —Se gira para mirarme.

—Tenemos una cita mañana. No te preocupes, me iré de aquí lo antes posible.

—Es solo que últimamente hemos tenido muchas cosas. Está este asunto de Emma y tu padre, y...

Agarro la toalla donde sus bordes se juntan bajo mi brazo. Esperaré hasta que se vaya y luego me las arreglaré para vestirme sola. Pensaba que Teresa estaba dispuesta a ayudarme, pero papá debe habérselo inventado para que me sintiera mejor por venir aquí.

—Fue toda una sorpresa enterarme de lo de Emma —digo, contenta de cambiar de tema—. Me refiero a que sea mi media hermana.

Algunas personas le arrancarían la piel a tiras a esta mujer por su secretismo y mentiras a lo largo de los años, por no mencionar lo que su mera existencia le hizo a mi pobre madre. Pero parece que tiene poco sentido causar más fricción entre los fragmentos de mi familia.

—Sí, bueno, al menos todo ha salido finalmente a la luz.

—¿Por qué no se lo dijiste a Emma cuando era más joven?

La expresión en su rostro sugiere que me he pasado de la raya, pero tan rápido como aparece, su boca se relaja y tengo la sensación de que podría ser sincera conmigo. —Llega un momento en que ha pasado demasiado tiempo —Se sienta en el borde de la bañera, agarrándose con sus huesudos dedos—. Cuando algo se ha prolongado durante mucho tiempo, es más difícil trastocarlo todo.

Probablemente también está la cuantiosa indemnización por divorcio que he oído que sacó de su ex marido, por no mencionar los pagos de manutención aún más elevados que él hizo por Emma durante tantos años. Puede que él haya permanecido en los márgenes de la vida de su hija en sentido físico y emocional, pero económicamente, parece que se vio obligado a soltar generosamente el dinero. Quizás tendría motivos para llevar a Teresa a los tribunales si descubriera que ha pasado años ocultando la verdad sobre la supuesta paternidad de Emma. Por supuesto, no digo nada de esto en voz alta.

—Lo que esté pasando entre Bob y Emma debería ser la menor de tus preocupaciones —Teresa se levanta del borde de la bañera—.

Deberías estar más preocupada por si la policía ha dado con tu hermano. Porque si no lo han hecho, todavía podría aparecer por aquí.

—¿Está cerrada la puerta principal?

—Debería estarlo, pero lo comprobaré otra vez.

—No sé si es algo positivo o no que no hayamos tenido noticias de ellos —digo mientras ella abre la puerta del baño.

Se detiene para mirarme. —Probablemente significa que todavía le están interrogando.



—¿Estás presentable, cariño? —papá llama a la puerta de la habitación donde me estoy quedando. No siento que pueda llamarla *mi* habitación, no ahora que sé que no soy tan bienvenida como papá me hizo creer. Una parte de mí quiere mencionarle esto, pero la mayor parte no quiere causar ningún problema.

—Sí, solo estoy viendo la tele —señalo hacia ella con un movimiento de muñeca—. Pensé en daros a Teresa y a ti algo de espacio.

—Eso es muy considerado —entra más en la habitación—, pero no tienes que hacer eso. Solo he estado en mi despacho.

Esa es una razón más para esconderme. No me apetece especialmente quedarme atrapada en una habitación a solas con mi madrastra. Pero no puedo, y no le diré esto a papá.

—Teresa ha ido a ver a Emma —añade.

—Oh.

Estoy segura de que tienen mucho de qué hablar. De nuevo, no le digo esto a papá. Si alguien va a parecer un alborotador en este pozo negro en que se ha convertido nuestra familia, no voy a ser yo.

—La policía acaba de llamar —dice—. Han suspendido la entrevista con Harry y la inspectora Turner viene hacia aquí.

—¿Aquí? ¿Otra vez? ¿Por qué?

—Acaban de descubrir nuevas pruebas que quiere discutir contigo antes de continuar.

—Esto va a ser o muy bueno o muy terrible —arrastro una almohada sobre mi estómago—. O tienen algo importante contra *él*, o... —Mis palabras se desvanecen en la nada.

A pesar de todo, me atormenta saber que mi hermano está en una sala de interrogatorios. Todavía no puedo creer que sea capaz de hacerme daño. Hasta que lo admita o sea acusado y declarado culpable, no puedo aceptar que quisiera matarme.

—Vamos, pondré la tetera mientras esperamos.

Té. La respuesta de papá a todos los problemas.



—Siento molestarla de nuevo, Cathy, pero tengo un par de cosas que necesito que vea.

La inspectora Turner sujeta una carpeta marrón que deposita en la mesa de la cocina mientras permanece de pie frente a nosotros. —Como mencionamos, hemos estado analizando las grabaciones de las cámaras de seguridad —dice—. Hemos cambiado el enfoque a los pasajeros que llegan en trenes internos en lugar de los que pasan por las barreras principales.

Envuelvo mis dedos alrededor de la taza caliente de té como si pudiera darme consuelo.

—Y tenemos una imagen clara de alguien que nos gustaría que identificara.

Cada parte de mí se tensa y una sensación de hormigueo recorre mi columna. *¿Quiero ver esto?* Papá estira el cuello mientras la inspectora Turner saca la fotografía de su carpeta y la gira.

40

—Como puede ver, la persona de la foto se ha levantado brevemente el sombrero para rascarse la cabeza. Lo que fue tiempo suficiente para obtener esta imagen.

Papá echa un vistazo a la foto y luego aparta la mirada. —Es Harry, al cien por cien.

—¿Puedes confirmarlo también, Cathy? —La inspectora Turner me mira, su melena corta balanceándose con el movimiento.

—Sí. —Cierro los ojos—. *Es* mi hermano. Pero ¿qué significa esto? —A menos que vea grabaciones reales de él empujándome desde el andén, no puedo aceptar lo que está pasando aquí. *No* mi hermano pequeño.

—Me apresuré a conseguir esto después de lo que nos contaste sobre él esta mañana.

No puedo creer que me sienta culpable por lo que he dicho. Es ridículo, pero la culpa parece ser mi configuración predeterminada.

—¿Se os ocurre alguna razón por la que Harry pudiera estar en la estación de tren de Leeds a las siete de la mañana del lunes tres de marzo?

—Es autónomo. —Papá se rasca la cabeza—. Bueno, más o menos. Ha estado hecho un lío con sus cosas, con el dinero, quiero decir. Pero no, no tiene ninguna razón para coger un tren, que yo sepa. En cualquier caso, conduce.

—Ahora también tenemos copias de las transcripciones de tu teléfono, Cathy. —La inspectora Turner vuelve a sacar algo de su carpeta. Me gusta su chaqueta. Es el tipo de cosa que yo llevaba cuando era periodista, en mis días más felices cuando estaba casada con Brad. Es curioso lo que recuerdas en un momento como este. Parece que mi propio hermano ha intentado matarme y estoy aquí, admirando la chaqueta de una inspectora.

—Se han tomado su tiempo —dice papá.

—Dos semanas es bastante normal —responde ella—. Deberías ver cuánto tardan las cosas que no se tramitan de urgencia.

—¿Qué me estás enseñando? —Entrecierro los ojos ante la página impresa mientras ella la desliza frente a mí—. Ni siquiera sé si se supone que debo llevar gafas. —Intento forzar una sonrisa, pero no lo consigo. No hay mucho de qué sonreír. Es como si la *única* persona con la que puedo contar sea papá, y sin embargo *tanto* Teresa como ahora Emma están intentando interponerse entre nosotros.

—Normalmente sí las llevas —me dice papá—. Para leer, al menos.

Emma debe haber estado diciendo tonterías cuando me hizo creer que papá me mantiene a distancia. Conoce tantos detalles sobre mí que sería imposible si no nos viéramos regularmente. Al menos ahora conozco sus motivos: probablemente no quiere compartirlo conmigo, igual que yo no quiero compartirlo con ella.

—Está bien. Puedo leerlo más o menos.

—Esta es una transcripción de los mensajes de texto del dos de marzo —explica la inspectora Turner—. Entre tú y tu hermano.

No hace falta que me lo diga. En cuanto leo la primera línea, sé lo que estoy mirando. Papá se inclina sobre mi hombro.

Me he enterado de que has estado lloriqueando a papá.

¿Sobre qué?

Le habías advertido que podría pedirle un préstamo a Teresa.

Te lo ha contado ella, supongo.

Eres aún más rastrera de lo que pensaba.

Por el amor de Dios, Harry, soy tu hermana. Por favor, no te pongas así. Que no esté dispuesta a soltar el dinero que quieres no

significa que no me importe.

Solo te importas tú misma. Podrías ayudarme fácilmente a conseguir esta propiedad. Con tu casa pija, tu trabajo de lujo y todas las inversiones de las que siempre presumes.

No lo hago.

Espero que recuerdes lo que te dije el otro día.

¿Sobre qué?

Sobre que, si no reconsideras ayudarme, puedes considerarme fuera de tu vida para siempre. Lo digo en serio, Cathy. Mencionaste a la familia, y se supone que las familias deben ayudarse entre sí.

¿No te he ayudado ya bastante a lo largo de los años? Joder, no sabes cuánto me ha hundido todo esto a veces.

¿Estás hablando de lo que pasó con mamá?

¿¿¿Lo que pasó??? ¡Eso es quedarse muy corto! Te quedaste mirando mientras moría.

Y lo haría de nuevo. Pero la próxima vez lo haré contigo.

¿¿¿Qué????? ¿Qué demonios estás diciendo?

Tú dices que estás harta de mis mierdas, pues yo estoy harto de las tuyas. Será mejor que te cuides las espaldas, "hermanita".

—Seguramente no. Mi propio *hermano*. —Empujo la hoja de papel de vuelta a través de la mesa—. Puede ser desagradable, pero lo que ha escrito ahí no lo habrá dicho literalmente, de ninguna manera.

—Debe ser un shock, pero, no obstante, probablemente tenemos suficiente para investigar más a fondo y finalmente presentar cargos. —Mira el reloj—. He venido porque quería que vierais de primera mano lo que tenemos hasta ahora, para ayudaros a entender por qué estamos presentando estas pruebas ante la Fiscalía.

—No —dice papá empujando sus gafas hacia la frente y frotándose el puente de la nariz—. Mi hijo es *muchas* cosas, pero no puedo aceptar que empujara a su hermana a las vías de un tren.

—Desafortunadamente, señor Wheeler, estos mensajes muestran sus sentimientos hacia Cathy apenas la noche antes de que ocurriera —vuelve a acercar la página hacia sí misma y la desliza de nuevo en la carpeta.

—Presumiblemente, Harry habría sabido cuándo y dónde cogía Cathy su tren cada semana, ¿verdad? —mira a papá con ojos inquisitivos mientras él asiente y desvía la mirada hacia el suelo. Una nube de silencio se cierne entre todos nosotros durante unos instantes mientras la enormidad de lo que está sucediendo me envuelve. Todavía tengo la esperanza de que haya otra historia aquí, una que no involucre a mi hermano.

Papá se aclara la garganta. —Vale, quizás hay más en todo esto.

—¿Qué? —intento relajar la mandíbula y los hombros. Sin duda me estoy causando mucho más dolor físico con la tensión que mantengo. Pero esto es como una pesadilla y cien veces peor que lo que Harry le hizo a nuestra madre.

—Tiene incluso más motivos de los que probablemente te hayan contado —la voz de papá suena insegura, como si apenas pudiera creer lo que está diciendo. En efecto, está entregando a su hijo para salvar a su hija.

—¿Qué? —ambas lo miramos.

—Dinero —responde papá—. Él sabe que saldría beneficiado de tu testamento.

—¿Estás seguro? Ni siquiera recuerdo haber hecho uno.

—Probablemente esté archivado en tu cabeza junto con tus cuentas bancarias —dice—. Pero sí, estoy seguro.

—¿Por qué le estaría dejando dinero a *Harry*? —levanto el brazo en su cabestrillo sobre la mesa—. Tengo un marido y dos hijos que vendrían mucho antes que él, ¿no? —miro el lado de la cara sin afeitar de papá. Nunca pasa un día sin afeitarse, lo que demuestra cómo el estrés de todo esto debe de estar afectándole.

—Siempre has sido como una segunda madre para Harry, especialmente durante todo lo que vuestra madre os hizo pasar a los dos —papá se hunde en la silla a mi lado—. Dios sabe que nunca se lo ha merecido. Todo lo que ha hecho siempre es tomar, tomar y tomar de ti. Bueno, de todos.

No puedo asimilar esto.

—Has dividido lo que no va automáticamente a Daniel, por ejemplo, en lugares como vuestra cuenta conjunta, en cuatro partes —explica papá—. El dinero en sitios como tu cuenta corriente, y en

tus inversiones personales y ahorros, debe dividirse entre Daniel, Harry, Austyn y Matthew, según tu testamento —toca la mesa frente a él en cuatro lugares para ilustrar cómo se dividirán las cosas en cuartos.

—¿Y Harry *sabe* sobre esto? —la inspectora Turner arquea una ceja.

—Estaba presente cuando Cathy le pidió a mi mujer que fuera una de las testigos de su testamento.

El dolor en mi cabeza parece haberse triplicado en intensidad desde que me senté a esta mesa. —Simplemente no recuerdo nada de esto... maldita sea —golpeo la palma contra la mesa y miro el reloj. Tan pronto como ella se vaya, necesito más analgésicos.

—Así que sabemos que ya ha estado inclinado a dejar morir a alguien, su madre, por su beneficio económico. Ahora sabemos que también podría estar motivado económicamente contigo y, por último —la inspectora Turner sostiene en alto la foto donde todavía se ve a Harry—. Como has confirmado, ahora tenemos confirmación concreta del paradero de Harry en el momento de tu caída, *y* el hecho de que no tenía ningún otro motivo para estar en la estación de tren de Leeds esa mañana.

Papá y yo intercambiamos miradas. Sus ojos están inundados de lágrimas.

—Así que lamento mucho decirlo así, pero es muy probable que tu hermano sea acusado y es improbable que se acepte su solicitud de fianza, por lo que será puesto en prisión preventiva —mueve su atención de papá hacia mí—, por tu seguridad.



—Me pregunto qué estará pasando con Harry —Teresa levanta la vista de su teléfono donde está desplazándose—. Y si definitivamente van a acusarlo.

Quisiera poder decirle que no se meta, pero ella es parte de todo esto, me guste o no.

Papá saca el teléfono de su bolsillo y su expresión cambia. —Esa detective acaba de enviar un mensaje... bueno, hace cinco minutos.

—Léelo entonces —Teresa se desliza por el sofá hacia él mientras él busca sus gafas.

Se aclara la garganta. "*Señor Wheeler, soy la inspectora Turner. Seguimos reteniendo a su hijo en la Comisaría de Policía de Weetwood y estamos esperando la decisión del CPS sobre si podemos acusarlo de intento de asesinato*" —la voz de papá tiembla —. "*Actualmente está en una celda con su abogado y le mantendré informado*" —papá levanta sus gafas y se seca los ojos—. Que se pudra, me da igual.

Raramente he visto a mi padre llorar antes de hoy. Pero tampoco es que todos los días descubras que tu hijo permitió que su madre muriera y un par de años después intentó matar a tu hija.

—Ven aquí —Teresa alcanza el hombro de papá—. Superaremos esto —sin embargo, la frialdad en sus ojos, mientras me mira, sugiere mi exclusión de este capullo protector. En un par de días, cuando tenga más control sobre mi dolor y me las arregle mejor con una sola mano, volveré a casa con mis hijos. Para entonces, mi memoria podría estar regresando aún más. Cuanto antes salga de la casa de Teresa, mejor.

Así que mañana, encontraré la fuerza y la energía para acceder a mis cuentas bancarias y hablar con el abogado para ver cómo manejar mejor las cosas con Daniel.

Hoy me he convertido en gelatina. Mañana, seré acero.

41

—¿Pudiste dormir algo anoche, cariño? —Papá está llenando la tetera cuando entro en la cocina—. Yo no. —Parece agotado y ya tiene dos días de barba, lo que me lleva a mi habitual modo de sentirme culpable por algo que ni siquiera he hecho.

—Sí, he pasado de no poder dormir a no poder mantenerme despierta. —Arrastro una silla de debajo de la mesa y me desplomo en ella—. Sea lo que sea que me hicieron durante esa operación, me ha dejado hecha polvo.

—Una craneotomía —papá deja caer bolsitas de té en la tetera— no es precisamente una operación menor.

—Al menos dormir me ayuda a escapar de todo esto... lo que está pasando con Harry me ha golpeado como un... —me detengo en seco, horrorizada por lo que estaba a punto de salir de mi boca.

—Ibas a decir *tren*, ¿verdad? —Las comisuras de la boca de papá se curvan ligeramente mientras levanta la mirada de la tetera.

Asiento con la cabeza y reprimo mi propia sonrisa.

—Al menos no hemos perdido nuestro sentido del humor retorcido. —Saca una cucharilla del cajón—. A pesar de lo horroroso que es todo esto.

—¿Has sabido algo más?

—Parece que mi teléfono está estropeado —responde—. No consigo que se cargue, y mucho menos que se encienda. Voy a

tomarme este té y luego pasarme por la tienda de móviles para que le echen un vistazo.

—Para ser justos, papá, deberías regalarte un teléfono nuevo. Esa cosa que tienes debería estar en un museo.

—Cumple su función, ¿no?

—Bueno, claramente no. —Sonrío, aliviada de que, de alguna manera, todavía pueda sonreír. Cada vez me vienen más recuerdos sobre Austyn y Matthew, y todo lo que importa ahora es recuperarme y ser una madre brillante. Ellos serán mi razón para sonreír y yo seré la suya. Y si Daniel cree que puede interponerse entre nosotros, le espera una sorpresa.

—¿Estarás bien si salgo durante media hora?

—¿Está Teresa en casa? —Miro el reloj. Son más de las nueve, pero no estoy segura de qué día es.

—Se fue a trabajar hace una hora.

—Estaré bien —le digo—. Cierra la puerta con llave cuando salgas, por si acaso. ¿A qué hora es nuestra cita con el abogado?

—No es hasta esta tarde.

Esta tarde. Mi hermano podría estar en una furgoneta de G4 camino a prisión para entonces, si lo ponen en prisión preventiva. Aunque no debería afectarme después de lo que ha hecho, la idea me mata por dentro.

—Cuando vuelvas de arreglar tu teléfono, ¿me ayudarás con todo este asunto del dinero? He recordado con qué banco trabajo... al menos, eso espero.

—Estoy muy orgulloso de ti, ¿sabes, cariño? —Remueve la tetera —. Ahora que me has recordado esa cita, iré a solucionar lo del teléfono de inmediato. Me tomaré el té cuando vuelva. —Me entrega mi taza—. Cuanto antes vuelva, antes podremos arreglar el asunto del banco. Solo espero que no sea demasiado tarde para evitar que Daniel haga de las suyas con tu dinero.

—Yo también, pero al final solo es dinero. Lo único importante es que estoy viva y me voy a recuperar.

—No creo que tú y tu hermano pudierais ser más diferentes. — Papá hace una pausa como si me viera por primera vez—. Bueno, no tardaré mucho. Oh, hola, justo estaba saliendo. —Da un respingo

cuando llega a la puerta de la cocina y casi choca con Emma—. Sigo olvidando que tienes llave. ¿Has cerrado la puerta?

Genial, Emma es la *última* persona que quiero aquí, por varias razones, pero una de ellas es que, una vez más, su pelo trenzado y su ropa bonita solo sirven para recordarme el estado en el que me encuentro. Me miro a mí misma. Necesito ducharme y quitarme este pijama.

—No... ¿por qué? ¿Debería haberlo hecho? —Su cara está enfurruñada. Quizás piensa que papá no le ha dado una bienvenida lo suficientemente cálida.

—Dejaré que Cathy te ponga al día con las últimas noticias. —Señala hacia la encimera de la cocina mientras sale de la habitación —. Hay té en la tetera.

—Genial. —Entra pisando fuerte en la cocina—. Para él no soy nadie, ¿verdad? Podría haber sido *cualquiera* ahí mismo. Ni siquiera es capaz de mirarme.

Miro hacia la mesa, sin saber qué contestar.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué hay que cerrar la puerta con llave? —Ignora la invitación de papá para que se sirva una taza y se sienta pesadamente en el asiento frente a mí. La calidez que una vez conocí en su rostro ha desaparecido por completo desde que reveló que también es hija de papá. Quizás tampoco le he dado la reacción que esperaba ante la noticia, pero no puedo evitarlo. Siento lo que siento, pero ella lo está haciendo aún más difícil con sus celos y su amargura.

—Tenías razón sobre Harry. —Miro por la ventana, con la esperanza de que el cielo azul que hay más allá me ayude de alguna manera a sentirme más positiva—. Estamos esperando a saber si lo acusarán.

—Pero seguro que a mí me seguirán tratando como la oveja negra, ¿no? Es lo que siempre he sido para todos.

Esto es definitivamente lo que Zoe llamaría un comentario de Debbie la Depresiva. Yo, desde luego, puedo pasar sin eso hoy.

—No tardaré mucho —grita papá, y la puerta principal se cierra tras él.

—He oído lo que acaba de decir. —Su tono es acusatorio.

—¿Sobre qué?

—*Estoy muy orgulloso de ti, cariño.* —Imita sus palabras—. Pero no está orgulloso de *mí*, ¿verdad? Nadie lo está.

—Ya basta, Emma.

—¿Qué tienes tú que no tenga yo? Eso es lo que quiero saber. ¿Qué tengo que hacer para que él se fije en *mí*?

—Solo está intentando ayudarme a sentirme mejor. —Ahí voy otra vez con mi actitud conciliadora. Como papá y yo hablamos en el hospital, definitivamente necesito ir a terapia. Cuanto antes, mejor.

—Nunca me ha dicho nada parecido a mí. —Su rostro se ensombrece aún más—. No es justo. ¿Por qué tú recibes toda su atención y su tiempo mientras yo no recibo *nada*?

—Es por lo que me ha pasado, nada más.

—Ni siquiera quería saber de mí antes de eso. Habría pensado que querría recuperar el tiempo perdido conmigo, pero le importo una mierda. —Hunde la cabeza entre las manos.

—Tienes que hablar directamente con él, Emma. De verdad que no quiero involucrarme.

—¿Qué hay de malo en mí? —Levanta la mirada para encontrarse con la mía—. Mi propio padre, bueno, el hombre que *creía* que era mi padre, ha hecho todo lo posible por ignorarme toda mi vida. Y Bob lo sabe.

—Ha tenido muchas cosas que atender.

—Contigo, quieres decir. Siempre se trata de *ti*, ¿verdad?

No es la única persona que ha dicho esto últimamente.

—Mira, todavía estará asimilando que hayas resultado ser su hija.

—No debería necesitar *asimilar* nada. Debería estar contento. En cambio, solo le importas tú. —Me señala con el dedo—. Y tu hermano asesino. ¿Qué tengo que hacer para que se sienta *orgulloso* de mí?

El silencio flota entre nosotras durante unos instantes. No sé cómo responderle, no *quiero* responderle.

De repente, la expresión de Emma cambia y parece satisfecha. —No me imagino que estuviera tan *orgulloso* de ti si supiera lo que has estado encubriendo durante los últimos dos años.

La miro fijamente. Está claro por su expresión que está considerando usar esta información como un arma en su arsenal.

—Así que quizás sea yo quien le abra los ojos.

Por suerte, ya me he adelantado. —Si te refieres a lo que recordé sobre Harry dejando morir a nuestra madre, no te preocupes. Ya se lo he contado a papá. *Y* a la policía. *Toma ya, arpía.*

—¿Por qué demonios has hecho eso? —Su voz suena tensa—. ¿No te preocupa lo que pueda pasar? Después de todo, estás implicada... eres cómplice de asesinato.

—Solo quería que todo saliera a la luz. —Tiro del cabestrillo donde me está rozando en la nuca—. De todos modos, no va a pasarme nada ni a mí *ni* a Harry... al menos por la muerte de mi madre.

—¿En serio? —Sus ojos se abren de par en par, sugiriendo que no me cree.

Mantengo su mirada. —Según la policía, ni yo ni siquiera Harry hicimos nada que infrinja la ley. Puede que fuera moralmente o éticamente incorrecto, pero ahí queda la cosa.

—Seguramente deberían acusarle de homicidio imprudente. Al fin y al cabo, se quedó parado mirando cómo *moría* tu madre. —Se levanta de la silla y la empuja hacia atrás con un chirrido—. Si *hubiera* pedido ayuda, quizás habría vivido. —Marcha hacia la tetera —. Y si *tú* hubieras hablado en su momento —se da la vuelta y me señala—, Harry podría haber sido responsabilizado por quitarle la oportunidad de sobrevivir.

—¿No crees que ya sé todo esto, Emma? —Me ha dado la espalda y está sirviendo su té—. La realidad es que nada de lo que hiciera iba a devolver a mi madre a la vida, así que al final, simplemente estaba protegiendo a mi hermano, como siempre había hecho.

—¿Sabe Daniel lo que hiciste?

No puedo creer el cambio en Emma desde que me contó lo de papá. Ojalá hubiera intercambiado contactos con Zoe, porque realmente necesito una amiga. Eso si le permitieran mantener el contacto. Probablemente haya un límite entre personal y pacientes que no se le permitiría cruzar.

—¿Qué diferencia marca que *Daniel lo sepa*?

—Solo me pregunto si es parte de la razón por la que tu matrimonio se ha ido al garete.

Vaya, no se anda con rodeos.

—No tengo ni idea de si alguna vez se lo conté. —Mi voz ha empezado a temblar. Estar cerca de Emma no me está haciendo ningún bien hoy.

—Por lo que sé, tiene una opinión bastante baja de ti ahora mismo. —Se gira para mirarme—. Y no es el único.

—Realmente no me importa. Ya no soy la persona que era antes, Emma. Así que déjame en paz.

—¿Qué *significa* eso?

—Significa que tú, tu madre, mi marido, Samantha, Harry o *quien sea* puede decirme lo horrible que he podido ser todo lo que quieras, pero no voy a dejar que *nadie* me hunda más. Así que haz lo que quieras.

42

—MIRA, lo siento —Emma coloca su taza en la mesa y se sienta—. No quiero que las cosas se estropeen entre nosotras más de lo que tú quieres. —Posa su mano sobre la mía, pero yo retiro la mía.

—No sé qué ha pasado en los últimos días, Emma. —Un torrente de lágrimas se acumula detrás de mis ojos—. Parece que te has puesto en mi contra.

—Probablemente sean mis hormonas. Y tengo otras cosas pasando. Joel prácticamente me ha abandonado, apenas viene a casa ya.

—Eso debe ser duro —digo—. No tengo muchos recuerdos de estar embarazada, pero imagino que es cuando más necesitas a tu marido.

—Y luego, en las últimas semanas —juguetea con el extremo de su trenza—, he descubierto que ni siquiera soy quien creía ser, que mi padre ni siquiera es mi padre.

—Debe haber sido un shock enorme. —No añado, *para mí lo fue*.

—Al principio estaba bastante emocionada, pero luego intentar que Bob me hiciera caso ha sido misión imposible.

Me alegra que le llame Bob. Supongo que empezar a llamar a alguien papá por primera vez cuando tienes cuarenta años no surge de forma natural.

—A *ti* es a la única que le importas —añade.

—Eso es porque casi *muero* hace dos semanas. —Como si tuviera que recordárselo—. Y parece que Harry es el responsable. Es lo único que ocupa la mente de mi padre... ¿seguro que puedes entenderlo?

—Es tanto *mi* padre como lo es tuyo y de Harry.

Doy un sorbo a mi té al escuchar el nombre de mi hermano, luchando por tragarlo con el nudo que todavía llena mi garganta. Ojalá pudiera hablar con Emma sobre lo que está pasando en esa comisaría y lo miserable que me siento, pero está demasiado ocupada revolcándose en su autocompasión. No puedo imaginar que nuestra relación se recupere de esto.

—¿Crees que quizás estás dirigiendo la culpa a la persona equivocada? —Vuelvo a dejar la taza en la mesa.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Parece que la estás tomando conmigo, con mi padre, con Harry...

—¿Y qué? Tengo todo el derecho a *descargar mi rabia*.

—Tu *madre* ha sabido durante toda tu vida que existía la posibilidad de que el hombre al que llamabas papá no fuera tu padre.

—Pero, como ella ha explicado...

—No me trago toda esa *mierda de cuanto más tiempo pasaba, más difícil era decírtelo*. —Imito la voz de Teresa e inmediatamente me arrepiento al sentir una nueva hostilidad emanando desde el otro lado de la mesa.

—¿*Ella* te dijo eso?

—Es *prácticamente* lo único que me ha dicho sobre el tema. Como sabes, no habla mucho conmigo.

—Me pregunto por qué. —Hay una ligera curvatura en el labio de Emma mientras continuamos mirándonos—. Todos vais a tener que aceptar que existo y que las cosas han cambiado, os guste o no.

—Hablaremos de estas cosas en otro momento. Ahora mismo tengo bastante con lo de Harry. —Me levanto de la silla—. Voy arriba a ducharme y vestirme.

—Entonces, ¿por qué te quedas *aquí* si puedes hacer eso tú sola?

—Realmente no puedo —me vuelvo hacia ella—, pero voy a intentarlo con todas mis fuerzas. Puedes irte cuando quieras.

—Como te he dicho antes —golpea su taza contra la mesa—, esta es la casa de *mi* madre. Así que no voy a ninguna parte.

—Como quieras. —Resistiendo el impulso de dar un portazo, me arrastro por las baldosas del pasillo hacia la puerta principal. Antes de subir, necesito salir fuera para evitar echarme a llorar y para buscar dentro de mí la fuerza para seguir adelante. Giro la cerradura y abro la puerta de golpe, tragando el aire de la mañana como si fuera oxígeno vital. Aquí, en la calle de papá, la vida continúa. Los vecinos ignoran la miseria que se arremolina dentro de lo que queda de nuestra familia.

—Buenos días, cariño. —La anciana vecina de al lado saluda desde su almohadilla para arrodillarse en el césped y luego vuelve a lo que estaba haciendo. Probablemente es demasiado educada para preguntar por qué tengo media cabeza afeitada y por qué estoy cubierta de cortes y moratones. Si no se ha enterado de lo que pasó, podría pensar que mi peinado es una nueva moda.

Un hombre al otro lado de la calle sin salida está lavando su coche, y el cartero va rápidamente de casa en casa, silbando mientras camina. Me encantaría tener ese tipo de energía en mis pasos, pero quizás aún pueda encontrarla si lucho lo suficiente. Contemplo el cielo, que no podría estar más azul hoy. Todavía hay frío en el aire, pero la promesa de la primavera está a la vuelta de la esquina.

Pienso en mis niños sentados en sus clases, o quizás corriendo por el patio bajo este mismo cielo azul y mi corazón los añora. Es la primera vez desde que he despertado del coma que me he sentido vísceralmente como su madre. Y me gusta. Esto, en sí mismo, bien merece la pena luchar, incluso si la persona contra la que tengo que luchar es Daniel. Y ahora también Samantha, por lo que parece. Con suerte, ella querrá a Daniel solo para ella y dejará a mis hijos fuera de todo esto. Ya me ha causado suficiente daño.

Dejo escapar un profundo suspiro. Creo que en el fondo sabía que la policía estaba siguiendo una pista falsa cuando interrogaban a

ella y a Daniel. Pero nunca en un millón de años habría sospechado que mi potencial asesino podría ser Harry.

Unos ruidos en la cocina me devuelven al presente. Emma podría salir aquí, al pasillo en cualquier momento. Así que para evitar más confrontaciones, me haré la desaparecida mientras todavía tenga la oportunidad. Cierro la puerta de nuevo y me dirijo, tan rápido como mi maltrecho cuerpo me permite, al pie de las escaleras.

No es que no pueda caminar, es más bien que todo duele con *cualquier* esfuerzo, especialmente mis costillas. Y por donde quiera que lo mire, estoy mareada y completamente agotada. Es un tipo de agotamiento que entumece la mente y penetra hasta los huesos, y creo que podría dormir de pie si tuviera la energía para mantenerme en pie el tiempo suficiente.

Me dirijo a mi habitación, agachándome para recoger las mallas y la sudadera de ayer, sintiendo que mi cabeza da vueltas con el movimiento. Solo llevé mi ropa unas pocas horas ayer, así que pueden volver a ponerse.

Después, me dirijo al baño, maldiciendo el hecho de que no haya cerrojo en la puerta. Supongo que viviendo solo ellos dos aquí, sienten que no lo necesitan. Con suerte, Emma, o papá cuando regrese, oirán la ducha funcionando y me dejarán tranquila.

Mientras estoy calculando la logística de cómo voy a conseguirlo, hay unos golpecitos en la puerta del baño. —¿Puedo entrar?

Por Dios, simplemente no me deja en paz. Me acerco a la puerta y me asomo. —Estoy a punto de ducharme.

—Déjame ayudarte —Emma fuerza una sonrisa—. Necesitas mi ayuda.

—Estoy bien. Puedo arreglármelas, gracias.

Su boca se tuerce en una mueca. —Así que mi ayuda no es lo suficientemente buena, ¿es eso lo que estás diciendo?

—Quieres que me vaya a casa, ¿no? —me apoyo en el marco de la puerta—. Así que cuanto antes pueda hacer las cosas por mí misma, mejor.

—Simplemente no soy lo suficientemente buena, ¿verdad? —su voz se endurece—. Ni para *ti* ni para *papá*?

Realmente no me gusta que le llame *papá.* Creo que nunca me gustará. —Por favor, déjalo, ¿eh, Emma? Vete a casa.

Se acerca más a la puerta y de repente, está justo en mi cara. —Te veo con total claridad, Cathy. No lo olvides nunca. No eres más que una niña mimada y egoísta.

—Déjame en paz —cierro la puerta de una patada, deseando que tuviera cerrojo. La miro fijamente durante unos momentos, esperando a medias que irrumpa y vuelva a arremeter contra mí, pero cuando oigo el suelo del descansillo crujir bajo su peso en lo alto de las escaleras, mi respiración comienza a normalizarse. Por fin ha captado la indirecta. Con suerte, ahora me dejará en paz.

Desvestirme y meterme en la ducha es más difícil de lo que jamás hubiera imaginado. Si no me molesto en lavar lo que queda de mi pelo, debería poder mantener seco el yeso de mi brazo como se supone que debo hacer.

El calor del agua se siente bien en mi piel, como si estuviera lavando parte de mi angustia y miseria. La vida sigue oscilando entre esperanzadora y luego terrible, así que tengo que apreciar las pequeñas victorias para seguir adelante. Cosas como el sol brillando y una buena taza de té, o como ahora, consiguiendo meterme en la ducha. Sin duda habré dado todo por sentado antes de mi accidente. ¿Por qué sigo llamándolo *accidente*? *Antes de que mi hermano intentara matarme* sería un resumen más correcto.

Este recordatorio me invade con el agua, amenazando con ahogarme en su realidad. Cierro los ojos mientras corre por mi cara y se mezcla con mis lágrimas.

Entonces, cuando los abro de nuevo, alguien empuja la puerta del baño.

43

Maldita sea, esperaba que Emma se marchara.

—¿No puedo ducharme en paz? —echo un vistazo buscando una toalla, pero están todas colgadas en el toallero al otro lado del baño. He estado desnuda delante de mi hermanastra antes, cuando hemos ido juntas a nadar o cuando nos hemos arreglado para salir, pero ahora las cosas son diferentes entre nosotras y mi desnudez me hace sentir extremadamente vulnerable—. ¿Qué quieres?

—Solo decirte que lo siento —cerrando la puerta tras ella, cruza las baldosas del baño y se sienta en el borde de la bañera junto a la mampara de la ducha. Está sentada en el mismo lugar donde su madre se sentó ayer. Se gira para mirarme.

—Vale. Disculpa aceptada. ¿Ahora puedo seguir con mi ducha? —me doy la vuelta, esperando que tome esto como señal para irse.

No lo hace. —No confío en que no le cuentes a papá que hemos discutido.

—Por el amor de Dios. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme que ir contando chismes sobre ti. —Necesito que salga de aquí; me está costando mantener la escayola seca y probablemente debería simplemente secarme y vestirme de nuevo.

—Vas a ir lloriqueando a él, ¿verdad? Vas a ponerlo aún más en mi contra.

—Creo que harás un buen trabajo en eso tú solita. —Me arrepiento de mis palabras en cuanto las digo. Quería que me dejara en paz, pero puedo ver por su cara que lo que acabo de decir ha sido como agitar un trapo rojo delante de un toro.

—¿Qué has dicho?

—Mira, lo siento. Es solo que...

—Tienes suerte de estar viva, ¿sabes, Cathy? *Mucha* suerte. —Hay una oscuridad en sus ojos que nunca había visto antes.

—Sé que la tengo, pero por favor, esto ha ido demasiado lejos. Mira, no voy a decirle ni una palabra a... papá y acepto tu disculpa, pero ahora me gustaría que me dejaras en paz.

—Tal vez no puedo hacer eso. —Emma se levanta de su asiento —. Tal vez la has fastidiado completamente conmigo. Tú y tu hermano psicópata.

—¡También es tu hermano!

Su rostro se contorsiona mientras mete una de sus piernas cubiertas de vaqueros dentro de la bañera, y luego la otra. —Tal vez quiero que *ambos* salgáis de mi vida.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Ayudándote con tu ducha, por supuesto. —Nuestras miradas están fijas la una en la otra, y la oscuridad en sus ojos parece intensificarse.

La ansiedad se acumula en mi vientre. —Ya te he dicho que no necesito...

—No te quiero aquí, Cathy. —Cierra el ya diminuto espacio entre nosotras—. ¿No te has dado cuenta?

—Me voy en los próximos días.

—No te quiero aquí, punto.

—Me iré a casa. Tan pronto como mi padre...

—Él es *mi* jodido padre. —Agarra el cabezal de la ducha detrás de mí y lo arranca de su soporte—. Ni siquiera deberías seguir aquí. Se suponía que ibas a morir bajo ese tren.

A pesar del vapor que ha llenado el baño y el calor del agua, un gélido terror se desliza por mi cuerpo. —¿Estás diciendo lo que creo que...? —Mis palabras se desvanecen, evaporándose como el vapor que llena el espacio entre nosotras.

—Sí, yo estaba allí ese lunes por la mañana. —Su voz es ácida mientras se señala a sí misma—. Y fui *yo* quien puso a Harry en contacto con un prestamista en York para una reunión de desayuno. Incluso le reservé su billete de tren. —Por una fracción de segundo, parece casi satisfecha mientras revela el plan que tramó y ejecutó.

—¿De qué estás hablando? —Tiemblo. A menos que lo explique claramente, no lo creeré. Emma es mi amiga después de todo. Entonces, ¿por qué está diciendo estas cosas?

—Fui *yo* quien te empujó. —Hace una pausa como si diera tiempo para que sus palabras calaran—. Y no se suponía que *sobrevivieras*.

—¿Fuiste *tú*? —Miro fijamente a la mujer que creía que era una de mis aliadas más cercanas. Esto no tiene sentido—. ¿Pero por qué? —Mi voz es apenas un susurro. Qué pregunta más estúpida. ¿Podría existir alguna razón?

El silencio se cierne entre nosotras por un momento, roto solo por el silbido de la ducha que sigue corriendo.

—Lo has tenido todo. —Sus ojos me recorren, llenos de repulsión —. Durante toda tu vida, tú *y* Harry. Teníais a *mi* padre. Y lo quiero de vuelta.

Levanto la mano para proteger mi cara del chorro mientras Emma sostiene el cabezal de la ducha directamente hacia mí.

—Tal vez quería ser el centro de atención por una vez. —Su otra mano vuela hacia su vientre—. Yo y mi bebé.

—No te creo, Emma. No me habrías hecho eso. Solo te lo estás inventando para hacerme daño.

—¿Empujarte delante de ese tren? —Se ríe—. Puedes estar segura de que lo hice. —El humor desaparece de su rostro tan rápido como llegó—. Y vas a estar *descansando* mucho más adonde vas.

Sus palabras me provocan un escalofrío que me recorre la espalda. Pero no lo dice en serio. Solo está diciendo esto para herirme, para asustarme. Debe saber que no puede salirse con la suya intentando hacerme daño aquí, en esta casa.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Cathy?

—No entiendo por qué me has contado esto siquiera. Debes saber que iré a la policía. Eres *tú* quien debería estar encerrada, no Harry.

Una lenta sonrisa se extiende por su rostro, un rostro que creía conocer tan bien. —Simplemente no podía resistirme a ver la expresión en tus ojos cuando te das cuenta de que ya no vas a ser la niña de papá.

—¿De qué estás hablando?

—En su lugar, lo seré yo. —Se señala a sí misma de nuevo—. Seré *yo* quien obtenga todo esto —su mano golpea la mampara de la ducha mientras la agita alrededor, pero no parece darse cuenta—, su casa, su dinero, todo, cuando *ellos* se hayan ido. Pero vamos a tener muchos años felices juntos antes de que llegue ese momento.

—Apártate de mi camino. —Me abalanzo hacia delante, pero ella me empuja contra la pared. Grito cuando me golpeo contra los azulejos, la agonía extendiéndose por mis costillas. Me impulso hacia ella otra vez, pero es inamovible: su cuerpo y la mampara de la ducha forman una barrera contra mi escape.

¿Dónde demonios está mi padre? Dijo que no tardaría mucho. *¿Dónde está*?

—Emma, por favor, no me hagas esto. —Intento avanzar de nuevo, pero esta vez su empujón es mucho más fuerte y mi columna golpea contra el mando de temperatura de la ducha. El dolor en mi torso me quita el aliento, enviando oleadas de náuseas sobre mí. Lucho contra las ganas de caer de rodillas. De alguna manera debo pasar junto a ella y salir de este baño para poder pedir ayuda.

—No vas a ir a ninguna parte, Cathy. —Su cara está justo frente a la mía—. Y *esta* vez, no te vas a levantar.

—No puedes hacer esto. —Mi voz es un jadeo mientras lucho por respirar. Va a matarme. *Realmente* va a matarme.

—Pronto, *tú* estarás dos metros bajo tierra y tu querido hermano estará entre rejas. Mientras tanto, el resto de nosotros viviremos felices para siempre. Yo, mis padres y mi bebé. —Se acaricia el vientre.

—Entonces piensa en tu bebé. —Mi voz adquiere una renovada fuerza mientras negocio con el único poder de negociación que me

queda—. ¿Quieres que nazca en prisión, Emma? —Su nombre se siente extraño en mi boca. Pensar que alguna vez confié en esta mujer. Si ella *consigue* matarme, Harry bien podría seguir cargando con la culpa de algo que no ha hecho.

—Dejarte salir de aquí no es una opción. De todos modos nacería en prisión una vez que fueras lloriqueando. Como dije, solo quería ver tu cara cuando supieras la verdad.

—No te saldrás con la tuya, lo sabes. ¿Cómo podrías? Solo estamos tú y yo en la casa.

—Les diré lo frustrada que has estado. —Levanta el cabezal de la ducha—. Cómo te golpeabas la cara con el cabezal de la ducha después de verte en el espejo. Todos saben lo vanidosa que eres.

—¡Por favor, no! —Pero estoy indefensa para bloquear el siguiente movimiento de Emma mientras estrella el metal contra mi cara. Grito cuando colisiona con mi nariz, la sangre explotando en el chorro de agua mientras lo levanta para volver a golpearme—. No. Para. Por favor.

El cabezal de la ducha se estrella contra mi boca y luego de nuevo contra mi frente. Estoy tan mareada que ya no puedo mantenerme en pie. Me golpea una y otra vez mientras me deslizo por los azulejos, desplomándome en el suelo de la bañera.

—Mira esto, Cathy. —Su voz suena lejana mientras fuerzo mis ojos a abrirse, quizás por última vez. Sostiene un espejo de aumento frente a mi cara. Con mi nariz rota, el labio hinchado y un chichón que me está saliendo en el pómulo, parezco el Hombre Elefante—. Mira lo fea que eres. No es de extrañar que papá me vaya a ver en los años venideros y sepa que soy la hija que siempre debería haber tenido. Se olvidará por completo de ti.

Cierro los ojos de nuevo. Lo fea que pueda o no ser apenas importa en este momento. Hay un estruendo cuando el espejo golpea el suelo de la bañera, enviando fragmentos de cristal sobre mí, luego me golpea en la parte superior de la cabeza con el cabezal de la ducha. Me desplomo hacia delante. Esto es todo. Voy a morir. Mi hermano será enviado a prisión y nunca volveré a ver a mis pequeños.

Alguien grita mi nombre, pero ¿lo estoy oyendo de verdad? La voz probablemente me está llamando desde el vacío entre la vida y la muerte, atrayéndome hacia el otro lado. Me desplomo aún más. Esto es el final.

44

—¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado?

Consigo levantar la cabeza del suelo de la bañera al oír la voz de mi hermano. —Ayúdame —balbuceo. No hay manera de que pueda sobrevivir a otro golpe con ese cabezal de ducha. Es un milagro que todavía esté consciente.

—La encontré así —grita Emma—. Debe haberse caído... Le dije que no intentara ducharse sola.

—Ella —levanto el brazo entre los cristales rotos—, me ha hecho esto.

—Aléjate de ella. —Los pasos de Harry resuenan en los azulejos —. ¿Qué le has hecho a mi hermana? —Entonces grita de dolor. Debe de haberle golpeado en la cabeza mientras se inclinaba sobre la bañera.

Agarrándome al borde de la bañera, me impulso hacia arriba hasta apoyarme sobre una cadera, desgarrándome más la piel con los cristales rotos al moverme. Hay sangre por todas partes, pero Emma aún no ha acabado conmigo. Mientras me quede aliento, seguiré luchando.

—Maldita zorra. —Harry se estira por encima de mí y arranca la manguera metálica de la ducha de donde está conectada a la tubería. Los dedos de Emma se vuelven blancos alrededor de su improvisada arma mientras ella y Harry se enfrentan, agarrando

cada uno un extremo de la ducha como si estuvieran a punto de jugar al tira y afloja.

—¡No! —grito cuando ella golpea el cabezal de la ducha contra la cara de mi hermano. Hay una explosión de sangre mientras él vuelve a gritar.

Pero él se lanza inmediatamente sobre ella, arrojando todo su peso, haciendo que sus rodillas se doblen mientras la hace caer hacia atrás. Su cabeza se estrella contra los azulejos cuando golpea el suelo. Pero sigue agarrando el cabezal de la ducha y todavía intenta golpearlo con él desde donde está tumbada debajo de él, chillando por el esfuerzo.

—Fue *ella*, Harry —intento levantarme de entre los cristales, pero la habitación da vueltas. Mi voz no parece la mía—. Si no sobrevivo a esto, necesitas saberlo. Fue *ella* quien me empujó bajo el tren.

No quiero morir... realmente no quiero morir... pero quién sabe qué daño habrán causado esos golpes en la cabeza. Estoy obligando a mis ojos a permanecer abiertos. Mi cabeza probablemente esté sangrando por dentro. Apoyo la cabeza en el borde de la bañera.

—Quítate de encima... mi bebé. —Emma se retuerce mientras intenta golpearlo de nuevo.

Él le arranca el cabezal de la ducha de la mano. —¿Crees que vas a levantarte de este suelo? ¿Después de lo que le has hecho a mi hermana? —Cuando ella levanta la cabeza e intenta retorcerse debajo de él en lo que parece un intento de lanzarlo hacia un lado, él engancha la manguera bajo su cabeza y, agarrándola con los puños, la aprieta alrededor de su garganta—. Y después de lo que le has hecho a nuestra familia.

—No... Harry... no lo hagas. —El tiempo parece ralentizarse mientras intento levantarme del suelo de la bañera, pero resbalo en la mezcla de agua y sangre, antes de caer mal sobre mi brazo, desgarrándome el otro lado del cuerpo con los pedazos de espejo roto. Grito, luchando una vez más contra el impulso de ceder a la oscuridad que está haciendo todo lo posible por envolverme. No importa lo que me haya hecho, su bebé merece vivir.

Pero Harry está apretando los dientes mientras sus dedos se tensan en la manguera y tira aún más fuerte. —Buen viaje... zorra —

gruñe.

—Harry... detente... su bebé —jadeo desde la bañera—. Si la matas, matarás al bebé.

Afloja su agarre y se aparta de ella, volviéndose hacia mí con los ojos muy abiertos mientras ella se retuerce y se atraganta en el suelo.

—¿Qué bebé?

—Está embarazada.

Él la mira fijamente mientras ella se retuerce, sus jadeos se hacen más profundos a medida que comienza a recuperar el aliento.

—Su bebé no merece morir. Solo llama a la policía. Y a una ambulancia.

Harry está jadeando mientras desliza la mano en su bolsillo. —Vale, vale, los llamo ahora mismo.

Pero cuando intento moverme de nuevo, me invade una oleada de dolor en la cabeza. —Ayúdame, Harry. —Me desplomo aún más sobre el cristal. Puedo oírlo crujir debajo de mí, pero ya no puedo sentirlo. Todo lo que puedo sentir es la agonía de lo que parece una docena de martillos golpeando el interior de mi cráneo. Mi cerebro va a explotar aquí en esta bañera. No puedo abrir los ojos... no, no, no, voy a morir. Emma finalmente ha logrado lo que se propuso hacer. La bilis sube por mi garganta, y es mi turno de ahogarme.

—Cathy, por favor, no cierres los ojos. —La voz de Harry se vuelve más distante—. Quédate conmigo, ¿me oyes? Dios mío, Dios mío. Sí, policía y ambulancia. Los necesito aquí ahora mismo, inmediatamente.

—¡Cathy!

Mientras mi mundo se desvanece, lo último que oigo es a mi padre llamándome por mi nombre.

45

—Cathy. Oh, gracias a Dios. Doctor, está despertando.

A través de las rendijas en las que he forzado mis ojos, aparecen los rostros borrosos de papá y Harry.

—¿Dónde estoy? —Cada parte de mi cara duele mientras mi boca forma las palabras.

—Estás de nuevo en el hospital, cariño. Está bien, no intentes moverte.

—¿Podrían apartarse un poco, por favor? —Otro rostro amable, pero borroso, reemplaza los suyos—. Hola, Cathy, ¿me recuerda? El doctor Finch.

Asiento con la cabeza; al menos que *él* esté aquí significa que no estoy de vuelta en Cuidados Intensivos. Estoy en la planta normal, la misma en la que estaba antes de darme el alta voluntaria.

Cierro los ojos con fuerza cuando él me ilumina con una linterna.

—¿Podría intentar mantenerlos abiertos un poco para mí? —Vuelve a iluminarme—. Perfecto, muy bien.

—¿Voy a estar bien?

—Hemos tenido que volver a colocar los clavos en su brazo y mantener esa cabeza suya bajo vigilancia, pero creo que ahora podemos decir con seguridad que va a estar bien.

—¿Cómo te encuentras, hermana? —Harry se ha movido hacia el otro lado de mi cama. Miro fijamente sus ojos, unos ojos que están

llenos de una mezcla de alivio, arrepentimiento y dolor.

—Aturdida.

—Hemos aumentado sus analgésicos de nuevo, Cathy —El doctor señala el gotero que lleva a una cánula en el dorso de mi mano.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Papá gira la muñeca para mirar su reloj. —Te trajimos alrededor de las diez y media de esta mañana, así que, unas seis o siete horas. Estabas inconsciente al principio y, obviamente, te anestesiaron en quirófano cuando te operaron el brazo.

Al menos no están diciendo *una semana* esta vez. —¿Y mi cabeza?

—Milagrosamente, dados los golpes que ha sufrido —comienza el doctor Finch—. Las dos pruebas que hemos realizado no muestran más trauma cerebral.

—Aunque tuvieron que buscar un rato para encontrarlo —Harry se sienta en la silla a mi lado—. Tu cerebro, quiero decir.

Sonrío, haciendo una mueca por el dolor que me causa, tanto físico como mental, mientras la realidad de cómo hemos estado Harry y yo golpea mi mente. Sus mensajes desagradables, sus ultimátums, su acoso para pedirme dinero, el haber dejado morir a nuestra madre. No es de extrañar que creyera que era capaz de empujarme desde el andén aquella mañana.

Pero él me salvó de Emma. Nuestra media hermana. Mis ojos recorren la habitación y más allá de las ventanas, mientras intento tragar el repentino pánico que me invade. La última vez que desperté, cuando estaba en cuidados intensivos, Emma estaba esperando junto a mi cama.

—¿Dónde está ella?

¿Y si escapó y vuelve para intentarlo de nuevo? Podría tener suerte a la tercera.

—Emma está encerrada, cariño —Papá aparece de nuevo junto al doctor Finch mientras este está ocupado escribiendo algo—. No se acercará a ti —Siento el calor de su mano mientras la posa sobre la mía.

—¿Pero qué hay de su bebé? —El calor de las lágrimas me pica en el fondo de los ojos—. ¿Y qué hay de mis dos hijos? ¿Qué saben

ellos de todo esto?

—Tranquila, Cathy —La voz de papá es tan reconfortante como cuando me cuidaba en mi juventud—. Lo único que importa ahora mismo eres tú.

—Y necesitas descansar esta noche —la voz del doctor Finch es autoritaria—. Te quedarás ingresada en observación un par de días.

—¿Y después podré irme?

—Si todo va bien. De todas formas, voy a continuar con mi ronda, pero volveré mañana por la mañana para ver cómo estás.

Deslizo mi mano de debajo de la de papá y me la llevo a la cara, tocando la hinchazón de mi labio y el hormigueo de los puntos en mi pómulo y sobre la ceja. —Como si no tuviera ya un aspecto bastante malo —intento sonreír—. ¿Puedo tomar un poco de agua, por favor?

—Sigues aquí, eso es lo principal. Cuando pienso en lo cerca que estuvo, otra vez, de matarte... —La angustia en el rostro de mi hermano es inconfundible, y puedo ver que está luchando por contener las lágrimas. Es muchas cosas, pero creo que siempre supe que nunca podría haber sido *él* quien me habría empujado delante de un tren.

—Gracias a Dios que llegaste a la casa cuando lo hiciste, Harry —papá acerca una pajita de un vaso de agua a mis labios—. Si la policía no te hubiera dejado ir... —Su voz se apaga. No necesita decir más. Sin ninguna duda, Emma me habría matado.

—Pues afortunadamente, no tenían suficiente para acusarme, ¿verdad? *Tuvieron* que dejarme ir.

Cierro los labios alrededor de la pajita pero no puedo beber mucho sin que el esfuerzo de fruncirlos me duela en toda la cara. —¿Dónde está Teresa?

—Está en casa —responde papá—. Consideramos que, dadas las circunstancias, debería mantenerse alejada, al menos por ahora.

—¿Qué ha dicho ella sobre todo esto? —De repente me invade la necesidad de conocer la reacción de Teresa después de lo que su hija me ha hecho.

—Como ha dicho el doctor —papá deja el agua de nuevo en la mesita de mi cama—. Necesitas descansar. Nada es más importante que tu recuperación y que vuelvas a casa de nuevo.

—Pero ella ni siquiera me quiere en vuestra casa, papá. Ella misma me lo dijo. —Ya está, lo he dicho. Al menos con el estado en el que me encuentro, probablemente me salga con la mía al decir esto. Pero me cuesta incluso mantener los ojos abiertos mientras espero la respuesta de papá.

—Podemos discutir todo eso mañana. Cuando te hayas recuperado un poco más, y cuando todos hayamos descansado algo. Ha sido un día intenso.

—Y tanto —Harry acerca su silla a mi cama con un chirrido—. Lo siento mucho por todo, hermanita. He sido un auténtico...

—Déjalo, Harry —papá le mira con el ceño fruncido—. Ya habrá tiempo de sobra para hablar de todo pronto. Pero esta noche no. En cualquier caso, no sé tú, pero yo necesito una copa bien fuerte.

La cara de Harry se relaja en una sonrisa. —Si invitas tú, papá.

—Ojalá pudiera ir con vosotros —giro la cabeza de papá hacia Harry—. Pero estoy taaaan cansada.

—El médico dijo que tardaría un tiempo en pasarse completamente la anestesia —dice papá—. Lo estás haciendo bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Y estás llena de analgésicos —añade Harry.

—Bien, te dejaremos dormir un poco. Volveremos por la mañana y, con suerte, quizás podamos llevarte de vuelta a casa mañana o pasado.

—Espero que sí. —No sé si estoy diciendo o solo pensando las palabras, ya que antes de que papá y Harry salgan de la habitación, ya me he quedado dormida.

46

—Simplemente no puedes mantenerte alejada, ¿verdad?

Abro los ojos con un parpadeo para encontrarme con un rostro muy bienvenido. —Zoe —intento sonreír, pero me duele—. Es tan bueno verte.

—Habría sido preferible en mejores circunstancias —dice ella—. Quizás encontrándonos en un pub, no en la Planta Veintiuno.

—Iba a buscarte y enviarte un mensaje en Facebook —digo—. Ya que no tuve la oportunidad de darte las gracias o despedirme cuando me di el alta.

—¿Entonces qué pasó? —Zoe frunce el ceño—. Te marchaste con tanta prisa.

—Es una larga historia. Pero me vendría bien una amiga si tienes tiempo para escucharla.



—Hola —debo haberme quedado dormida de nuevo porque esta vez es una voz diferente. Una voz que no deseo particularmente oír: la de Daniel. Sin embargo, suena mucho más amable que la última vez que nos vimos cara a cara. Y al menos se ha esforzado por visitarme.

Me incorporo sobre mis almohadas, decepcionada al no ver a los niños detrás de él. —¿Dónde están Austyn y Matthew?

—Están en el colegio —responde mientras llega a mi cama—. Pensé que debería visitarte solo antes de traer a los dos conmigo, por mucho que quisieran venir.

—Esto suena inquietante.

Su mirada comienza en mis piernas, cubiertas de cortes y moratones tras ser destrozadas por el cristal en la bañera, luego sube hasta mi rostro magullado.

—Puedo adivinar lo que estás pensando.

—Me gustaría decir que te ves bien, Cathy, pero tienes peor aspecto que la última vez que te vi —a pesar de en lo que se ha convertido nuestro matrimonio, sus ojos son cálidos y compasivos—. ¿Cómo lo estás llevando? —deja una bolsa de uvas en mi mesa. No entiendo la diferencia en él después de su hostilidad la otra noche. Pero supongo que estoy a punto de averiguarlo.

—Uvas... genial, gracias. Las heridas recientes parecen peores de lo que son, según me han dicho. Pero decir que estoy dolorida es quedarse corta.

—No podía creerlo cuando me enteré... de la historia completa, quiero decir.

—¿Quién te lo contó?

—Tu padre... me ha contado *todo* —se sienta en la silla donde estaba Harry anoche—. Él y Harry vinieron a verme después de salir de aquí.

—¿Qué va a pasar con *ella* y el bebé? —me cuesta decir el nombre de Emma, ahora que lo que ha hecho comienza a asimilarse. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en el bebé. Si no fuera porque está embarazada, quizás habría dejado que Harry la estrangulara con esa manguera de ducha. Cuando se lo dije a Zoe, ella dijo que Emma sería mejor castigada pasando un buen tiempo tras las rejas.

—Está esperando fecha para la audiencia de declaración y preparación del juicio. Todos estuvimos en el tribunal para verla quedar en prisión preventiva a primera hora de esta mañana. Así que parece que tendrá a su bebé en la cárcel.

—Al menos está bien —el alivio me invade. Vivir con la muerte de mamá en mi conciencia ya es bastante castigo sin añadir otra muerte a la ecuación.

—Quién sabe qué tipo de vida tendrá el bebé —los ojos de Daniel tienen una mirada distante—. Empezando su vida en una prisión. *Ella* se lo merece, el bebé no.

—Lo sé.

—Y solo para que conste, he terminado las cosas con Samantha. No puedo expresarte cuánto lo siento. También por lo de la otra noche.

—Cambio de tema repentino.

—Solo nos acostamos una vez.

Debería estar furiosa. Debería sentirme herida, celosa y vengativa. Está admitiendo libremente haberse acostado con mi antigua compañera de trabajo, por no mencionar mi adversaria, mientras yo estaba aquí ingresada en el hospital. Sin embargo, no puedo, y no siento nada.

—Entonces, ¿cuándo ocurrió? —siento más *curiosidad* que celos. Después de todo, el conocimiento podría ser una bala en mi arma si Daniel vuelve a impedirme regresar a casa y estar con mis hijos.

Pero su comportamiento es completamente diferente al de la última vez que lo vi en casa. Se mueve incómodo en su asiento, viéndose incómodo, como debería estar. —Fue la noche antes de... oh, ¿qué importa cuándo fue? Ella simplemente apareció en casa y...

—Supongo que vas a decir que *una cosa llevó a la otra*.

Su expresión de vergüenza es suficiente para mí. Le cuesta mirarme a los ojos. Samantha es una auténtica zorra y no ha oído lo último de mí, eso es seguro.

—¿Qué ibas a decir, *la noche antes* de qué?

—Estabas trabajando con tu fisio —dice. Inclina la cabeza en dirección a la habitación lateral al otro lado del pasillo, de la que me di el alta hace solo dos días. No puedo creer cuánto ha pasado desde entonces.

—Ah, con razón estabas tan *distante* conmigo ese día, y también la siguiente vez que me visitaste. Tu conciencia no podía soportar estar cerca de mí, ¿verdad?

—Es más que solo eso, Cathy. Las cosas no han ido bien entre nosotros desde hace tiempo. Pero lanzarme a una nueva relación, especialmente con mi editora, no era la solución.

—Me molesta más que hayas estado viéndote con ella mientras nuestros hijos están en casa. Supongo que estaban allí, ¿no?

—Estaban en casa de mi madre la noche que ella se quedó.

Pienso en lo que ahora sé sobre mi persecución a mi ex marido. El burro hablando de orejas y todo eso. Difícilmente puedo enfadarme con Daniel.

—Parece que yo tampoco me comporté mucho mejor —digo.

Ahora me mira a los ojos.

—No recuerdo demasiado de las semanas anteriores a mi accidente, pero cómo me comportaba con Brad no es algo de lo que estar orgullosa.

La cara de Daniel se relaja como si estuviera en terreno más seguro hablando de *mis* indiscreciones en lugar de las suyas. —Su prometida me envió un mensaje cuando estabas en Londres, durante tu última semana allí. Me contó cómo le seguías a todas partes, haciendo cualquier cosa para llamar su atención.

—Tengo destellos de todo eso, pero también estoy teniendo destellos de muchas cosas.

—¿Recuperarás la memoria por completo?

—Esperemos que sí, pero tanto si la recupero como si no, estoy en lista de espera para hablar con alguien. Quiero ser mejor de lo que era antes.

Acerca la silla a mi cama. —¿Hablarás con ellos sobre mí, Cathy? ¿Y sobre nuestros hijos?

—Quiero a Austyn y Matthew, lo sé. Mis recuerdos sobre ellos pueden ser difusos, pero la sensación de ser su madre volvió de golpe la semana pasada —Me toco el pecho—. Lo siento aquí dentro.

—¿Pero qué hay de mí? —Su voz es suave—. Mira, sé que no debería haberme acercado a Samantha, pero ambos, *tanto* yo —señala de sí mismo a mí—, como tú, hemos cometido errores. Pero lo fundamental ahora son esos niños.

—Niños que podrían ser igual de felices, incluso si no estamos juntos, Daniel.

Sus ojos se nublan.

—Esto será difícil de oír para ti, pero necesito ser honesta.

Sorbe por la nariz. —Supongo que debería estar agradecido.

Dudo. Lo que estoy a punto de decir es bastante brutal, pero necesita oírlo para poder seguir adelante. —Simplemente no te amo, Daniel, y no puedo recordar si alguna vez lo hice. Lo siento mucho.

Sus hombros se hunden. —Pero estamos casados, y soy el padre de tus hijos.

—Así que claramente significaste algo para mí *en su momento.* —No aparto la mirada de sus ojos—. Por lo tanto, lo más amable que puedo hacer es liberarte para que encuentres a alguien que te desee tanto como tú a ella. Lo siento, pero esa no soy yo.

No puedo estar segura, pero sus ojos parecen estar llenándose de lágrimas. —Entonces, ¿dónde nos deja esto?

—Como dos adultos que quieren lo mejor para ellos mismos, lo mejor para el otro y lo mejor para los niños. Seguramente podemos hacer un trabajo increíble con esto sin tener que seguir *juntos*, ¿no?

Se queda mirando sus manos, girando sus pulgares uno alrededor del otro. —Has cambiado. Has cambiado realmente.

Respiro hondo. —Y para mejor, por lo que puedo entender. Cuando desperté por primera vez, me dijiste que nunca he estado satisfecha con mi vida, que siempre he sido incapaz de valorar mis bendiciones. Eso me dolió profundamente y no quiero ser esa persona.

—Lo siento, es solo que contigo siempre ha sido el *qué*, en lugar del *quién*.

—Cuando dijiste hace un momento que he cambiado, diste en el clavo. Lo único que quiero es ser la madre que esos niños merecen.

—¿Y qué hay de tu trabajo? ¿Qué hay de tu carrera editorial?

—Preferiría tener un trabajo reponiendo estanterías si eso significa que puedo llevar a Austyn y Matthew al colegio y recogerlos cada día. Quiero arroparlos cada noche. Bueno, las noches que no los tengas tú, claro.

—¿Qué estás diciendo?

—Podemos compartirlos, ¿no? Podemos hacer que esto funcione. Parece que estaremos un millón de veces mejor separados que como nunca estuvimos juntos. Es mejor para ellos *venir* de un hogar roto que *crecer* en uno.

EPÍLOGO

He evitado deliberadamente encender la radio porque temo lo que pueda anunciar el boletín de noticias. Normalmente, por la tarde, me gusta tener música y voces de fondo en mi soleada cocina mientras trabajo en la mesa.

Estoy disfrutando de estar de vuelta en Bookish a tiempo parcial, y trabajando desde casa —tal como me ofrecieron—, haciendo un poco de edición. Actualmente, estoy trabajando en el libro de Daniel. Él decidió que no quería a Samantha cerca de su obra, y mi jefa, Bonnie, aceptó que ahora que nos hemos separado formalmente con una distancia profesional entre nosotros, puedo ser su editora.

Como no recuerdo haber amado nunca a Daniel, hemos tenido una de las separaciones más amistosas que probablemente se conozcan en una pareja en proceso de divorcio. El amor y el odio son las dos caras de la misma moneda, así que es lógico que sin amor, no pueda haber odio.

Echo un vistazo al reloj, luego mis ojos vagan hacia la última foto escolar de los niños en la nevera. Tienen los brazos el uno alrededor del otro y un brillo en los ojos que, según Daniel, no estaba ahí hasta que me mudé de vuelta a la casa y comencé a cuidarlos a tiempo completo. Bueno, excepto cada fin de semana cuando duermen en el nuevo apartamento de Daniel. Pero ahora hacemos cosas juntos como familia los fines de semana, y Daniel dice que nos

llevamos mucho mejor de lo que nunca hicimos cuando estábamos juntos. Podría *llegar* a quererlo, pero solo como amigo, nada más.

Quizás *debería* encender la radio. Pero *no hay noticia buena noticia*, como siempre dice papá. Teresa pagó al mejor abogado que el dinero puede comprar para su única hija, así que todavía hay posibilidades de que, con solo *mi* testimonio, y la falta de pruebas forenses y de las cámaras de seguridad, Emma pueda ser absuelta. Especialmente con el testimonio médico sobre mis problemas de pérdida de memoria. Está claramente culpable de su ataque contra mí en la ducha, pero no necesariamente irá a prisión si ese es el único veredicto de culpabilidad.

Luego, por supuesto, el jurado podría sentir lástima por ella, especialmente con su vientre de siete meses de embarazo.

Cuando nuestras miradas se encontraron al llegar ella al banquillo durante mi declaración la semana pasada, me sorprendió lo poco que parecía una criminal endurecida. Con su pelo rubio en trenzas, su falda recatada, blusa estampada y zapatos de tacón bajo, parecía más como si fuera a una entrevista de trabajo que a un juicio por intento de asesinato.

—Toc, toc —Harry y papá aparecen en la puerta trasera que da al jardín, vestidos formalmente con sus trajes.

—Supongo que ya se ha anunciado el veredicto —miro de uno a otro, tratando de leer lo que podría ser por sus caras. Harry siempre sonríe cuando está bajo escrutinio, sin importar lo sombrío de la situación, así que su cara no es la mejor para evaluar.

—¿Te mantuviste firme con lo de la radio? —papá señala con la cabeza hacia el alféizar de la ventana de la cocina.

—Quería escuchar el veredicto de vosotros —cierro la tapa de mi portátil y señalo los asientos a mi izquierda y derecha.

—¿Tienes una cerveza, hermanita? —Harry asiente hacia la nevera.

—Cerveza no, pero tengo ginebra en lata.

—Eso servirá —atraviesa la cocina a zancadas.

—Yo también tomaré una —papá se sube los pantalones antes de sentarse—. Y tú quizás quieras una también.

—No puedo. Tengo que recoger a los niños en una hora —al menos todo el mundo en las puertas del colegio ha dejado de mirarme fijamente ahora que mi pelo ha crecido un par de centímetros. Me corté la otra mitad a la misma longitud, así que tengo un estilo pixie corto que dicen que me queda bien—. Además, no puedo beber un *lunes* por la tarde.

—Créeme —Harry saca las latas de la nevera—. Vas a necesitar una.

—Podemos ir juntos caminando hasta el colegio —dice papá—. Pero sin echar vapores de ginebra sobre los profesores.

—¿Qué ha pasado entonces? —mi corazón late a cien por hora. Seguramente Emma no está libre. *Dos veces*, casi me mata. No pueden permitir que se acerque a mí de nuevo.

—Bueno, como sabes por cuando diste tu testimonio, el abogado defensor estaba *haciendo picadillo* a la fiscalía —comienza papá.

—Lo recuerdo. El lunes pasado no es un día que me gustaría repetir. Estuve en ese estrado como si *yo* fuera la criminal en lugar de Emma.

—Pues el martes fue mucho peor, y el miércoles aún peor —dice Harry—. Parecía que iba a salirse con la suya en todo. Estuve observando atentamente las expresiones de los miembros del jurado.

—¿Por qué ninguno de los dos me lo contó? —Abro mi lata con un clic y un siseo mientras los miro a él y a papá antes de verter la bebida en un vaso.

—No queríamos disgustarte, cariño —responde él—. Ya has pasado por mucho. Apenas estás empezando a encontrar algo de normalidad.

—Contadme qué ha pasado. —Estoy desesperada por saberlo, pero a la vez desesperada por no saberlo. Especialmente si Emma ha quedado libre.

—Un testigo inesperado se presentó —dice Harry—. Alguien que al final quiso hacer lo correcto. Empezó como testigo de la defensa,

pero terminó el juicio siendo la clave para que Emma fuera declarada culpable.

—¿Ella? ¿Culpable?

El silencio flota entre nosotros durante unos instantes.

—Teresa. —Papá evita mirarme a los ojos.

Ellos se separaron poco después de que Emma fuera inicialmente detenida. Lo que había ocurrido los destrozó. Papá ha alquilado una casa cerca de su escuela por ahora y Teresa se ha jubilado anticipadamente. Ni Harry ni yo hemos lamentado verlos separarse, aunque hemos mantenido nuestras opiniones lejos de papá. Las cosas ya han sido bastante complicadas. De una cosa estoy segura: me alivia no tener que ver a Teresa nunca más.

—Cuéntamelo.

—Ella sabía lo que Emma te hizo aquel lunes. —Papá agacha la cabeza.

—Estás de broma. —Miro de él a Harry.

—Yo tampoco podía creerlo.

—Lo siento mucho, Cathy. —La voz de papá tiembla—. No tenía ni idea, hasta que ella subió al estrado esta mañana a primera hora.

—El jurado solo estuvo fuera treinta minutos —añade Harry—. Después de lo que Teresa les contó, no habrán necesitado deliberar mucho.

Doy un gran trago a mi gin-tonic. Papá tenía razón: me alegro de haberlo abierto. El amargor me golpea en la garganta, reflejando mi sentimiento hacia Teresa.

—Emma le contó a su madre lo que te había hecho —comienza papá—. El mismo día que lo hizo.

—Y *ambas* estaban dispuestas y contentas de ver cómo *yo* cargaba con la culpa —añade Harry—. Y de que tú creyeras que yo era capaz de intentar matarte. Gracias a Dios que no había suficientes pruebas para que la policía me acusara, es lo único que puedo decir. —Bebe un sorbo de su bebida—. Vaya, no hay exactamente mucho en estas latas, ¿verdad? Puede que necesite otra.

—Se supone que debes saborearlo, no tragártelo de golpe. —Fuerzo una risa. Luego todos nos quedamos en silencio un

momento. No es de extrañar que esa mujer no quisiera que me quedara en su casa cuando salí del hospital. Pero, ¿por qué se molestó en visitarme? Teresa se sentó junto a mi cama, pero todo el tiempo *sabía* que era su hija quien había intentado matarme. También tiene la sangre de *Brad* en sus manos—. ¿Cómo pudo permanecer callada todo este tiempo?

—Dice que fue por el embarazo de Emma —responde papá—. No quería que su nieto naciera en prisión.

—Espero que no la estés defendiendo. —Los ojos de Harry se entrecierran.

—Por supuesto que no. Solo me alivia que al final hablara. —La cara de papá es grave mientras vierte los restos de su lata en su vaso—. Dijo que no podía vivir consigo misma.

—También dijo que Emma no debería salirse con la suya después de lo que había hecho y que supondría un riesgo para Cathy, *e* incluso para mí —Harry se señala a sí mismo—, si fuera absuelta.

—Y parecía que podía serlo —continúa papá—. Si Teresa no hubiera contado la verdad, no sé dónde estaríamos ahora.

—Joder. —Envuelvo con mis dedos calientes el frío de mi vaso—. Supongo que debería estar casi *agradecida* entonces. ¿Le pasará algo a Teresa por mentir, quiero decir? Han pasado cuatro meses desde que ocurrió.

—El juez dijo que sería acusada de obstrucción a la justicia.

Recorro con el dedo el dibujo del mantel mientras intento asimilarlo todo.

—El abogado defensor dijo que Teresa podría enfrentarse a una pena de prisión.

—Vaya. —Es difícil imaginar a Teresa con ropa de prisión y viviendo en una celda, pero no lo digo. Supongo que papá ya está bastante deprimido.

—La prometida de Brad también estaba allí —dice Harry mientras hace girar los restos de ginebra en su vaso—. Solo para el veredicto.

—Me alegro aún más de haber decidido mantenerme al margen. Ella tendrá *su* día en los tribunales la semana que viene, ¿no?

—No puedo imaginar que la envíen a prisión. Le pregunté a nuestro abogado y dijo que lo peor que probablemente recibirá es

una condena suspendida, especialmente porque se declaró culpable.

—Mientras siga manteniéndose alejada de mí. En fin, ¿qué hay de Emma?

Harry apura su vaso. —Gracias a que Teresa por fin dio un paso adelante, Emma fue declarada culpable de un cargo de intento de asesinato y otro de lesiones graves.

—El segundo cargo fue reducido —añade papá—. Al principio eran dos cargos de intento de asesinato contra ti, pero debe de haber habido algún tipo de negociación entre bastidores.

—¿Y qué hay de la muerte de Brad? —Las lágrimas se acumulan en mis ojos—. Seguramente debería ser castigada por eso.

—Pensé lo mismo —responde Harry—. Pero no, lamentablemente no.

—También le preguntamos a nuestro abogado sobre eso —dice papá—. Pero no había base legal para presentar cargos adicionales. Emma no mató *directamente* a Brad.

—Pero si no fuera por lo que me hizo a mí... —Mi voz se apaga.

—Lo sé.

—¿Cuánto tiempo le cayó? —La pregunta del millón. ¿Cuánto tiempo podré llevar una vida normal sin tener que mirar constantemente por encima del hombro?

—Todavía no lo sabemos. Su caso se ha aplazado para la sentencia dentro de diez semanas.

Diez semanas. Para entonces ya habrá nacido su bebé. Joel me visitó hace un par de semanas y me dijo que ha iniciado los trámites de divorcio contra Emma, además de la lucha por criar al bebé por su cuenta después de que nazca. No puedo imaginar que haya un juez en el país que dictamine a favor de que una madre asesina críe a un niño pequeño en prisión, en lugar de un padre soltero que lo críe en un hogar acomodado.

Nunca entenderé a Emma mientras viva. Podríamos haber superado cualquier resentimiento por compartir a nuestro padre. Podríamos haber seguido siendo amigas. Pero usando las palabras de Daniel, fue *Emma* quien no estaba satisfecha con su suerte, Emma quien no podía contar sus bendiciones. Emma, quien casi me mata, dos veces.

Mi amiga —mi medio hermana— mi némesis.

Pero no puedo seguir pensando en ella, ya ha causado suficiente daño. Me dirijo hacia la radio y la enciendo. —Es mi canción. —Tengo lágrimas en los ojos mientras me giro para mirar a papá y a Harry—. I Don't Like Mondays.

Subo el volumen al máximo.

Antes de que te vayas

Gracias por leer No me gustan los lunes —¡espero que lo hayas disfrutado!

Si quieres más, echa un vistazo a Lazos que atan en Amazon, mi próximo thriller psicológico, donde conocerás a Oliver y Ellen, una pareja que está luchando por concebir.

Un encuentro fortuito con alguien que puede ayudarles parece el fin de todos sus problemas, hasta que esta tercera persona cambia las reglas. De repente, no solo está en juego la posibilidad de mantener a su familia, sino todo su matrimonio, y para uno de ellos, su vida.

PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN DEL CLUB DE LECTURA

1. ¿Cómo influyó la narrativa fragmentada y la memoria poco fiable de la protagonista en tu comprensión de la historia?

2. ¿Qué personaje te pareció más sospechoso y por qué? ¿Cambiaron tus sospechas a medida que se desarrollaba la historia?

3. ¿Cómo se relaciona el título *No me gustan los lunes* con los acontecimientos y emociones del libro?

4. Cathy lucha con su identidad como esposa y madre. ¿Cómo afecta este tema a la tensión en la novela?

5. ¿Cómo contribuyó el escenario de la estación de tren al suspense y misterio de *aquel* lunes por la mañana?

6. ¿Quedaste satisfecho/a con la resolución de la historia? ¿Por qué sí o por qué no?

7. Comenta el papel de los secretos y los rencores en las relaciones descritas en el libro. ¿Cómo impulsan la trama?

8. Si estuvieras en la posición de Cathy, ¿en quién habrías confiado —o desconfiado— y por qué?

9. ¿Cómo explora la novela el concepto de la memoria y su fiabilidad?

10. ¿Hubo momentos en la historia en los que cuestionaste si Cathy era una narradora fiable?

11. ¿Hubo pistas falsas que te despistaron? ¿Qué tan eficaces fueron para crear suspense?

12. Si esta historia fuera contada desde la perspectiva de otro personaje, ¿cómo podría cambiar la percepción del lector?

LAZOS QUE ATAN - PRÓLOGO

—Ha sido un turno tranquilo, teniendo en cuenta que es fin de semana.

Bella me mira de reojo, con voz ligera pero impregnada de un optimismo cauteloso que me inquieta. Soy una gran creyente en el poder de tentar al destino, y referirse a nuestro turno como *tranquilo* es justamente eso.

—No hables tan pronto —giro a la derecha para salir de la carretera principal. El atajo panorámico por Otley es la ruta que tomo por costumbre, especialmente en momentos como ahora, cuando el amanecer es inminente. La comisaría no está lejos, pero he aprendido a no dar por terminado un turno hasta haber completado todo el papeleo y cruzado la puerta de salida. Debido a vacaciones y bajas por enfermedad, ya empezamos mucho antes de nuestra hora habitual de fichaje a las once de la noche, así que quiero salir a mi hora y hundirme en la cama antes de que el resto de mi casa empiece a desperezarse.

—Odio terminar a esta hora —Bella se hunde en su asiento—. Prefiero los turnos que acaban por la tarde cuando todos nos reunimos en el pub.

—Bueno, no sé. Después de echar a esa pandilla anoche, me conformaré felizmente con una buena taza de té. El estado en que

estaban todos sería suficiente para que *cualquiera* le cogiera asco al alcohol.

—Sí, era un antro de mala muerte, ¿verdad, Sargento? —hace una mueca—.

—Era de esos sitios donde hay que limpiarse los pies al *salir*. —Me río—. De todos modos, esos dos chavales que se estaban peleando se arrepentirán esta mañana cuando despierten en la comodidad de nuestras celdas. —La imagen de sus caras ensangrentadas llena mi mente—. Con dolor de cabeza por razones muy distintas.

La risa de Bella se interrumpe bruscamente cuando un enorme estruendo retumba en el amanecer que comienza a despuntar. No solo lo oigo, lo *siento* resonar a través de mí. Luego todo queda en silencio de nuevo, salvo por el zumbido de nuestro motor.

—¿Qué *demonios* ha sido eso? —Levanto el pie del acelerador, escudriñando la carretera.

—¡Allí, Sargento! —La coleta rubia de Bella se balancea cuando gira en su asiento, con los ojos fijos en un punto más allá de la línea de árboles—. ¡Deténgase, rápido!

Giro bruscamente nuestro coche patrulla hacia el aparcamiento de Surprise View, reduciendo la velocidad mientras avanzamos sobre la grava suelta. «Mierda». Contra el telón de fondo del cielo nocturno, densas columnas de humo se elevan en el aire. La fuente: un pequeño vehículo, parece estar aplastado contra el muro de piedra seca al fondo.

—Madre mía —la mano de Bella vuela hacia su boca—. ¿Cómo han conseguido hacer eso? ¿En un aparcamiento, precisamente?

Al alcanzarlo, detengo el coche y abro la puerta de golpe, con la mano ya en la radio.

—Mantente alejada —le ordeno a Bella mientras examino la escena—. No sabemos si esto va a estallar en llamas. Primero evaluemos la situación y luego lo comunicaré. —Por esto siempre emparejan a los recién cualificados conmigo. Mantengo la calma bajo presión y siempre recuerdo explicar el procedimiento a quienes me acompañan.

—Dios mío —la voz de Bella apenas es un susurro—. Hay personas todavía dentro.

Resisto la tentación de preguntarle qué esperaba, puesto que el accidente acaba de ocurrir. También debería recordarle que para esto es todo su entrenamiento. Pero eso sería insensible. Después de todo, la primera vez siempre es la peor. Nunca olvidaré mi primer accidente de tráfico, cuando tuve que quedarme desviando el tráfico mientras los bomberos cortaban el vehículo para liberar a los cuatro pasajeros fallecidos. No dormí durante varias noches después de aquello. Pero eso fue en la M1, no en un aparcamiento al amanecer en un tranquilo mirador.

Tomo mi radio y la acerco a mi cara mientras rodeo la escena. —Aquí Unidad Doce, Sargento Shepperd —Espero un momento. ¿Por qué siempre tardan más cuando informamos de algo urgente?

—Adelante, Unidad Doce.

—Tenemos un grave accidente de un solo vehículo en el aparcamiento de Surprise View, Otley —echo un vistazo al capó destrozado—. Impacto frontal sustancial y presencia de humo. Dos víctimas atrapadas en el interior y una tercera ha salido expulsada. Solicitamos refuerzos inmediatos, ambulancia y bomberos. Cambio.

—Recibido. Manténganse a la espera.

Bella sigue paralizada, con la mirada fija en la figura inmóvil tendida frente al lugar del accidente, entre las piedras destrozadas.

—Ambulancia en cuatro minutos. Bomberos, en seis —crepita la radio.

Señalo hacia la víctima en el suelo, con voz firme. —Cuatro minutos, dicen, Bella. Cuatro minutos de más. Tenemos que intervenir.

No se mueve.

—Vamos, estoy contigo.

Sigue sin moverse.

—No hay mejor momento que el presente para poner en práctica ese entrenamiento de RCP.

Descubra más en Amazon

AGRADECIMIENTOS

Gracias, como siempre, a mi increíble esposo, Michael. Él es mi primer lector y es fundamental en mi proceso de edición para cada una de mis novelas. Su confianza en mí significa más de lo que puedo expresar.

Un reconocimiento especial para mi maravilloso equipo de lectores anticipados, quienes se tomaron el tiempo y la molestia de leer una copia anticipada de No me gustan los lunes y ofrecer comentarios. Son una parte vital de mi negocio como autora y no sé qué haría sin ellos. Una mención especial para Pheadra Farah, quien sugirió una o dos adiciones conmovedoras, ¡por ejemplo, la última línea del libro!

No me gustan los lunes es mi vigésima segunda novela completa y cada vez se vuelve más difícil pensar en nombres para mis personajes. Por lo tanto, ¡estoy muy agradecida con los miembros del grupo que ofrecieron sus propios nombres para que los usara! Ellos son:

Cathy (Cathy Christopher)
Brad (Propuesto por Carina Ann)
Samantha (Propuesto por Deborah Voss)
Daniel (Propuesto por Linda Russell)
Mel (Mel Copley)
Harry (Propuesto por Mags Charles)
Emma (Emma Byrne)
Bob (Bob Fendt)
Teresa (Propuesto por Susie Smith Coburn)
Zoe (Propuesto por Nan Bell)
Austyn y Matthew (Propuestos por Dan-Sharron Moodie Sullivan)

Siempre estaré agradecida con la Universidad Leeds Trinity y mis tutores de la Maestría en Escritura Creativa allí: Martyn, Amina y Oz. Mi título de maestría en 2015 fue el trampolín para poder escribir como profesión.

Y gracias especialmente a ti, el lector. Gracias por tomarte el tiempo de leer esta historia. Realmente espero que la hayas disfrutado.

ACERCA DEL AUTOR

Maria Frankland tiene un historial de búsquedas en internet dudoso y una suegra muy preocupada. Sin embargo, ninguna de estas cosas puede impedirle escribir thrillers psicológicos cautivadores en los que nunca encontrarás un final feliz.

Sus novelas se desarrollan principalmente en Inglaterra. Son personas que podrían vivir al lado de tu casa, o más cerca aún... no digas que no te lo advertimos.

Las novelas de Maria son dinámicas, realistas y con los pies en la tierra. Nunca se sabe lo que nos espera a la vuelta de la esquina...

